SIN UN CIELO



EDGAR DAWSON

SIN UN CIELO

Edgar Dawson

PRÓLOGO

COLUMNA DOMINICAL — EL DIARIO DE VASASTAN
Por NINA BERGSTRÖM
Septiembre 2024. Estocolmo.

Esta historia estaba enterrada. La desenterré a pedazos, inconexa, con las manos sucias y la certeza de que debajo había más. Al reconstruirla, quizás logre conectarla con otras. Lo que me quita el sueño es cuántas historias siguen bajo tierra y nunca van a salir.
Lars Vik llegó más temprano de lo normal la tarde que asesinó a su esposa.
De aquel jueves 17 de abril de 1986 queda el rastro químico de un sumario policial que nadie quiso leer y los susurros de unos vecinos que aún evitan mirar hacia la vieja propiedad. La prensa de entonces fue cómplice. Tres párrafos en la sección de sucesos hablando de una «madre que abandona el hogar». Era más cómodo comprar esa versión que preguntar por qué Lars Vik encargó cinco metros cúbicos de hormigón a la mañana siguiente.
¿Por qué nadie cuestionó la repentina eficiencia de un marido abandonado? ¿Cómo pudo esta ciudad entera ignorar que, mientras los periódicos informaban de una desaparición voluntaria, Lars ya estaba alquilando una máquina para compactar el suelo de una cabaña? Llevo meses haciéndome estas preguntas. Nadie me da respuestas. Nadie quiere darlas.
He visto las imágenes del georradar. He leído los informes. Lars no improvisó. Vertió el hormigón sobre el cuerpo de Camila en suelo arcilloso y, sin saberlo, creó un sarcófago. La falta de oxígeno y la humedad de la arcilla detuvieron el tiempo. El tejido se convirtió en adipocira, esa cera cadavérica que los forenses conocen bien. Treinta

y ocho años después, el cemento que Lars vertió para ocultar a su esposa es lo que ha permitido verla.
Los antropólogos encontraron una sola marca en el cráneo. Parietal derecho. La huella exacta de un mazo de carne. Metal contra hueso. El hueso lo conservó durante treinta y ocho años. No hubo discusión. No hubo forcejeo. Un golpe. Uno solo.
Mientras Camila moría, su hija Celine, de apenas tres años, estaba a pocos metros. Los registros mencionan que el televisor Philips estuvo encendido a un volumen inusual. He hablado con la señora Lindgren, la antigua vecina, que aún recuerda las notas de una canción infantil filtrándose por las paredes mientras ella tendía la ropa.
«Busca lo más vital, no más…»
Baloo bailaba en la pantalla para una niña de tres años. En el jardín trasero, su padre quemaba el abrigo de lana gris y los botines de cuero y el bolso de mano y todo lo que probaba que Camila había existido. El humo se fue hacia el bosque vacío y el viento del norte se lo llevó.
¿Qué clase de pulso se necesita para fregar una cocina con Klorin y amoníaco hasta esterilizar el escenario, mientras tu hija duerme en la habitación de al lado? ¿Pesaba el fardo al arrastrarlo, o Lars solo contaba los metros que faltaban hasta los cimientos?
Lars no enterró a su esposa. La depositó en la esquina noreste de la cabaña, bajo capas de grava lavada y poliestireno, y la selló con diez centímetros de hormigón gris. Ingeniería para durar cien años. Ingeniería de un hombre que a la mañana siguiente desayunó con su hija.
Pero el hormigón es poroso y la verdad termina filtrándose. Al levantar la placa casi cuatro décadas después, el ADN de los molares confirmó el nombre. Y apareció un último detalle que el sumario original descartó por irrelevante.
En la esquina de la placa de cemento, justo encima de donde descansaba el cráneo de Camila, Lars había colocado un pequeño gnomo de jardín. Una figura de cerámica barata con una sonrisa pintada y una linterna en la mano.

Un centinela de cerámica vigilando una tumba de hormigón. Sonriendo. Con una linterna encendida apuntando hacia abajo, hacia la oscuridad donde Camila lleva treinta y ocho años esperando que alguien mire.
Yo estoy mirando.
.

1
JONAS

El segundero del reloj de pared machacaba el silencio en la sala de espera de la clínica. Las 14:32. El olor a desinfectante y a suelo de linóleo le llenó la nariz. El mismo olor de las consultas de la infancia, el que siempre avisaba que algo iba a doler. Tragó saliva y el sabor del café del mediodía le subió agrio por la garganta.

Los socios viejos del bufete en Karlavägen se habían quitado el problema de encima rápido. Cesión de riesgo, la llamaban en las reuniones de viernes. Dijeron que era para proteger sus jubilaciones. Le pasaron el caso a él, el único junior con ganas de apostarlo todo en una jugada que nadie más quería firmar. Cláusula implícita: si sale mal, el daño reputacional se queda en el escalón más bajo.

Se frotó las palmas contra los vaqueros. Un correo certificado o un mensajero habrían bastado para el trámite, pero el cliente quería verlo en persona dentro del edificio. Capricho de rico. Aunque la razón oficial no era la única razón. Había pasado semanas revisando fotos y vídeos de Celine hasta la madrugada. Al principio era due diligence: ángulos, expresiones, pruebas para el caso. Pero en algún momento la due diligence dejó de justificar las horas. La cara de ella en la pantalla le hacía algo al cuerpo que ningún expediente podía neutralizar.

Cualquier abogado con dos años de ejercicio reconoce un conflicto de intereses antes de cruzar la puerta. Él lo reconoció. Cruzó la puerta igual. Necesitaba comprobar si la mujer de los vídeos y la de carne y hueso eran la misma persona. Un acto de due diligence personal que ningún código deontológico contempla.

Jim le había dicho por teléfono:

Si descubres quién la ha visitado ahí, nos ayudas mucho. No queremos competencia ni que nadie se meta. Te damos un buen

bono, claro.
La excusa para entrar fue fácil: visita a una antigua profesora de dicción. Nina, con su habilidad para caer bien a todo el mundo, había pasado los controles de la clínica sin problema.
La enfermera de recepción tenía la cara dura y el uniforme impecable. Le pidió los datos con voz plana.
—Jonas Pérez. Vengo a ver a Celine Vik. Soy amigo de la paciente.
Ella escribió en el libro de visitas.
—Tome asiento. El doctor Yngström autorizará la entrada en breve.
Se metió las manos en los bolsillos para que dejaran de temblar. De pronto, el pasillo se llenó de movimiento. Cuatro pacientes salieron hacia el patio, con dos celadores vigilándolos. La enfermera se alejó unos metros para supervisar y dejó el mostrador solo.
Dos opciones. Esperar o actuar. El riesgo de actuar era alto: obtención irregular de datos médicos protegidos, sanción disciplinaria, inhabilitación potencial. El riesgo de no actuar era volver al bufete sin nada. Sacó el móvil del bolsillo interior. Dos pasos rápidos hasta el mostrador. Puso el teléfono sobre el libro abierto y sacó fotos a las dos páginas. Nombres y fechas capturados en un segundo. Volvió al asiento justo cuando los tacones de la enfermera volvieron a sonar en el pasillo.
Las manos le temblaban. Escondió la pantalla contra el muslo y amplió la foto. David Molin en el ala este. Más abajo, el nombre de un tenista sueco famoso, con visitas restringidas. ¿También clientes de Jim? Si esos nombres estaban ahí, el bono iba a costar más de lo que habían prometido. La carpeta del caso acababa de triplicar su grosor.
Yngström lo recibió con calma. La oficina estaba caliente por los ordenadores y los archivadores. El psiquiatra se sentó y señaló la silla de enfrente. Pasó una página del expediente despacio.
—Celine —dijo, y el nombre cortó el aire—. Ha llamado la atención de mucha gente. Usted busca algo diferente, ¿verdad?
No contestó. Yngström sacó una hoja y la empujó por la mesa. Dos niños dibujados a lápiz, tomados de la mano. Sin caras. El mayor apretaba fuerte la mano del pequeño. La mandíbula se le tensó.

—Los dibuja una y otra vez —explicó Yngström—. No toma pastillas, no intenta escapar. Para ella este sitio es un espacio vacío.
Las líneas del dibujo eran rectas y firmes. Sin temblor. La mano que los trazó seguía entera. Funcionaba en algún lugar donde el resto del cuerpo todavía no había llegado.
—¿Volverá a actuar en escenarios? —preguntó.
Yngström se recostó en la silla.
—Puede. De golpe. Su mente puede cambiar en un segundo. —Respiró hondo—. Hay casos que mejoran rápido. Su amiga podría ser uno.
Se movió un poco en la silla. Los dedos le apretaban las rodillas por debajo de la mesa.
—Gracias. Sé que no se puede predecir nada.
Yngström relajó la mandíbula y abrió la palma sobre la mesa.
—Existen casos prometedores —dijo—. Puede mejorar deprisa.
El pasillo hacia la salida parecía más largo que a la entrada. Paredes blancas, suelo continuo, luces sin sombras. En el bufete de Karlavägen olía a cuero y las recepcionistas sonreían. Aquí las paredes olían a cloro y nadie sonreía. Empujó la puerta de cristal y el sol de mayo le pegó en la cara. El olor a césped cortado y a tierra húmeda le llenó la nariz. Detrás de los muros seguía el encierro.
El sendero de gravilla se abría en dos a cinco metros de la puerta. Un poste de metal oxidado sostenía un cartel con dos flechas: VISITANTES a la izquierda, REHABILITACIÓN a la derecha. Las letras blancas sobre fondo azul, descoloridas por el sol, apenas se leían.
A la derecha, tres pacientes caminaban en círculo alrededor de un macizo de lavanda. Uno gesticulaba con las manos. Otro respondía asintiendo despacio. Un celador los seguía a distancia con las manos cruzadas a la espalda.
Tomó el camino de la izquierda. La gravilla crujió bajo los zapatos y el sonido se tragó todo lo demás. El ruido de voces se fue apagando hasta que solo quedó el agua de una fuente baja y cuadrada.
Los bancos de piedra formaban un semicírculo frente a la fuente. En el primero, una mujer con bata gris miraba sus propias manos apoyadas sobre los muslos. En el segundo, un hombre joven con la cabeza rapada tenía los ojos abiertos y fijos en un punto del seto. La

mandíbula le colgaba un centímetro, la boca entreabierta, seca. Ninguno de los dos parpadeó en los diez segundos que él tardó en pasar frente a ellos. El aire de esa sección pesaba distinto. Más espeso. Más quieto.

Celine ocupaba el último banco, el más alejado de la puerta. Recta, barbilla alzada hacia el sol bajo, los ojos clavados en la nada. El pelo recogido dejaba al descubierto la nuca delgada, esa curva que él había pausado mil veces en los vídeos.

Un calor seco le apretó la garganta.

Se sentó en el banco de enfrente. El granito frío le mordió los muslos a través de los vaqueros. A un metro escaso, ella no se movió. Las pupilas se le abrieron más y el iris azul se volvió casi negro. Miraba a través de todo. De pronto giró la cabeza. Una sonrisa se le dibujó en los labios, lenta, la misma de los escenarios cuando se inclinaba hacia el micrófono. Sonreía al vacío. Soltó una risa suave, casi un suspiro.

En los vídeos, el cuerpo de Celine se movía con una precisión animal que convertía el escenario entero en una extensión de su sistema nervioso. Había reproducido esos clips hasta que el teléfono le quemaba la mano. La forma en que el sudor le brillaba en la base de la garganta bajo los focos. El balanceo de los hombros cuando la batería entraba fuerte. Todo eso le había comido horas de sueño. Y ahora la tenía delante, inmóvil en un banco de piedra, con un pijama gris que le colgaba de los hombros. La misma mujer en dos versiones que no admitían reconciliación. La cabeza de abogado buscaba lógica en el contraste y la lógica no aparecía.

La risa de ella se apagó. El agua de la fuente siguió cayendo, monótona. Una gota le resbalaba por el cuello a Celine, justo donde la nuca se unía a los hombros. Brilló un segundo bajo el sol antes de perderse bajo el cuello de la camiseta. Tragó saliva. Celine parpadeó despacio y el azul de los ojos volvió a aclararse.

El banco crujió cuando cambió de postura. Un pájaro cruzó por encima de la fuente y su sombra pasó fugaz sobre la cara de Celine. Ella no la siguió con los ojos. Él sí. Apretó los dientes y el siguiente aliento le salió entrecortado.

Volvieron adentro bajo el sol fuerte. La boca se le secó al instante. Las fotos de la policía. Sangre en las escaleras, el cuerpo arrastrado peldaño a peldaño, una mujer sola llamando a emergencias. El expediente completo le cabía en tres carpetas y pesaba más que cualquier caso de arbitraje que hubiera tocado. Y ahora esa misma mujer caminaba a su lado, recta y tranquila.

Evita las ilusiones que se construyen solo con emociones.

Las palabras de su padre, Jorge. Siempre claras. Siempre a destiempo.

Entraron en la habitación. Paredes blancas, sábanas estiradas. Habló del apartamento en Vasastan y de la mudanza para llenar el silencio. Celine mantuvo la mirada apartada todo el rato.

Salió de la habitación sin mirar atrás. Las suelas chirriaron sobre el linóleo del pasillo. Al fondo, la puerta de cristal dejaba entrar una franja de luz blanca que cortaba el suelo en dos.

Empujó la puerta. El aire de mayo le secó el sudor de la frente. El cartel de metal seguía ahí, con sus dos flechas descoloridas. Esta vez los pies lo llevaron hacia la derecha.

La gravilla sonaba distinta en esa sección. Más suelta, más pisada. Los pacientes de rehabilitación se movían despacio por el sendero, algunos solos, otros en parejas. Redujo el paso hasta igualarlo al ritmo arrastrado de un hombre en zapatillas que caminaba delante.

Dos hombres ocupaban un banco de piedra idéntico a los del otro lado. El más joven tenía las manos metidas entre las rodillas y hablaba sin levantar la vista. El otro, un anciano de pelo blanco cortado a cepillo y pómulos hundidos escuchaba con la espalda muy recta. Ochenta años, quizá más. La piel fina de las sienes dejaba ver el dibujo de las venas.

La mirada del anciano se despegó de su compañero y se clavó en él. Directa. Sin el filtro pastoso que cubría los ojos de los pacientes de la otra sección. Los iris grises, limpios, le siguieron durante tres pasos.

La mano derecha del anciano se levantó del regazo. Los dedos, largos y manchados de sol, hicieron un gesto lento: ven.

Se detuvo. El joven del banco ni siquiera levantó la cabeza.

—Huye de aquí —dijo el anciano. La voz raspaba, baja, sin prisa—. No vuelvas.
—¿Por qué?
El anciano cerró la boca. La mandíbula se le tensó bajo la piel fina. Los ojos grises no se movieron.
—No vuelvas. Sálvate.
Un bloque de hielo le bajó por la columna hasta el sacro. La saliva se le espesó en la garganta y tragó en seco. El anciano bajó la mano, giró la cabeza hacia el joven y retomó la conversación. Tres segundos. El mundo siguió exactamente igual.
Los pies se pusieron en marcha antes de que la cabeza procesara la orden. Diez pasos hasta el aparcamiento. Quince. El sol seguía igual de limpio, el césped igual de verde, los pájaros haciendo el mismo ruido de fondo. La llave del coche le resbaló entre los dedos húmedos. Al segundo intento entró. El motor arrancó y el aire acondicionado le echó un chorro frío en la cara.
Condujo hacia Vasastan sin música. Llegó al apartamento, bebió agua del grifo en la cocina y miró el patio interior. Todo en su sitio. Los papeles del contrato con Anchor Global esperaban en la pantalla del ordenador.
Los dedos se le quedaron a un centímetro del teclado. Las cláusulas de Anchor Global ocupaban la pantalla y detrás de cada línea de texto aparecía la cara de Celine en el banco, los ojos vacíos, los dedos moviéndose en el aire. La mirada completamente ida.
El móvil vibró sobre la mesa de cristal. WhatsApp. Jim.
¿Ya tienes la firma?
Lo agarró. Tecleó con los pulgares tensos.
Imposible. No se comunica. Está completamente ida.
Los dos tics azules aparecieron al instante. La respuesta de Jim tardó tres segundos.
Redacta el contrato para mañana, por favor. Debemos estar listos.
Omiten cualquier fecha sobre su alta.
Tres puntos parpadeando en la pantalla. Jim escribiendo. El último mensaje entró.
Veré qué puedo hacer.

Dejó el móvil boca abajo sobre la mesa. La pantalla se apagó. El apartamento estaba en silencio y la voz del anciano seguía dentro del cráneo, raspando, baja, sin prisa.
Sálvate.

2
CELINE

[DOCUMENTO ENCRIPTADO – ARCHIVO 01]
Origen: Servidor interno Clínica Södermalm.
Destinatario de la filtración: N. Bergström.
Paciente Celine Vik.
Procedimiento
Hipnosis regresiva inducida (audio transcrito).
[INICIO DE TRANSCRIPCIÓN AUDIO]
—Dr. Yngström
Celine, vuelve al local de ensayo en Eskilstuna. ¿Qué pasa con tu voz?
El bajo me retumba contra el esternón y el olor a cerveza derramada se me pega en la garganta. El suelo de linóleo cruje bajo mis zapatillas. Abro la boca para soltar la letra en skånska y la voz se me quiebra en la mitad, justo donde mamá la habría sostenido sin esfuerzo.
Erik suelta el micrófono y da un paso adelante. Su sombra me tapa entera.
—Canta como Avril Lavigne.
Un calor me sube por la nuca y me quema las orejas. Tobías golpea el platillo una sola vez y asiente sin abrir la boca. Siempre le da la razón. Siempre.
—Somos un grupo y tenemos que escuchar a los demás —repite Erik.
El estómago se me contrae tan fuerte que el aire se me corta. Intento explicar que me gusta cantar, pero que me gustaría más cantar como a mí me gusta. En sueco. En skånska. La lengua que mamá usaba para las nanas en la cocina antes de que la puerta se cerrara para siempre. El amplificador cruje a mi izquierda y el cable

enrollado me roza la pierna desnuda. Erik cruza los brazos y su cara se endurece. Tobías le da la razón otra vez.
El micrófono se me enfría entre los dedos húmedos. El cable se me enreda en la muñeca. Un picor me crece en la garganta hasta que trago saliva y me sabe a metal. El sudor me corre por la espalda y la camiseta se me pega a la piel. El grupo sigue tocando. Yo abro la boca y sale inglés. Un inglés que no es mío. Un inglés que le pertenece a Erik.
El local parece más pequeño cada segundo y las paredes se me acercan. El humo de cigarrillo de Erik flota en el aire y se me mete en los ojos. Nadie dice nada cuando propongo volver al skånska. El sudor me corre por la espalda y la frustración me llena la boca con ese sabor metálico que no se va.
—Dr. Yngström
Ahora enfócate en tu cuerpo. ¿Qué hace Erik con tu aspecto?
El olor a tabaco me invade la nariz de golpe y la garganta me raspa. Erik me pasa el cigarrillo y sus dedos rozan los míos.
—Fuma. Así te mantienes flaca.
El humo me rasga los pulmones y los ojos me lagrimean. Me obliga a dejarme el pelo largo. Lo cepilla él mismo a veces y el tirón en el cuero cabelludo me hace cerrar los ojos. La laca barata que me obliga a usar me pica y el pelo me pesa. Me gusta Erik. Me gusta cómo toca la guitarra y cómo se ríe cuando no está enfadado. Tobías pelea con él a veces y después se ponen de acuerdo, y la tristeza me aprieta el pecho porque siempre se ponen de acuerdo en contra mía.
Papá decía cosas de Erik. Cosas que no quiero repetir. Todo ha sido muy confuso. El encendedor le quema la yema del dedo y el asco al humo se me instala en el estómago.
Recuerdo las peleas de mis padres. Los platos rotos en el suelo de la cocina. La maleta de mamá junto a la puerta. El mismo impulso me crece dentro. Mamá peleó y se fue. Yo voy a ser como mamá. También me voy a ir algún día.
Compongo canciones en secreto. De noche, en la cama, cuando Erik duerme. Tengo una canción buena. Se la mostraré primero a Erik. A

lo mejor le gusta. No le diré que la pensé para él. La canción me quema dentro del pecho, pero no sale.
A Erik lo llaman Göran Persson porque creen que está gordo. Se enoja. Fuma más. Cada vez está más irascible. Yo no voy a fumar. No sin él. Si me lo pide Erik, fumaré. La ceniza me cae en la camiseta y el miedo me mantiene callada. El mismo miedo que me hizo ver a mamá marcharse sin mirar atrás.
—Dr. Yngström
¿Cuándo decides irte?
El olor a tabaco se me queda pegado en la ropa y el tirón del peine me recuerda que ya no decido nada de mi propio cuerpo. La puerta de casa de mis padres se cierra de golpe en mi memoria y el eco me vibra todavía en el pecho. Me gustaría que Erik estuviera contento. Tiene la cara triste siempre. Mala gente triste. La canción secreta me quema dentro del pecho, pero no sale.
—Dr. Yngström
¿Dónde estás ahora, Celine?
El foco del karaoke en Estocolmo me da calor en la cara. Canto sola. Sin músicos. Sin banda. Sin Erik. Sin Tobiás. Un restaurante medio vacío donde nadie aplaude y nadie me dice cómo cantar. Nadie tuvo éxito. Todos se marcharon. Papá se quedó con su pareja y dicen que me extrañan. Yo tampoco quiero volver. Eso quedó enterrado.
El calor del foco muta. Se vuelve insoportable. Me quema los pulmones y el olor a tabaco se transforma en olor a sudor rancio y encierro y las paredes se cierran y estoy mucho más lejos y no me dejan volver a Estocolmo y dicen que estaré encerrada aquí mucho tiempo y huele mal y el calor es insoportable y papá escribe que volverá y de noche los gritos no me dejan dormir y no sé por qué estoy aquí y la cárcel es para mujeres que no hablan conmigo y solo unas pocas hablan inglés y creo que voy a morir aquí y el sudor me corre por la espalda y el aire es pesado y pegajoso y no hay salida y los barrotes están calientes al tacto y el suelo de cemento me quema las plantas de los pies y las voces ajenas me entran en los oídos sin sentido y el calor me sube por la nuca y me ahoga y los gritos siguen y siguen y el papel de la carta de papá se me deshace entre los dedos húmedos y el encierro me aprieta el pecho y no

respiro y el sudor me pega el pelo a la frente y las otras presas me miran de reojo y el idioma se me pierde entre los muros y el calor no para y los pulmones me arden y los gritos me llenan la cabeza y papá dice que volverá pero yo sé que aquí me voy a quedar para siempre y el encierro me cierra la garganta y el sudor me corre y corre y el calor me quema y quema y no hay aire y los gritos y el olor y el sudor y los barrotes y yo me voy a morir aquí—.
—Dr. Yngström
Celine, describe el lugar con precisión.
El calor me quema los pulmones y el sudor me pega la ropa a la piel y los gritos me entran en la cabeza y no entiendo nada y papá escribe que volverá, pero yo sé que me voy a morir aquí—
[AUDIO INTERRUMPIDO – EPISODIO DE CRISIS DISOCIATIVA]
[FIN DE LA TRANSCRIPCIÓN – ARCHIVO 01]

3
JONAS

El tráfico denso de la hora punta atascaba la E4 hacia el norte. El Volvo viejo avanzaba a treinta por hora y el cielo encapotado le aplastaba el ánimo contra el asfalto. El móvil vibró contra el muslo y el nombre de Jim Kowalski iluminó la pantalla de la consola. Golpeó el botón del volante con la base de la palma para activar el manos libres y cortó la música de la radio.

—Pérez.

—Jonas, Jim Kowalski. —El acento americano le entró por los altavoces con esa monotonía que Jim usaba para todo, desde pedir un café hasta despedir a un director financiero—. He leído tu informe.

Jim Kowalski no llamaba a los abogados del escalafón bajo. Si estaba llamando, el informe había tocado algo sensible. Apretó el volante hasta que el cuero le crujió bajo los nudillos. Guardó silencio y dejó que el rumor del motor llenara la pausa.

—¿Algún problema?

—Ningún problema. Has hecho bien. —Un clic metálico de encendedor resonó en los altavoces, seguido por una exhalación lenta—. Sigue observando, pero sin interferir. Me avisas apenas veas que puede firmar.

El jefe del departamento legal en Karlavägen había advertido tres veces sobre el riesgo de arruinar una relación comercial de ese calibre por exceso de celo. Tres veces en tres reuniones distintas, con la misma frase y el mismo dedo índice apuntando a la puerta. Cambió de carril hacia Norrtull.

—¿Quieres ver el borrador?

—Envíamelo, así adelantamos camino. Mantenme informado y consigue ese contrato. ¿Está claro el plan?

—Claro.
—Trabajamos con muchas estrellas, Jonas, y eso nos enseña paciencia. Tú estarás en el lugar y momento adecuados. Son artistas, suben y bajan todo el tiempo.
Jim colgó. El silencio le volvió al coche de golpe. Subió el volumen de la consola hasta que los bajos de una pista electrónica le llenaron la cabeza. Tomó la salida a Bromma. La orden de Jim era limpia: observar, no interferir, conseguir la firma. Pero el informe que había enviado tenía tres párrafos sobre el estado mental de Celine que ningún contrato podía absorber. Variables que Jim no había mencionado. Variables que Jim nunca mencionaba.
Las fachadas de Bromma se alineaban bajo el sol de mayo. Casas idénticas, setos recortados, coches aparcados en línea. El Cadillac azul de Erik seguía ocupando la entrada de grava, demasiado ancho para el camino y demasiado caro para el vecindario. El olor a lilas le golpeó la cara al bajar. Caminó por la acera y apretó el timbre antes de ajustarse las solapas del traje.
La puerta se abrió de golpe. Clara se secó las manos húmedas contra el delantal blanco y abrió mucho los ojos. Asintió despacio.
—¿La encontró? ¿Pudo ver a la señora Celine?
—Sí, la vi. El doctor dice que puede recuperarse. La rehabilitación llevará tiempo, quizá meses, pero hay perspectivas.
Clara soltó el aire retenido y se hizo a un lado. En la encimera de la cocina, los tallos de ruibarbo descansaban junto a un cuchillo todavía húmedo y tres tazas equidistantes. Había preparado el pastel favorito de Celine. Las tazas esperaban a alguien que no iba a venir.
El aire de la tarde entraba por las ventanas arrastrando el olor de los jardines vecinos. Ocupó la silla de mimbre y aceptó la taza de café aguado que Clara le ofreció con manos nerviosas. El líquido caliente le quemó los labios. Apoyó la taza sobre el plato.
—Por su apellido, usted de pronto habla español —dijo ella, tanteando un terreno fuera de la rigidez sueca.
—Sí. Lo aprendí de mi padre.
Las erres le salieron redondas, con el acento de Jorge. Clara se recostó contra el marco de la puerta y la tensión le abandonó los hombros. Una sonrisa triste. Le estrechó la mano.

—¿Amigos? —preguntó ella.
—Amigos.
—Nos entenderemos mejor. —La sonrisa de Clara se borró—. Ha sucedido una tragedia.
Clara miraba hacia todos lados buscando dónde anclar la vista. Le extendió el brazo y le envolvió los nudillos helados con la palma. El pulso de ella latía deprisa.
—Necesito entender qué pasó, Clara.
El pasillo principal de la vivienda tenía ese brillo que solo se consigue a base de fregar la madera una y otra vez. La luz lateral del sol poniente cruzó el suelo y delató cinco tablillas de roble mucho más claras que el barniz del entorno. Apuntó hacia el suelo.
—¿Aquí cambiaron el piso?
—Sí.
Un calor denso le subió por la nuca. Cinco tablillas nuevas. La sangre había empapado la madera hasta el fondo y nadie pudo sacarla. La única solución fue arrancar y reponer. Dato: cuando la sangre penetra madera de roble sin tratar, el daño es irreversible. Lo había leído en un informe pericial del caso Malmsten, su segundo año de ejercicio.
Avanzaron hacia el estudio contiguo. Una franja de luz grisácea iluminaba la guitarra clásica apoyada en su soporte con la tercera cuerda rota colgando inerte. El ambiente olía a polvo encerrado. El piano de cola estaba cerrado.
—¿Ella había dejado de tocar?
—El señor Erik decía que el ruido le molestaba —Clara hizo una pausa—. Pero él invitaba gente a pasar la noche. Al otro día yo venía a juntar latas de cerveza por toda la sala.
Al final del pasillo, una puerta de madera maciza. Cerradura dorada. Avanzó hacia ella y el brazo extendido de Clara le cortó el paso. La mujer retrocedió medio metro.
—No. No puede entrar ahí.
—¿Qué vio ella exactamente?
Clara cerró los ojos con fuerza. La mandíbula le temblaba. La imagen de Celine arrastrando el cadáver por las escaleras estaba en el expediente policial. La había leído tres veces. La mujer del

expediente y la mujer frágil de la clínica eran la misma persona. La nuca se le tensó.
—Clara… ¿usted cree que fue ella?
—No fue ella —dijo—. Pero si fue ella… tal vez tenía razones.
Apoyó la mano sobre el picaporte. El metal estaba helado. No giró. Clara contuvo la respiración a su espalda. Retiró la mano y volvió hacia la cocina.
Ya en el umbral, Clara se aferró al marco de la puerta.
—Había alguien más. Un muchacho. Venía a veces. Veintitrés, veinticuatro años. Tocaba la guitarra con el señor Erik. Cantaban juntos. —La voz de Clara bajó a un murmullo—. La forma en que ese muchacho miraba a la señora Celine cuando ella pasaba… la molestia le salía por los ojos.
Se detuvo. Se giró.
—¿Qué?
Un tercer actor. Un músico joven con acceso a la casa y a Erik. Móvil: los celos. Oportunidad: las visitas regulares. El expediente acababa de cambiar de forma.
—¿Estuvo aquí la noche que Erik murió?
—No lo sé. Pero el señor Erik lo llamó esa tarde. Escuché la conversación. Le dijo que viniera, que tenían que hablar de algo importante.
Los gritos de unos niños jugando al fútbol en la calle le entraron por los oídos al cruzar la verja. El contraste le golpeó en el pecho. La misma calle, el mismo sol, los mismos setos. Adentro, cinco tablillas de roble y un piano cerrado.
Se hundió en el asiento del Volvo. Abrió WhatsApp. Escribió.
Apareció un tercer actor. Un músico joven visitó a Erik esa misma tarde. Constituye un sospechoso sólido. La inocencia de Celine queda respaldada.
El móvil vibró a los tres segundos. Jim.
Excelente. Tenemos un culpable definitivo. El activo queda limpio para la firma. Menos amenazas al proyecto, Jonas. Buenas noticias.
Releyó el mensaje. «Sospechoso» era lo que él había escrito. «Culpable definitivo» era lo que Jim había devuelto. La diferencia entre las dos palabras cabía en un código penal entero. Para Jim, la

existencia de un tercero ya bastaba. La auditoría de riesgos tenía su variable y el contrato podía avanzar. Sin pruebas. Sin tiempos judiciales. Sin nada que un tribunal aceptaría como evidencia.

Un bloque de hielo le bajó por las vértebras hasta el sacro. Las manos se le quedaron rígidas sobre el volante. La llave estaba en el contacto, pero los dedos no la giraban. En la pantalla del móvil, el último mensaje de Jim seguía encendido. «Buenas noticias.» El Volvo olía a cuero viejo y a las lilas del jardín de Celine.

4
CELINE

[DOCUMENTO ENCRIPTADO - ARCHIVO 02]
Origen
Servidor Interno Clínica Södermalm.
Destinatario de la filtración
N. Bergström.
Paciente
Celine Vik.
Procedimiento
Hipnosis regresiva inducida (Sesión 02 - Audio transcrito).
[INICIO DE TRANSCRIPCIÓN AUDIO]
Dr. Yngström
Celine. Quédate en la embajada. Dime exactamente qué ves y qué sientes ahora mismo.
Estoy en la sala de espera de la embajada. El aire acondicionado me sopla directo en la cara. Limpio. Seco. Huele a perfume caro que alguien roció hace poco para tapar algo. Un frío me baja desde la nuca hasta los hombros y se queda ahí clavado. Las baldosas del suelo brillan bajo las luces blancas. Mis zapatos resbalan cuando cambio el peso de un pie al otro. Éramos tres. Ahora solo quedamos dos.
La otra chica está sentada a mi lado. Sus manos se agarran al borde de la silla de plástico duro. Los nudillos blancos. Yo me aprieto los muslos con las palmas y repito lo mismo una y otra vez. Venimos a Dubái porque el anuncio de la aerolínea lo prometía todo. Competencia de azafatas. Trabajo fácil. Dos semanas de vacaciones. Somos estudiantes. Eso era. Ahora solo queremos volver.
El hombre del traje oscuro detrás del escritorio me mira sin parpadear. Tiene una carpeta abierta delante. Un bolígrafo plateado

hace clic cada vez que lo presiona contra la mesa. El sonido me perfora las sienes.
—¿Dónde está la tercera? —pregunta.
Un calor me sube por las mejillas. Las náuseas me trepan desde el fondo del estómago hasta la base de la lengua. No sé. No la vimos más. No nos agredieron. Nunca consumimos drogas. No sé de qué fiesta habla. No hubo ninguna fiesta de jeques. Solo queremos volver a casa lo antes posible.
Las palabras me salen atropelladas. La lengua se me pega al paladar entre frase y frase. El aire sigue siendo agradable para cualquiera que entre por primera vez, pero a mí me baja por la garganta espeso. El sudor me pega la blusa a la espalda. El perfume del ambiente me revuelve las tripas. Repito lo mismo. Estamos bien. Solo tristes. Mi amiga no está y no sabemos nada.
El reloj de la pared marca los segundos con un tic-tac que me pesa en el pecho. Quiero gritar que nos dejen ir, pero la voz se me queda trabada en algún punto de la garganta. Los cortinados pesados, las banderas, el escritorio de madera oscura, todo ordenado. Todo limpio. Yo no puedo tragar.
El hombre del bolígrafo anota algo en la carpeta. No me dice qué. La otra chica tiembla a mi lado. Un temblor fino que le sacude las rodillas. Las luces de la embajada me achican el campo visual. Veo la carpeta. El bolígrafo. Las manos del hombre. El resto se borra. Los bordes de la sala se difuminan.
Dr. Yngström
¿Qué ocurrió en esa fiesta, Celine?
No hubo ninguna fiesta.
Dr. Yngström
Estás segura.
Estoy segura.
El frío del aire acondicionado me golpea otra vez la cara. Limpio. Seco. El mismo frío. Ya no es la embajada. Son los pasillos de la universidad. Celestes. Claros. La luz entra por ventanas grandes y todo parece desinfectado. Camino y cada paso resuena contra las baldosas.

Las miradas me queman la nuca. Las chicas de la fiesta de los jeques. El susurro llega desde las cafeterías. Desde los grupos en los corredores. Un calor me trepa por el cuello cada vez que alguien pasa cerca. La piel me arde. La vergüenza me aprieta la garganta como un cinturón que alguien ajusta despacio.
Miro a mis amigos, pero ya no son los mismos. O quizás soy yo la que cambió. Las mesas de la cafetería con vasos de agua a medio beber. Las conversaciones que se interrumpen cuando me acerco. Los ojos que se desvían medio segundo tarde. Ese medio segundo me destroza.
Un peso me baja al estómago y se queda. Abandono los estudios. No vuelvo. Los edificios tan claros me molestan. La luz me molesta. Todo ese orden me molesta porque yo no encajo.
Tampoco quiero cantar en el restaurante. Cualquiera puede gritarlo en cualquier momento. La chica de la fiesta de los jeques. El micrófono en la mano, las luces bajas, la gente sentada. Imagino la voz que sale de la nada, del fondo de la sala, entre los platos y las copas. Un escalofrío me recorre los brazos. El pecho se me congela.
Mi padre se alegra de verme. Confía en mí. Siempre quiere lo mejor. Me abraza en la puerta de casa y me dice que todo va a estar bien. La presión de sus brazos me duele porque no la merezco. Solo quiero esconderme. Esconder todo. La manta del sofá se me pega a la espalda sudada cuando me siento. El mando de la tele está frío en la mano. Cambio de canal sin mirar. No quiero volver a ese lugar. Ni a su gente. Ni a ninguna parte donde alguien pueda reconocerme.
Pero quiero cantar. Lo necesito. No sé dónde.
Dr. Yngström
Háblame del vídeo, Celine. ¿Qué pasó después?
Hice un video musical. Me gusta verlo a menudo. Usé un nombre diferente. Oculté mi rostro con la capucha y la luz baja. Se habló mucho de él. Creo que fue un éxito. La música me gustó. Me veo bien ahí. Nadie puede decir que soy la chica de la fiesta de los jeques. Nadie me conoce por mi cara. No soy tan popular.
Un calor me sube por la nuca. Las manos se me enfrían. No. No es verdad. Alguien me reconoció.
Dr. Yngström

¿Quién, Celine?
El teléfono suena en mi cabeza. Un timbre agudo que me taladra el oído izquierdo y me baja por la mandíbula. La boca se me seca. El corazón me salta contra las costillas y las manos me tiemblan y la respiración se me acelera y el aire no me llega y las paredes de la habitación se estrechan y el techo baja y la voz del otro lado sabe y es Erik y lo sabe todo y me lo dice y la garganta se me cierra y y y…
[AUDIO INTERRUMPIDO - FIN DE LA TRANSCRIPCIÓN - ARCHIVO 02]

5
JONAS

El sol pálido del jueves iluminaba la fachada de la clínica cuando la enfermera de turno le bloqueó el paso en la entrada. Sonrisa corta. Carpeta contra el pecho.

—Hubo una reacción después de su última visita. A la hora del almuerzo, Celine levantó la mano para rechazar la comida. Un gesto mínimo, pero es la primera decisión propia en semanas.

Primera decisión propia. En derecho contractual, la capacidad de expresar voluntad era el umbral mínimo para firmar cualquier documento. Celine acababa de cruzar ese umbral con un gesto de la mano sobre un plato de comida. Asintió y siguió hacia el jardín.

El sendero de grava crujió bajo las suelas hasta el banco de piedra del jardín interior. Celine estaba sentada igual que la semana anterior. Recta. La vista clavada en los surtidores de agua. El expediente policial de Bromma tenía veintitrés páginas y cuatro fotografías de la escalera. La mujer de esas fotografías y la mujer de este banco eran la misma persona. El cerebro lo procesaba. El cuerpo no lo aceptaba.

Tomó asiento a medio metro.

—Vamos hasta la fuente. ¿Quieres?

Celine no contestó, pero los músculos del cuello le perdieron tensión. Se levantó despacio. Extendió la mano. Los dedos fríos se cerraron sobre la palma abierta. Caminaron hacia la fuente.

El viento cambió de dirección y el agua de los surtidores les llegó de lado. El rocío helado les empapó la ropa y la piel. Una gota le resbaló por la mejilla a Celine. El brazo derecho se le tensó con la urgencia de secársela, pero la mano se quedó clavada al costado.

Volvieron al banco. Celine se inclinó hacia la izquierda y apoyó la cabeza directamente sobre el lino de la chaqueta.

Un calor seco le subió por el pecho hasta la garganta.
El peso de ese cráneo contra el hombro y el olor a champú neutro de hospital le anularon cualquier capacidad de análisis. Se quedó rígido para no romper el contacto.
En la puerta de cristal, Celine se detuvo sobre el riel de metal del umbral. Levantó la cara. Lo miró. Primera vez. Los ojos azules tenían algo detrás que la semana anterior no estaba.
Le apretó la mano. Fuerte. Los nudillos le crujieron bajo la presión de esos dedos finos. Soltó de golpe, dio media vuelta y desapareció por el pasillo de linóleo sin girar la cabeza. La palma le quedó vacía y caliente.
Unos tacones rápidos le cortaron el paso en la acera. Una mujer con traje sastre oscuro. Cuarenta años. Mandíbula tensa.
—¿Es usted el abogado Jonas Pérez?
Interrogatorio informal en vía pública. Sin citación. Sin obligación de responder. Pero negarse a hablar levantaba más sospechas que colaborar.
—Está bien informada. ¿Y usted es…?
—Inspectora Janet Olsson. Sé que tiene permiso para visitar a la paciente. Nosotros no hemos podido hablar con ella todavía.
El «todavía» le quedó flotando en el oído. Todavía significaba que iban a intentarlo. Significaba que el cerco sobre Bromma avanzaba. Reanudó la marcha hacia el aparcamiento.
—Yo tampoco he podido.
La inspectora se interpuso por segunda vez.
—¿Conocía usted a su marido?
La nuca se le tensó. Negar era el único cortafuegos viable en un interrogatorio sin abogado presente.
—No. El vínculo con la paciente pertenece al ámbito estrictamente privado y es muy anterior a los sucesos de esa casa. No hay conexión con el difunto.
Olsson ladeó la cabeza.
—¿Y a qué se debe tanto interés actual en ella, licenciado?
—Una visita de cortesía para evaluar su estado. En los despachos legales, a veces se apoya a viejos conocidos en situaciones críticas. Entiendo que en las comisarías todo se lea como un indicio criminal.

—¿Va a ser su abogado defensor?
—No existe ninguna petición formal al respecto. La ley sueca exige una voluntad clara para establecer una defensa. De momento, la paciente es incapaz de expresarla.
La mandíbula de la inspectora se contrajo.
—Sospechar es mi trabajo —dijo.
—Entonces, si surge algo relevante, solicito hablar con el responsable de la investigación. ¿Es usted?
La inspectora negó con la cabeza.
—Mi jefe. El inspector Hansson.
Sacó una tarjeta del bolsillo interior y se la extendió.
—Indíquele que me llame si requiere algo del departamento legal.
Olsson se quedó quieta. Deslizó la tarjeta en su bolsillo. Caminó hacia el Volvo sin mirar atrás.
Cerró la puerta del Volvo. El ruido de la calle desapareció. La tarjeta de la empresa estaba sobre la consola central, junto a la de Olsson. Dos tarjetas. Dos instituciones. Y las dos habían aparecido el mismo día en el mismo sitio.
Jim lo había forzado a venir esta mañana. Horario exacto, sin margen. Y la policía de Estocolmo estaba esperando en el aparcamiento con la misma impaciencia. La coincidencia no era coincidencia. Jim sabía que la policía vendría. O la policía sabía que Jim mandaría a alguien. Las dos opciones llevaban al mismo sitio: alguien estaba usando a la policía para cronometrar los tratamientos de Celine. O la policía estaba usando a Jim. El resultado era el mismo.
Un bloque de hielo le bajó por las vértebras hasta el sacro. Las dos tarjetas seguían sobre la consola, una al lado de la otra. La de Jim, blanca, con letras en relieve. La de Olsson, gris, con el escudo de la policía. Las dos apuntaban hacia Celine. Y él estaba en medio.

6
CELINE

[DOCUMENTO ENCRIPTADO - ARCHIVO 03]
Origen
Servidor Ingreso Clínica Södermalm. Destinatario de la filtración
N. Bergström. Paciente
Celine Vik. Procedimiento
Hipnosis regresiva inducida (Sesión 03 - Audio transcrito).
[INICIO DE TRANSCRIPCIÓN AUDIO]
—Dr. Yngström
Celine. Estás con Erik. Dime dónde estás. Qué sientes.
Voy en la moto. Detrás de Erik. El viento me golpea la cara y me arranca el pelo hacia atrás. El asfalto pasa rápido debajo de nosotros. Mis brazos rodean su cintura y el cuero de su chaqueta me roza los antebrazos. El motor vibra entre las piernas. Una vibración constante que me sube por la columna y se me instala en el pecho. Respiro hondo. El aire me entra limpio y frío. Huele a pino y a gasolina. Aprieto más fuerte su cintura.
Erik acelera en las curvas. El cuerpo se me inclina con el suyo. El estómago se me eleva como si cayera desde algún sitio. Los árboles pasan borrosos a los lados. Abedules blancos. Pinos oscuros. El cielo gris de julio que nunca termina de anochecer. Una risa se me escapa de la boca y el viento se la lleva. No pienso en la universidad. No pienso en Dubái. No pienso en la chica que no volvió. Solo pienso en el viento y en la velocidad y en los brazos de Erik debajo de mis manos.
Paramos en una gasolinera. Erik baja de la moto y se quita el casco. El pelo rubio le cae sobre la frente. Me mira y me sonríe. Un calor me sube por el pecho. Me quito el casco y el aire fresco me golpea las mejillas calientes. Me tiemblan las piernas cuando piso el suelo.

Él me pasa una botella de agua. El plástico frío me quema los dedos. Bebo y el agua me baja helada por la garganta.
—Falta poco —dice.
Volvemos a la carretera. El viento otra vez. La velocidad otra vez. Las manos de Erik en los puños de la moto. Seguras. Todo es seguro con Erik. El paisaje cambia. Los pinos se abren y aparece el agua. Un lago largo y quieto. La luz le pega desde arriba y lo vuelve plata. Llegamos.
La casa está al final de un camino de tierra. Madera oscura. Ventanas grandes que reflejan los árboles. El embarcadero se extiende sobre el agua con tablones grises. Erik apaga el motor y el silencio me golpea de pronto. Un silencio pesado. Los oídos me zumban después de la carretera.
—Es perfecta —digo.
Erik carga las bolsas. Yo camino hacia el lago. Las piedras del borde son lisas y frías bajo las suelas. El agua no se mueve. Ni una onda. Como un espejo puesto boca arriba. El aire huele a musgo y a madera mojada. Una brisa me roza la nuca y un escalofrío me baja por los brazos. Me giro. Erik está en la puerta de la casa. Me observa.
Dentro todo es madera y lana. La chimenea apagada. Los muebles pesados. Las cortinas gruesas. Erik cierra la puerta y el ruido del lago desaparece. El silencio cambia. Ya no es el silencio abierto del agua. Es un silencio cerrado. De paredes. El aire me entra más denso por la nariz. Erik deja las bolsas en el suelo y se mueve por la casa revisando ventanas. Las cierra todas. Una por una. El clic de cada cerrojo me llega nítido.
Un frío me baja por la nuca.
Hay un piano contra la pared del salón. Vertical. Madera oscura con la tapa cerrada. Me acerco. Levanto la tapa y las teclas de marfil me brillan bajo la luz gris de la ventana. Paso los dedos por encima sin presionar. El marfil está frío. Un frío liso que me sube por las yemas y me llega a la muñeca. Presiono una tecla. La nota sale limpia y se queda flotando en el aire espeso de la casa. Erik se gira desde la cocina.
—¿Tocas? —pregunta.

No contesto. Presiono otra tecla. Otra nota que rebota en las paredes de madera. El sonido me vibra en el pecho. Me siento en el banco. El terciopelo gastado me raspa los muslos. Toco una escala. Do re mi fa sol. Las notas salen limpias, pero algo en el aire no las deja viajar. Se quedan pegadas cerca. Como si la casa las absorbiera. El estómago se me contrae.

Erik se acerca. Se para detrás de mí. Su mano me toca el hombro. Los dedos firmes. El calor de su palma me atraviesa la camiseta. Me inclino hacia delante. Hacia las teclas. El marfil frío contra las yemas. Su mano caliente en mi hombro.

—Toca algo para mí —dice.

Toco. Una melodía que no tiene nombre. Las notas salen de los dedos sin que las piense. El piano suena bien. Afinado. Pero cada nota se apaga demasiado rápido. Se muere contra las cortinas gruesas y la madera de las paredes. Erik se queda detrás de mí todo el tiempo. Respira despacio. El aliento me roza la nuca. La presión de su mano no cambia. No se mueve. No aprieta. Pero tampoco se va.

—Dr. Yngström

Celine. Háblame de la primera noche en la casa.

Cenamos en la mesa de la cocina. Erik cocina algo sencillo. Salmón. Patatas. Me sirve vino en un vaso de cristal grueso. El vino me baja caliente por la garganta. Me relaja los hombros. Erik habla de la casa. De su familia. De los veranos que pasó aquí de niño. Yo escucho y bebo. Las paredes me pesan. El techo me parece más bajo que antes.

Después de cenar busco mi teléfono. No lo encuentro. Reviso la mochila. Los bolsillos de la chaqueta. El bolso. Erik me mira desde el sofá.

—Lo dejé en la moto —dice—. En el compartimento. Mañana lo saco.

Un cosquilleo me sube por el estómago. Asiento. Me siento en el sofá a su lado. La lana de la manta me pica en las piernas. Erik pone una mano en mi rodilla. Aprieta. No mucho. Lo justo.

—Aquí no hay cobertura de todos modos —dice.

Me río. Una risa corta que me sale del pecho sin fuerza. Miro la ventana. El lago está negro. Ya no refleja nada. Un vacío oscuro al otro lado del cristal.
Quiero salir a caminar. Erik dice que es tarde. Que hay animales. Que el terreno es irregular y puedo caerme. Me lo dice con la misma voz de siempre. Suave. Lógica. La misma voz del viento en la moto. La misma voz de falta poco. La garganta se me cierra un poco. Trago. El vino me dejó la boca seca.
—Mañana te enseño todo —dice.
Me lleva al dormitorio. La cama grande con sábanas blancas. Erik cierra la puerta. El clic me resuena en los oídos. Me meto en la cama. Las sábanas están frías y me rozan la piel como algo húmedo. Erik se acuesta a mi lado. Me abraza. El brazo me pesa encima del pecho. El calor de su cuerpo contra mi espalda. Respira lento. Se duerme.
Yo no. Miro el techo. La madera oscura. Las vigas que cruzan de un lado a otro. El silencio me presiona los tímpanos. No hay coches. No hay vecinos. No hay nada fuera de estas paredes. El lago no hace ruido. Los árboles no hacen ruido. Nada.
—Dr. Yngström
Cuando cambia, Celine. Cuando te das cuenta.
No sé qué día es. Tercer día. Cuarto. Erik sale a pescar. Me dice que descanse. Que lea algo. La casa tiene libros viejos en una estantería. Espero a que se aleje por el embarcadero. Me levanto del sofá. Camino hasta la puerta principal. Giro el picaporte.
No se abre.
El metal del picaporte me quema la palma. Giro más fuerte. No cede. Empujo con el hombro. La madera no se mueve. Voy a la puerta trasera. La de la cocina. Giro. Cerrada. Las ventanas. Las grandes del salón. Tienen pestillo por fuera. Lo veo. El tornillo plateado al otro lado del cristal. El aire se me espesa en los pulmones. El salón se me encoge. Las paredes más cerca. El techo más bajo.
Vuelvo al piano. Me siento. Abro la tapa. Las teclas de marfil me brillan. Pongo los dedos encima. El frío me sube por las manos. No toco. Me quedo quieta. Escucho el silencio de la casa cerrada que

me aprieta los oídos y me aprieta el pecho y los dedos se me pegan al marfil y el aire no me llega y las paredes se me acercan y escucho la barca de Erik golpear el embarcadero y las pisadas en los tablones y la puerta que se abre y se cierra y el clic del cerrojo y los pasos que vienen hacia mí y la mano en mi hombro otra.
[AUDIO INTERRUMPIDO - FIN DE LA TRANSCRIPCIÓN - ARCHIVO 03]

7
JONAS

Detuvo el motor al principio del sendero. Un bosque denso amenazaba con tragarse una vieja cabaña amarilla a un costado del camino.

La enfermera vistió a Celine con pragmatismo de vaqueros recios y botas gruesas para el barro. Bajaron del vehículo. Marcó el paso hacia la espesura empuñando el rastrillo de bayas. El sol de media mañana caía oblicuo sobre la tierra húmeda e iluminaba huellas de cascos y raíces expuestas. Trinos y ladridos lejanos llenaban el espacio.

Celine absorbía cada sonido con una atención nueva. La rigidez de la clínica le faltaba en la columna y los hombros le caían sueltos. La decisión de sacarla le costó dos noches de insomnio y una llamada a Yngström que el psiquiatra desaconsejó dos veces antes de ceder. Esa duda acababa de desaparecer.

El camino descendió hacia la oscuridad del pinar, donde la maleza crecía tan compacta bajo las copas que la luz se filtraba con un tono verde y opresivo. Las manchas azules de los arándanos estallaron entre los arbustos bajos, hinchados y jugosos por las lluvias de la semana anterior.

Celine se agachó frente a una mata. Hundió las manos entre las ramas con lentitud, separando los tallos sin quebrar la madera y tocando cada fruto con las yemas antes de desprenderlo mediante un giro milimétrico. Cero tirones. Cero fuerza bruta. Copió su postura y atacó el arbusto contiguo. Los dientes metálicos del rastrillo arrancaron la fruta de golpe y las bayas golpearon el fondo de la cesta con un ruido seco.

Bajo los arbustos, el suelo bullía de vida. Hormigas cruzaban la pinocha mientras los escarabajos negros desaparecían bajo las hojas podridas. La humedad reciente despertó a los insectos y una nube

entera de mosquitos le rodeó la cabeza. El zumbido constante le taladró los oídos. Los aguijones le quemaron la piel de los brazos desnudos.
Conocía esos caminos de memoria tras recorrerlos corriendo cientos de veces. Cuando aparecían las nubes de mosquitos aceleraba la marcha y los dejaba atrás. Ahora permanecía quieto junto a los arbustos y el bosque se cobraba cada huida anterior. Un picotazo le ardió en la nuca. Otro fuego minúsculo le atacó el dorso de la mano. Se frotó la piel contra el antebrazo y continuó.
Celine no se movía ante el asedio. Los mosquitos pasaban a escasos centímetros de su cara y ella no los espantaba ni alteraba el ritmo de la recolección. Si ella podía resistir en silencio, él también podía. El orgullo y la vergüenza de ser el primero en levantarse lo mantuvieron clavado al suelo húmedo.
Durante unos minutos, el ritmo físico de la recolección anuló cualquier otro pensamiento. Rastrillo, bayas, cesta. El zumbido quedó relegado a un ruido de fondo. La pinocha exhalaba un olor intenso a resina y tierra mojada. Un pájaro carpintero golpeaba un tronco cercano.
Entonces levantó la vista.
Celine estaba de pie frente a él, a menos de un metro, sosteniéndole la mirada. Los ojos tenían peso. Foco. Algo detrás que durante semanas no había estado. Soltó el rastrillo.
Celine levantó un arándano entre el índice y el pulgar. La fruta aplastada le manchaba la piel de un tono violeta intenso. Acercó el fruto a los labios y lo mordió despacio. El jugo oscuro le manchó la comisura de la boca.
Sostuvo el contacto visual.
—Dulce.
La voz brotó rasposa, ronca, oxidada por el desuso. Una sola palabra. El bosque entero se calló.
Tragó saliva. Las muñecas le temblaron y el mango del rastrillo se le cayó contra la tierra.
—Sí —dijo con la garganta áspera—. Dulce.
Celine escogió otro arándano maduro del racimo y lo acercó a la boca ajena. Las yemas manchadas de violeta le rozaron el labio

inferior.
—¿Dulce?
Abrió la boca. La fruta estalló en la lengua, ácida y azucarada, con un fondo terroso a humedad y raíces. Masticó despacio.
—Sí. Dulce.
—Llevaremos varios en la cesta.
Hablaba. La voz seguía ronca pero la estructura mental estaba ahí, ordenada y con sentido. Celine se agachó de nuevo y retomó la recolección. Copió el movimiento y volvió a aferrar el rastrillo. Pero ahora cada baya que caía en el fondo del cesto traía consigo la respiración de ella y el roce de sus ropas entre las ramas.
Al salir del pinar, el sendero se ensanchó hacia una pradera abierta. El sol le calentó los hombros helados tras la humedad verde de las copas. En un tramo donde los árboles raleaban, apareció un vallado rústico de madera que protegía un establo bajo. Un potrillo se acercó al cercado arrastrando las patas largas, con el pelaje castaño brillando bajo la luz.
Celine detuvo la marcha. El animal resopló y emitió un relincho corto. Ella respondió desde la garganta con un sonido gutural y exacto que imitaba la frecuencia del relincho. El potrillo sacudió la cabeza, intrigado. Celine extrajo dos arándanos de la cesta, los colocó sobre la palma abierta y extendió el brazo por encima del vallado. El animal tomó la fruta con labios suaves y torpes. Celine le acarició el flanco tenso del cuello y una sonrisa genuina le transformó el rostro.
Regresaron a paso lento hacia el aparcamiento. La cesta iba llena entre los dos y Celine la sostenía contra la cadera con los dedos manchados de violeta.
En la entrada de la clínica, justo antes de cruzar la puerta de cristal, Celine se detuvo. Quiso abrazarla. El código deontológico del bufete prohibía el contacto físico con clientes en proceso activo. Un segundo de duda.
Extendió los brazos.
Celine acortó el metro de distancia sin cautela. Le pegó la mejilla contra la tela de la camisa y le apoyó la palma abierta sobre el

corazón. Le rodeó la espalda con fuerza. Los omóplatos se le marcaban bajo el algodón.

Al separarse un minuto después, se miró el pecho. Sobre el lino blanco de la camisa, a la altura exacta del ventrículo izquierdo, quedaba una mancha irregular de jugo violeta. No intentó limpiarla.

Celine cruzó las puertas automáticas sin mirar atrás. Se quedó de pie en la acera, con la mancha en el pecho y el sol de mayo golpeándole la cara.

* * *

El aire de la ciudad le entró limpio en los pulmones al cruzar el perímetro del recinto. Caminó hacia el Volvo con un paso relajado e inusual.

Dulce.

La palabra le rebotaba dentro del cráneo. Arrancó el motor y condujo hacia Vasastan con la ventanilla bajada. La mancha violeta seguía incrustada en las fibras de la camisa.

Jim iba a llamar. Siempre llamaba después de una visita. Y la conversación iba a seguir el mismo guion de siempre: «Buen trabajo, Jonas», y después la pregunta que importaba. Si Celine dijo «dulce», también podía decir «sí». Y con esa misma mano podía firmar un contrato. Jim tenía razón. Desde el punto de vista contractual, tenía toda la razón.

Aparcó en el garaje de Vasastan y subió al apartamento. Se sirvió un vaso de agua del grifo y miró el patio interior. Las cláusulas del contrato de Anchor Global esperaban en el monitor del escritorio. Se sentó. Puso las manos sobre el teclado. Celine mordiendo la fruta con los ojos vivos le ocupó la pantalla entera, por encima de las cláusulas, por encima de los números.

Un calor seco le subió por el pecho hasta la garganta. El sabor a tierra y azúcar todavía le quedaba en la lengua. La mancha violeta le quemaba bajo la ropa. Y la pregunta de Jim ya estaba ahí, aplastándolo todo: ¿cuándo vuelves con el contrato firmado?

8

El Cadillac azul seguía aparcado frente a la casa, en el mismo ángulo exacto que la última vez, con las ruedas giradas hacia la acera y una capa de polvo fino sobre la carrocería que solo se distinguía de cerca. Pasó junto a él y dio un toque al capó con los nudillos. El metal estaba frío. Ese motor no encendía en semanas.

Clara abrió la puerta antes de que terminara de tocar el timbre. El olor a café recalentado y pan del día anterior llenó el pasillo. La casa estaba impecable: los zapatos alineados junto a la entrada, la madera del suelo brillando bajo la luz de la ventana, un jarrón con flores secas en la repisa. El tipo de orden que existe cuando alguien limpia para no pensar.

Se sentaron a la mesa de la cocina. Clara puso dos tazas sin preguntar si quería café y le sirvió de una cafetera italiana que conocía tiempos mejores. El café estaba amargo y tibio. Clara movía su taza en círculos sobre la superficie de la mesa sin beber, con los ojos fijos en el líquido.

Algo cambió desde la última visita. Los pómulos se le marcaban más bajo la piel pálida y las manos no le paraban: la taza, el borde del mantel, la cucharilla.

—Ya le dije que el señor era raro —empezó Clara sin levantar la vista —. La policía vino hace unas semanas. Me preguntaron por un joven. Me enseñaron una foto.

Apoyó los antebrazos en la mesa.

—¿Lo conocía?

—No era colega de aviación. —Clara bajó la voz aunque estaban solos en la casa. Miró hacia la puerta de la cocina y la mandíbula se le tensó—. Fue un triángulo, señor Jonas. El marido tenía una relación con un piloto extranjero y otra aventura aquí con ese chico.

Un músico joven. Vinieron los celos, después los golpes y, más tarde, lo que vino.
La palabra triángulo se instaló en la cocina. Dos relaciones paralelas. Un marido que vivía en un compartimento sellado mientras Celine mantenía la fachada de la casa, las fotos de alumnos sobre el piano, la sonrisa para los vecinos. El patrón de los expedientes de divorcio de alta renta que Jorge le enseñó en el despacho: una vida visible y otra subterránea, sostenidas por el mismo silencio.
—Por eso no hubo robo —dijo.
—No hubo robo —dijo Clara—. Hubo rabia.
Erik. El marido que dormía aparte, que ocupaba otra habitación, que tenía otra vida completa dentro de la misma casa. Los expedientes de Jorge estaban llenos de hombres así: maridos que levantaban estructuras enteras de mentira y esperaban que aguantaran para siempre. Nunca aguantaban.
—¿Y qué pasó con el chico? —dijo.
—Lo soltaron. —Clara miró por la ventana hacia la calle vacía—. Salió en el periódico. No daban el nombre, pero yo sabía quién era. Lo vi venir a la casa y tocar la guitarra con Erik. Veintipocos años, flaco, con el pelo largo. El fiscal no encontró pruebas suficientes y lo dejaron ir.
—¿Celine sabía?
Clara se quedó quieta. Dejó de mover la taza y miró las fachadas de enfrente a través de la ventana.
—Mire, aquí todo es tranquilo —dijo—. Las casas son bonitas, los jardines están cuidados, la gente se saluda. Hasta que un día llegan las sirenas y te das cuenta de que el desastre estaba en tu rellano. —Se giró hacia él—. Creo que ella cargaba con la culpa de no haber visto lo que tenía delante. O peor, de haberlo visto y haber decidido que no podía hacer nada.
Dejó pasar unos segundos antes de hablar. La información que Clara acababa de darle cambiaba el expediente completo, pero la mujer necesitaba oír una noticia.
—Celine habló —dijo.
Clara soltó la taza. La porcelana repiqueteó contra el plato y el café salpicó el mantel.

—Habló —dijo Clara en voz baja, y se llevó una mano al pecho—. Llevo meses rezando por eso.

Al salir se detuvo junto al Cadillac. Pasó los dedos por el capó y el polvo se le acumuló en las yemas. El coche de un muerto. El coche de un hombre que vivió tres vidas dentro de una sola casa y terminó destruido por la más secreta de las tres.

Un calor denso le subió por la nuca. La misma sensación de los dieciséis años, cuando Jorge le contó que la madre no iba a volver. El suelo que se mueve unos centímetros y ya nada está donde debía estar.

Celine vivió en esa casa con un hombre que la engañaba con dos personas al mismo tiempo. Mantuvo la fachada, dio clases de guitarra, cocinó cenas mientras Erik subía al segundo piso a llamar por teléfono a otro país. Y después aguantó el escrutinio policial, las sirenas, los periodistas, la autopsia de su matrimonio en los titulares de la prensa local. Todo eso sin que nadie la creyera, sin que nadie le preguntara cómo estaba, sin que nadie le ofreciera otra cosa que sospecha.

Las cortinas cerradas del segundo piso, el jardín cuidado, las flores secas en la repisa. Una vida que no existía. Y él entró ahí con un contrato de Anchor Global en el maletín, creyendo que iba a gestionar una firma comercial.

Caminó hacia la parada del autobús. Hundió las manos en los bolsillos y ordenó los hechos.

Hecho uno. Erik tenía al menos dos relaciones extramatrimoniales, una con un piloto en el extranjero y otra con un músico joven en Estocolmo. Hecho dos. Erik murió en circunstancias violentas y la policía investigó al músico. Hecho tres. El fiscal no encontró pruebas suficientes para procesar y el caso seguía abierto. Hecho cuatro. Celine era la viuda, la persona más cercana al muerto, y en cualquier caso abierto, la persona más cercana al muerto es siempre la primera sospechosa.

El viento de la calle le secó los labios. La parada estaba a dos manzanas y el expediente que Anchor Global le encargó como trámite de rutina se le complicaba con cada metro.

Jim lo contrató para que Celine firmara un acuerdo de representación artística. Un contrato limpio, dijo Jim. Una formalidad. Pero Jim no le mencionó que la clienta vivía en una casa donde ocurrió un homicidio, que el caso seguía abierto, que la policía interrogó a personas del entorno y que cualquier movimiento contractual podía interpretarse como un intento de sacar a Celine del país antes de que la investigación avanzara. Si la fiscalía reabría el caso y descubría que Anchor Global firmó un contrato con la viuda del asesinado semanas después del crimen, las implicaciones iban a salpicar mucho más allá de una firma en un papel.

O Jim no sabía nada de esto, lo cual era improbable tratándose de alguien que investigaba a sus clientes con la minuciosidad de una agencia de inteligencia. O Jim lo sabía todo y decidió que el riesgo merecía la pena, lo cual significaba que el valor de Celine para Anchor Global era mucho mayor de lo que el contrato sugería.

Ninguna de las dos opciones era buena.

Pero debajo del cálculo jurídico le latía otra cosa. Celine en el hospital, con la voz rota por la medicación, contándole fragmentos de una vida que nadie le pidió que contara. La manera en que lo miró cuando le dijo que le creía. Nadie le dijo eso en años. Esa certeza le pesó más que el expediente entero.

La primera regla del bufete: no involucrarse con los clientes. El día que sientas lástima por un cliente, retírate del caso, dijo uno de los viejos con la voz de alguien que pagó la lección cara. Lo que le crecía en el pecho no era lástima. Era la urgencia de poner el cuerpo entre Celine y lo que viniera después.

La parada del autobús apareció al final de la calle. Un banco metálico bajo una marquesina de cristal sucio. Se sentó y sacó el teléfono. El número de Jim estaba en la pantalla, a un toque de distancia.

Si llamaba ahora y le contaba todo lo que Clara reveló, Jim podía abortar el trato. Retirar la oferta, dejar a Celine sin representación, y la cantante volvería a quedarse sola en una casa donde la policía podía aparecer cualquier mañana con una orden de registro y preguntas nuevas. Sin abogado, sin contrato, sin red. O Jim podía hacer algo peor: acelerar la firma para blindar a Celine antes de que

la investigación avanzara, usándola como activo corporativo mientras la policía le pisaba los talones.

Guardó el teléfono en el bolsillo sin marcar. Iba a darle a Jim la versión editada: la viuda colabora, el terreno es favorable. El triángulo amoroso, el músico suelto y el homicidio abierto iban a quedar sepultados bajo su propio silencio.

El autobús detuvo la marcha frente a la acera. Las puertas se abrieron con un soplido neumático. Subió el primer escalón. Metió la mano en el bolsillo del abrigo y apretó los dedos alrededor del metal frío del teléfono hasta blanquear los nudillos. El secreto le pesó en la palma durante todo el trayecto hasta Vasastan.

9
CELINE

Dos noches consecutivas de insomnio terminaron de encajar la estructura de la canción y las partituras acabaron cubriendo el atril del piano, la banqueta y un trozo del suelo de madera. Recogió todas las hojas sueltas para ordenarlas sobre el soporte. El borde del papel le cortó las yemas de los dedos. Se miró en el espejo del baño, soltó la goma y volvió a recoger el pelo, dejando unos mechones sueltos sobre la frente.

La blusa celeste y los leggins negros evidenciaban una pérdida de peso reciente, pero la tela se ajustaba a las líneas del cuerpo. Levantó la tapa del piano y pasó los dedos sobre el teclado sin presionar. El marfil estaba helado. Componer en sueco le quitaba la distancia de seguridad que el inglés siempre ponía entre la emoción y el sonido.

El timbre cortó la quietud del apartamento. Abrió la puerta y tiró de la muñeca de Jonas para meterlo en el salón. Señaló el atril con la barbilla.

—Las últimas dos noches —dijo—. Se llama Sin compás. La escribí para ti.

—¿En dos noches? —Jonas recorría las hojas con los ojos muy abiertos.

—En sueco. Esta vez las notas necesitaban sueco.

Ocupó la banqueta frente al instrumento y dejó que los hombros le perdieran la tensión acumulada antes de colocar las manos sobre el teclado. La primera nota salió limpia, igual que la segunda. El piano obedecía. La voz le subió desde el fondo de los pulmones con una gravedad profunda, llenándole la boca de sílabas exactas y sin adornos.

Durante el estribillo cerró los párpados y el eco le rebotó contra las paredes blancas hasta que la nota alta se sostuvo en el aire sin quebrarse. Terminó la pieza manteniendo las manos rígidas sobre las teclas. El silencio llenó la habitación.
—Es lo que siento —dijo sin girar el rostro—. Directo.
Giró la cabeza. Los ojos de Jonas brillaban y la boca le quedaba entreabierta. Guardó silencio durante varios segundos.
—Es increíble —dijo con la voz rasposa.
Se puso de pie de un salto.
—Tengo hambre. Vamos al lago. La terraza todavía tiene sol.
Las mesas de madera sin mantel del restaurante ocupaban la zona elevada del muelle, con el agua debajo y la luz rebotando contra la superficie. Pidió una copa de vino blanco mientras Jonas elegía una cerveza. El sol le quemaba las retinas.
—¡Jonas! ¡Qué sorpresa encontrarlos aquí!
Un hombre corpulento embutido en una camisa de lino se levantó de la mesa contigua, seguido por una mujer rubia que llevaba las gafas de sol apoyadas en la cabeza.
—Raymond —dijo Jonas, estrechando la mano ofrecida—. Te presento a Raymond Lindqvist y a su esposa, Marian.
La mujer le escrutó de arriba abajo. Le devolvió la sonrisa de cortesía con la misma cara que ponía en las cenas corporativas con los colegas de Erik.
La llegada de Henrik y Lotta Schmucker completó el cerco; un hombre de pelo cortado a cepillo con un bronceado carísimo que apretaba la mano con fuerza. La conversación derivó hacia quejas sobre viajes a Egipto y propiedades en Mallorca. El vino blanco le enfrió la garganta. Jonas navegaba entre ellos con una ligereza inusual, riendo en los puntos exactos y formulando las preguntas correctas.
—¿Y vosotros? —Raymond giró el torso hacia su posición, invadiendo el espacio—. ¿Habéis estado de viaje?
—Tres semanas en Tarifa —dijo Jonas—. Mucho surf y descanso.
Raymond soltó una carcajada fuerte.
—¿Surf? ¿Tú?
—Desde que encontré a la profesora adecuada.

Henrik se inclinó sobre la mesa.
—¿Y dónde se conocieron?
Aceleró la respuesta para bloquear el acceso.
—Soy su instructora de surf. Lo rescaté cuando cayó de la tabla el primer día. Es un alumno persistente, aunque le falta equilibrio.
Raymond se rio de nuevo, las gafas de Marian bajaron al puente de la nariz y Lotta mostró los dientes por primera vez en toda la tarde.
—Es cierto —dijo Jonas—. Me salvó la vida.
Henrik siguió apretando. Exigió detalles sobre olas, equipamiento y orígenes, cerrando las vías de escape con una insistencia que no admitía silencios. Vació el resto de la copa de un solo trago y apoyó el cristal vacío contra la mesa antes de que las preguntas tocaran zonas restringidas.
—Nos disculpan. El agua nos espera.
Se levantó de golpe. Jonas la siguió tras murmurar una despedida rápida.
El sendero angosto desembocaba en un embarcadero desierto donde las tablas retenían el calor del final de la tarde. Se desabrochó la blusa y la dejó caer sobre la madera. El viento helado le golpeó la piel.
Tomó impulso desde el borde y el cuerpo cortó la superficie del lago. El agua negra y gélida se lo tragó todo. Mantuvo los ojos abiertos bajo el agua, inmersa en un silencio donde no existían las preguntas ni las miradas evaluadoras. El oxígeno le empezó a quemar. El impacto de otro cuerpo pesado rompió el agua en la oscuridad.
Emergió hacia la luz soltando una carcajada mientras Jonas braceaba a escasos metros con el rostro lívido y las pupilas dilatadas por el susto.
—¡Me has asustado! —dijo él, escupiendo agua.
—Solo estoy disfrutando.
Se puso a flotar de espaldas mirando al cielo abierto.
Treparon de vuelta a la estructura de madera tiritando bajo la brisa, el agua escurriendo por la piel sobre las tablas secas. Le acortó la distancia. La piel de él estaba helada.
—Disculpa —dijo alzando el rostro—. Quería que te sumergieras conmigo.

Los labios chocaron con sabor a cieno y agua dulce y el calor le subió entre los dos torsos empapados. Jonas le apretó el abrazo contra el pecho. El sol le calentó la espalda.

De vuelta en el coche, la calefacción le secó la ropa húmeda. Apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. El móvil vibró contra el salpicadero. Jonas desvió la vista hacia la pantalla.

El perfil de la mandíbula se le tensó hasta marcar el hueso y los nudillos le perdieron color al aferrarse al volante. Guardó el aparato de un manotazo brusco y engranó la marcha atrás sin articular palabra.

La temperatura del coche no bajó, pero el aire entre los dos asientos se volvió sólido.

10
JONAS

Marcó el número del inspector Hansson desde el parque. Tres tonos. Cuatro. Al quinto, la línea se abrió.
—Hansson.
—Inspector, soy Jonas Pérez. Necesito hablar con usted.
Silencio al otro lado. Un crujido de silla. El roce de papel contra madera.
—Hablemos —dijo Hansson.
Estaría en su oficina en veinte minutos.
El trayecto desde el parque hasta la comisaría de Kungsholmen duró veinte minutos a pie. La arquitectura de hormigón de los años setenta se alzaba al final de la calle, gris y monolítica, sin la amabilidad de los despachos de Karlavägen. Cintas amarillas y rojas acordonaban el perímetro de la acera derecha, tirantes bajo el viento pesado de la tarde. Tres patrulleros bloqueaban medio carril y el destello azul de los rotativos le golpeaba las fachadas vecinas. Jurisdicción penal. Otro código, otras reglas, otro lenguaje. Ignoró a los agentes uniformados que fumaban junto a los vehículos y empujó la puerta de cristal.
El aire acondicionado del vestíbulo reciclaba un oxígeno saturado de café quemado, sudor viejo y desinfectante industrial de limón. Teléfonos sonando, teclados mecánicos y voces ásperas rebotaban contra las paredes de linóleo. En Karlavägen, los expedientes se movían en silencio. Aquí se movían a gritos.
Hansson esperaba de pie junto a los tornos de seguridad. El apretón de manos fue firme.
—Pérez —dijo señalando el pasillo—. Por aquí.
Conocía esas oficinas. Paredes delgadas. Voces que se filtraban. Olor a café quemado. Esta vez fue por decisión propia. Eso cambiaba las

reglas.
La oficina era pequeña, con escritorio de melamina, dos sillas de plástico y archivadores metálicos contra la pared. Una ventana daba a un patio interior con geranios marchitos. Sobre el escritorio, junto a una pila de carpetas, una foto enmarcada de un hombre joven con un niño que llevaba camiseta del AIK. Al lado, una cajita de chicles de nicotina medio vacía.
El cerrojo de la puerta encajó con un chasquido metálico. Un ventilador de techo giraba con una lentitud inútil. Las dos sillas de plástico para visitas estaban atornilladas al suelo y ubicadas cinco centímetros más bajas que la butaca del inspector. La luz de la ventana, filtrada por los geranios, golpeaba contra los ojos del invitado y dejaba el rostro del policía en penumbra.
Hansson acomodó la cajita de chicles sobre la madera y alineó un bolígrafo paralelo al borde del escritorio.
—Simple curiosidad —dijo Hansson—. En realidad, estoy aquí para ver la evolución de la señora Vinter.
—Lo mismo de mi parte.
Hansson lo miró fijo. Ojos grises. Mirada que no parpadeaba. Sostuvo la mirada.
—¿Ha hecho progresos?
—Señales de que avanza. No he hablado con el doctor Yngström.
—Sí, por teléfono.
Se sentó y cruzó las piernas.
—Leí algo sobre un sospechoso.
Hansson asintió y dejó que el silencio se estirara.
—No está descartado —dijo—. Pero por el momento no hemos ido muy lejos.
Un calor seco le subió por la nuca. Si las patrullas atrapaban al músico, el juicio destaparía el triángulo amoroso. La viuda se convertiría en carnaza de tabloide. Jim y Anchor Global anularían el contrato de la gira para huir de la prensa. Y si sacaban a Celine de la clínica para interrogarla bajo los efectos del cóctel químico de Yngström, el daño iba a ser irreversible.
Apretó la mandíbula y obligó a los hombros a perder la rigidez contra el respaldo de plástico.

—Por eso la memoria de la esposa de la víctima nos ayudaría.
—Una foto siempre ayuda…
Los ojos de Hansson se entrecerraron apenas.
—Usted también podría ayudarnos. Si logra comunicarse con ella.
Se echó hacia atrás en la silla.
—Su colega, la inspectora Olsson, ya preguntó si sería el abogado de Celine. No está en los planes. Las amistades no deben ser clientes.
—Comprendo.
Hansson inspiró profundo. Apretó el posabrazos. La mirada se le desvió un segundo hacia la foto del escritorio.
—De todas formas, puede ser de ayuda. ¿Diría que ella confía en usted?
—No lo sé. Apenas dijo una palabra.
—¿Sobre?
—La comida. Lo más elemental.
Hansson anotó algo en un cuaderno.
—¿Conocía usted a la víctima?
—No. Hace años que no veía a Celine. No sabía que tuviera pareja.
—¿Cuántos años?
—Diez o más.
Hansson colocó el bolígrafo paralelo al borde del escritorio, alineado con la cajita de chicles.
—¿Cree que hay riesgo para Celine si vuelve a su casa?
La pregunta llegó inesperada.
—¿Por qué habría riesgo?
—Ahora ella está libre de nuevo —dijo Hansson—. Mejor así.
Un calor le subió por el cuello.
—La he escuchado decir una sola palabra. Y no era «libre».
Hansson sonrió. No invitaba a quedarse.
—No hubo hurto. Nada robado. Nada forzado.
Esperó. Venía más.
—Quien podría darnos el motivo ya no puede hablar. Por eso necesitamos que Celine hable.
Se puso de pie.
—Creo que podemos terminar aquí nuestro intercambio.

Hansson permaneció sentado. Las manos cruzadas sobre el escritorio.
—O comenzarlo.
Lo miró desde arriba. El inspector no se inmutó.
—Ya lo comenzó Janet Olsson en mi visita privada a Celine. Por eso vine.
Hansson asintió despacio.
—Entonces está claro. Usted viene porque nosotros le hicimos preguntas. No porque quisiera ayudar.
No respondió. No hacía falta.
Caminó hacia la puerta. La abrió. Se detuvo en el umbral sin girarse.
—Inspector. Si Celine habla, yo no seré quien le cuente qué dijo.
Cerró la puerta antes de que Hansson pudiera responder.
Las propias palabras le rebotaron dentro del cráneo con cada paso sobre la acera. Si Celine habla, yo no seré quien le cuente qué dijo. Acababa de trazarse una línea. Del lado de la policía, Hansson. Del lado de la corporación, Jim. Y él en medio, sin mandato de ninguno de los dos, protegiendo a una mujer que todavía no le había pedido que la protegiera.
Sacó el teléfono. El número de Nina estaba a un toque. Podía contarle lo del músico, lo del triángulo, lo de la urgencia de Hansson. Pero Nina era periodista. Lo que él le contara a las cuatro de la tarde iba a estar publicado a las seis. Y Celine iba a despertar mañana con su matrimonio destripado en los titulares.
Guardó el teléfono en el bolsillo sin marcar. El sol de la tarde le calentaba la cara y la acera de Kungsholmen olía a asfalto recalentado. A partir de ese momento, ni aliados, ni confidentes, ni salida. El peso del silencio le iba a costar más que cualquier factura del bufete.

11

El aire viciado de la estación quedó atrás al salir del metro en Vasastan. En el andén, Lindqvist, del departamento penal, le dio una palmada amistosa en el hombro a modo de saludo.

—Suerte para ti que te dedicas a contratos. Esas salas de interrogatorio ya me dan claustrofobia.

Sonrió. Solo se metió en una de esas salas y no fue por un cliente. Caminó hasta el apartamento sin prisa. Las preguntas de Hansson le seguían dando vueltas: la foto que Clara vio, el sospechoso liberado, la insistencia en que Celine hablara. Piezas sueltas que no encajaban. Pero la última frase del inspector le pesaba más que el resto. Si Celine habla, yo no seré quien le cuente qué dijo. Ahora era un problema táctico inminente.

Porque Celine iba a hablar. Ya hablaba. Cuando la policía se enterara, los interrogatorios serían inevitables y Hansson no iba a esperar. La inspectora Olsson tampoco. Recogió la correspondencia y la publicidad acumulada en el buzón de la puerta. Facturas, más publicidad, un sobre con la postal de Nina. Un detalle arcaico. Ya nadie enviaba postales. Una más para la colección del refrigerador.

El cartón satinado mostraba una vista panorámica de la costa de California bañada por un sol perpetuo. Nina estaba a nueve mil kilómetros de distancia, ajena a la maquinaria penal, estudiando y creyendo que su única intervención fue ayudarlo a entrar en la clínica. Una amiga enviando un trozo de papel por correo tradicional. Le dio la vuelta a la postal entre los dedos.

Si cometía el error de llamarla ahora, la sacaría de su ignorancia académica. La periodista regresaría en el primer vuelo disponible, a

diseccionar a Celine. El aislamiento era el único muro viable. Abandonó el cartón sobre la encimera de la cocina y caminó hacia el salón.
La revista Nordic Surfers con su portada brillante fue la única distracción, vistas agradables para la noche antes de dormir.
Se sentó en el sofá del salón sosteniendo el teléfono. Si mantenía la posición exclusiva de abogado comercial de Jim, el acceso a los interrogatorios policiales quedaría bloqueado. Pero asumir la defensa judicial de Celine le garantizaba presencia en la sala. La estrategia era clara: mover las piezas antes de que Hansson ejecutara su jugada. Marcó el número de Jim. Contestó al segundo tono.
—Jonas. Dime que tienes buenas noticias.
—Las tengo. Pero necesito que hablemos de la estrategia.
Un silencio breve cortó la línea. La música de fondo sonaba familiar. Era la muestra que Celine envió de su última canción. Jim se estiró para bajar el volumen.
Apretó el teléfono contra la oreja. La más mínima vacilación en la voz lo delataba. Si Jim deducía que la maniobra buscaba bloquear a la policía, la respuesta de Anchor Global iba a ser rápida.
—Te escucho.
—Creo que sería mejor que tú discutas el contrato con Celine. Ella va a atravesar momentos de presión policial con la investigación. Si superviso la parte judicial, su posición queda más segura. Y la nuestra también.
Jim no respondió de inmediato. Conocía ese silencio.
—Tiene sentido. Comprendo lo que te preocupa.
La pregunta salió directa, sin rodeos.
—No lo creo. Pero aquí valen las evidencias, no las creencias. Hay indicios materiales que hablan de su inocencia. Fue ella quien llamó a la ambulancia. Ella misma bajó el cuerpo por las escaleras. La policía tuvo un sospechoso desde el inicio, pero no reunió pruebas suficientes. Todo indicaría que las primeras conjeturas van por ese lado.
—Es tranquilizante.
—Coincido. Por eso es mejor que me ocupe de la parte judicial. Así podemos estar informados de lo que pasa en la investigación.

Esperó. Jim estaba tomando una decisión.
—Bien.
Soltó el aire entre los dientes. Jim aceptaba el tablero.
—Tienes toda la base del contrato lista. Si hay cambios, avísame, pero saldrá mejor así.
—Saldrá bien —dijo Jim, cambiando el tono sin transición—. Lo has hecho bien.
El entrecejo se le frunció. No esperaba eso.
—¿Qué quieres decir?
—Estos fósiles no van a soportar los nuevos tiempos. Solo piensan en sus jubilaciones. Lo único que tienen para ofrecer es la vejez.
Un calor le subió por la nuca. Jim hablaba del bufete de Karlavägen, de los socios que le dieron su primer caso, de la firma donde llevaba años construyendo carrera.
—Los bufetes se renuevan.
—Los que sobreviven, sí.
Guardó silencio. Jim tenía razón suficiente para que cualquier réplica sonara a defensa.
—Tengo la impresión…
La frase que colgaba en el aire era injusta. Y precisa. Apretó la mandíbula.
—No creas que te estoy queriendo reclutar.
—Creo en hacer carrera. En que las cosas van peldaño a peldaño.
—Y has hecho esos peldaños. Todos.
Se hundió más en el sofá mientras el relleno le cedía bajo el peso.
—Mi negocio es descubrir talentos que están listos para el salto.
—Me estás diciendo que necesito un empujón.
—Un empujón, le has dicho bien. Piénsalo. Ya sé lo que me vas a decir. Que estás rodeado de gente interesante, colegas, conversaciones agradables. Que te sientes bien donde estás.
Los dedos se le cerraron sobre las rodillas.
—En todos lados hay gente tóxica, Jim.
—Cierto. Pero en otro rango no te afectará igual, porque no compiten contigo por lo mismo.
La conversación terminó repasando los detalles prácticos habituales: plazos, documentos y la cláusula de exclusividad que Jim quería

revisar. Tomó notas rápidas en el margen del sobre de Nina.
—Jonas.
—Estamos claros.
Lo dijo sin pensar. Al colgar, el apartamento quedó en silencio. Permaneció sentado con el teléfono todavía entre los dedos. Consiguió lo que quería. Jim haría la oferta laboral y él se ocuparía de la defensa de Celine. Todo encajaba en el esquema.
Caminó hacia la cocina para servirse agua. El grifo goteaba con ese ritmo lento e irritante que llevaba semanas ignorando. Bebió de pie, apoyado en la encimera, mientras la luz de la tarde se apagaba detrás de los tejados del patio interior.
Cerró la llave del grifo con fuerza, apretando la manivela hasta aplastar la junta interna. El goteo continuó. Un eco regular e implacable contra el acero inoxidable.
Se miró los nudillos blancos apoyados sobre el mármol. Jim lo acabó de aislar de sus jefes en Karlavägen para convertirlo en su operador personal. La urgencia de proteger a Celine lo empujó a tomar el control legal, pero la gota seguía golpeando la pila, y el sonido le confirmaba el precio del pacto.

12
CELINE

Jonas la llevó al derbi. Cuarenta mil personas gritando bajo las bengalas. Después de semanas de silencio en la clínica, el ruido era exactamente lo que necesitaba. La marea de aficionados los arrastró por la calle Entrévägen bajo un aire pesado, cargado de asfalto recalentado y pólvora. Al pasar frente a un puesto de camisetas, cruzó por puro impulso, agarró una de rayas azules y se la metió por la cabeza. El espejo le devolvió el color contra la piel pálida. Algo propio.

—No entiendo cómo puedes apoyar a los de negro —dijo, señalando la ropa de Jonas—. No solo visten como jueces, sino que juegan con la misma rigidez.

—Son el equipo local —dijo él.

Se rio. Una risa fuerte que le salió del fondo de la garganta y que la multitud se tragó al instante. El túnel de cemento desembocó en las gradas y el ruido le golpeó el cuerpo entero. El césped brillaba bajo las torres de iluminación. Detrás de las porterías, el clamor de la multitud rebotaba en las costillas y subía por la mandíbula. Cuarenta mil personas respirando al mismo tiempo. Algo se le abrió en el pecho que llevaba meses cerrado.

Un hombre apoyó la mano sobre el respaldo de la butaca inferior y cortó el ruido de golpe.

—Celine. Qué alegría volver a verte fuera de los jardines clínicos.

Jim. Chaqueta técnica impoluta. Correos reenviados. Llamadas ignoradas. La época en que Erik controlaba la agenda y Jim esperaba al otro lado de la línea. Los vellos de los antebrazos se le erizaron.

—Jim. —La palabra le cortó el ruido de la grada.

Jim le estrechó la mano a Jonas. Apretón corto. Se giró hacia ella.

—Cómo no voy a conocer a uno de los abogados más prometedores. Me alegra ver que está en tan buena compañía. Quizá pueda asesorarnos cuando negociemos los términos.
Jonas apretó la mandíbula y guardó silencio. El silbato del árbitro reanudó el partido y un ataque rápido del equipo local desvió la atención hacia la barandilla metálica.
—¿Proyectos nuevos? —insistió Jim desde atrás.
—Componiendo —dijo, con la vista fija en los once jugadores sobre el césped—. Algo fuerte. Algo que suene como esto.
—Envíame lo que tengas listo. Mañana a primera hora.
Jim alzó la mano a modo de despedida y desapareció entre la multitud. Iba a volver a llamar. Siempre volvía a llamar.
Falta dentro del área. El estadio enmudeció un segundo. Se puso de pie de golpe, desde los talones, y soltó todo el oxígeno en un solo grito. Un calor le subió por la garganta y le abrió el pecho. Varias docenas de veteranos envueltos en bufandas desgastadas giraron el rostro y estallaron al unísono siguiendo el mismo compás. La garganta vibró con una potencia que el encierro había mantenido sofocada durante meses.
El móvil vibró en el bolsillo trasero. Lo sacó sin pensar. Un mensaje de un número oculto. Una foto.
Erik. Camilla de hospital. Sábanas blancas empapadas en sangre. El encuadre cerrado, el grano grueso. La cara pálida asomando por encima del doblez de la tela. La mandíbula floja. Los párpados cerrados.
El rojo de la sangre se le quedó pegado en la retina. Los bordes de la foto se difuminaron. El estadio siguió rugiendo pero el sonido le llegó desde muy lejos. La imagen de Erik en la camilla se le mezcló con otra: ella misma de pie en un escenario, vestida de negro, las manos extendidas hacia un público que gritaba. Las dos imágenes ocuparon el mismo espacio dentro de la cabeza y ninguna cedía.
Las piernas le cedieron. Se dejó caer en la butaca de plástico. El asiento estaba helado contra los muslos. Apretó el móvil contra el pecho para que no se le cayera. El partido seguía, pero el sonido le llegaba desde otro sitio, amortiguado, distante.

Jonas le agarró la mano. Los nudillos le apretaron los suyos. Inclinó la cabeza hasta apoyar la sien en su hombro. El olor a detergente industrial mezclado con el calor que le salía de la camiseta de algodón.

—Estoy bien, solo un poco cansada —dijo.

El silbato final sonó. La multitud empezó a fluir hacia los túneles a base de empujones y cánticos cruzados. Caminó pegada al flanco de Jonas. Las piernas le pesaban. Los párpados también. La claridad del cielo abierto le golpeó la cara al salir y el zumbido de las tribunas le seguía dentro de los oídos.

—Quiero componer.

Jonas se detuvo en seco.

—Quiero irme a casa. Necesito sentarme al piano.

Las yemas de los dedos le ardían con la necesidad de golpear las teclas.

—¿Ahora?

—Ahora —dijo, sosteniendo el contacto visual sin parpadear.

Avanzaron hacia la zona de aparcamiento mientras el sol de la tarde iniciaba su descenso sobre la línea de edificios de Estocolmo y una ráfaga de viento le barrió el sudor de la nuca. Un calor seco le bajó por los antebrazos hasta las muñecas. La música exigía salir. Apretó los puños.

13
JONAS

Lars levantó una mano lenta a modo de bienvenida desde el porche de la casa amarilla y blanca. Marina lo acompañaba. Los guio hasta la cabaña de huéspedes y mostró la cama tendida, una jarra de agua, toallas dobladas y la ventana abierta. Tres gnomos de cerámica sonreían desde el alféizar.

Marina tomó a Celine del brazo y cruzaron el césped sin hablar. Mantuvo la distancia a un paso por detrás. El viento del lago golpeó la nuca con un impacto helado.

—¿Trajeron abrigo para la noche? —preguntó Lars con la vista fija en el agua.

Celine asintió. Marina acomodó un mechón de pelo rubio y lo dejó caer en su sitio. Bajaron por el sendero hacia el bosque mientras las agujas de pino cedían bajo el peso de los zapatos.

—Dudé en acompañarte —dijo—. Me alegra haber venido, pero todavía me siento como un invitado de último minuto.

—Si te vuelve el complejo de intruso, te tiro al lago —dijo Celine. Media sonrisa—. Agua fría. Tratamiento exprés.

—Funciona.

Caminaron entre los árboles mientras el olor denso a resina invadía los pulmones. El aire fresco barrió de golpe el cansancio acumulado tras las horas de carretera.

—Crecimos con este bosque —dijo Celine—. Ensayábamos aquí cerca con la banda. —Hizo una pausa—. Mi padre venía a escucharnos cuando podía. Ahora apenas sale de la casa.

Pasaron junto a una raíz que sobresalía del suelo. Celine la señaló con la punta del zapato y ajustó el paso para esquivarla.

—¿Por qué se disolvió la banda?

—No fuimos lo bastante buenos. O no tuvimos paciencia. Cada uno tomó su camino y al final no quedó nada que sostener.
El sendero desembocó en un claro entre los troncos donde el agua del lago brillaba sin una sola arruga en la superficie. La tensión de los omóplatos cedió por primera vez en semanas. Celine indicó que no había prisa, que faltaban horas para que llegaran los invitados y que Marina tenía todo bajo control.
—¿Sabes quiénes vienen?
—Amigos cercanos. Vecinos de siempre. Aquí no hay parientes.
La mesa estaba puesta para siete comensales. El mantel de lino exhibía hojas bordadas y pliegues marcados por la plancha de esa misma mañana. Desde la cocina llegaba un aroma espeso a cordero asado, ajo y eneldo que despertó el hambre al instante. Marina trajo la fuente y la colocó en el centro de la mesa. El cordero brillaba bajo una costra de hierbas y las patatas gratinadas burbujeaban en crema de leche.
—Me he tomado el atrevimiento de preguntar si odiabas el ajo —dijo Marina mientras servía con una cuchara de madera gastada.
Celine apretó los labios una fracción de segundo y los relajó antes de responder.
—Me gusta el cordero —dijo.
Marina soltó una risa abierta.
—Ha sido un riesgo. El ajo y el cordero son cosas que la gente ama o que odia. Sabía que a Celine le gustaba.
—Y a mí me gusta Celine —dijo, con el tono de quien expone una conclusión ante un tribunal.
Celine lo miró de reojo.
—Chiste de abogado.
Todos rieron. Oskar golpeó la mesa con la palma. Karin negó con la cabeza sin dejar de sonreír. Viktor levantó la copa un centímetro. Cortó un trozo de carne y el jugo oscuro se extendió por el plato hasta mezclarse con la crema. El cordero se deshizo en el paladar. Hacía meses que no comía de esa forma, sentado en una mesa donde nadie miraba el reloj.
La conversación fluyó más suelta con la segunda botella de vino. Viktor sacó a Marina a bailar en el espacio que separaba la mesa de

la ventana, moviéndose con la soltura de dos cuerpos que ya conocen el mismo compás. Oskar y Karin los siguieron con menos coordinación y más alcohol en sangre. Llenó de nuevo su copa. El tinto le bajó caliente por la garganta y los hombros cedieron. Celine permaneció a su lado observando a los demás sin soltar palabra.
La brisa nocturna cortó el ambiente caldeado al salir al porche. Viktor se acercó.
—¿La conoces bien?
—Estoy aprendiendo.
Viktor miró hacia la superficie oscura del lago.
—Erik era complicado. Ella aguantó mucho.
—¿Qué aguantó?
—Pregúntale a ella. Cuando esté lista.
Una ráfaga helada proveniente del agua cortó la respiración. Cuando volvió al interior, Celine esperaba junto a la puerta principal. Los vecinos se despedían con la lentitud sueca de rigor; Marina recogía las copas y la música seguía sonando para nadie.
—¿Vamos a la cabaña? —preguntó Celine—. Quiero encender la brasa afuera.
Quedaba leña apilada junto al círculo de piedra en el exterior. Preparó una base sólida con troncos finos y Celine prendió el fuego con un fósforo largo. La llama tardó en agarrar, pero el calor terminó extendiéndose con fuerza entre la madera seca. Celine trajo una manta gruesa y la extendió sobre ambos al sentarse hombro con hombro. El cielo de mayo conservaba todavía una claridad terca que se resistía a desaparecer.
—Mañana nos vamos temprano —dijo mirando el fuego—. Si te pesa, lo digo yo.
—No me pesa.
La madera crujió emitiendo dos chasquidos secos. Celine miraba las brasas. De pronto empezó a cantar en voz baja, probando las palabras con lentitud.
Agua y sal. Sol, déjame estar.
Lo repitió. La segunda vez las vocales se alargaron y las aes finales se estiraron hasta transformarse en otra cosa. Un estribillo. Una melodía que subía y bajaba.

Todo es tan real.
Un calor seco le subió por la nuca hasta las sienes. El silencio posterior pesó más que el anterior.
—Me agota explicar —dijo Celine—. Me agota callar.
—¿Qué callas?
—Lo que todos saben y nadie dice.
Una chispa saltó de la brasa y murió en el aire frío.
—Erik no era quien parecía —continuó ella—. Y yo fingí no verlo. Durante años.
Mantuvo el silencio. La lumbre bastaba.
—¿Por qué te casaste con él?
Celine tardó en contestar. La luz irregular del fuego marcaba sombras profundas debajo de sus ojos.
—Porque creí que podía salvarlo. O salvarme. Ya no sé cuál.
El fuego proyectaba su calor contra el rostro, contrastando con el frío que atacaba la espalda bajo el tejido de la manta. Celine acortó la distancia, hundió las manos en los bolsillos de la chaqueta ajena y apoyó la cabeza sobre ese hombro.
Entraron en la cabaña cuando el fuego quedó reducido a ceniza blanca. La lámpara encendió un círculo tibio en la habitación. Celine arrastró un baúl hasta la alfombra y apoyó la palma sobre la tapa.
—Ábrelo conmigo.
Sostuvo el borde y levantó la pesada tapa despacio. Celine sacó una carpeta plana de la que emanaba un olor fuerte a papel viejo. Se detuvo en una imagen donde cuatro jóvenes sonreían a la cámara.
—La banda —dijo ella—. Se llamaban Vinterljus.
Señaló al guitarrista.
—Erik.
Detrás del vocalista, casi oculto, había otro chico de pelo oscuro sosteniendo un cable enrollado. No miraba a la lente de la cámara. Miraba a Erik. La mano del técnico descansaba sobre la del músico, con los dedos rozándose apenas.
—¿Quién es este? —preguntó señalando el fondo.
—Tobias. Ayudaba con el sonido.
—¿Siguen en contacto?
—No.

Celine guardó la carpeta en el baúl. La fotografía quedó abandonada sobre la mesa.

En la oscuridad de la cama, Celine acortó el espacio entre los colchones. La respiración de ella le rozó el cuello.

—Ven —dijo ella.

La defensa cedió en la primera fracción de segundo. Celine le agarró el cabello con las dos manos y tiró hacia abajo, y la boca de ella encontró la suya, y el peso de su cuerpo le empujó el tórax contra el colchón. Cada vez que intentaba recobrar el control, ella lo desarmaba con otro movimiento.

Después, la respiración agitada fue lo único que ocupó la habitación. El silencio del lago de Eskilstuna al otro lado de la madera regresó despacio. Celine dormía con la frente apoyada contra la clavícula. Un calor lento le latía debajo de la piel. El cuerpo exigía más. La cabeza exigía más. Ningún contrato del bufete cubría lo que acababa de pasar.

14
CELINE

El Cadillac avanzaba por el asfalto mojado y el paisaje de Södermanland se deshacía en manchas verdes y grises al otro lado del cristal. Apoyó la sien contra la ventanilla. La vibración mecánica del motor le trepó directo al hueso del cráneo. Cerró los ojos.

El olor a cuero del habitáculo se mezcló con el rastro de humo impregnado en la ropa, y la imagen de Lars levantándose de la mesa con dificultad llegó sin aviso. El temblor senil. El pastillero abierto. La frase lanzada durante la cena. Apretó las mandíbulas.

Si el viejo lo había visto desde el principio, el silencio cómplice también le pertenecía.

Jonas mantenía las manos firmes sobre el volante, a la izquierda. Tomaba cada curva con una lentitud calculada. El teléfono vibró sobre la consola con dos golpes secos. Estiró el brazo, giró el aparato. La luz de la pantalla rompió la penumbra del interior. Policía. Estocolmo.

El mensaje exigía una entrevista presencial, hoy o mañana, y prometía brevedad. Un bloque de hielo le ocupó el centro del abdomen. Leyó el texto por segunda vez. Ninguna citación policial terminaba siendo breve. Bloqueó el teléfono y lo dejó boca arriba sobre la consola.

—¿Qué pasa? —Jonas redujo la marcha.

—La policía. Quieren hablar conmigo.

—¿Sobre qué?

—No lo dicen.

Tecleó la confirmación con los dedos rígidos, borrando caracteres erróneos antes de pulsar envío. El cuchillo. La sangre empapando la madera de la cocina. Los ochenta kilos de peso muerto arrastrados por los peldaños. La lluvia arreció de golpe y golpeó la chapa del

techo con una violencia ciega mientras los limpiaparabrisas luchaban contra la cortina de agua.
—Iba a dejarte en tu casa y seguir a la mía —dijo Jonas, elevando la voz para superar el ruido del temporal—. Pero con esto…
—Vuelve conmigo. —Lo miró un segundo—. A casa.
Él asintió y giró el volante hacia la salida. El aire retenido en los pulmones salió de golpe. Lo necesitaba dentro de la casa. Eso era todo.
Corrieron los diez metros desde el vehículo hasta el porche bajo el aguacero y cruzaron el umbral. El agua escurrió de la ropa empapada sobre el recibidor de madera oscura. Ignoró los interruptores. La penumbra azul de la tormenta dominaba el interior.
Se detuvieron en el pasillo estrecho. El pelo húmedo de Jonas goteaba sobre su frente. Levantó los brazos y apoyó las palmas heladas directamente sobre el cuello de él. Los músculos se le tensaron bajo el contacto. Inició el beso con urgencia, buscando sal y lluvia.
Subieron las escaleras tropezando en la oscuridad, abandonando las prendas mojadas sobre los peldaños. La ventana del dormitorio vibraba con cada ráfaga exterior. Empujó el cuerpo de Jonas contra el colchón y permaneció de pie un segundo, dominando la respiración agitada. Aceptó la mano ofrecida y cayó sobre la cama.
El estruendo de la lluvia camufló cualquier otro sonido. Clavó las uñas en esa espalda ancha. Cada vez que la mente derivaba hacia la citación policial o la fotografía del baúl, incrementaba la presión del agarre, anclándose a la fricción, al peso, al ritmo del cuerpo ajeno. Enterró los dientes en el hombro de él.
El agotamiento paralizó las extremidades minutos después. Apoyó la cabeza contra el pecho de Jonas y esperó. La respiración de él se volvió lenta y profunda hasta confirmar el sueño. La columna vertebral le quedó rígida contra el colchón.
El descanso se rompió cuando los músculos del torso de Jonas se contrajeron bajo su mejilla. Él tanteó la mesilla en la oscuridad, agarró el móvil, activó la pantalla. El resplandor azulado le iluminó la mandíbula desde abajo. Tecleó durante un minuto largo. La pantalla

cambiaba de ventana tres, cuatro veces. Bloqueó el aparato y lo dejó boca abajo sobre la madera.
—Celine.
La voz cortó el silencio de la habitación. Tono bajo, sin inflexiones.
—En el hospital… ¿Quién te tomó declaración?
El oxígeno desapareció del cuarto. El olor a desinfectante industrial le volvió a la nariz. La mujer de las manos vendadas sosteniendo un bolígrafo. Un rostro. Una voz.
—No me acuerdo del nombre.
La mentira le salió limpia. Los dientes apretados detrás de los labios.
Él guardó silencio. Le rodeó la cintura con el brazo y tiró de ella hacia el centro de la cama.
Abajo, el temporal seguía azotando la ciudad sin tregua.

15
HANSSON

Cerró la persiana metálica del quinto piso hasta dejar apenas unas rayas finas de luz naranja cortando la oficina. El sol de junio golpeaba los cristales mientras el ventilador de escritorio movía el aire caliente de un lado a otro, inútil.

—Este calor es capaz de lograr confesiones —dijo, sin apartar la vista de la ventana.

Katarina levantó la vista de la carpeta oficial.

—Hoy no toca eso. Hoy toca cerrar.

Empujó la puerta con el hombro para asegurarla. El café de máquina le ardía en el estómago. Tres vasos desde las siete de la mañana sin haber desayunado. El despacho apestaba a plástico recalentado y expedientes antiguos. Se giró hacia la pizarra blanca cubierta de fotografías, flechas y nombres impresos.

El caso era simple sobre el papel. Un drama pasional ordinario protagonizado por el piloto Erik Vik, un cuchillo de cocina y un joven con antecedentes. La solución venía empaquetada desde la jefatura porque un criminal de bandas necesitaba protección y había ofrecido confesar el asesinato a cambio de entrar en el programa de colaboradores del reino.

—Un trato limpio —murmuró, leyendo los nombres—. Él consigue protección; nosotros cerramos estadística. Todos ganan.

Tomó asiento frente al escritorio. La silla crujió bajo su peso. Treinta y dos años de servicio. Antes, los homicidios paralizaban la ciudad durante semanas. Ahora le llegaban resueltos con el culpable ya puesto.

—Kevin Nordin —leyó Katarina, repasando la ficha—. Veintitrés años. Nacido en Tensta. Antecedentes por tráfico menor y agresión. La brigada antinarcóticos lo detuvo en una operación contra la red de

Järva y en el interrogatorio ofreció información sobre un homicidio sin resolver a cambio de entrar en el programa.
—¿Y nosotros lo aceptamos así?
Se frotó los ojos con los nudillos hasta que la presión le produjo manchas anaranjadas en los párpados. Apoyó la cadera en el borde de la mesa.
—Rikskronvittne. Colaborador del reino. La fiscalía ya lo aprobó —dijo Katarina—. Nordin declaró que discutió con Erik Vik por dinero y drogas, y que cogió un cuchillo de la cocina en un arrebato impulsivo. La versión encaja con la escena del crimen.
—Encaja porque la construyeron para que encajara.
—Gunnar… —Katarina bajó el tono—. Al chaval casi lo matan en Torrevieja. La banda lo vendió a unos colombianos y lo dejaron medio muerto en un descampado. Volvió a Suecia arrastrándose. Necesita protección real o aparece en una cuneta antes de Navidad.
Había visto funcionar ese mecanismo decenas de veces. Traficantes que entregaban a sus jefes a cambio de un colchón limpio y un nombre nuevo. El sistema tenía su utilidad. Pero usar un programa antinarcóticos para cerrar un asesinato doméstico era rellenar la casilla con el nombre equivocado para que los números del trimestre cuadraran.
—Solo si la viuda colabora —puntualizó ella—. Necesitamos que su identificación sea sólida. Sin eso, el fiscal se echará atrás.
La viuda. Celine Vik. Abrió la carpeta amarilla y pasó las hojas hasta la fotografía de la mujer rubia de ojos claros, barbilla levantada, acostumbrada a las cámaras. El informe clínico adjunto detallaba un ingreso en la Unidad Psiquiátrica de Södermalm, un diagnóstico de trastorno disociativo por trauma agudo y topiramato 100 mg. Le iban a pedir a una mujer bajo tratamiento psiquiátrico que confirmara una verdad fabricada.
—¿Viene sola?
—Con un abogado —Katarina consultó su bloc de notas—. Jonas Pérez. Del bufete de Karlavägen.
El bolígrafo se detuvo en seco sobre el papel. Pérez. La conversación de semanas atrás en ese mismo edificio. El tono exigente. La mirada directa. Apellido colombiano, sueco impecable, traje de dos mil

coronas. El tipo de abogado que sabe exactamente cuántos derechos tiene y los usa todos.
Un calor seco le subió por la nuca. Sabía lo que era ese automatismo. Lo había visto en colegas durante treinta años. Ahora lo tenía dentro.
—Pérez no es su abogado oficial. No consta en el expediente.
—Se ha presentado como tal esta mañana. Llamó a las ocho en punto.
Llamada temprana. Eso significaba control del terreno antes de que llegaran otros actores. Podía ser celo profesional. Podía significar que Pérez tenía algo grande que proteger.
—¿Qué sabemos de él?
Katarina revisó el monitor.
—Abogado mercantil. Trabaja para una consultora de seguros, Anchor Global. Sin antecedentes. Nació en Estocolmo. Madre sueca, padre colombiano naturalizado en los ochenta.
—Bien. Que entre con ella. Un abogado presente nos protege del recurso por indefensión.
Katarina asintió.
—¿La estrategia?
Se puso de pie y caminó hasta la ventana. Abajo, un cochecito de bebé avanzaba despacio y un perro ladraba atado a una farola. Estocolmo seguía funcionando. El montaje que se armaba en este despacho no le iba a cambiar la tarde a nadie de ahí abajo.
—La estrategia es simple —dijo sin apartar la vista del cristal—. Le mostramos la foto. Le preguntamos si lo reconoce. Necesitamos la identificación positiva y la confirmación de que estuvo en la casa el día del homicidio. Nada más.
—¿Y si pregunta por el contexto? ¿Si quiere saber cómo llegamos a Nordin?
—Es una citación como testigo, no como imputada. No tiene derecho a conocer los detalles de la investigación policial.
Katarina cerró su libreta de golpe y guardó las notas.
—El abogado sí va a preguntar.
Un letrado competente nunca permitiría una identificación visual sin conocer el origen de la sospecha. Y si Pérez demostraba la

inteligencia que aparentaba, detectaría la ingeniería del caso antes del primer cruce de palabras.
—Si pregunta, le damos la versión autorizada. Operación antinarcóticos, detención rutinaria y confesión voluntaria sobre un caso abierto. El mecanismo del programa de colaboradores es estrictamente confidencial.
Revisó el ajuste de la camisa en el espejo, comprobó la tinta del bolígrafo con un trazo rápido y expulsó el aire retenido en los pulmones.
—Vamos.
Caminaron juntos por el pasillo hacia las salas de interrogatorio mientras el linóleo gris absorbía el eco de sus pasos. El hedor a limpiador industrial de limón saturaba el espacio. Contó las puertas mentalmente hasta detenerse frente a la tercera a la izquierda. Giró el pomo y accedió a la habitación: tres sillas enfrentadas, un equipo de grabación y un vaso de agua junto a un café oscuro.
Katarina verificó los niveles de audio mientras él organizaba las fotografías del sospechoso dentro de la carpeta policial. Tomó posición en la esquina del fondo, el ángulo ciego que le permitía escrutar las expresiones sin exponer el propio rostro. El reloj de pared avanzó hasta las diez menos cuarto. En quince minutos, Celine Vik entraría escoltada por su letrado, validaría la fotografía de un criminal dispuesto a cargar con el muerto por supervivencia, y el expediente se cerraría.
El café sobre la mesa estaba frío. El tubo fluorescente zumbaba. La puerta principal cedió un palmo y la cabeza de Katarina rompió el silencio de la sala.
—Están aquí.

16
JONAS

La comisaría de Kungsholmen apestaba a café quemado y a linóleo recalentado. Empujó la puerta de cristal con el hombro. El aire acondicionado estaba tibio y no servía de nada. Celine caminaba medio paso por detrás, en silencio, con una blusa gris de lino y el pelo recogido. Los anillos de plata le brillaban en los dedos bajo los fluorescentes. Se anunció en el mostrador de recepción. Apretó la mandíbula. Todas las veces anteriores que había cruzado esas puertas fueron por procedimientos mercantiles. Hoy escoltaba a una mujer citada por un homicidio.

—Señor Pérez.

Hansson apareció al fondo del pasillo. Apretón de manos firme y seco.

—Inspector. Antes de que mi clienta entre en ninguna sala, necesito saber por qué estamos aquí.

Hansson desvió la vista hacia Celine, que soportó el escrutinio con los labios sellados y las manos quietas a los costados.

—Identificación de un sospechoso —dijo—. Procedimiento estándar. Serán quince minutos.

—¿Quién es el sospechoso?

—Kevin Nordin. Veintitrés años. Detenido en el marco de una operación antinarcóticos.

Nordin. Clara lo susurró en la cocina de Bromma semanas atrás. El chico de la guitarra que visitaba a Erik.

—Nordin fue interrogado hace dos meses y negó todo. ¿Qué cambió?

Un calor seco le subió por la nuca. El silencio de Hansson se extendió tres segundos de más. El policía comprobó que el pasillo estuviera vacío antes de bajar el tono.

—Se ha autoinculpado.
—¿Voluntariamente?
—Voluntariamente.
Dejó que la palabra flotara en el pasillo. Nadie pasa de negar a confesar un homicidio por voluntad propia. En derecho mercantil, ese tipo de giro en una declaración significaba una cosa: alguien ofreció algo a cambio.
—Inspector, nadie altera una declaración así sin que algo cambie en medio. Si quiere que mi clienta colabore, exijo saber qué fue ese cambio.
Hansson se frotó los ojos. Las ojeras le marcaban surcos oscuros bajo la luz cenital. Nordin había sido molido a golpes en Torrevieja por una banda internacional y necesitaba el programa de protección del reino. El sospechoso ofrecía un homicidio resuelto a cambio de su vida.
—Y necesitan a mi clienta para cerrar el círculo —dijo.
—Necesitamos una identificación visual independiente que confirme la presencia de Nordin en la vivienda. Sin eso, la auto confesión es insuficiente.
Hansson estaba atado de manos. Todo dependía del «sí» de Celine. Se giró hacia ella, que aguardaba contra el hormigón con los hombros inmóviles y la vista clavada en una baldosa.
—Celine, van a mostrarte una foto para que identifiques si esa persona estuvo en tu casa. ¿Estás preparada?
—Sí.
La misma sílaba ronca de la clínica. Seca y automática. Asintió y confirmó el acceso a la sala con Hansson, exigiendo que no hubiera presiones.
Tomó asiento al lado de Celine en la habitación angosta, frente a Harry y Katarina. El espacio entre las sillas forzaba una proximidad incómoda. El calor corporal de ella le llegaba a través de la tela de lino.
Harry deslizó una fotografía tamaño carnet sobre la mesa.
—¿Has visto alguna vez a este hombre?
Celine bajó la vista durante cuatro segundos. Los dedos de ella le rozaron la madera de la mesa.

—Sí. En mi casa. Visitaba a Erik.
Harry deslizó una segunda imagen y exigió detalles de la vestimenta. Celine cerró los ojos. La descripción le salió sin vacilar. Chaqueta negra, camisa a rayas, zapatillas deportivas. Demasiado precisa. Demasiado limpia.
Hansson abandonó su posición en la pared y apoyó las manos sobre la mesa.
—¿Qué hacían Erik y él? ¿De qué hablaban?
La mandíbula de Celine se endureció.
—Tocaban música. Se encerraban en el estudio. Yo estaba en la cocina y oía las guitarras. Nada más.
La respuesta venía sellada. Hansson presionó buscando gritos, discusiones, consumo de drogas. Celine mantuvo la versión intacta. Ni una variación. Ni una fisura.
—Cuando encontraste el cuerpo, lo cargaste escaleras abajo. Ochenta y tres kilos. ¿Cómo es posible?
Se inclinó hacia delante para bloquear el ataque.
—Inspector, esa pregunta excede el objeto de esta citación.
Hansson entornó los ojos, pero Celine ya había abierto la boca.
—Cómo se carga lo que uno quiere salvar. A la espalda. Pensé que si llegaba a la calle, la ambulancia lo vería antes.
La miró. Celine le ignoró el contacto visual para sostener la mirada de Hansson sin parpadear. Identificó formalmente la foto, alisó su falda y se puso de pie sin formular una sola pregunta sobre el destino del chico o el juicio.
Abandonaron la comisaría. La luz agresiva de la calle le atacó las retinas. Celine caminaba con pasos regulares y los brazos sueltos.
—Estoy fuera. Eso es suficiente.
Arrancó el motor. El tráfico del mediodía atascaba Hantverkargatan. El móvil vibró contra el salpicadero. Nina. El texto confirmaba un regreso a Estocolmo para el 15 de julio y exigía recogida en el aeropuerto. Bloqueó el teléfono.
Celine preguntó por el cierre del caso judicial y por los plazos legales para no entorpecer los conciertos que Jim estaba organizando. Apretó la mandíbula. Acababa de salir de un interrogatorio por el asesinato de su marido y ya estaba calculando fechas de giras.

El semáforo de Norr Mälarstrand pasó a rojo. El motor bajó al ralentí y el ruido lejano de las gaviotas y el oleaje del canal le entraron por la ventanilla. Giró el rostro hacia la izquierda. La falda de ella había retrocedido. Las piernas cruzadas con elegante indiferencia.
Apoyó la mano sobre esa rodilla.
—Estás muy encantadora hoy.
Celine sonrió.
—¿Crees que la policía lo ha notado?
Una risa seca le raspó la garganta. Hundió el pie en el acelerador en cuanto la luz cambió a verde. La comisaría se encogió en el retrovisor, pero la pregunta de Hansson sobre los ochenta y tres kilos arrastrados por la escalera le seguía martilleando dentro del cráneo.

17

El verde intenso de los pistachos triturados dañaba la vista a través de la vitrina del café Hakim. Celine permanecía inmóvil frente a las hileras de dulces bañados en miel y pétalos de rosa secos, la cabeza ladeada, los ojos fijos en cada pieza. Se acercó y apoyó el índice contra el vidrio frío. Ella reaccionó.

Pidieron dos cafés y un pastel de pistacho. Tomaron asiento junto a la ventana. El aroma denso del cardamomo saturó el local. El recuerdo de la cabaña le ocupaba la cabeza entera. Los labios de ella. El peso de su cuerpo. Celine partió un trozo de bizcocho con lentitud. La masa resistió bajo los dedos finos.

—¿Te gustan los dulces?

—En general, sí. Detesto los chocolates.

Cogió una servilleta de papel y empezó a doblarla en tiras finas y paralelas. Los pliegues eran exactos. El mismo tic de ansiedad que los clientes del bufete tenían en la antesala del juzgado.

—Él traía de toda clase. Leonidas, Godiva, Lindt. Aprendí a distinguirlos evaluando su peso y textura. Los que flotan resultan peligrosos.

Erik. Otra vez Erik en la mesa, entre los platos. Se inclinó hacia delante y le buscó los ojos.

—Celine, ¿por qué callar tu aversión al chocolate?

—Erik castigaba cualquier negativa. Se sentaba en el sofá de cuero blanco, abría la caja y clavaba la mirada hasta hacer insoportable el ambiente del salón. Sostenía esa presión durante una hora exacta. Luego guardaba la caja con llave y aplicaba un mutismo de tres días. Desaparecía estando en la misma casa. Limpiar el baño resultaba preferible a soportar ese silencio.

—¿Y por qué aplazar la huida? Tenías las llaves del coche. Dinero.

—Erik era piloto. Volaba tres veces por semana. En cuanto el motor de su coche se alejaba hacia Arlanda, yo ponía mi música. Pedía comida tailandesa y consumía cuarenta y ocho horas de aislamiento total. Aguantar el chocolate del domingo garantizaba el silencio del jueves. Constituía un estricto horario de vuelos.

Apretó los dientes. Entregas periódicas, sanciones por incumplimiento, cláusulas de silencio. Erik dirigió ese matrimonio con la misma lógica que un contrato de suministro.

Celine abrió el bolso y sacó dos cajas pequeñas de medicamentos. Las depositó sobre el mantel blanco, alineándolas junto al plato. Abrió la primera con un clic metálico, sacó una cápsula blanca y la tragó con el café. La segunda caja quedó intacta, rozando el borde de la porcelana.

Las etiquetas brillaban bajo la lámpara. Tipografía médica ilegible desde esa posición. Inclinarse delataba el interés.

—Debo enviárselo a mi madre —dijo Celine, alzando el móvil hacia el trozo de bizcocho intacto—. Resulta ser su favorito.

El encuadre del postre en la pantalla le permitió desplazar la lente un milímetro hacia la derecha, capturando ambas cajas en el ángulo inferior. Pulsó el obturador. Disparo silencioso. Guardó el teléfono antes de que ella detectara el foco real de la imagen.

—Una profesora como tú destacaría en cualquier parte.

Ella asintió y dobló la servilleta en una tira aún más estrecha.

* * *

Abrió el portátil horas más tarde. Accedió a la carpeta de imágenes, amplió la esquina inferior de la fotografía. Los nombres aparecieron borrosos pero legibles.

Primera caja: VARANEX, varalozida 50 mg. Segunda caja: KLORITAM, norclozatina 25 mg.

Las búsquedas sobre el Varanex arrojaron resultados previsibles: ansiedad generalizada, trauma sostenido, reducción de hipervigilancia. Prescripción lógica. Las páginas sobre el Kloritam desplegaron otra terminología: anticonvulsivo, modulador cognitivo, uso estrictamente restringido. Leyó despacio las contraindicaciones y apretó la mandíbula al llegar a la advertencia.

Un calor seco le subió por la nuca hasta las sienes. El Kloritam prohibía su administración conjunta con moduladores del grupo varalozida. Nombraba el Varanex de forma explícita. Conocía suficientes contratos y cláusulas abusivas para reconocer esa especificidad. Una orden de anulación dirigida.

Cerró el portátil de golpe.

Caminó hacia la biblioteca universitaria. El fraude clínico tenía una arquitectura contractual y necesitaba a alguien capaz de leer la letra pequeña de la química. Al cruzar el umbral del edificio de ladrillo rojo, el olor a papel viejo le reemplazó la asfixia del apartamento. Germán esperaba junto a la ventana con un manual de psicopatología abierto sobre la mesa. Tomó asiento y le deslizó el teléfono con la fotografía ampliada.

—Varanex y Kloritam —dijo—. Juntos. El prospecto prohíbe combinarlos. ¿Qué hace esa mezcla?

Germán evaluó la imagen y la sonrisa académica le desapareció del rostro. Bajó el tono al límite del susurro.

—El Varanex embota la memoria reciente, preservando la funcionalidad del paciente. Trabaja, conversa, simula normalidad. El Kloritam, en cambio, corta los bucles traumáticos desde el hipocampo posterior. El precio exige perder la capacidad de secuenciar. De encontrar archivos del pasado.

—¿Y juntos?

—Juntos producen disociación temporal. El paciente habita un presente continuo. El pasado queda totalmente inaccesible. Como la mente odia el vacío, lo rellena. Al recibir una estructura o un relato externo, el paciente lo adopta. Construye recuerdos falsos ignorando su propia mentira. Su cerebro carece de alternativa.

Apretó la mandíbula. Borrar el registro original y sustituirlo por la versión autorizada. La misma mecánica que una cláusula de confidencialidad.

—Le di un recuerdo de nosotros totalmente inventado —dijo—. La historia de la clínica. Lo asimiló de inmediato.

—Eso se llama confabulación —confirmó Germán, clavándole la mirada—. ¿Quién le recetó el Kloritam?

Ignoró la pregunta.

—¿Qué tendría de bueno ese cóctel?
Germán frenó el amago de una sonrisa.
—Con un poco de imaginación… y las inducciones correctas, el sujeto se transforma en el operador perfecto. Piénsalo como un trader financiero de corto plazo. Operar desprovisto de ruido mental garantiza el éxito. Una mente obligada a borrar su pasado resulta el activo ideal. El individuo omite los apegos sentimentales y aniquila el miedo fundamentado en fracasos previos. ¿Entiendes?
—Una maquinaria táctica impecable.
—Exactamente. Opera igual que un modelo de inteligencia artificial alimentado exclusivamente con variables presentes. Rápido, eficiente, calculador.
Sostuvo la mirada del psiquiatra en silencio. A través de la ventana, los estudiantes cruzaban la plaza bajo el cielo frío de marzo. El Varanex tenía sentido terapéutico. El Kloritam obedecía a otro propósito. Al amputarle el pasado a Celine, alguien había asegurado su silencio y había obtenido una artista sin fricción. El frío del aluminio de la mesa le trepó por las muñecas cuando Germán cerró el manual de golpe.

18

Un viento del norte le bajó la temperatura en los huesos apenas pisó la calle. El verano sueco se rompía así, sin aviso. Las palabras de Germán todavía le resonaban dentro del cráneo. La eficiencia sin pasado. La ausencia de reparos y autosabotajes. Todo encajaba con demasiada limpieza en Jim Kowalski. Quizá el propio Jim había pasado primero por el proceso antes de dirigir el proyecto. Un diseño limpio de Yngström, capaz de reciclar a otros sin pestañear. Celine solo quería cantar. Eso le había dicho. Nadie podía acusarla de la muerte de su marido ni de nada. El daño, si lo había, se lo hacía ella sola.

Apretó los dientes. Tenía que decírselo. Aunque no le creyera. Nadie más lo haría. Nadie intercedería para librarla del tratamiento. Mantener a Jim y su gente cerca sin alertarlos. Esa era la única protección posible.

Arrancó el coche. La decisión ya estaba tomada.

Strandbryggan descansaba sobre pontones de madera oscura. El mar golpeaba los pilotes con ritmo constante y hueco. Llegó primero. El pontón crujió bajo los zapatos y el viento traía olor a sal y alquitrán caliente. La luz de Estocolmo caía dura y limpia sobre las mesas. Pidió una copa de vino rosado muy frío. El camarero la dejó sobre la madera clara. La condensación resbaló por el cristal y formó un charco diminuto. Envolvió el tallo con los dedos. El frío le subió por la palma.

El olor a ostras y pescado fresco saturaba el aire. Los pocos comensales hablaban en voz baja. La madera crujía cada vez que una ola más fuerte lamía los pilotes. Esperó. Cada silueta que se acercaba por el pontón le tensaba los hombros.

Pasos suaves a su espalda.

—He llegado tarde, querido.

Giró la cabeza. Celine estaba allí. Limpia. Lúcida. El pelo recogido sin un mechón fuera de lugar. La luz le dio de lleno en el rostro. Las pupilas estables. La comisura de los labios se curvó en una sonrisa medida.
Un frío le bajó por la nuca.
—¿Cómo van los arreglos?
Una gaviota gritó sobre el canal. Tomó la copa. El cristal frío se le pegó a los dedos.
—Ha sido un día fatal. No avancé mucho. Me lo pasé pensando.
Celine se sentó frente a él. El pontón se meció con el paso de un barco pequeño. El agua golpeó los pilotes con un sonido hueco. La mano con la que dejó el bolso sobre la silla no tembló. Cada dedo se posó y se soltó del asa con un control que no parecía ensayado. Parecía fábrica.
—¿En mí?
—Si tú sabes que sí. De a ratos. ¿Te convence así?
El pulso le latió fuerte en las sienes. Esperaba una versión apagada. Ojos vidriosos. Movimientos lentos. Esto era distinto. La lucidez de Celine tenía filo. Su cuerpo había respondido al Kloritam y el Varanex puliendo y calibrando en lugar de borrar y ausentarla.
—¿Y en qué más?
—Sabía que quería cambiar algo en la canción. Era muy plana. No daba con el giro que me gustara.
El camarero se acercó. Celine se apresuró.
—Lo mismo que él —señaló con el índice la copa—. No es mi día de decisiones.
El camarero se retiró. El mar golpeó más fuerte contra los pilotes. Tomó otro sorbo. El rosado le dejó un rastro ácido en la lengua. El olor a ostras frescas llegó desde la cocina, salado y vivo.
—Qué pena. Te iba a proponer que nos fuéramos lejos, muy lejos.
Celine ladeó la cabeza. El movimiento salió fluido. Demasiado controlado. Le buscó el vacío en los ojos y la niebla química y solo encontró una claridad dura y seca que le heló las manos.
—Cuéntame, ¿adónde iremos?
—Italia.
—¿Cuántos días?

—Sin retorno.
—Querido, y eliges mi día fatal para decisiones —rio y brindó chocando su copa contra la de él.
El tintineo del vidrio sonó limpio en el aire salado. Bebió. La risa había sonado natural. Demasiado natural. Celine mantuvo la postura relajada. Dejó la copa sobre la mesa sin que le temblara el pulso.
—Lo he pensado, sí. No solo hoy. Pero hoy más. Porque temo por ti. No creo que estemos seguros aquí.
Celine puso la copa sobre la mesa. El fondo de vidrio golpeó la madera con un sonido sordo. El pontón crujió bajo un cambio de marea. Dejó pasar tres latidos. El viento movió una cortina ligera junto al ventanal.
—Hablé con Germán. Sabes que es un buen psicólogo. De acuerdo, no es psiquiatra. Pero entiende lo suficiente para pensar que el tratamiento que te han hecho no parece estar bien.
Celine no cambió la postura. Las manos abiertas sobre la mesa. El relato le salió breve. Terminó con la imagen del acelerador a fondo. No sería sostenible.
El silencio regresó. Celine abrió las manos y le mostró las palmas. Lo hizo despacio. Los dedos se extendieron sobre la madera. Piel suave. Sin sudor. Sin temblores.
—Puedes al menos descartar una cosa. Mis manos solo saben sostener el micrófono. No sé usar armas, no practiqué nunca artes marciales. Si algo me pasa será cantando. Dando alegría a la gente. ¿Es eso tan peligroso?
Un calor seco le subió por la nuca. La calma de ella no tenía fisuras. Ni un temblor en la voz. Ni un movimiento nervioso. La luz del sol le iluminaba el rostro sin sombras.
El camarero se acercó con las cartas del menú. Habló de ostras frescas del día, recién abiertas sobre cama de hielo picado. Sugirió un vino blanco que combinara con el salado intenso de los moluscos. Celine asintió con una sonrisa medida. Pidió lo mismo. Las ostras llegaron poco después. Las conchas frías pesaron en la mano. La carne grisácea temblaba dentro. El primer bocado estalló salado y vivo en la boca y el dulzor residual del rosado se mezcló con la sal y el yodo y el mar afuera pareció más nítido a través del ventanal.

La conversación derivó hacia la canción inconclusa. Celine hablaba del giro que no terminaba de encontrar. Asentía. Escuchaba. Pero el peso no se le quitaba del pecho.

El pontón crujió con una ola más fuerte. Levantó la copa. El brindis silencioso quedó suspendido en el aire salado. Afuera, un barco pasó por el canal y su motor fue un rumor que se llevó el viento. La luz de Estocolmo seguía cayendo dura y limpia sobre la mesa.

19

Empujó la puerta de cristal esmerilado. El ruido de la fiesta le cayó encima de golpe, demasiado peso, demasiado pronto.

Luces blancas, excesivas, rebotaban en las paredes de hormigón pulido. Copas de plástico con whisky barato chocaban entre risas forzadas. El aire olía a sudor fresco y colonia de duty-free.

Apretó la mandíbula. Allí estaban. Los socios. Trajes a medida, voces pastosas, KPIs recitados con la cadencia de una oración dominical. Uno de ellos, calvo y con la corbata floja, contaba un chiste sobre una pasante que había «desaparecido del mapa». Todos rieron. Él no.

Magnus estaba apoyado en la barra improvisada, solo. Alto, hombros de quien todavía levanta hierro sin presumir de ello. Camisa blanca arremangada hasta los codos, tatuaje asomando en el antebrazo. Sonreía a medias, con la mandíbula apretada.

—Joder, qué ambiente —dijo Magnus cuando se acercó.

—Ambiente de velatorio con open bar.

Magnus soltó una risa corta.

En el centro de la sala, tres tipos rodeaban a una mujer. La esposa de Larsson, el que estaba a punto de ser socio. Vestido negro ceñido, tacones que ya le dolían —cambiaba el peso de un pie al otro cada pocos segundos—. Los tres abogados jóvenes, becarios de tercero con la misma cara de hambre, la tenían acorralada contra la mesa de catering.

—Venga, guapa, que tu marido ya casi es socio. ¿No te da derecho a un poco de diversión extra? —dijo el más alto, corbata torcida, voz pastosa.

La mujer intentó sonreír. Los labios le temblaron y se quedaron a medio camino.

—Déjame pasar, por favor.

—Uy, «por favor». Qué educadita. A Larsson le gustan educaditas, ¿no? —El segundo se rio y le rozó el brazo con los nudillos.
El tercero, el bajito, se acercó tanto que el aliento le llegó a la cara.
—Dime una cosa, ¿te folla bien o solo te firma los recibos?
Larsson estaba a tres metros. Cabeza gacha, móvil en la mano, mirándolo con la concentración de quien busca un incendio que apagar en la pantalla. No levantó la vista.
Un hielo le bajó por el estómago.
Magnus dio un paso al frente.
—Eh. Fuera.
Los tres se giraron a la vez.
—¿Y tú quién coño eres? —preguntó el alto.
—Alguien que no tiene ganas de verte hacer el imbécil.
El bajito soltó una carcajada.
—Mira el héroe. ¿Quieres que te la chupemos también a ti o qué?
Magnus dio un paso más. El alto le empujó en el pecho. Magnus no se movió. Entonces el segundo le metió un puñetazo torpe en la mandíbula.
Y todo se rompió.
Los nudillos le ardieron antes de cerrar el puño. Se metió sin pensar.
El alto se le vino encima. Un gancho le crujió la mandíbula. El sonido fue seco. El tipo retrocedió tambaleándose, escupiendo sangre y un insulto que la música se tragó.
Otro le agarró por detrás. Le clavó el codo en las costillas. Una vez. Otra. El esternón le apretaba tanto que apenas respiraba, pero el dolor funcionaba distinto ahí, no frenaba, empujaba.
El bajito apretó los dientes.
—Hijo de puta.
Y lanzó una patada.
La esquivó a medias. La bota le rozó la cadera. Magnus ya estaba encima del bajito, lo tiró contra la mesa. Botellas y vasos estallaron contra el suelo de hormigón.
Un puño le alcanzó en la ceja. La sangre le entró en el ojo, caliente, espesa. Se limpió con el antebrazo y respondió con dos golpes cortos al hígado. El tipo se dobló. Una rodilla en la cara. Cartílago crujiendo.

La mujer gritaba. Larsson seguía con el móvil.
Los guardias entraron corriendo. Dos. Uniformes negros, porras en la mano.
—¡Alto! ¡Policía!
Un golpe en la espalda le cortó la respiración. Cayó de rodillas. El suelo estaba pegajoso de alcohol y sangre. Magnus ya estaba esposado, riéndose con la boca rota.
—Venga, cabrones —dijo Magnus—. Llevadnos.
La celda olía a orina vieja y lejía barata. Dos bancos de cemento. Una luz fluorescente que parpadeaba cada ocho segundos. Se sentó. La sangre seca le tiraba en la ceja. Las costillas le ardían con cada respiración.
Magnus se dejó caer a su lado. Labio partido, un ojo que ya se cerraba.
Solo el zumbido de la luz.
—¿Vas a perder el trabajo? —preguntó.
Magnus se encogió de hombros.
—Probablemente.
—¿Y te da igual?
Magnus tardó. Se pasó la lengua por el labio roto.
—Allí no me pagan por pensar. Me pagan por mirar a otro lado. Prefiero barrer calles.
La luz parpadeó.
Se miró los nudillos. Magullados, hinchados, la piel abierta en dos sitios.
—¿Y Larsson? El que no movió un dedo por su mujer.
Magnus soltó una risa corta, sin alegría.
—Ese ya no es Larsson. Aceptaron una función, no a una persona.
La frase le aterrizó en el pecho y se quedó ahí, con peso propio.
Celine. La cama blanca de la clínica. La mirada vacía. La sonrisa programada. «Adecuación Neuro Condicionada». Una función.
Apretó los dientes.
—Joder —dijo.
Magnus lo miró de reojo.
—¿Qué?
—Nada.

La luz parpadeó tres veces seguidas.
Por la mañana los soltaron. Sin cargos. Demasiado ruido para el bufete.
Magnus salió primero. En la puerta ya había un tipo de recursos humanos con un sobre marrón.
—Despido inmediato por conducta inapropiada —dijo el tipo, sin mirarle a la cara.
Magnus cogió el sobre, lo dobló por la mitad y se lo metió en el bolsillo trasero.
—Gracias por la fiesta —dijo.
Y se fue caminando, sin abrigo, bajo la lluvia fina de abril.
Se quedó en el lavabo del juzgado de guardia. Abrió el grifo. Agua fría. Se lavó las manos despacio. La sangre seca se deshizo en hilos rosados que se fueron por el desagüe. Los nudillos le palpitaban con cada latido. Las costillas le ardían al respirar.
Bien. Que ardieran.
Se miró en el espejo roto. Ojo morado. Ceja hinchada. La cara de un abogado que ya había elegido bando.
Cerró el grifo. El agua siguió goteando.
Fuera, en el pasillo, Larsson ya estaba firmando papeles para el ascenso. Sonreía.
Se secó las manos en los pantalones y salió a la calle. La lluvia le golpeó la cara, fría, metálica contra la piel caliente.
Caminó. Los nudillos le ardían dentro de los bolsillos. Las costillas marcaban cada paso.
Celine estaba esperando.
Y lo que iba a hacer, ya no tenía vuelta atrás.

20

El socio principal del bufete descansaba los antebrazos sobre el escritorio de caoba que dominaba el despacho en Karlavägen. Levantó la vista de los documentos, dejó la pluma estilográfica a un lado y señaló la silla de visitas.

—Toma asiento, Jonas —dijo—. Siempre es un gusto recibirte.

Ocupó el cuero de la silla con la espalda rígida. El vértigo tras la conversación con Germán sobre los efectos del Varanex y el Kloritam todavía le golpeaba en la base del cráneo. La cordialidad del jefe, los documentos ordenados, la pluma de doscientos euros descansando sobre papel membretado. Y al otro lado, el informe de Germán con las palabras "pérdida de memoria autobiográfica" subrayadas tres veces. Una presión le subió por el estómago.

—El contrato comercial de Celine Vik está cerrado —dijo, sin devolver el saludo—. Jim Kowalski y Anchor Global ya tienen todas las fechas de la gira firmadas.

El jefe esbozó una sonrisa y se reclinó en el sillón.

—Excelente trabajo. Jim es un cliente que exige resultados rápidos. Has estado a la altura.

—Pero esa fase terminó —lo cortó—. Mi trabajo como asesor comercial para la gira ha finalizado. Ahora soy el abogado defensor de Celine ante la policía por la muerte de su marido. Y tenemos un problema masivo. Un problema que puede hundir a esta firma.

La sonrisa del jefe se congeló. Entrelazó los dedos sobre el escritorio.

—Explícate. En palabras simples.

Se inclinó hacia delante, apoyó los antebrazos sobre la caoba.

—La clínica psiquiátrica que Anchor Global está financiando no está curando a mi clienta. La están drogando para anularla. Le administran un cóctel químico que le borra la memoria reciente y la

desconecta de su pasado. La están dejando en blanco para que sea dócil y cante sin dar problemas.
—Jonas, nosotros no somos médicos…
—¡Soy su abogado defensor! —alzó la voz—. Si el inspector Hansson la sienta mañana en una sala de interrogatorios y la acorrala con preguntas sobre el asesinato de Erik, Celine no sabrá qué responder. No sabrá qué es real y qué le han implantado. Ese tratamiento le está destruyendo la capacidad básica para defenderse ante la ley. La están dejando indefensa frente a una condena de cárcel.
Dejó que el silencio hiciera el trabajo. Dos segundos. Tres.
—Y Jim Kowalski está detrás de esto. Si la policía descubre que estamos representando a una corporación que lobomotiza a sus estrellas para encubrir fraudes, nos acusarán de complicidad. Artículo 23 del Código Penal, participación por omisión. Nos caerá encima todo el peso de la ley.
Esperaba gritos. Una amenaza de despido. El jefe asintió despacio.
—Ese es exactamente el olfato por el que te contraté, Jonas.
Un frío le bajó por la nuca.
—¿Entonces está de acuerdo? ¿Confrontamos a Jim y paramos el tratamiento?
—Por supuesto que no —el jefe soltó una risa corta—. Kowalski nos paga para proteger su dinero, no para darle lecciones de moralidad médica. Si lo enfrentas ahora, nos despedirá en cinco minutos y hundirá tu carrera.
Se inclinó hacia delante y bajó la voz.
—Pero tienes razón en el riesgo. Si Jim está cometiendo un crimen médico, no voy a permitir que este bufete caiga con él. Así que esto es lo que vas a hacer.
Le ordenó seguir como defensor de Celine mientras, en paralelo, investigaba a la clínica y al doctor Yngström. Construir un expediente. Un cortafuegos legal. Documentación suficiente para sacrificar a Jim si la bomba explotaba. La lógica era impecable desde el punto de vista corporativo: proteger la firma, aislar el riesgo, mantener al cliente hasta que dejara de ser rentable. Derecho mercantil aplicado con bisturí.

—Pero hazlo en las sombras, Jonas —el socio lo señaló con el índice —. Si Jim te descubre husmeando, te dejaré solo. Negaré haber tenido esta conversación.
—Entendido —dijo, poniéndose en pie—. Tendrá su cortafuegos.
Se abrochó la chaqueta. Las manos le pesaban. Salió al pasillo.
El eco de los zapatos sobre el suelo de piedra. Luces fluorescentes. Al llegar al ascensor, las puertas de acero le devolvieron un reflejo borroso. No lo miró.
Ya en el coche, sacó el teléfono. Buscó nombres del jet set que habían desaparecido de los titulares tras crisis nerviosas. Necesitaba saber cuántos de esos "tratamientos exitosos" habían dejado a alguien en condiciones de testificar ante un tribunal. ¿Cuántos podían recordar su propio nombre después de seis meses?
Buscó el contacto de Germán. El dedo le tembló un segundo sobre la pantalla.
—Germán, soy yo —dijo en cuanto se activó la línea—. Necesito que me aclares un asunto. Ahora.

21

La pantalla de llegadas de Arlanda mantenía el código SK1428 en un parpadeo ámbar constante. El aire del vestíbulo arrastraba queroseno y humedad de las pistas. El rugido de las turbinas se filtraba por los paneles del techo, una vibración sorda que subía por las suelas hasta los tobillos.

Llevaba veinte minutos apoyado en la barrera de acero inoxidable. Los dedos le recorrían el borde frío del metal. La puerta automática se abría cada pocos segundos para soltar a un nuevo grupo de viajeros. Caras sin contexto, abrigos oscuros, el roce de las ruedas de las maletas sobre el granito pulido.

Entre la masa de rostros anónimos, Nina apareció arrastrando dos Samsonite de carcasa dura y un bolso de cuero cruzado sobre el hombro. Esquivaba los carritos de equipaje sin frenar el paso.

Los brazos de ella le rodearon el cuello. Olor a cítricos mezclado con el calor seco de la cabina del avión. La tela de la chaqueta de viaje, sarga de algodón grueso, áspera bajo las palmas. Nina hundió el rostro en el hueco del hombro y exhaló largo.

—Te he echado de menos —dijo ella.

—Yo también.

La afirmación salió seca. Dos palabras que deberían haber pesado más. Nina se apartó un par de centímetros. El rastro de fatiga en las comisuras de los ojos, la sombra de las ojeras que el maquillaje no cubría. Encajó las maletas en el carrito metálico y empezaron a caminar hacia el aparcamiento.

Por los pasillos de conexión, Nina le detalló la logística de la nueva corresponsalía en Berlín. Contratos de alquiler en Kreuzberg, la luz de los estudios de grabación, la jerarquía de los redactores jefe. Subrayaba cada hito con movimientos cortos de las muñecas. Los

pasos propios sobre la moqueta industrial marcaban un golpe seco y amortiguado.
En el aparcamiento subterráneo, el aire era más frío y olía a neumáticos viejos. El maletero se abrió con un sonido hidráulico. Las maletas entraron una a una, encajadas en el hueco exacto del compartimento. Nina se apoyó en la puerta del copiloto con los brazos cruzados y una media sonrisa.
—Sigues siendo el único tío que conozco que mete las maletas sin quejarse —dijo ella.
—Te has rodeado de los tíos equivocados.
El cuero del asiento estaba frío. El motor transmitió la vibración desde la columna de dirección hasta los dedos. El asfalto de la E4 hacia Estocolmo devolvía un reflejo grisáceo bajo las nubes. Lluvia fina y persistente.
Nina monopolizó el habitáculo. Los perfiles de los políticos alemanes que había entrevistado, las manos moviéndose para dar énfasis a los datos. De vez en cuando, la mano derecha de ella descendía hasta descansar sobre el muslo. El calor de la palma le atravesaba el tejido del pantalón. Escuchaba a Nina y al mismo tiempo repasaba mentalmente los archivos de Yngström. Las dos cosas no cabían en la misma cabeza y las dos estaban ahí.
—¿Me estás escuchando? —preguntó ella, girando el cuerpo.
—Cada palabra.
La salida hacia Södermalm. Las calles del barrio estaban tranquilas, iluminadas por farolas que proyectaban un halo amarillento sobre el asfalto brillante. La llave encajó en la cerradura del segundo piso con el clic familiar del muelle interno. Al empujar la puerta, el interior conservaba el orden estático y el olor a café frío de la mañana.
Nina dejó el bolso en la silla del recibidor y caminó hacia la cocina abierta. Las ruedas de la maleta sobre el parqué marcaron la ocupación del territorio hacia el dormitorio. Un sonido metálico de cremalleras llegó desde la habitación. Nina vaciaba el equipaje, ocupaba los cajones vacíos y las perchas de madera. El apartamento ya no era el mismo. El aire se redistribuía.
El chorro de agua llenó el depósito de la cafetera bajo el grifo de acero. La máquina empezó a borbotear.

Minutos más tarde, ella se sentó en el taburete de la isla de la cocina. Los pies descalzos en el travesaño de metal. Rodeaba la taza de porcelana caliente con ambas manos.

—Qué bien se está aquí —dijo.

La espalda contra el mármol helado de la encimera. El teléfono en el bolsillo derecho pesaba más de lo que deberían pesar ciento ochenta gramos. La información sobre la clínica de Yngström estaba ahí dentro, a tres toques de pantalla. Nina miraba por encima del borde de la taza, con el pelo suelto, el cuerpo relajado. Necesitaba a la periodista, no a la mujer que acababa de cruzar el Atlántico para estar con él.

—Necesito que mires algo —dijo—. Es sobre Anchor Global y la clínica de Yngström. Extraoficial. Absoluta confidencialidad.

Nina dejó la taza sobre el mármol. El rastro de fatiga del viaje le desapareció del rostro. Se apartó el cabello de la cara y extendió la mano hacia el portátil. La periodista tomó el control.

—Los servidores de las aseguradoras son cementerios de datos mal gestionados —dijo ella sin levantar la vista—. Olvidan los PDF en las nubes de respaldo. Solo hay que forzar la extensión de búsqueda.

El café en la taza de Nina se enfrió. Los dedos de ella golpeaban el teclado con una velocidad seca y constante. El tiempo se estancó en la cocina. Tras casi una hora, el cursor se detuvo. En la pantalla, un documento escaneado. Membrete de la clínica de Södermalm. La firma de Arvid Yngström en el margen inferior: un trazo grueso y descendente que cortaba el papel.

—Paciente Aron Thulin —leyó ella.

El nombre trajo el eco de los telediarios de hacía quince años. El prodigio del golf. El hombre que se evaporó de los circuitos europeos sin una conferencia de prensa, sin un comunicado, sin una sola foto de despedida. La última página del PDF: «Anulación irreversible de la memoria episódica debido al tratamiento sostenido». Tinta sobre papel membretado. La muerte civil de un hombre para autorizar el cobro de una póliza.

Un calor seco le subió por la nuca. Thulin seguía respirando, pero el tratamiento le había extirpado el acceso a su propia vida. El mismo molde que Yngström apretaba ahora sobre el cráneo de Celine. La

diferencia entre ambos casos era temporal: Thulin ya había cruzado la línea. Celine aún podía ser extraída.
Nina ejecutó un cruce de registros. El teclado emitió una serie de chasquidos rápidos antes de mostrar una dirección en Sigtuna. A nombre de Malin Thulin.
Sacó el teléfono del bolsillo. Marcó. El tono de llamada le vibró contra la oreja. Se alejó hacia el ventanal del salón. El cristal le devolvió la silueta propia recortada contra las luces de Södermalm. En un juicio, la grabación de esta llamada sería prueba suficiente de suplantación de identidad corporativa. Lo sabía. Marcó igual.
—¿Sí? —Una voz femenina, agrietada por una fatiga de años, rompió la línea.
La espalda se le enderezó. La voz le salió plana, con la cadencia de los despachos de Karlavägen.
—Buenas noches, Malin Thulin. Habla de la auditoría legal. Contacto por una revisión de protocolos sobre las pólizas de incapacidad vinculadas a Södermalm.
El roce de una cortina al otro lado de la línea.
—¿Hay algún problema?
—Es un proceso de control de calidad. Evaluamos si las previsiones sobre el estado de los pacientes fueron precisas o si hubo desajustes administrativos. Una auditoría de eficiencia interna.
Un suspiro al otro lado. La mujer cedió ante el peso del lenguaje burocrático. La táctica era vieja y funcionaba siempre: abrumar con terminología hasta que la otra parte renunciara a preguntar.
—Él sigue igual. No ha cambiado nada en diez años.
—La normativa exige una verificación visual mínima para cerrar el archivo. Estaré en Sigtuna mañana a las nueve. Serán diez minutos.
—Si es solo eso… venga. A las nueve estaremos despiertos.
Colgó. El teléfono quedó sobre el mármol. La pantalla negra. Al preguntar por un caso blindado por Yngström, acababa de dejar una firma vocal en la línea de los Thulin y una huella digital en los servidores de la aseguradora. Si Jim revisaba los cabos sueltos, la posición de abogado leal tenía una grieta. En derecho contractual, una grieta era causa de rescisión. Y Jim no era un hombre que renegociara.

Nina seguía tecleando en la cocina. El café frío. La pantalla del portátil encendida. El apartamento olía a queroseno y a cítricos y a algo que ya no tenía vuelta atrás.

22
CELINE

Tecleaba los códigos del cuestionario clínico. Las letras se alineaban una tras otra en la pantalla del portátil bajo la luz limpia que entraba por la ventana del apartamento en Vasastan. El cursor parpadeaba al final de cada campo. El dedo índice descendió sobre la tecla de envío. Un clic seco. El formulario desapareció y la página de confirmación ocupó toda la pantalla.

El piloto verde de la cámara web se encendió. Un punto luminoso en el marco negro del portátil. Alguien observaba. En directo. La línea se había activado sin que la tocara. La nuca se le tensó y los hombros le subieron solos. Apretó la mandíbula. Se levantó, empujó la silla hacia atrás con la pantorrilla y la madera raspó el parqué claro. Cerró el portátil. La tapa encajó con un chasquido definitivo que cortó el zumbido del ventilador.

Las llaves del Cadillac colgaban del gancho junto a la puerta. El metal frío le presionó la palma cuando las descoló. El llavero de cuero gastado le rozó la yema del pulgar. Caminó por el pasillo. El aire olía a limpio, a la cera que Klara pasaba cada mañana. Los pasos sonaron regulares sobre el suelo de roble.

Klara apareció al fondo. La empleada sostenía un trapo húmedo en la mano derecha y se detuvo a medio movimiento. La boca se le abrió un instante antes de cerrarse.

—¿Pasa algo? —preguntó Klara.

El picaporte de la puerta principal ya giraba bajo la mano.

—Voy a la clínica —dijo.

La puerta se abrió. El aire de la calle le golpeó la cara, fresco y con olor a lluvia reciente. Bajó las escaleras sin mirar atrás.

El Cadillac esperaba en el aparcamiento privado. La puerta del conductor cedió con un clic pesado y el asiento de cuero crujió bajo el peso. El motor rugió al primer giro de llave. El volante vibró entre las manos mientras salía a la calle. El tráfico de Estocolmo fluía denso pero ordenado, luces rojas y verdes y el sonido de los neumáticos sobre el asfalto húmedo. Södermalm quedaba a veinte minutos exactos.

La clínica surgió al final de la calle estrecha. Edificio gris de tres plantas, ventanas enrejadas en las superiores, puerta automática de cristal que reflejaba el cielo nublado. Aparcó en doble fila. El freno de mano subió con un tirón seco.

La puerta de cristal se deslizó sola. La mujer de uniforme blanco en el mostrador levantó la mano y abrió la boca, pero el hall ya quedaba atrás. El linóleo beige crujía bajo los zapatos. El pasillo se estrechaba hacia las puertas de seguridad.

La primera barra de seguridad bloqueaba el paso. Empujó el hombro contra ella y la alarma pitó aguda, un sonido que rebotó en las paredes blancas. La segunda puerta cedió con más fuerza y otro pitido, más largo, se estiró por el corredor. El patio interior se abrió delante. Luz pálida del día nórdico caía sobre los bancos de metal y los maceteros vacíos. Pacientes en batas azules paseaban en círculos lentos o se quedaban sentados mirando el suelo.

Dos celadores se interpusieron. Uno alto, brazos cruzados sobre el pecho ancho. El otro más bajo, radio en la mano izquierda, pulgar ya sobre el botón de llamada.

—Señora, no puede estar aquí —dijo el alto.

Avanzó. El hombro del celador chocó contra el suyo y giró el torso. El codo le impactó justo bajo las costillas. El hombre soltó un gruñido ahogado. El segundo la agarró del brazo. Se soltó con un tirón seco. La tela se rasgó a la altura del codo. Otro celador llegó corriendo por el lateral. La sujetaron entre dos y los pies le arrastraron un metro sobre el linóleo. El aliento le salía regular, sin acelerarse. La llevaron hacia el pasillo lateral, las suelas de los celadores chirriando sobre el suelo. Una puerta de metal se abrió con un zumbido eléctrico. La empujaron dentro. El cerrojo giró desde fuera con un golpe metálico.

La habitación era pequeña. Cama fija atornillada al suelo, colchón delgado cubierto por una sábana blanca áspera. Ventana con reja y vidrio esmerilado. Un vaso de plástico sobre la mesilla. Se sentó en el borde de la cama. Las manos descansaron sobre las rodillas y el tejido de los vaqueros le raspaba las palmas. El tiempo pasó en bloques. Voces amortiguadas al otro lado de la puerta. Pasos apresurados que se alejaban y volvían. El fluorescente del techo zumbaba sin parar.

La puerta se abrió de nuevo. Jonas entró primero. El traje oscuro contrastaba con la luz fría, la corbata bien anudada. Detrás venía Yngström, bata blanca abierta, la boca apretada. Dos celadores se quedaron en el marco, manos a los costados.

Jonas se plantó frente a Yngström. Los zapatos de cuero brillaron bajo el fluorescente.

—Suéltela ahora —dijo Jonas.

Yngström cruzó los brazos.

—No puede irrumpir así. Hay protocolos.

Jonas sacó el móvil del bolsillo interior. El gesto fue lento, deliberado. La pantalla se iluminó con un toque del pulgar.

—Tiene diez segundos. O llamo al juez de guardia. Denuncia por secuestro médico y retención ilegal. Anchor Global no querrá ese titular esta semana.

El silencio se alargó tres segundos. Yngström miró la cara de Jonas, la línea recta de los hombros, el móvil con el número marcado en pantalla. La mandíbula del doctor se movió una vez.

—Déjenla ir —dijo Yngström.

Uno de los celadores dio un paso atrás. El otro giró el cerrojo. Se levantó. Las piernas respondieron firmes.

Jonas la tomó del codo con suavidad. El contacto era ligero, solo guía. Caminaron juntos por el pasillo. Las alarmas ya no sonaban. La recepción quedó atrás y la mujer del mostrador bajó la mirada al teclado. La puerta automática se abrió. El aire fresco del exterior llegó con olor a asfalto mojado y diésel.

El Volvo de Jonas estaba aparcado junto al Cadillac. Abrió la puerta del pasajero. El asiento envolvió el cuerpo y el cinturón de seguridad hizo clic. Jonas rodeó el coche y se sentó al volante. El motor

arrancó con un ronroneo bajo. Salieron del aparcamiento y el tráfico los envolvió otra vez, luces de freno rojas delante y semáforos que cambiaban sin prisa.

Jonas conducía con una mano en el volante. La otra cambiaba marchas con precisión. El silencio llenó el habitáculo.

—Me vigilan —dijo.

Jonas giró la cabeza un segundo.

—¿Qué?

—En mi casa. A través de la cámara.

Los nudillos de Jonas se blanquearon sobre el volante. La mandíbula se le apretó. El coche siguió recto. El semáforo en verde parpadeó.

El Volvo aceleró suave al entrar en la avenida y el motor subió de revoluciones. Apoyó la cabeza contra el reposacabezas. El cuero frío le rozó la mejilla. Fuera, las luces de la ciudad empezaban a encenderse contra el cielo que se oscurecía. El tráfico fluía. Solo importaba el siguiente paso.

23
JONAS

El asfalto de la ruta 263 vibraba bajo las ruedas con esa vibración constante que subía por los tobillos y se quedaba instalada en la base del cráneo. Sigtuna apareció tras el parabrisas en campos de trigo amarillos y pesados, todavía mojados por el rocío de la mañana. El sol pegaba en el capó y obligaba a entornar los ojos hasta que la carretera quedó reducida a una línea gris entre los cultivos. El café de gasolinera seguía ahí, debajo de la lengua, rancio y seco.

Giró el volante y el cuero quemó en las palmas. A tres kilómetros estaba la granja donde Celine vivió antes de que todo empezara, el último sitio donde fue ella misma. En el asiento del copiloto iba el maletín con la póliza falsa y la carpeta de Södermalm. Diez minutos de actuación, entrar con la cara del auditor, mirar todo lo que pudiera y salir sin dejar rastro.

El camino de tierra levantó una cortina de polvo que borró el retrovisor. La casa apareció entre los abedules con la pintura roja cuarteada y las escamas cayendo sobre la tierra seca. Apagó el motor y el silencio llenó el coche de golpe.

La grava crujió bajo los zapatos al bajar. Olía a pino húmedo y a algo pudriéndose debajo de la superficie. Antes de llegar al porche, las bisagras de la puerta chirriaron y Malin Thulin apareció en el umbral. Sudadera gris lavada cien veces, el pelo recogido en un nudo que se le deshacía sobre la nuca y unas ojeras de meses durmiendo a ratos entre alarmas de medicación. La mirada de ella bajó al traje, a la corbata, a los zapatos de ciudad.

—¿Señorita Thulin? —Sacó la voz de oficina, la cadencia plana de un funcionario que lleva veinte inspecciones encima—. Soy el auditor de seguros. Hablamos por teléfono sobre la revisión de protocolos de Södermalm.

Malin se aferró al marco de la puerta. Los nudillos blancos y rígidos.
—Dije que no hacía falta que viniera —dijo ella—. Mi padre no va a mejorar porque ustedes revisen papeles.
—Es la nueva normativa de la aseguradora, lamento la molestia. —Dio un paso adelante, metiéndose en el espacio de ella antes de que pudiera cerrar—. Verificación visual para liberar los fondos pendientes, diez minutos y me voy.
Malin soltó un suspiro largo y se apartó de la puerta.
Dentro olía a citronela y manzanas apiladas en una fuente. El orden de la casa golpeaba al entrar: libros alineados al milímetro, muebles de madera colocados con escuadra, una alfombra sin una sola arruga. Todo demasiado recto, demasiado quieto. El pasillo desembocaba en una habitación donde una lámpara amarillenta aplastaba las sombras contra las vigas del techo.
Aron Thulin estaba sentado en un sillón de cuero gastado, con las manos sobre las rodillas en una postura que nadie se pone solo. El hombre que una vez llenó las pantallas del país era ahora piel estirada sobre hueso, la mandíbula floja y los ojos abiertos pero fijos en ningún sitio. La misma inmovilidad de los pacientes en el ala izquierda del jardín de Södermalm.
Huye de aquí. No vuelvas. Sálvate.
La voz de lija del anciano le raspó el interior del cráneo. Un calor seco le subió por la nuca hasta las sienes. La advertencia no era un delirio. Era el retrato exacto de la lobotomía química que Yngström ejecutaba.
Detrás del paciente, la pared entera cubierta de fotos enmarcadas: Aron levantando trofeos, Aron sonriendo bajo los focos, Aron dándole la mano a gente importante. El pecho del hombre apenas se movía bajo la tela de la camisa.
—A veces se queda así horas —dijo Malin, con la voz apenas por encima del zumbido de la lámpara—. Esperando a que alguien le dé al play. Al principio pensamos que era la edad, pero luego, no sé, se pone triste de una forma que te deja sin aire solo de mirarlo. Se hunde ahí y parece que se va a transparentar.
Varanex. La palabra le ocupó la garganta y se quedó ahí.
—¿Y los médicos qué dicen?

—Que son ciclos. Eso dice Yngström, que son ciclos. —Malin se frotó los brazos—. Pero entonces pasa lo otro. De repente mira esa foto, la del trofeo en Estocolmo, y algo le cambia en la cara. Se levanta solo, se endereza, le vuelve el color a las mejillas y empieza a hablar de patrocinadores, de la luz de los focos, de lo bien que se sentía ganando. Se pone eléctrico.
—¿Cuánto le dura eso?
—Nada. Se agota rápido, se apaga de golpe y vuelve a caer, cada vez más hondo. —Se abrazó el cuerpo y la voz se le quebró un poco —. No entiendo por qué no puede quedarse en la parte buena.
Kloritam. La segunda pieza que encajaba con la primera.
—¿Yngström viene a verlo aquí?
—Una vez al mes. Ajusta la medicación y dice que mi padre responde bien. —Malin se quedó mirando a Aron—. Pero yo lo que veo es que se está borrando. Hay días que me mira y sé que me está buscando entre esas fotos de la pared, porque en su cabeza ya no quedo yo. Solo quedan los premios.
Las fotos de la pared. Eventos reconocibles, escenas privadas con la hija. Una imagen detuvo los ojos: Jim estaba allí con Aron en el Volvo Car Scandinavian Mixed 2014. La cara de Jim, la mandíbula apretada, la mirada lateral que decía qué haces aquí. Diez años atrás, Jim levantaba premios junto a un hombre que hoy apenas levantaba el propio cuerpo.
La carpeta de Södermalm pesaba dentro del maletín. Tres preguntas más y había que salir de ahí.
—Después de la final viene la rueda de prensa, y hay que tener preparado el discurso —dijo Aron. La boca se le movía, pero le faltaban dientes, y los huecos oscuros rompían las palabras en fragmentos sueltos.
Malin bajó la mirada al suelo. El silencio de la habitación pesó sobre las vigas del techo.
Salió al porche sin despedirse y cruzó la grava hasta el coche en cuatro zancadas largas. Se metió en el Volvo y cerró de un portazo. Agarró el volante con las dos manos, húmedas por el sudor, y trató de meter la llave en el contacto, pero los dedos entumecidos fallaron y tuvo que intentarlo dos veces antes de que el motor arrancara.

Celine estaba bajo el mismo protocolo, la misma medicación, el mismo Yngström, ajustando dosis una vez al mes. En dos años, en tres, sentada en un sillón igual que Aron, buscándose la cara entre fotos que ya no significaban nada.

Aceleró a fondo y dejó la granja atrás sin mirar por el retrovisor. Los neumáticos escupieron grava contra la fachada y el maletín volcó en el asiento del copiloto, desparramando los formularios de seguros sobre la tapicería. El logotipo de Södermalm quedó bocarriba entre los papeles, la misma tipografía de la carpeta de medicación de Celine. Agarró la palanca de cambios y metió tercera, pero la saliva se le atascó en la garganta y tuvo que tragar dos veces antes de poder respirar.

24

La mujer salió del gimnasio empujando un coche de bebé. Los ojos más hundidos que en los días de la oficina y el gesto familiar de aferrar el bolso con ambas manos.
—Jonas, ¿verdad? Soy Liza. Del bufete.
Intercambiaron saludos bajo la luz agresiva del centro comercial. El bebé dormía en el coche, oculto bajo una manta de algodón. Felicitó a la madre. Liza devolvió una sonrisa cargada de puro cansancio.
—Te vi con Celine en el Hakim hace unos días —dijo ella, bajando el tono—. No quise interrumpir. ¿Están juntos?
—Nos vemos. Nada serio todavía.
—Es una chica estupenda. Nos conocíamos del cross training, aquí al lado. Venía tres veces por semana, siempre puntual. Luego… dejó de venir de golpe.
Apretó la mandíbula.
—¿Cuándo fue eso?
Liza se inclinó sobre el cochecito para ajustar la manta. Frunció el ceño, calculando.
—Haría año y medio, quizás un poco más. Un día me dijo que había empezado un tratamiento nuevo, que le daba un sueño tremendo por las tardes y que no podía con las clases. Le pregunté si estaba enferma y me dijo que no, que era algo preventivo. Que se lo había recomendado un médico.
Un calor seco le subió por la nuca. Año y medio. Erik todavía estaba vivo.
—¿Te dijo algo más del tratamiento? —preguntó, calibrando el tono para sonar casual.
—No mucho. Solo que era en línea, que le mandaban las pastillas a casa. Luego desapareció. Dejó de contestar mensajes, no cogía el teléfono. La llamé un par de veces y nada.

El bebé se agitó bajo la tela y rompió a llorar. Liza lo extrajo del coche y lo acomodó contra el pecho, meciéndolo con movimientos suaves y mecánicos.
—Pensé que era soltera —añadió la mujer, hablando casi para sí misma—. Nunca mencionó a nadie. Ni fotos, ni anillo. Luego me enteré de lo del marido… pero para entonces ya no teníamos contacto.
Se despidieron con un gesto breve. El coche de bebé se alejó por el corredor entre las tiendas mientras Liza tarareaba una melodía infantil para calmar el llanto. Los pies se quedaron clavados en las baldosas del centro comercial. Tratamiento preventivo. Mujer sana. Hace año y medio, Erik seguía pilotando aviones. La secuencia lógica estaba rota.
* * *
El jueves, el Cadillac azul aguardaba en la entrada a las siete en punto de la mañana. Celine permanecía de pie junto al capó sosteniendo las llaves en la mano derecha.
—Tú conduces —dijo, y lanzó el manojo de metal por el aire.
Atrapó las llaves al vuelo, ocupó el asiento del piloto y arrancó. El motor rugió con suavidad y enfiló la carretera que bordeaba el bosque. El aire matinal inundó el habitáculo cargado de resina de pino y humedad del lago cercano. Celine llevaba el pelo suelto y descansaba los pies descalzos sobre el salpicadero oscuro.
—El productor contestó —anunció ella, con la vista fija en el parabrisas.
—¿Y?
—Quiere doce temas. Ocho de la primera maqueta y cuatro nuevos. Dice que es el mínimo para un concierto inaugural sin contar bises.
Asintió sin apartar la vista del asfalto húmedo. Doce temas exigían una carga de trabajo brutal.
—¿Mencionó Gotemburgo?
—Escenario secundario. Apertura del viernes. Una hora de set. Sí, entrego los cuatro nuevos antes de fin de mes.
Apretó el cuero del volante.
—Hay otra cosa —añadió Celine—. Quiero que conozcas a mis padres este fin de semana. Eskilstuna. Será el primer viaje largo del

Cadillac.
Tragó saliva. El último mensaje de Nina, sin responder desde el martes, seguía en la bandeja de entrada. Asintió y confirmó la visita antes de medir las consecuencias.
Celine recogió las piernas sobre el asiento y abrazó sus propias rodillas. Giró el rostro hacia la ventanilla.
—Gracias.
No dijo nada más. El volante giraba bajo las manos en los tramos curvos del bosque. La pregunta directa era tentadora: Celine, ¿tomabas medicinas antes de lo de Erik? Una pregunta limpia, de instrucción sumarial, sin carga emocional. Pero cuando ella le había relatado el infierno de los chocolates, lo había hecho sin peso, sin temblor, enumerando hechos como partidas de un balance. Hacer esa pregunta ahora podía romper lo que acababan de construir.
El pensamiento aterrizó frío. Quizás Celine no era el problema. Quizás la disfunción le pertenecía a él, un abogado mercantil adicto a encajar piezas sueltas incluso cuando no había ningún caso oficial abierto sobre la mesa.
El Cadillac entró en Estocolmo por la E4. El embotellamiento matutino los forzó a detenerse en Hornsgatan. Celine mantenía las manos quietas sobre las rodillas. Hasta el cruce con Liza en el gimnasio, la muerte de Erik había marcado la zona cero del misterio. La información de la compañera de cross training retrocedió la línea temporal. El quiebre no había empezado con el cuchillo en la cocina. Había comenzado mucho antes. Los dedos apretaron el volante y un calor seco le subió por las muñecas.

25

La llave giró hasta el tope. El olor a detergente del pasillo invadió el recibidor, pegado a la chaqueta empapada, capa sobre capa. El manojo de llaves aterrizó sobre el plato de metal. Nina se levantó del taburete en ese instante exacto. Un ardor le subió por la nuca ante esa mirada, reproche y afecto en proporciones familiares, aunque esta noche la superficie de sus ojos cargaba una tensión diferente. —Joder, ¿dónde coño has estado? Tu madre ha estado aquí como loca. —¿Te ha llamado a ti? —Estuvo aquí hace dos horas. —Nina dejó la pausa abierta el tiempo suficiente para que pesara—. Tomamos café y me hizo preguntas sobre ti. —¿Qué clase de preguntas? —Las de siempre. Lo que te pasa últimamente. —Una sonrisa minúscula que no alcanzó la comisura—. Yo qué sé lo que te pasa. El mutismo se estiró un segundo de más. Una coraza de presión le aplastó el pecho, la reacción habitual ante cualquier escrutinio familiar. El teléfono salió del bolsillo. Junto a la ventana, clavando la vista en los reflejos de la lluvia sobre el asfalto, las excusas se articularon solas. Sí, mamá. El sábado. Te llevo flores. Llamada cortada. Al girar el torso, Nina ya sostenía una botella de vino frente a la alacena abierta. La rigidez de sus hombros desmentía la supuesta alegría del momento. —Firmé esta mañana —anunció ella—. Seis meses en Vasastan. Es oficial. —Enhorabuena. Te lo mereces. —Claro que sí. —Esa misma sonrisa incompleta—. Reportajes culturales, conflictos sociales. Voy a dar caña. El cristal chocó con suavidad. El alcohol cortó la humedad de la garganta. La conversación navegó sobre el regreso de California, la extrañeza de pisar Estocolmo y descubrir que los moldes del pasado habían encogido. Ella hablaba con fluidez, pero la mirada derivaba hacia la pared del fondo, añadiendo densidad a cada frase. —Me alegro de que estés de vuelta. Te he echado de menos. —Lo sé. —Giró el vino en la copa con rotaciones milimétricas, sin buscar contacto visual—.

Yo también a ti. La conversación murió. —Aquí han pasado cosas mientras no estabas. Nina levantó la vista. Una alarma cruzó sus facciones y desapareció antes de completarse. —¿Con quién? —Alguien de la clínica, durante las últimas semanas. —Un bloque de hielo se le instaló en el estómago al materializar la confesión—. Es cantante. Fue real. La inmovilidad de Nina se prolongó demasiado. Giró la copa. El teléfono vibró sobre el mármol: primero el indicativo materno, luego el nombre de Celine. La mano aplastó la pantalla boca abajo. Ella observó la maniobra sin formular preguntas, instaurando un silencio más eficaz que cualquier interrogatorio. —Me jode estar aquí sabiendo que tu cabeza está en otro lado —dijo ella, abandonando la copa—. Hoy quiero ser yo. Un bloque de granito le sepultó la respiración. Abandonar la vigilancia sobre Celine garantizaba un error irreparable, pero la mujer de pie junto a la cocina proyectaba una intensidad desconocida. El cerebro no encontró salida táctica. —No me mientas —pidió Nina, acortando la distancia—. Me alegra que seas decente con ella. Pero me jode aplaudir desde la cocina. Se inclinó y depositó un beso sobre la frente. —No mentirte es lo único que me queda para no perderte del todo. Una risa sin humor mitigó la fricción sin disolverla. El lavado de vajilla operó bajo una coreografía de años. El abrigo de ella aterrizó sobre el respaldo designado. —Ven —susurró ella—. Solo un momento. El contacto se produjo antes de procesar el permiso. El rastro a ámbar y granada saturó el oxígeno, cálido y estrictamente familiar. La piel de la mandíbula registró el pulso acelerado de Nina. —Quiero oírte —exigió ella a ras del cuello—. Di en voz alta lo que vas a hacer. —Quiero besarte. Quiero quitarte esa camiseta. Ella ejecutó el movimiento sin vacilar, abandonando el algodón sobre las baldosas. —¿Y luego? —Quiero tocarte. Toda. La urgencia dictó la pauta desde el inicio. Desapareció Celine, el contrato, la bandeja de mensajes. La conciencia se redujo a la fricción de los cuerpos y las uñas de ella perforando la espalda, como si Nina usara el sexo para aniquilar algo innombrable. —Mírame —pidió—. Mírame de verdad. Cabello enredado, piel cubierta de humedad, una expresión de libertad total. Pero esas pupilas enfocaban un objetivo invisible situado metros más atrás. El peso de Nina colapsó sobre el torso. El

ritmo respiratorio se estabilizó en tres minutos exactos. Demasiado regular. Despierta. El conteo mental alcanzó el número cinco antes de desplazar el brazo hacia el portátil. La pantalla proyectó un rectángulo de luz azulada. Vinterljus. Eskilstuna. 1998. La búsqueda devolvió foros archivados y una crónica de festival con una imagen defectuosa. Erik sujetaba la guitarra. Tobías estaba detrás. La ampliación del rostro reveló la verdad: la mirada del técnico de sonido devoraba al músico. Un murmullo escapó de la boca de ella mientras sus brazos tantearon el colchón. La tapa del portátil cayó al instante. La columna vertebral recuperó la horizontal, imitando el ritmo pulmonar de Nina bajo el olor a vino y sábanas limpias. El teléfono ejecutó un único aviso mudo. Correo entrante. Jim. Asunto: Seguimiento contrato exclusividad Celine — Gira Suecia 2026. Confirmada la firma. Todos los conciertos en Suecia, cerrados. Queda un fleco del que necesito que te encargues personalmente antes de las 8 de mañana. Ya sabes cuál. No es el momento de tener distracciones encima. Espero tu confirmación. Jim. La lectura se repitió tres veces. Ya sabes cuál operaba como una cláusula de indemnización: si fallas, pagas tú. La frase tenía la misma estructura procesal. Jim asumía complicidad absoluta sin articular órdenes directas. Nina respiraba a su lado. Demasiado regular. Si ella seguía tirando del hilo de Blue Horizon, Jim la eliminaría. Y después al intermediario. La secuencia era predecible. La yema de los dedos le rozó la nuca a ella. La piel, tibia. El pulso, apenas perceptible. La voz del padre: Un hombre elige su silla antes de que lo sienten a la fuerza. El teléfono quedó boca abajo sobre la madera. Mentirle a Nina era el único recurso para que Celine llegara viva al domingo. Se dio la vuelta. Le dio la espalda. La almohada olía a ella, y un frío le bajó por el esternón y no encontró fondo.

26
CELINE

La oscuridad del dormitorio cedió paso a la conciencia exactamente a las tres de la madrugada.

Un martilleo denso ocupaba el espacio detrás del esternón. Procedía de la tarde anterior, del bolígrafo deslizándose sobre la línea de puntos mientras Jim observaba desde el otro lado de la mesa con esa quietud de quien ya ha ganado.

Abandonó el colchón. El frío del suelo de madera le atravesó las plantas de los pies y le ascendió por los tobillos hasta las rodillas. La casa de Djursholm mantenía una temperatura constante durante el día, pero a esa hora la calefacción funcionaba en modo reducido y el aire pesaba contra la piel desnuda de los brazos.

El teléfono descansaba sobre la mesita de noche. Lo agarró sin encender la lámpara. La pantalla se encendió y la luz blanca le obligó a entornar los párpados.

Un mensaje de Jim.

Bienvenida. Me gusta el texto y la canción será un éxito. Comenzamos mañana mismo.

Las palabras ocupaban la pantalla con la misma neutralidad de un recibo de compra. Pero debajo de esa neutralidad latía el hecho irreversible: la firma estampada horas antes había transferido el control de la música, de los plazos, del calendario entero de los próximos dieciocho meses a una corporación con sede en tres continentes.

Erik controlaba con gritos. Jim controlaba con contratos.

Tecleó la respuesta manteniendo las yemas rígidas sobre el cristal.

Me haces feliz.

Emoji de cara durmiendo. Enviar.

El teléfono regresó a la mesa y devolvió la habitación a la penumbra. Una acidez tenue le ascendió por el esófago hasta la base de la lengua. El sabor del error. O del acierto. A esa hora resultaban indistinguibles.

Caminó hacia la ventana buscando oxígeno. El jardín de Djursholm se extendía al otro lado del cristal en una masa uniforme de grises y negros bajo la ausencia de luna. Los setos recortados. El sendero de grava. El abedul junto a la valla perimetral.

Y algo más.

Una figura humana recortada contra los arbustos del fondo.

Un frío le bajó por el pecho hasta el estómago. Las piernas le perdieron temperatura. La mandíbula se le trabó.

La silueta no se movía. Inmóvil, orientada hacia la fachada. Hacia la ventana del dormitorio.

Kevin estaba preso. La lógica lo descartó de inmediato. Kevin estaba preso, encerrado, neutralizado por el sistema judicial sueco. Entonces quién.

Retrocedió un paso. Los talones chocaron contra la alfombra. La sangre le golpeaba los tímpanos y dificultaba calcular distancias, evaluar si la figura había detectado el movimiento detrás del cristal o permanecía ciega en la oscuridad del exterior.

La respiración se le fragmentó en tramos cortos. Cada inhalación alimentaba el cálculo: puerta principal cerrada con llave, ventanas de la planta baja selladas, alarma perimetral activada desde las once. El intruso estaba fuera. La casa era una cápsula hermética entre ella y la amenaza.

Pero la amenaza no se iba.

Abandonó la ventana agachando el torso por debajo de la línea del alféizar. El pasillo que conectaba el dormitorio con la cocina medía siete metros. Los recorrió descalza, controlando la presión de cada pisada sobre la tarima para no generar crujidos, con los hombros pegados a la pared y la mandíbula encajada en una rigidez que empezaba a provocar un dolor sordo en las encías.

La cocina. El grifo de acero. El armario donde guardaba el envase. Abrió la puerta del armario con la mano izquierda mientras la derecha ya giraba la tapa del frasco. Una pastilla. La depositó sobre

la lengua y abrió el grifo. El agua fría le golpeó la garganta arrastrando la cápsula hacia el esófago. Tragó dos veces más para asegurar el descenso.
Apoyó la cadera contra la encimera. El mármol le irradió un frío mineral que le penetró hasta el hueso de la pelvis. Cuatro segundos de inhalación, seis de exhalación. El reloj del horno marcaba las 3:14.
A las 3:15 la pastilla le llegó a la sangre.
El corazón bajó de ritmo. Las manos dejaron de temblar. La mandíbula se le aflojó y la boca recuperó la capacidad de abrirse sin dolor. El frío del estómago se deshizo. El jardín seguía ahí. La figura seguía ahí. Pero el miedo ya no llegaba. La química le había cortado el cable entre lo que veía y lo que sentía.
El cansancio de varios días sin dormir le pesaba en los párpados. Pero algo le tiraba de las manos. Algo que la pastilla había liberado al quitarle el miedo de encima. Necesitaba tocar. Ahora.
Avanzó hacia el dormitorio. Aferró el mástil de la guitarra. Ocupó el borde del colchón y atacó las cuerdas.
La primera progresión brotó cruda, estructurada directamente en español y sin filtros intermedios. La mano izquierda presionaba los trastes con una fuerza que blanqueaba las yemas mientras la derecha ejecutaba un rasgueo descendente que arrancaba armónicos graves de la caja de resonancia. El esfuerzo físico le generó una capa de humedad sobre la columna vertebral. La melodía avanzaba estrofa tras estrofa, sepultando el contrato, la corporación, la silueta entre los arbustos.
El peso de unas botas quebrando ramas irrumpió en la quietud nocturna. Justo bajo el marco de la ventana.
La descarga le recorrió las cervicales. Pero la postura del torso se mantuvo vertical y la agresión sobre la madera del instrumento no perdió el compás. La fricción en el exterior volvió a manifestarse, más cerca. La química circulaba por cada vaso capilar impidiendo que el terror recuperase el control.
Aumentó la intensidad del rasgueo. Fuerza sobre las cuerdas hasta que la vibración de la caja amenazó con quebrar la tapa armónica. El sonido inundó el dormitorio, atravesó el cristal, ocupó el jardín.

Si la muerte quería entrar, tendría que hacerlo por encima de la música.

27
JONAS

Jonas aparcó en la ladera. El motor del Volvo se apagó con un clic y la llave se quedó un segundo más de lo necesario en el contacto. Veinte grados exactos. El aire por la ventanilla bajada no quemaba ni enfriaba: solo estaba. Celine ya había abierto su puerta. El sonido de sus zapatillas sobre la grava le llegó nítido antes de que él bajara.

La colina Väsjö se alzaba enfrente, ochenta y tantos metros de pared casi vertical cubierta de árboles. El bosque de pinos empezaba a pocos metros y el sendero angosto de tierra se adentraba en espiral entre los troncos rectos. Celine no esperó. Empezó a caminar con pasos firmes, la mochila pequeña balanceándose en su espalda. Dos pitidos cortos del mando. La sombra de los pinos les cayó encima de inmediato. El suelo olía a agujas secas y resina caliente. Cada paso levantaba un poco de ese aroma.

Ella no paró ni una sola vez. El camino subía constante, curvas cerradas. Un sudor fino le corría por la espalda, bajo la camiseta. Celine respiraba fuerte, pero se giró a mirarlo y sonrió. Una rama baja le rozó el hombro a ella; la apartó sin decir nada. El aire se volvió más fresco cuanto más subían. Una piedra suelta rodó bajo su zapato y él la detuvo con el talón, el ruido seco perdiéndose entre los pinos.

La pendiente exigía un pago constante a los músculos, pero el peso real no venía de la colina. Lo de Nina le presionaba la base del cráneo con cada metro ganado. La espalda de Celine avanzaba sin vacilar delante de él, obligándolo a mantener el ritmo, tragándose la acidez del secreto paso a paso bajo el dosel de los pinos.

Llegaron al tope sin aliento. Ella no se detuvo hasta el borde mismo donde la vista se abría brutal. Jonas se paró a su lado. El cielo se extendía sin una sola nube y la luz caía directa sobre la ciudad

entera. A la derecha, los suburbios con sus iglesias puntiagudas y bloques de pisos grises perdiéndose en la lejanía. En el centro, los rascacielos del distrito financiero recortados nítidos contra el azul. A la izquierda, el Globo, enorme y blanco, brillando al sol. Allí abajo estaba todo.

Celine se quedó quieta, los brazos cruzados sobre el pecho, la respiración todavía agitada. El viento de la cima le movía el pelo suelto y ella no se lo recogió.

—Allí será el concierto —dijo sonriendo, señalando un punto impreciso entre los edificios del centro.

En la clínica estaba pálida y quieta, los tubos y los monitores pitando a su alrededor. Ahora tenía las mejillas enrojecidas y los ojos brillantes. Un vértigo le apretó el estómago, ligero pero real. Ella señaló más lejos y el dedo se movió un poco más a la izquierda. Jonas siguió la línea imaginaria y el nombre le golpeó el fondo del estómago antes de que ella lo pronunciara.

—Allí vives tú —dijo satisfecha—. Y allí está tu trabajo.

—Allí está el diario de Nina, tu amiga.

La confesión le volvió a la garganta. Quizás el momento era el adecuado. El aire fresco de la cima le entró en los pulmones y él lo retuvo un segundo más de lo necesario.

Desde esa cornisa la ciudad se reducía a un tablero de juguete. Soltarle ahora lo de Nina era detonar una explosión en el único espacio limpio. La saliva se le atascó en la laringe.

—Nina y yo… —empezó, y la voz se le cortó sola.

Celine no se giró. Seguía absorta en la vista, los ojos entrecerrados contra el sol bajo. El viento le levantó un mechón de pelo y ella lo dejó allí, flotando.

—Tú estás aquí, ¿te das cuenta? —dijo—. Es maravilloso verse fuera de ese laberinto.

El laberinto. Abajo todo seguía su curso: coches moviéndose por calles invisibles, gente entrando y saliendo de oficinas, el tráfico reducido a un movimiento lento y ordenado. Un calor le subió por la nuca, más suave esta vez. Ella respiraba el presente de una manera distinta.

—Por ahí vas, por ahí vuelves, todos los días —siguió ella, la voz baja y tranquila—. Desde aquí no parece real. Los rascacielos parecen juguetes. Y el globo… parece que lo podrías coger con dos dedos.

Jonas empujó con la punta del zapato una piedra suelta. El ruido seco se perdió en el viento. Celine se agachó para ajustar el cordón de una zapatilla y el sudor le brillaba en la sien. El sudor de alguien que sube porque quiere, ya que puede. Se incorporó y se colocó a su lado, el hombro casi rozando el suyo. El contacto no llegó, pero el calor de su piel sí atravesó el aire entre los dos.

—Es que todo lo de abajo parece una película —dijo—. Las reuniones, los correos, las prisas para coger el metro. Desde aquí parece que no te toca.

Un pájaro pasó volando bajo, una silueta negra contra el azul. Lo siguió hasta desaparecer detrás de un grupo de árboles. Lo de Nina latía en el fondo del estómago, pero más lejano. Las palabras se habían quedado abajo, en el coche, en el aparcamiento. Ella no preguntó.

—Y aun así —continuó ella—, cuando bajemos, volverá a ser real. El tráfico, las facturas, las llamadas perdidas. Pero ahora estamos aquí.

Un silencio largo. El viento y nada más.

Celine sacó la botella de agua de la mochila y la dejó en una piedra plana. El plástico sudaba al sol. Bebió un trago y se la pasó sin decir nada. El agua estaba tibia. Le bajó por la garganta y le refrescó el interior del pecho. Devolvió la botella y sus dedos se rozaron un segundo.

Ninguno de los dos apartó la mano.

El plástico tibio le resbaló de los dedos y la mano de ella le apretó la muñeca y la otra mano le buscó la espalda y la tela de la camiseta se le plegó entre los omóplatos y el pelo de Celine le rozó la mandíbula y el olor a resina y sudor le llenó la nariz y las costillas de ella le presionaron el pecho y él la sujetó con los dos brazos y apretó.

La botella rodó por la piedra y cayó al suelo. Ninguno se agachó.

El cuerpo de Celine temblaba bajo la camiseta. Los dedos le clavaban los nudillos en la espalda, fuertes, más de lo esperado. El

corazón de ella le golpeaba el esternón a través de la ropa. Rápido. Desordenado.
—No bajes —dijo ella.
—No.
—Promételo.
—Sí.
El viento les secó el sudor de los brazos. Por encima del hombro de Celine, en el aparcamiento, el Volvo era una mancha oscura entre la grava y los árboles. Pequeño. Ochenta metros más abajo, con todo lo que había dentro del maletero y de la guantera y de los asientos traseros.
Apretó más. La barbilla de Celine le presionó el hueco del cuello. El borde del precipicio estaba a tres pasos.
—Cuando baje el sol va a estar todavía más bonito —dijo ella—. La luz cambia todo. Los edificios se ponen dorados.
Se sentaron en la piedra más grande, las piernas de ella colgando hacia el vacío. La piedra estaba tibia. El calor le traspasó los vaqueros y le llegó a la piel de los muslos. Abajo, muy abajo, un coche pitó en alguna calle invisible. El sonido llegó débil.
—Esto es lo que quiero guardar —dijo ella, casi para sí misma—. Este momento.
Jonas miró hacia el aparcamiento otra vez. El Volvo seguía ahí. El teléfono en la guantera, apagado, con el correo de Jim sin responder desde las ocho de la mañana.
La piedra le quemaba a través de los vaqueros. El sol seguía alto.

28

El suelo vibraba bajo las botas. Un rumor sordo trepaba por las suelas, apretaba los tobillos, llegaba a las rodillas. Se quedó quieta, la espalda contra la caja de transporte negra. El acero frío de la esquina le presionaba la cadera a través del vestido fino.

Jonas se movió un paso. La cremallera de su chaqueta rozó el metal con un chasquido seco. El sonido le llegó nítido, separado del rugido de afuera, y eso la irritó: un chasquido tan pequeño, y cincuenta mil personas esperando al otro lado.

—Hace un frío raro aquí atrás —dijo él, voz baja, casi distraída—. ¿Notas cómo se cuela por las rendijas?

Metió las manos en los bolsillos delanteros de la chaqueta de él. No le pidió permiso. Nunca se lo pedía. El lino limpio olía a detergente y a ozono de los amplificadores, calientes todavía después de la prueba. Los bolsillos estaban tibios por dentro, gastados en las costuras. Los usaba demasiado.

—Siempre se cuela. El escenario sabe que estamos escondidos y quiere sacarnos.

Jonas bajó la cremallera un par de centímetros. El metal frío le rozó los nudillos.

—Al menos el suelo ya no tiembla tanto. Antes parecía que iba a abrirse.

—Yo también lo sentía. —Apoyó la frente contra el pecho de él. El tejido de la chaqueta le absorbió el aliento caliente—. Todo el peso de la gente de afuera empujando desde abajo.

La respiración de Jonas le movió el pelo. Un ritmo lento, regular. Él no tenía que salir a ningún escenario. No tenía que abrir la boca delante de nadie. Y sin embargo estaba aquí, de pie, entre cajas de transporte y cables, con las manos ocupadas en sostenerla. La garganta se le cerró un instante.

Fuera, el rugido de cincuenta mil gargantas llegaba amortiguado. Jonas le pasó un brazo por la cintura. Los dedos se detuvieron en la curva de la espalda, justo donde el vestido se pegaba a la piel.
—Oye, ¿viste el cable negro ese de ahí? —Señaló con la barbilla hacia el suelo—. Parece una serpiente muerta. Lleva ahí desde que llegamos.
Soltó una risa corta que le vibró en la garganta.
—Nadie lo recoge porque nadie quiere tropezar justo antes de salir. Sería la foto perfecta: la nueva estrella en el suelo, culo al aire.
Jonas apretó un poco más el brazo. El calor de su cuerpo le atravesó la tela y le llegó al centro del pecho.
—Pues yo lo recogería ahora mismo. Pero entonces te quedarías sin excusa para quedarte aquí pegada.
Levantó la cara. Los ojos de Jonas estaban muy cerca, gris claro bajo la luz escasa. Tenía una marca roja en el cuello, del roce del cuello de la chaqueta. Llevaba horas de pie. No se había quejado.
—No necesito excusa. —Le rozó la cremallera con la yema del pulgar —. Solo quiero que el frío de las manos se me vaya antes de salir.
Él le tomó las manos entre las suyas. Las palmas de Jonas estaban secas y calientes. Le frotó los nudillos con el pulgar, despacio, mirándola a ella.
—Están heladas. Siempre se te hielan justo antes. ¿Recuerdas aquella vez en el bar de Södermalm, cuando solo éramos cuatro gatos y cantaste encima de una mesa?
—Aquella vez no había cables en el suelo. Ni cajas negras. Solo un suelo de madera que no vibraba.
—Y olía a cerveza derramada, no a ozono. —Jonas sonrió de medio lado—. Preferiría aquello ahora mismo.
La sonrisa le cambió la cara. Le suavizó la mandíbula, le borró la línea dura entre las cejas. Esa sonrisa no salía delante de nadie más. Había dormido junto a él el tiempo suficiente para saberlo sin necesidad de pensarlo.
Hundió la nariz otra vez en la chaqueta. El ozono y el lino se le metieron más profundo.
—Yo también. Pero aquí estamos. Con serpientes muertas y todo.

Él le besó el pelo, un roce rápido. Ninguno de los dos dijo nada más durante unos segundos. El suelo seguía vibrando, más fuerte ahora. El brazo de él le pesaba en la cintura, firme, y las manos de ella ya no estaban heladas.

—Cuando salgas —dijo Jonas al fin—, no mires mucho las luces. Solo canta. El resto ya vendrá solo.

Cerró los ojos. El corazón le latía tan fuerte que le retumbaba en los oídos. Quiso decirle algo más. No encontró qué.

—Claro. Solo cantar.

Se separó. Dio un paso atrás. El aire frío del tras del telón le ocupó el espacio que Jonas acababa de dejar. La cremallera de la chaqueta de él volvió a chasquear al cerrarse del todo. Se dio la vuelta hacia la cortina negra.

Los focos blancos le cegaron las retinas. El rugido de la masa le vibró en el pecho. El sudor de la multitud saturó el aire y el suelo de madera tembló bajo las botas y el viento de la llanura le golpeó la cara húmeda y ella apretó el micrófono.

Gärdet. Un vacío verde con esquirlas de hormigón al fondo. El terreno se extendía sin obstáculos y la ciudad quedaba empujada al borde, edificios y arboleda al margen. La multitud era dispersa, pequeña, absorbida por la explanada. El estómago se le apretó.

Levantó el micrófono. Empezó a cantar en sueco. La voz le salió limpia, afilada. La multitud respondió con un bramido que le subió por las piernas.

Entonces miró a un lado. Las pantallas LED de veinte metros proyectaban su rostro enorme sobre la llanura verde. Cada poro, cada pestaña, cada gota de sudor multiplicada. Y delante de ella, el pequeño piloto rojo de la cámara de televisión la apuntaba de frente. Un punto rojo fijo.

Un frío le bajó por el esternón.

La chaqueta de lino ya no estaba cerca. La cremallera ya no estaba cerca. La explanada abierta convertía cada ángulo en una línea de visión directa. Su cara en las pantallas iluminaba el lateral donde Jonas estaba de pie.

Terminó la canción. El aplauso le retumbó en los huesos. Bajó del escenario con las piernas rígidas, los muslos duros por la tensión de

cuarenta minutos. El sudor le corría por la espalda y le pegaba el vestido a la piel. La chaqueta de lino. La cremallera medio baja. El gris claro de los ojos en la penumbra.

Jonas no estaba.

El lateral: técnicos con auriculares, cajas apiladas, rollos de cable negro. El hueco del entre bastidores seguía vacío y cada cara que no era la de él le apretaba un poco más la boca del estómago. La respiración todavía rota. Los pasos entre los equipos, automáticos.

Quien se interpuso fue Jim Kowalski.

De pie junto a la caja de transporte negra, las manos en los bolsillos del traje oscuro. Los ojos fijos en la explanada, en la masa que todavía gritaba su nombre. Los hombros bajos, el peso distribuido.

Se detuvo. El pecho le subía y bajaba demasiado rápido.

Jim no la miró de inmediato. Siguió con los ojos en Gärdet.

—Ya eres global —dijo, voz baja y cortante—. Nunca más volverás a estar a oscuras.

El ozono de los amplificadores seguía flotando en el aire. El acero frío de la esquina de la caja le presionó la cadera otra vez. El metal pesaba más.

Jim la miró por fin. Sonrisa breve, técnica. Le tendió una tarjeta blanca con un número de teléfono.

Los dedos de ella todavía olían a lino.

29

La limusina se detuvo frente al Odd Fellow Huset. Las luces de la fachada dorada se reflejaron en el capó negro. Una noche fría de mayo, el aire todavía con filo de invierno. Los Stockholm Culture Awards. Doce disciplinas artísticas, realeza en la primera fila, frescos del siglo diecinueve en los techos. Debía salir por la puerta trasera, por el acceso asignado por seguridad, pero Celine le tomó la mano y tiró de él hacia delante.

Abrió la puerta.

Los flashes estallaron en ráfagas blancas. Los gritos de los fotógrafos le golpearon la cara antes que el frío. Celine le apretó los dedos con más fuerza. Apretó la mandíbula. Cada flash era un registro, una copia de su cara almacenada en una tarjeta de memoria que ya no le pertenecía. Las revistas lo tendrían mañana. El abogado que nadie conoce, al lado de la mujer que todos querían fotografiar.

La sombra lo había abandonado.

Celine se volvió hacia él. Los ojos le brillaban bajo las luces, húmedos, dilatados por la adrenalina. Tenía una gota de sudor en la sien izquierda que los focos convertían en un punto blanco.

—Esto es, Jonas —dijo ella, la voz ligera, casi sin peso—. Salimos de todo aquello y ahora todo encaja. Tú y yo aquí, con el futuro abierto.

Le devolvió el apretón en la mano. El tejido del esmoquin le tiraba en los hombros, el corte demasiado ceñido para su cuerpo, un traje pensado para quedarse quieto y dejarse ver.

—Sí. Todo por delante.

Las palabras le salieron naturales. Eran verdad en ese momento. Lo que vino antes podía quedarse atrás, y lo que venía después no tenía forma todavía. Esa franja estrecha entre las dos cosas era lo único que le pertenecía.

Entraron al salón. Los frescos del techo —querubines, guirnaldas, pan de oro agrietado por dos siglos de uso— chocaban con los estands de metacrilato de Anchor Global plantados por todas partes, paneles limpios y rectos contra las paredes doradas, molduras del siglo dieciocho enmarcando logotipos corporativos. El patrocinio había convertido el palacio en un escaparate. La cultura como vitrina, el arte como excusa para la marca. En la entrada, un panel de tres metros enumeraba los doce premios de la noche: danza, literatura, arquitectura, música. El nombre de Celine estaba en la categoría de música popular, letras blancas sobre fondo negro, más grandes que las demás.

Llegaron hasta el estand. Un mural inmenso ocupaba la pared principal: una fotografía de ella en sus inicios indie en Eskilstuna, guitarra en mano, la mirada fija en un punto fuera del encuadre. La imagen tenía diez años. La persona a su lado, tres meses.

Celine se detuvo frente al mural. La espalda se le enderezó de golpe. La sonrisa se le colocó en la cara, precisa, ajustada al milímetro. Una sonrisa que le llegaba a la boca y ahí terminaba. Él conocía la otra, la que le salía sin permiso cuando estaban solos. Esta no era esa.

Unos inversores se la llevaron del brazo. Se quedó solo con la copa que un camarero le había puesto en la mano sin preguntar. El champán estaba frío. Lo sostuvo sin beber.

—Jonas Lindgren.

La voz le llegó por la espalda. Se giró. Sture Eriksson y Mats Hedlund estaban a tres pasos, copa en mano, el mismo corte de traje gris oscuro que llevaban a las juntas de Karlavägen. Eriksson tenía la cara bronceada de quien acaba de volver de Mallorca. Hedlund llevaba un reloj nuevo, la correa más gruesa, el oro más amarillo.

—No sabía que venían a estas cosas —dijo.

—No veníamos —dijo Eriksson. Sonrisa breve, labios finos—. Pero últimamente el bufete sale mucho en las revistas. Queríamos ver de primera mano lo que genera tanto interés.

—Has hecho un gran trabajo con este caso —dijo Hedlund. Le puso la mano en el hombro. Los dedos le apretaron el trapecio a través de

la tela—. La firma entera se beneficia. Los clientes preguntan por ti. Quieren al abogado que sale en las fotos con la estrella.
El champán le pesó en la mano. El cristal estaba resbaloso de condensación.
—Es un caso de propiedad intelectual —dijo—. No es glamuroso.
—No, claro —dijo Eriksson—. Pero la percepción importa. Y la percepción ahora mismo es excelente.
Los dos lo miraron con la misma expresión, la de las juntas cuando aprobaban una factura grande: satisfacción contenida, cálculo rápido. Los mismos hombres que le habían puesto el expediente de Celine encima de la mesa nueve meses atrás, en la sala de reuniones de Karlavägen, con la misma cara con la que se deja una bolsa de basura en la puerta del vecino. Un caso tóxico. Una clienta difícil. Un asunto que ninguno de los dos quería tocar. Ahora le apretaban el hombro y le decían que la percepción era excelente.
—Gracias —dijo. La palabra le raspó la garganta.
Jim Kowalski apareció al lado de Hedlund. No se presentó. Llevaba el mismo traje oscuro de siempre, los zapatos limpios, las manos vacías. La postura de alguien que no necesita moverse para ocupar espacio.
—Ustedes son los socios de Jonas —dijo Jim. La frase aterrizó como un hecho establecido.
Eriksson y Hedlund se enderezaron. El cambio fue instantáneo: la columna medio centímetro más recta, los hombros un grado más atrás. Jim les tendió la mano a los dos. Apretones firmes, breves, sin sonrisa.
—Jim Kowalski. Anchor Global. Gestiono los intereses de Celine Rask.
—Encantados —dijo Hedlund—. Hemos seguido el caso de cerca.
—Lo sé —dijo Jim—. Y tienen razón en estar orgullosos. —Se giró hacia él. Los ojos quietos, sin prisa—. Jonas ha hecho un trabajo excepcional. Discreto, eficiente, siempre disponible. La clase de profesional que no abunda.
La nuez le rozó el cuello almidonado de la camisa. Tragó. El champán le bajó con un regusto metálico.
Eriksson y Hedlund asintieron. Las sonrisas más anchas, más cómodas.

—Eso mismo le decíamos —dijo Eriksson—. Jonas ha demostrado una capacidad enorme.
—Sí —dijo Jim. Miró el mural, la fotografía enorme de Eskilstuna—. Bonita foto. Tiene algo, ¿verdad? Esa cosa de antes de que pase nada.
Los cuatro miraron el mural. El silencio duró tres segundos.
Jim levantó la copa.
—A este paso, el año que viene será el rostro de Jonas el que esté colgado en un afiche de la gala. —Sonrisa breve, controlada—. El abogado que todos quieren tener.
Eriksson y Hedlund rieron. Risa corta, complacida, la risa de quien acaba de escuchar que su inversión rinde. Le dieron palmadas en la espalda. Las manos le pesaron en los omóplatos.
El esmoquin le apretó el pecho. El aire del salón llegó espeso, cargado de perfume y cera de suelo. Jim lo miraba por encima del borde de la copa. Los ojos no sonreían. La boca, sí. La boca siempre. Un afiche con su cara. Su nombre bajo el logo de Anchor Global. El mismo formato que el mural de Celine: imagen enorme, persona pequeña, la corporación ocupando todo el espacio alrededor. Eriksson y Hedlund seguían riendo. Habían escuchado un halago. Él había escuchado otra cosa.
—Con permiso —dijo. Se alisó la solapa del esmoquin—. Voy a buscar a Celine.
—Claro —dijo Jim. Sacó una tarjeta del bolsillo interior. Blanca, sin logo, solo un número de teléfono impreso en negro—. Por si alguna vez necesitas hablar de algo. Cualquier cosa.
Tomó la tarjeta. El cartón era grueso, rígido, con los bordes cortados a máquina. La guardó en el bolsillo del esmoquin. Jim le dio una palmada suave en el hombro. Breve. Funcional. La tercera mano en el hombro en menos de diez minutos. Se alejó entre la gente sin mirar atrás.
Eriksson y Hedlund seguían ahí, copas en mano, la sonrisa todavía puesta.
—Buen contacto —dijo Hedlund—. Muy buen contacto.
Se excusó sin contestar.

Caminó entre los grupos de inversores y vestidos largos. El salón le zumbaba en los oídos. Encontró a Celine al fondo, junto al mural, hablando con alguien. La sonrisa seguía puesta. Perfecta. Ajena. La chica de la fotografía de Eskilstuna, guitarra en mano, mirando fuera del encuadre, pertenecía a otra década. La mujer ahí abajo operaba con otra lógica, y el momento exacto del cambio se le escapaba entre los dedos.

La tarjeta le raspó la tela del bolsillo cuando se movió.

El cuello de la camisa le apretó otra vez y el champán le subió agrio por la garganta.

30
HANSSON

Tomó asiento frente a Nina en la cafetería de la comisaría. La silla de plástico cedió bajo su peso con un crujido seco. El café de la máquina emanaba un vapor tibio que no llegaba a cubrir el olor a cigarrillos viejos incrustado en los conductos de ventilación, ese olor acumulado durante décadas que ya nadie en el edificio notaba. La periodista deslizó una carpeta amarilla sobre la mesa de fórmica y aguardó con las manos cruzadas sobre el regazo.

Deshizo el nudo de la corbata. El gesto liberó medio centímetro de tráquea y el aire entró con menos resistencia. Abrió la cubierta de cartón.

El caso de Erik Lindgren figuraba como cerrado. Asesino confeso cumpliendo condena, acuerdo firmado, expediente archivado con un sello digital que equivalía a una lápida administrativa. La insistencia de Nina había conseguido arrastrarlo hasta esa mesa a las cuatro de la tarde de un martes, con el estómago vacío y un dolor de cabeza instalado detrás del ojo izquierdo desde las once de la mañana.

La primera página del registro de Bolagsverket reveló el nombre de Blue Horizon AB. La segunda, su estructura accionarial. La tercera, el seguro de hombre clave.

Un calor denso le subió por la nuca.

Pasó las hojas despacio. Treinta y dos años de servicio habían convertido la lectura de documentos en un proceso físico, casi muscular: dato, implicación, conexión. El seguro garantizaba millones de coronas a la empresa en caso de fallecimiento del piloto. La cláusula de compra cruzada otorgaba a la viuda la retención de acciones por un valor residual, bloqueando el acceso de la hija a la herencia. Cada página encajaba con la anterior con la precisión de quien había tenido tiempo de pensar. Mucho tiempo.

Pasó a la siguiente hoja. Facturas de un bufete en Marbella. Alquileres de vehículos en Alicante. Doce viajes anuales hacia una propiedad registrada en Torrevieja que los informes catastrales describían como vacía. Movimientos de capital, cambio de residencia fiscal encubierto, cobro de prima tras el fallecimiento del asegurado. El patrón era transparente para cualquier inspector con más de cinco años de experiencia. Para él, con treinta y dos, era casi ruidoso.

Apretó los labios hasta que la presión blanqueó la piel del mentón.

La confesión de Kevin Lindgren había llegado demasiado rápido. Demasiado limpia. Sin las contradicciones habituales de un culpable real, sin los silencios mal colocados, sin la mirada que busca el suelo en el momento equivocado. Y la cara de Celine Lindgren durante el interrogatorio: serena, cooperativa, con una respuesta preparada para cada pregunta antes de que terminara de formularla. Esa clase de serenidad no venía del carácter. Venía del ensayo.

Los fluorescentes del techo zumbaban a una frecuencia que un minuto antes no existía.

Pero la fiscalía había cerrado el caso. El fiscal Bergman había firmado la resolución con su caligrafía diminuta y había archivado el expediente antes de las vacaciones de verano. Reabrir significaba admitir que la policía de Estocolmo había aceptado una confesión prefabricada. Significaba cuestionar a Bergman. Significaba poner su propio nombre en un informe que señalaría al departamento. Treinta y dos años de carrera. Una pensión a dieciséis meses vista. La aritmética era brutal y exacta.

Se recostó contra el respaldo y la silla de plástico emitió el mismo crujido que al sentarse.

Clausuró la carpeta aplastando las hojas en el interior.

—Jonas está durmiendo en su casa —dijo Nina. La voz le subió de registro hasta que un agente en la mesa contigua levantó la cabeza —. No me contesta el teléfono. Esa gira de despedida es una excusa. Ella planea fugarse a España con el dinero y lo está usando de escudo humano.

La pausa duró tres segundos. Nina tragó saliva.

—Lo va a matar.

El ventilador de techo giraba con un desajuste rítmico, un clic cada cuatro rotaciones. El café de la máquina se enfriaba en el vaso de plástico sin que la mano hubiera llegado a los labios. Al otro lado de la mesa, Nina llevaba cuarenta y ocho horas sin dormir: las ojeras violáceas, los tendones del cuello marcados bajo la piel, los dedos tamborileando sobre la fórmica en un patrón arrítmico. Cafeína y miedo. Las dos cosas juntas producían ese temblor sin dirección.

—Nina, lees demasiadas novelas —la respuesta salió ronca, áspera —. Tenemos a un asesino confeso en prisión. Celine Lindgren no va a apuñalar a nadie en la cama.

—Pero los papeles…

—Los papeles demuestran que es una mujer de negocios lista. — Alzó una mano cuadrada sobre la mesa, cortando la réplica—. Movimientos de dinero, residencias fiscales, cobro de seguros. Es avaricia. Quizás evasión o fraude, pero no es un homicidio en progreso.

La frustración deformó los rasgos de Nina. La mandíbula inferior avanzó medio centímetro. Los ojos se le pusieron acuosos, brillantes, al borde. Treinta y dos años enseñaban a leer esa diferencia: el pánico fabricado colapsaba rápido, buscaba la reacción del otro, medía el efecto. El pánico genuino se sostenía solo, sin público, y lo que ocupaba la cara de esa mujer no necesitaba a nadie.

Empujó el expediente por encima de la superficie de plástico hasta devolverlo al territorio de ella.

—No voy a enviar a nadie ni a pedir una orden de registro basándome en esto. El caso está cerrado. —Bajó el tono al límite de lo confidencial—. Pero si usted es amiga de Jonas, quizás no estaría de más avisarle de lo que ha visto. Él parece un hombre con criterio. Si nota algo fuera de lugar, sabrá reaccionar.

Las palabras salieron con el automatismo de quien ha pronunciado variaciones de esa frase cuatro veces en su carrera. Las cuatro ocasiones anteriores habían terminado igual: él se levantaba de la mesa, cruzaba el aparcamiento, encendía el motor. Y durante semanas, algo le ocupaba la cabeza, sordo y constante, hasta que el tiempo o el trabajo lo tapaba.

Nina no se levantó. No recogió la carpeta.

Allí mismo, bajo los fluorescentes que proyectaban una luz amarillenta sobre sus manos, rebuscó en el bolso de lona y sacó el teléfono. Los dedos le temblaban con un temblor errático, sin patrón de frío ni de fatiga. El temblor de quien toma una decisión antes de estar listo para tomarla. Tecleó la pantalla tres veces antes de conseguir activar la llamada. Se llevó el aparato a la oreja.

El tono de espera atravesó la distancia de la mesa con total nitidez.

Nadie contestó.

Nina marcó de nuevo. El mismo resultado. A la tercera llamada, la mano que sostenía el teléfono descendió hasta la fórmica y los nudillos golpearon la superficie con una fuerza que hizo vibrar el vaso de café. El líquido oscuro se agitó dentro del plástico sin derramarse.

Una punzada le atravesó la zona subcostal izquierda. Breve. Eléctrica.

Jonas no contestaba.

La viuda controlaba millones. La confesión había llegado demasiado limpia. Y la periodista sentada a un metro de distancia llevaba el terror pegado a la piel.

Se llevó el café a los labios. El líquido había alcanzado la temperatura ambiente. Lo tragó de un solo movimiento.

La carpeta amarilla seguía sobre la mesa, entre los dos, sin que ninguno la recogiera.

31
JONAS

Aparcó el Volvo sobre la gravilla del acceso y apagó el motor. El aroma a hierba recién cortada, mezclado con la gasolina del cortacésped, saturó el habitáculo. Nina ya estaba allí. Su bicicleta descansaba apoyada contra la valla blanca de madera. El espejo retrovisor devolvió la imagen de un rostro marcado por ojeras profundas, herencia directa de una madrugada consumida entre correos electrónicos y balances de empresas. El próximo titular de la periodista podía aniquilar la gira. Esa posibilidad bastaba para que la mandíbula se le trabara al apretar los dientes.

Bajó del coche bajo la luz directa del sol. Inger acomodaba el mantel de lino reservado para las ocasiones especiales sobre la mesa del porche. La corona de flores le quedaba torcida sobre el cabello, pero nadie en esa familia la habría corregido.

—Has llegado —dijo la mujer sin apartar la atención de las servilletas —. Empezaba a pensar que el tráfico era una excusa.

—El puente estaba atascado, mamá.

—Siempre está atascado. —Inger levantó el rostro y lo recorrió de arriba abajo—. Estás pálido. No te alimentas bien.

—Como bien.

Nina salió de la cocina sosteniendo una fuente de arenques encurtidos. La loza chocó con el metal de la bandeja. Llevaba puesto el vestido blanco comprado en Gotland el verano anterior. El blanco de alguien que ha elegido parecer inocente.

—Hola —dijo ella.

—Hola, Nina.

El contacto visual duró un segundo. Todo el expediente enviado durante la madrugada —Marbella, el seguro de vida, la fuga organizada— quedó suspendido en el aire entre ambos. Extendió los

brazos para recibir la bandeja. Los dedos de Nina estaban helados. Junio en Estocolmo, veintitrés grados afuera, y esa mujer tenía las manos de quien lleva horas sin moverse de la pantalla.

Tomaron asiento alrededor de la comida dispuesta: patatas nuevas con eneldo, salmón, crema agria y pan crujiente. Las botellas de aguardiente sudaban contra el cristal. El sol se filtraba entre las ramas del abedul y proyectaba manchas de luz sobre el mantel que se movían con el viento. Un almuerzo de Midsommar en la costa de Estocolmo. El tipo de escena que un fotógrafo de Dagens Nyheter habría enmarcado sin dudar.

—Sirve —dijo Inger.

Llenó los vasos de cristal grueso hasta el límite exacto. La mano no tembló. Treinta años de negociaciones contractuales habían entrenado esa clase de control: el pulso firme cuando todo lo demás amenaza con ceder.

—Skål —dijo la madre—. Por el verano y porque estemos todos juntos.

El aguardiente nórdico arrasó la garganta con un fuego limpio.

—Están excelentes —dijo Nina mientras pinchaba una porción de pescado—. ¿Es la receta de mostaza?

—Sí, querida. Un poco de café en la salsa. —La sonrisa de Inger apareció cargada de intenciones—. Él los devoraba de niño. Ahora supongo que prefiere cosas más… exóticas.

Masticó un trozo de patata. Supo a tierra y mantequilla y a nada más. Bajó el tenedor y cortó otro trozo sin levantar la vista del plato.

—Me gustan los arenques, mamá.

—No lo parece. Llevas un mes sin venir a buscar comida. —Inger se limpió los labios con la servilleta de lino—. He oído que hay mucho movimiento en tu zona. Gente nueva. Artistas.

—La ciudad cambia.

—Demasiado rápido —dijo Nina, desviando la mirada hacia el mar abierto—. A veces la gente cree que cambiar de casa equivale a cambiar de vida. Pero los problemas viajan en el equipaje.

—Totalmente cierto —dijo Inger—. La gente emigra al sur, compra propiedades en España creyendo que el sol va a solucionarlo todo. Y al final solo terminan siendo personas tristes pero bien bronceadas.

Propiedades en España. El sonido de los cubiertos contra la loza se volvió demasiado nítido. Nina rebanaba el salmón con movimientos lentos y exactos, sin alzar la vista. El panorama táctico quedaba expuesto a plena luz del día: el artículo estaba listo. Diez millones de coronas en juego por los derechos de la gira, y la mujer sentada a la mesa sostenía el fósforo encendido. En cualquier litigio mercantil, esa configuración tenía un nombre: posición de fuerza asimétrica. La parte que controla la información dicta los términos.

—¿Has estado consultando el suplemento inmobiliario, mamá? —La pregunta salió con una tensión que no consiguió disimular.

—Leo de todo. Dicen que es una excelente inversión. —Inger rellenó su propio vaso con parsimonia—. ¿Tú qué opinas, Nina? Tú investigas estas cosas. ¿Resulta seguro invertir capital en el extranjero?

Nina levantó el rostro. Los ojos grises fijos al otro lado de la mesa.

—Depende de la estructura corporativa. Si actúas bajo la legalidad, estás seguro. Si utilizas sociedades fantasma y seguros de vida trucados, el sistema siempre acaba descubriéndote. Puedes perderlo todo.

—Qué horror —dijo Inger—. Prefiero mantener mi dinero aquí, a la vista.

—Es la decisión inteligente —dijo Nina—. Sin embargo, algunos prefieren el riesgo. Están convencidos de ser más astutos que la propia ley.

—Como ese piloto de aviación —dijo Inger—. El que protagonizó tu reportaje ayer. El hombre asesinado cerca de tu apartamento. Dicen que mantenía una doble vida. Pobre mujer.

El tenedor quedó a medio camino del plato. La mano libre apretó el vaso de chupito hasta que la piel de los nudillos perdió el color.

—¿Pobre mujer? —La voz le salió rasposa.

—La viuda, claro. Quedarse sola de esa manera. Y con todas las deudas del difunto encima, supongo.

—A veces las viudas no terminan tan desprotegidas —dijo Nina antes de beber un trago de agua—. A veces, las viudas han planificado su soledad con mucha antelación.

Depositó el tenedor sobre la servilleta. El metal contra el lino no produjo ningún sonido. La publicación de esa teoría —piloto asesinado, viuda cómplice, artista vinculada al crimen— detonaría una cláusula de rescisión en cada contrato de la gira. Diez millones de coronas. El seguro de responsabilidad no cubría daño reputacional. Ningún seguro lo cubría.
—No seas cínica, querida —dijo Inger, depositándole una palmada en el dorso de la mano—. Suerte tienes tú de dedicarte al derecho mercantil. Es un mundo bastante más pacífico.
Nina soltó una risa corta y frontal.
—Por favor, Nina.
—¿Por favor qué? —Nina giró la cara hacia él. Los ojos le brillaban, húmedos, con algo que no era tristeza.
Inger se llevó la palma al pecho.
—¿De qué están hablando ustedes dos? ¿Te has involucrado en problemas financieros oscuros?
—Discúlpame, Inger. Era una simple broma periodística. Los contratos corporativos también generan titulares a veces.
—Me importan muy poco los titulares —la voz salió plana, sin inflexiones—. Ejerzo mi profesión lo mejor que puedo.
—Escucha… —dijo Nina.
—No. Escuchen ustedes. —Se inclinó hacia delante y apoyó los antebrazos sobre la mesa, entre los platos—. Las dos viven preocupadas por la estabilidad de los seguros, por las inversiones intocables, por el juicio social del vecindario.
—No te ofendas de esa forma —dijo Inger.
—Quizás lo necesite.
El silencio cubrió la mesa. El zumbido de una abeja sobre el plato de salmón. Nina sostuvo el contacto visual un momento más, bajó los hombros y bebió.
Se levantó de la silla. La gravilla crujía bajo las suelas de los zapatos formales, rápida y seca, y cada paso ensanchaba la distancia con la mesa del porche. A la espalda, ningún nombre lo llamó. Ninguna silla se movió.
Se metió en el Volvo. El aire del interior ardía. El cuero de los asientos quemaba a través de la camisa. Cerró la puerta y el ruido

del viento y de la abeja y de la madre desapareció de golpe. Solo el olor a gasolina y a plástico caliente.
Engranó la primera marcha. Los neumáticos patinaron una fracción de segundo sobre las piedras sueltas antes de encontrar tracción contra el asfalto. La carretera principal se lo tragó y la costa se redujo en el retrovisor hasta desaparecer.
Los molares le apretaban con cada kilómetro. El resplandor solar le pegó de frente al cruzar la recta antes del puente. Había que interrogar a Celine. Averiguar el estado real de la infraestructura discográfica. Calcular la exposición legal del contrato con Anchor Global antes de que Jim recibiera la noticia. Si es que no la había recibido ya.
Ante la luz roja del primer semáforo previo al puente, encendió el teléfono. Lo había apagado al llegar a casa de Inger.
La pantalla se encendió y el teléfono empezó a vibrar sobre el asiento del copiloto. Diez llamadas perdidas. Quince mensajes de alerta. Todos del mismo número.
Jim.
Abrió el último mensaje. Un enlace hacia la edición digital del periódico de Nina. El titular ocupaba toda la pantalla: «La viuda del vuelo — El oscuro asesinato tras el regreso discográfico de Celine Vik». Prensa amarilla. Sangre en la cocina, el amante músico, la tragedia como gancho de portada. Debajo, el mensaje de Jim.
«El artículo de tu contacto sobre el incidente de Bromma acaba de hacerse público. Constituye un riesgo de relaciones públicas inaceptable para una inversión de diez millones de coronas. Te espero en mi oficina AHORA. Ven preparado para explicar cómo vas a neutralizar este pasivo, Jonas. Tu viabilidad dentro de esta corporación depende de tu respuesta.»
El semáforo cambió a verde. El pie no se movió del freno. Detrás, un claxon. Después, otro. Un calor seco le subió desde el estómago hasta la base de la garganta y se quedó ahí, inmóvil, como el coche.

32

Cerró la puerta del despacho de Erik detrás de él. Se sentó en la silla de cuero. El respaldo conservaba la forma del cuerpo de otro hombre, la marca de miles de horas sentado ahí, planeando, firmando, decidiendo el futuro de personas que no estaban en la habitación. El olor a tabaco dulce y a madera vieja le llenó la nariz.

Sobre la mesa, un portarretratos con Celine y Erik en alguna gala. Ella sonreía a la cámara. Erik miraba a Celine. El cristal del marco tenía una huella dactilar en la esquina. Alguien lo había levantado muchas veces para mirar esa foto de cerca.

Abrió el portátil. Tecleó Vinterljus98. La pantalla se iluminó sin pedir más contraseña.

Un calor le subió desde el pecho hasta la nuca.

Seis meses de información patrimonial a un clic de distancia, sin cifrado adicional, sin doble verificación. Erik confiaba en su propia casa. En su propia esposa. En las cerraduras que pagaba cada mes. La contraseña era el nombre de un barco y un año. La clase de combinación que un abogado fiscalista de Karlavägen habría tachado de negligencia profesional.

Abrió la carpeta «Abogados». Correos. Docenas. Los más recientes, de tres semanas antes de la muerte. Erik y sus fiscalistas de Karlavägen habían montado una estructura de tres capas: sociedad holding en Luxemburgo, fideicomiso irrevocable en las Islas del Canal, cuenta puente en Suiza que desviaba los rendimientos antes de que aparecieran en la declaración conjunta. La casa de Djurgården ya estaba excluida del régimen matrimonial mediante una cláusula de aportación unilateral que cualquier tribunal sueco

habría validado sin pestañear. Las cuentas en el extranjero absorberían el patrimonio común. Celine no vería un corona de la liquidación.

Una contracción le cerró la boca del estómago. Un despojo técnico perfecto. Ningún juez lo habría detectado porque cada paso era legal en su jurisdicción de origen. Solo el conjunto era obsceno.

Pero la lógica mercantil ya apuntaba en otra dirección. Celine, viuda. Celine, famosa. Celine, aplastada por un sistema que el público no entendía, pero que podía sentir. En derecho de daños, la indignación colectiva funcionaba igual que el interés compuesto: crecía sola mientras nadie la tocara. Había que canalizarla antes de que se disipara.

Celine era un activo estratégico con un valor de mercado que crecía cada día que la prensa repetía su nombre. Una viuda joven, talentosa, desposeída por el mismo hombre al que el país acababa de llorar en un funeral televisado.

Se recostó. El respaldo crujió. En la estantería de enfrente, entre volúmenes de derecho fiscal y memorias de inversores, un reloj de péndulo marcaba las cuatro de la tarde con un tic seco que rebotaba en las paredes forradas de roble. La luz del día entraba por las persianas en líneas horizontales que cortaban la alfombra en franjas de sombra y oro pálido.

Sacó el móvil. El número de Katherine llevaba semanas sin usarse. Antes de marcar, revisó los riesgos: filtración de correspondencia privada de un cliente asociado a Karlavägen, posible violación de secreto profesional si alguien rastreaba el origen, exposición personal si Katherine decidía protegerse a costa de él. Tres flancos abiertos. Pero el beneficio superaba el riesgo si la ejecución era limpia. El mensaje tenía que llegar a la prensa como contexto. Como opinión, no como documento adjunto. La distancia entre ambos era una cuestión de formato.

Marcó.

Ella contestó al tercer tono.

—Suenas agitado —dijo Katherine.

Se inclinó hacia delante. Codo sobre la mesa. Voz baja.

—Necesito que escuches algo, Katherine. Sin grabar, sin notas oficiales. Solo tú y yo.

Un silencio al otro lado. El sonido de fondo de una oficina con ventiladores antiguos, teclados, alguien hablando por teléfono en otra habitación.

—¿Qué has hecho?

—He visto correos de Erik. El divorcio que preparaba. Celine se queda sin nada. Casa, cuentas, todo blindado a su nombre y al de las empresas. Tres jurisdicciones. Un despojo limpio.

Katherine soltó un bufido corto.

—¿Me estás filtrando emails privados? ¿De un cliente de Karlavägen? Esto huele a filtración sucia. Yo represento a mujeres que necesitan ayuda de verdad, no a estrellas que se casan con millonarios y luego lloran cuando el contrato se les cae encima.

La resistencia era previsible. Katherine había construido su reputación separando el activismo de los tabloides. Mezclar ambos la exponía. Cambiaron el ángulo.

—Celine es la que todo el mundo vio en el escenario. La que perdió al marido de la forma más pública posible. Y ahora el sistema la quiere dejar en la calle. Machismo judicial. El mismo que tú combates todos los días. Imagina el titular: «Viuda de Erik Yngström, ejemplo de cómo el patriarcado financiero destroza a las mujeres incluso después de la muerte».

Katherine tardó en responder. El clic de un bolígrafo al otro lado. El clic se repitió tres veces, rápido. Ella pensaba.

—Estás manipulando la narrativa —dijo ella—. Nina va a publicar algo fuerte. Si yo suelto esto, parece que lo orquestamos juntos.

—Exacto. Suéltalo. Pero como contexto. Columnas de opinión. Mujeres empoderadas que se unen. Celine va a seguir con la gira porque no le queda otra. Eso vende entradas y, de paso, hace justicia.

Otro silencio. Más largo. El ventilador de fondo cambió de velocidad o dejó de girar. El sonido de la oficina de Katherine se volvió más delgado.

—Joder —dijo Katherine—. Eres un cabrón convincente. Te doy dos columnas. Una mía, otra de una compañera del movimiento. Pero si esto explota mal, no me conoces.

La mandíbula se le aflojó un poco. La apuesta había funcionado.

—Gracias. Te mando lo justo por mensaje encriptado. Nada trazable.

Colgó. El móvil le quedó caliente en la palma. Se levantó, caminó hasta la ventana. La luz de la tarde dibujaba rectángulos en el suelo de madera. Abajo, en la calle, un ciclista pasó sin prisa, los neumáticos sobre el asfalto mojado. Estocolmo seguía funcionando. El mundo exterior no sabía nada.

El artículo de Nina había dejado de ser una bomba sin control. Ahora era combustible con dosificación y destino. Faltaba una llamada.

Marcó el número de Jim Kowalski. El altavoz crepitó un segundo antes de que la voz del americano llenara el despacho.

—Dime que ya tienes el silencio que pedí.

Se apoyó en el borde de la mesa. La madera le presionó la cadera.

—No exactamente.

Un segundo de nada. Luego la voz de Jim, más plana.

—Explícate.

—He filtrado los correos de Erik a la gente adecuada. Katherine, del movimiento feminista. Va a publicar dos columnas de opinión.

Jim no respondió de inmediato. Cuando lo hizo, el tono había bajado un registro.

—Te pedí silencio. Silencio. No más ruido, no más nombres en la prensa, no más munición para los que buscan sangre. ¿Y tú decides soltar más material? ¿Sin consultarme?

—Este ruido es distinto.

—El ruido es ruido. Cada artículo es una puerta abierta. Cada columna es una fuente que puede hablar de más. Cada periodista que recibe un dato quiere el siguiente. ¿Sabes lo que cuesta cerrar una filtración cuando ya tiene dos fuentes confirmadas? No se cierra. Se gestiona. Y gestionar cuesta tiempo, dinero y favores que prefiero no gastar.

Esperó a que el silencio se instalara. Jim necesitaba sentir que había expuesto su posición completa antes de escuchar la contrapropuesta. El patrón era el mismo que en las negociaciones con fondos de inversión: dejar que el otro vaciara el cargador antes de mover.

—Jim, el artículo de Nina va a salir. Eso ya no depende de nosotros. La pregunta es en qué contexto lo lee el público. Si lo lee en frío, es un escándalo. Si lo lee después de dos columnas que presentan a Celine como víctima del sistema financiero, es una historia de justicia. La misma información, distinto marco. El escándalo vende periódicos un día. La justicia vende entradas durante meses.

Otro silencio. El sonido de un vaso al posarse en alguna superficie. Hielo contra cristal.

—Erik planeaba dejarla sin un céntimo —continuó—. Lo tengo documentado. Tres jurisdicciones, estructura de holding, fideicomiso irrevocable. Cuando eso salga, nadie va a preguntar por los trapos sucios de Celine. Van a preguntar cómo es posible que un país como

Suecia permita que un muerto siga robándole a su viuda. Machismo financiero. La preventa de la gira ya está subiendo. La gente compra empatía.

Jim tardó. Cuando habló, la voz le salió más lenta, calibrada.

—Si esto se te escapa de las manos, no hay segunda oportunidad.

—No se me va a escapar.

—Eso dicen todos. —Una pausa—. Mañana quiero ver los números de venta. Y una cosa más.

—¿Sí?

—No te enamores de tu propio cuento.

La línea se cortó. Dejó el móvil sobre la mesa. El cristal de la pantalla reflejó el techo blanco. Se quedó mirándolo un momento. Jim había dejado que él asumiera el riesgo y la responsabilidad. Un movimiento limpio. Si funcionaba, Jim recogía el beneficio. Si explotaba, los restos eran suyos.

Y aun así, había marcado el número. Había hecho la llamada. Había elegido.

La puerta principal de la casa se abrió con un chasquido suave. Pasos ligeros en el pasillo. Celine apareció en el umbral del despacho con una botella de Moët en la mano y una sonrisa que le ocupaba toda la cara. Llevaba el pelo suelto y una chaqueta ligera que traía el aire frío de la calle.

—Preventa agotada en las primeras tres ciudades —dijo—. Los números son una locura.

Se acercó. Le quitó la botella con cuidado. El vidrio frío le refrescó la palma. Descorchó con un pop seco que retumbó en el despacho. Sirvió dos copas. Las burbujas subieron rápidas, brillantes bajo la luz de la tarde.

Celine levantó su copa.

—Por nosotros. Por lo que viene.

Brindó. El champán le bajó frío y seco por la garganta. Celine lo miraba con los ojos llenos de algo que él prefirió no examinar. Gratitud, tal vez. O confianza. O algo peor: la certeza de que él estaba de su lado.

Bebió otro trago largo. En la copa de ella, las burbujas seguían subiendo. En la estantería, el reloj de péndulo marcaba las cuatro y cuarto. Afuera, la luz de Estocolmo empezaba a bajar.

Celine no sabía nada de los correos. Nada de Katherine. Nada de la maquinaria que acababa de ponerse en marcha con su nombre escrito en cada pieza.

La botella quedó sobre la mesa, medio vacía.

33
CELINE

Se dejó caer sobre el parqué del salón. La madera fría le mordió los muslos a través de la tela fina del pantalón. A su alrededor, los extractos bancarios y las pólizas de Blue Horizon formaban un círculo perfecto. El dinero ahí, en el suelo, rodeando su cuerpo. Pasó los dedos por el borde de una hoja. El papel crujió bajo la yema, seco, caro, y el roce le arrancó una sonrisa mínima.

La cuenta pendiente saldada al fin: cada año de silencio, cada mano de Erik apretándole la garganta, cada noche en que tuvo que sonreír mientras él decidía si ella valía algo. Ahora todo eso valía millones. Los números estaban impresos en papel membretado de Luxemburgo. Tenían sellos y firmas de notario. Eran reales.

Un zumbido leve todavía le vibraba en las sienes por el Kloritam. La mente le funcionaba limpia, sin fisuras. Calculaba ya el siguiente movimiento: transferencias offshore, cambio de residencia fiscal, la firma que convertiría este apartamento en una base desde la que nadie podría sacarla. Faltaba el certificado de defunción original. La burocracia siempre tardaba, pero ella sabía esperar.

Jonas se acercó con el teléfono en la mano. La pantalla le iluminaba la cara desde abajo.

—Puedo pedir otra copia en el registro civil ahora mismo. Tardo diez minutos si llamo al contacto que tengo.

No levantó la vista. El silencio se estiró entre ellos. Actuar con prisa habría sido un error de principiante. El plan exigía paciencia, y tenía toneladas guardadas para momentos como este. Dejó que el

ofrecimiento se pudriera en el aire. Jonas bajó el teléfono sin decir nada más. Bien. Que aprendiera el ritmo.

Entonces el timbre explotó. Un pitido largo, rabioso. Alguien clavaba el dedo contra el pulsador sin respirar.

Jonas giró sobre los talones y fue hacia la puerta. Enderezó la columna. Los hombros se le acomodaron solos en la postura de viuda reciente. La máscara ya estaba puesta: barbilla alta, ojos suaves, boca entreabierta.

La puerta se abrió.

Maja irrumpió empapada. El pelo rubio se le pegaba a las mejillas. La chaqueta de cuero chorreaba agua sobre las baldosas claras del vestíbulo. Gotas oscuras salpicaban el suelo y cada salpicadura dejaba una marca redonda, perfecta, que iba ensanchando el desorden. Respiraba entrecortado. Los ojos hinchados y rojos.

—¿Qué coño es esto, Celine? —la voz le salió aguda, casi rota—. ¿Me dejas fuera como a un perro? Llevo llamándote desde ayer y nada. ¡Nada!

Se levantó despacio. Los músculos de las pantorrillas le protestaron después de tanto tiempo en el suelo. La chica goteaba sobre el parqué. El agua formaba un charco irregular alrededor de sus botas y el charco avanzaba despacio hacia los documentos. Eso era lo primero que había que resolver: apartar los papeles del agua. El resto podía esperar.

—Maja —dijo, y la palabra le salió baja, sedante—. Qué sorpresa. Pasa, estás empapada.

La chica soltó una risa corta y amarga que terminó en sollozo.

—¿Sorpresa? ¿En serio? Mi padre está muerto, tú te has encerrado aquí con sus papeles y yo tengo que enterarme por Instagram de que ya estás vendiendo sus cosas. ¿Dónde está la Stratocaster? ¿Y el Patek que me prometió? ¿También te lo has quedado?

Dio un paso hacia ella. El parqué crujió. Se agachó y recogió los extractos bancarios del suelo antes de que el agua los alcanzara. Los apiló sobre la mesa de centro con movimientos lentos. Maja la miraba hacer sin entender.

—Las promesas de Erik… —Dejó que la frase flotara un segundo—; no siempre valían lo que pesaban. Tú lo sabes mejor que nadie, cariño.

Maja se pasó el dorso de la mano por la nariz, dejando un rastro brillante.

—No me llames cariño. No te atrevas. Él me juró esa guitarra el año pasado. Me dijo que era mía. Y el reloj… era el que llevaba el día que me gradué. ¿Ahora resulta que todo eso desaparece porque tú decidiste?

Ladeó la cabeza apenas. La voz de Maja le llegaba con un segundo de retraso, como si el Kloritam interpusiera una película fina entre la escena y su capacidad de respuesta. La chica ocupaba espacio, hacía ruido, mojaba el suelo. Pero no tenía abogado. No tenía documentos. No tenía nada que importara.

—Estoy intentando salvar lo que queda, Maja. Hay deudas. Gente peligrosa. Si empiezo a repartir relojes y guitarras como si fueran caramelos, nos vamos a quedar sin nada. ¿Quieres quedarte sin nada?

La chica dio un paso adelante. El agua de sus botas dejó huellas oscuras en la madera.

—Tú lo mataste. —La frase cayó entre las dos—. Dime la verdad sobre España. Sé que pasó algo allí. Jonas estaba con vosotros. Dímelo.

El rostro no se movió. Cejas un poco levantadas, boca entreabierta, la misma máscara de antes. Bajó las manos y las dejó colgar a los costados, visibles, quietas. Esperó. Tres segundos. Cuatro. El silencio

hizo el trabajo por ella. Maja no tenía nada después de la acusación. Había disparado el único cartucho y ahora el arma estaba vacía.

Jonas, que había permanecido un paso atrás, habló entonces sin que le temblara la voz.

—Le debía dinero a gente peligrosa, Maja. Celine está intentando salvar lo que queda. Eso es todo.

Las palabras cayeron limpias. Jonas acababa de mentir por ella. Delante de la hijastra, sin vacilar, con esa voz plana de quien lee una cláusula contractual. Ya no había marcha atrás para él. Cada mentira futura se apoyaría en esta, y la cadena lo ataría más que cualquier contrato. Ahora le pertenecía.

Maja se quedó mirándolo un segundo eterno. La boca abierta. Los ojos desorbitados. Luego soltó un grito ahogado, giró sobre los talones y salió disparada. La puerta de roble se cerró con un golpe que retumbó en todo el apartamento. El jarrón de cristal que había sobre la consola de la entrada se tambaleó, cayó y estalló contra el suelo. El sonido fue seco. Definitivo.

Jonas se arrodilló en el vestíbulo. El parqué crujió bajo su peso y empezó a recoger los cristales con las manos desnudas.

—No sabe en qué mundo vive —dijo. La voz le salió seca, despojada de ese tono de abogado que usaba en las reuniones.

Desde el umbral del estudio, lo observó trabajar. Los dedos de Jonas rodearon un fragmento afilado. Las manos se movían con una eficiencia que no tenía nada que ver con limpiar cristales. Era la misma precisión que ponía en los contratos. La misma concentración aplicada a un acto doméstico y menor.

—Cree que tiene derecho a reclamar —dijo Jonas sin levantar la vista—. Viene a exigir su parte de un pastel que su padre ya se había comido solo. Erik la borró de cada cuenta y de cada seguro meses antes del final. No le dejó ni el aire, Celine.

Jonas apretó el cristal contra la palma. Una mancha roja, pequeña y densa, empezó a ensuciar la madera clara del suelo. No se detuvo. Siguió recogiendo con la otra mano.

—Es un estorbo emocional —dijo—. Sus gritos son el ruido de alguien que no ha leído un contrato en su vida. Solo viene a complicar las cosas con una inocencia que ya no puede pagar.

Dejó el trozo de vidrio sobre el montón. La sangre le manchaba tres dedos de la mano derecha. No se los limpió.

No miró los cristales. Dio tres pasos lentos hacia él. El perfume de su propio cuerpo —vainilla y algo más oscuro, algo suyo— se mezcló con el olor a lluvia que la chica había dejado flotando en el aire. Se detuvo tan cerca que sus pechos casi rozaron el brazo de él.

Levantó la mano y la yema de los dedos le tocó la mandíbula tensa, justo donde la barba empezaba a asomar. La piel de Jonas estaba caliente, húmeda. La sangre de los cristales le había dejado un rastro fino en el ángulo de la muñeca. Dejó que los dedos se demoraran ahí un segundo más de lo necesario.

—Has estado bien —dijo. La voz le salió ronca—. Muy bien.

Retiró los dedos despacio.

—Llama a los de la limpieza. Ahora. Que vengan antes de que alguien resbale con esto. Y luego ven al estudio. Tenemos que firmar lo del cambio de residencia fiscal antes de que Hansson empiece a hacer preguntas sobre España.

Jonas tragó saliva. La pequeña contracción en la garganta de él fue visible. Un placer seco le apretó el estómago.

Se dio la vuelta y caminó hacia el pasillo. Los cristales rotos crujieron bajo las suelas de sus zapatos. El pasillo olía a cera y a lluvia que se colaba por debajo de la puerta. A la espalda, Jonas ya estaba marcando el número. Vendría. Siempre vendría.

Eso era suficiente. Por ahora.

34
JONAS

El crujido del cristal bajo la suela resonó en el salón de techos altos. Las rodillas golpearon el parqué de roble. La yema de los dedos rozó el primer fragmento del jarrón, un borde afilado que exigía cuidado para no cortar la piel.

Recogió los pedazos uno a uno. El silencio de la casa de Djursholm llenaba la habitación, denso, inmóvil. El aroma a vainilla y almendras amargas del perfume de Celine flotaba en el aire estancado, pegado a las mangas de la camisa.

Apretó los dientes.

Tres semanas atrás, en esa misma habitación, Celine había apoyado la cabeza contra el respaldo del sofá mientras describía los efectos del Varanex. Los dedos le temblaban y la voz se le quebraba en las consonantes. Él la escuchó, tomó notas, preparó un plan. Sacar de ahí. Protegerla. Devolverle la vida que le habían robado. Todo eso había ocurrido a seis metros de donde ahora recogía los cristales de un jarrón que ella había hecho estallar al echar a su hijastra.

Un trozo de porcelana se le clavó en la yema del índice. La gota de sangre cayó sobre el parqué claro, redonda y diminuta. Celine acababa de usar el escudo legal de Karlavägen para aplastar a la hijastra, y como recompensa había convertido al abogado en personal de limpieza. Apretó el fragmento entre los dedos. La porcelana le presionó la carne, pero no soltó. El tic del reloj de péndulo en la estantería se había vuelto más lento, o el silencio lo había hecho más grande.

El Urban Deli olía a pan de masa madre y a café quemado. El local en Sveavägen bullía a las once de la mañana con el ruido de cucharas y conversaciones cruzadas. En la esquina protegida por el cristal, Nina tenía las fotocopias desplegadas entre las tazas y los

platos, ordenadas con el cuidado de quien lleva semanas montando un caso.

Se había recogido el pelo en un moño improvisado que dejaba al descubierto la línea del cuello. Un mechón suelto le caía sobre la sien izquierda y lo apartaba con el dorso de la mano cada vez que se inclinaba sobre los documentos. El gesto era automático, y cada vez que lo repetía, la atención se desviaba del papel a la curva de los dedos deslizándose sobre la piel.

Blue Horizon era una empresa vacía. Una dirección postal, un número de registro y una póliza de seguro millonaria sobre la vida de Erik. La cáscara perfecta para cobrar cinco millones libres de impuestos cuando el asegurado dejara de existir.

La trampa estaba en la cláusula del beneficiario. Erik había montado el seguro para financiar su propia desaparición, pero alguien cambió el nombre en la letra pequeña meses antes del crimen. La firma al pie del documento era de Celine. Había usado el arma del marido para cobrar ella.

—Torrevieja —dijo Nina, sacando otro papel de la mochila y tapando con el codo el nombre de la cantante—. La gran inversión inmobiliaria de la discográfica. Míralo tú mismo.

Al inclinarse, el cuello de la camisa se le abrió unos centímetros y la clavícula quedó a la vista, marcada bajo la piel clara. Nina olía a jabón neutro y a tinta de impresora. Un olor limpio, sin pretensiones. Lo opuesto al perfume de Celine que todavía le impregnaba las mangas. Concéntrate.

Era un registro de consumo eléctrico. El gráfico marcaba consumo nulo durante dieciocho meses seguidos. Chalés de lujo que nadie había pisado en año y medio.

—Las casas están vacías —la voz salió hueca, sin fuerza—. Es un pueblo fantasma.

Nina clavó el índice sobre el papel. Tenía las uñas cortas y sin esmalte, las manos de alguien que trabaja con papel y teclado catorce horas al día. Manos eficientes. Manos que no pedían nada.

—Venden casas que nadie habita para lavar los ingresos de las giras. Dinero sucio de Anchor Global que entra y sale limpio. Y adivina quién firmó las operaciones.

Cada firma de Celine en esos registros era un hecho. El caso contra ella se armaba solo, sin necesidad de forzar nada.

—Erik preparó la casa de Marbella como cebo —dijo, buscando un hueco por donde meter la defensa—. Pero ella manejó las cuentas.

—Celine preparó las dos cosas —dijo Nina, mirándolo fijo—. Despierta.

Despierta. La palabra le llegó con la fuerza de algo físico. Nina lo miraba con los ojos oscuros, quietos, sin conceder espacio para matices ni excusas. Apartó la vista hacia las fotocopias. El ruido del local —cucharas, risas, vapor de la cafetera— seguía igual, pero la mesa se había vaciado de sonido.

Las excusas sobre la sumisión química y el trauma que había repetido durante semanas ya no servían. Los papeles las desmentían una por una, con fechas y firmas. La mujer de los vídeos, la que tocaba el piano en la clínica con los ojos perdidos, la que lloraba en el banco del jardín mirando al vacío, había vaciado cuentas, falsificado beneficiarios y montado una red inmobiliaria fantasma mientras él gastaba sus noches buscando la manera de sacarla de ahí.

Nina recogió las fotocopias y las metió en la mochila sin decir nada más. Al levantarse, le rozó el hombro con la mano. El contacto duró medio segundo. Luego la mano desapareció y Nina caminó hacia la puerta con el paso largo de quien no necesita compañía. Dejó un billete de doscientas coronas bajo el platillo.

La puerta del local se cerró. El mechón suelto, el olor a jabón, la clavícula bajo la piel clara. Todo eso se fue con ella. En la mesa quedaron las tazas frías y el maletín con las fotocopias que Nina le había dejado.

Dejó dos billetes sobre la mesa sin contar el cambio y salió a Sveavägen. El aire de la calle estaba limpio y frío. Caminó tres manzanas hacia el norte sin rumbo, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo y la carpeta de la clínica golpeándole la cadera a cada paso.

La lógica jurídica empezó a funcionar sola, mecánica, sin que la pidiera. Al respaldar la mentira de Celine frente a la hijastra, había cruzado una línea sin retorno. Perjurio, obstrucción, encubrimiento

corporativo activo. Tres figuras penales en un solo acto. Si renunciaba a la cuenta, Jim Kowalski lo destruiría en el ámbito laboral y Hansson lo arrestaría antes de medianoche por ocultar información clave del caso. Si se quedaba, le pertenecía a la viuda.

Y estaba Maja. La adolescente empapada y furiosa era una variable suelta. La hijastra desplazada no se quedaría en silencio. El rencor la empujaría a la comisaría de Kungsholmen o a la redacción de un tabloide. Una simple declaración bastaría para detonar el circo mediático, destruir la fachada de la gira y exponer el pacto.

Un camión de reparto frenó a dos metros de la acera. El chirrido de los frenos cortó el aire y las palomas del bordillo salieron disparadas.

Pero había una tercera opción que no estaba en ningún código. Ir a Bromma, mirarla a la cara y obligarla a decir la verdad. Abogado contra cliente. Sin intermediarios, sin pruebas sobre la mesa, sin Nina traduciendo los números. Solo él y Celine y la pregunta que llevaba semanas posponiendo.

El semáforo de Odengatan cambió a verde y cruzó sin mirar. Un ciclista le gritó algo que no llegó a entender. El teléfono vibraba en el bolsillo con mensajes que no iba a leer.

Entró en el baño de una cafetería en Odenplan y abrió el grifo. El chorro de agua helada le golpeó las manos, arrastrando el polvo de las fotocopias y el sudor de las palmas. La fricción de la toalla de papel contra la piel. Se secó despacio, dedo por dedo, con la meticulosidad de quien prepara las manos para firmar algo.

Levantó el rostro hacia el espejo. El reflejo le devolvió la mirada. Ojeras. La corbata torcida. Una mancha de sangre seca en la yema del índice, del cristal de Djursholm. No se la había limpiado. No la había visto hasta ahora.

El pecho se expandió, forzando al oxígeno a llenar los pulmones. Iba a seguir adelante con el encubrimiento y la farsa comercial. Eso ya estaba decidido. Pero a partir de ahí, cada movimiento sería cálculo, y el cálculo no incluía compasión.

Salió a la calle. La boca de metro de Odenplan tragaba gente en ráfagas regulares. La decisión ya estaba tomada antes de llegar al torniquete. Un frío seco le bajó por el centro del pecho y se quedó ahí, fijo, mientras bajaba las escaleras. Iba a buscarla.

35
CELINE

El timbre sonó dos veces seguido, con esa insistencia que solo tiene alguien que viene a pedir cuentas. Dejó la taza de té sobre la encimera de la cocina y caminó hasta la puerta. El frío del suelo de madera le atravesó los calcetines. Por la mirilla vio a Jonas con el abrigo oscuro y la carpeta de la clínica asomando por la solapa del maletín. Tenía la mandíbula apretada y las cejas bajas.

Abrió la puerta y se quedó en el umbral sin invitarlo a pasar. La corriente de aire del pasillo le movió el pelo y trajo el olor de la calle: gasolina, lluvia reciente, asfalto mojado. El olor de alguien que ha caminado mucho antes de llegar.

—Tenemos que hablar —dijo él.

—Pasa.

Lo dejó entrar y cerró la puerta despacio. Jonas caminó hasta el salón y se quedó de pie junto a la ventana, sin sentarse, sin quitarse el abrigo. Sacó un fajo de fotocopias del maletín y las puso sobre la mesa de centro con un golpe seco. El sonido resonó en la casa vacía.

—Blue Horizon —dijo Jonas, señalando la primera hoja—. Una empresa vacía con una póliza millonaria sobre la vida de Erik. El beneficiario original era él, pero alguien cambió la cláusula meses antes de que lo mataran. Tu firma está al pie.

La cocina olía a menta y a madera húmeda. La luz de la tarde entraba por la ventana y le daba a las fotocopias un brillo sucio, amarillento. Conocía esos papeles. Los había firmado en el despacho de un notario en Södermalm una tarde de marzo con las manos temblando y la certeza de que si no lo hacía antes, no lo haría nunca. La tinta del notario era azul oscuro. Recordaba el color

porque se le había quedado una mancha en el puño de la blusa y no salió con el lavado.
—Torrevieja —continuó Jonas, sacando otra hoja—. Chalés de lujo con consumo eléctrico cero durante dieciocho meses. Nadie vive ahí. El dinero de las giras de Anchor Global entra por la venta de esas casas y sale limpio.
—¿Quién te dio eso?
—No importa quién me lo dio.
—Nina —dijo, y la palabra le salió con el sabor de algo podrido—. Te lo dio Nina.
Jonas no contestó, pero el silencio fue suficiente. Nina. La periodista que llevaba meses rondando el caso con su mochila llena de fotocopias. La misma Nina que se había sentado en esa misma cocina tomando té y preguntando por la música con esa voz suave que guardaba una grabadora detrás de cada duda. Las personas como Nina no funcionaban por convicción. Funcionaban por ambición disfrazada de empatía. El titular era lo único que importaba. Todo lo demás era decorado.
—Celine, las firmas son tuyas —dijo Jonas, y ahora la voz le salió más baja, cansada—. La estructura offshore, el cambio de beneficiario, las cuentas de Torrevieja. Todo lleva tu nombre.
Las manos se le cerraron a los costados. Los nudillos contra las caderas. La luz de la ventana había cambiado en los últimos treinta segundos, o eso le pareció, porque la habitación se veía más estrecha y las fotocopias sobre la mesa más grandes de lo que eran.
—¿Mi nombre? —dijo, y la voz le salió dura y plana—. Claro que lleva mi nombre. ¿Y sabes por qué lleva mi nombre?
Jonas se quedó callado con las fotocopias entre las manos.
—Porque Erik montó esa empresa para que yo no existiera —dijo, dando un paso hacia la mesa—. Blue Horizon no tiene otros ingresos que su sueldo de piloto. No tiene dinero que lavar ni costos que fabricar. Dime tú, que de esto sabes, para qué quiere alguien con un sueldo en blanco una empresa offshore.
Jonas abrió la boca, pero no dijo nada. Los ojos le fueron hacia las fotocopias, buscando la respuesta en el papel en lugar de buscarla en la persona que tenía delante. El gesto lo delataba: el abogado

seguía confiando más en los documentos que en las palabras. Eso era útil. Los documentos decían lo que ella quería que dijeran.
—Te lo pongo más fácil. Para lo mismo que la quieren todos los que quieren asegurarse el control total de su patrimonio y esquivar cualquier ley de herencia y de matrimonio. Simple, ¿verdad? —La voz se le estaba quebrando, pero de rabia, de una rabia que llevaba años comprimida—. Todo lo que Erik tenía estaba a nombre de Blue Horizon. El apartamento, el coche, las cuentas. Si nos divorciábamos, yo me quedaba con lo puesto, porque legalmente él no poseía nada. Todo era de la empresa y la empresa era suya.
Cogió la fotocopia del seguro y la levantó frente a la cara de Jonas. El papel le tembló entre los dedos. No intentó disimularlo.
—Yo no estaba en sus planes. No iba a recibir nada, ni un céntimo, ni una silla. En cambio, si algo tenía yo, un contrato discográfico, unos ahorros, lo que fuera, eso sí iba a la mitad porque mis cosas estaban a mi nombre. —Dejó caer la fotocopia sobre la mesa—. Cambié el beneficiario cuando entendí lo que había montado. Lo hice con un notario, legal y registrado. Mi único delito fue enterarme tarde.
La cocina se había quedado en silencio. Jonas tenía la carpeta abierta entre las manos, pero ya no la miraba. Miraba el suelo. La baldosa blanca del suelo de la cocina reflejaba la luz de la ventana y el reflejo le iluminaba la barbilla desde abajo, dándole un aspecto más joven, más blando. Así se veía mejor. Así era más manejable.
—Nina te ha llevado justo donde ella quería —dijo, y ahora la voz le salió más tranquila, con un filo que no intentó suavizar—. Al grupo de los que me cancelan sin preguntar. Llevas semanas diciendo que ibas a protegerme y, a la primera fotocopia, te pones del lado de una periodista que lleva meses buscando el titular de su carrera.
Jonas levantó la cabeza. Tenía los ojos enrojecidos.
—Yo solo quería la verdad —dijo él.
—La verdad es que un hombre construyó una fortaleza legal para borrarme. Y cuando encontré la manera de defenderme, tú vienes a mi casa a tratarme de criminal. Dime ahora, ¿cuál fue mi delito aparte de ser estúpida y pensar que eras leal?

El silencio se instaló entre los dos. Jonas cerró la carpeta. El cartón hizo un chasquido suave contra las fotocopias. Afuera, un pájaro cantó dos notas y paró. El abrigo de Jonas seguía puesto, pero los hombros habían caído, y la línea del cuello se había aflojado, y la mano que sostenía la carpeta ya no apretaba. Así se veía un hombre que había venido a acusar y se iba sin sentencia.

Dio un paso hacia él. Luego otro. Le quitó la carpeta de las manos y la dejó sobre la encimera, lejos de la mesa, lejos de la conversación. Le puso la palma en el pecho, encima del abrigo, donde el corazón le latía rápido a través de la tela.

—Quédate —dijo.

Jonas no se movió. La mandíbula le tembló una vez. El olor a lluvia y a gasolina y a sudor frío se mezclaba con el de la menta del té que ella había dejado en la encimera. Le desabrochó el primer botón del abrigo. El segundo. Jonas no la detuvo.

El tercer botón cedió y el abrigo se abrió.

*

La luz había cambiado cuando abrió los ojos. El salón estaba oscuro, salvo por el resplandor azulado de la farola que entraba por la ventana y dibujaba un rectángulo en el suelo de madera. El reloj de la cocina marcaba las tres y cuarto de la madrugada.

Jonas dormía a su lado en el sofá, con el torso desnudo y el abrigo oscuro cubriéndole las piernas. Respiraba con la boca entreabierta. Tenía una marca roja en el cuello, justo debajo de la mandíbula, y otra en el hombro izquierdo. No se había movido desde que se quedó dormido. El sueño de alguien que ha gastado todo lo que tenía.

Se levantó sin hacer ruido. Los pies descalzos sobre el parqué frío. Cogió el teléfono de la mesa de centro y se sentó en la silla de la cocina con las piernas cruzadas y la pantalla iluminada al mínimo brillo para no despertarlo. Los números de la preventa parpadeaban en la bandeja de entrada: tres ciudades agotadas, dos al setenta por ciento, una recién abierta que ya había vendido doscientas localidades en seis horas.

Las fotocopias de Nina seguían sobre la encimera donde las había dejado, al lado de la taza de té fría. Mañana las revisaría con calma.

Había que saber exactamente qué tenía la periodista y qué le faltaba. Los huecos eran más útiles que los datos: cada documento ausente era una pared que Nina no podía cruzar.

Desde la silla de la cocina veía el perfil de Jonas en el sofá. La respiración lenta. El pecho subiendo y bajando. La marca roja en el cuello. Le había dado lo que necesitaba: una verdad que funcionara y un cuerpo que lo anclara. Ahora Jonas tendría dos razones para quedarse en lugar de una, y las dos razones le pertenecían a ella.

Un zumbido fino le vibró en las sienes. El Kloritam hacía eso a las tres de la madrugada: aflojaba la última capa de vigilia y dejaba la mente funcionando sola, limpia, sin interferencias. Los números de la preventa seguían subiendo en la pantalla del teléfono. Podía verlos crecer en tiempo real.

Cerró el teléfono. La pantalla se apagó y la cocina quedó a oscuras. Solo la respiración de Jonas y el zumbido del frigorífico y el rectángulo azul de la farola en el suelo.

Un placer seco le apretó la base del estómago. No por el hombre dormido en el sofá. Por los números.

36
JONAS

Eran pasadas las ocho de la noche y la luz azulada del verano se mantenía en las ventanas cubiertas por una fina cortina de lino. Celine estaba acurrucada contra su pecho en el sofá, los pies descalzos sobre el reposabrazos, la respiración lenta. La pantalla del móvil se iluminó sobre la mesa y ella estiró el índice sin bajar la vista.

—Soy Marina. Tu padre falleció esta tarde a las seis y media. En el hospital. Fue tranquilo.

Papá ha muerto. La frase le cruzó la cabeza antes de que Celine reaccionara. Ella entendió la seña y puso el celular en voz alta. Marina hablaba enumerando niveles de morfina y paz final. Su voz llegaba metálica, comprimida por el altavoz, llenando el salón con datos clínicos que no encajaban en aquella luz tan limpia. Celine no lloraba. Tragaba saliva. Apretó la mandíbula al ver ese esfuerzo seco, esa contención que no pedía consuelo. La rodeó con ambos brazos y la tibieza del cuerpo de ella se fue diluyendo a través de la blusa blanca hasta que cubrirle las manos ya no las entibiaba.

—Déjame tocar el piano un rato —dijo.

Se levantó del sofá y caminó descalza hasta el piano de cola que ocupaba el rincón junto a la ventana. Permaneció en el sofá. No encendió la lámpara. El primer acorde de Mi menor vibró a través de la madera del instrumento, atravesó el suelo y le subió por las plantas de los pies hasta el centro del pecho.

Tocó durante dos horas. Las progresiones brotaban solas, mecánicas, automáticas. Escuchaba desde la penumbra del sofá, sin moverse, con los antebrazos apoyados en las rodillas. A veces las manos de Celine se detenían un segundo sobre las teclas y el silencio era peor que cualquier acorde. El aire del salón se espesaba

en esas pausas. Después volvían a caer y la música llenaba otra vez la habitación con esa tristeza que no necesitaba palabras. Su padre hacía lo mismo en la cabaña del sur: leía durante horas y bastaba con estar ahí, en la misma habitación, para que todo estuviera dicho. La luz azulada del exterior fue cediendo y las sombras del salón crecieron alrededor del piano hasta que solo quedó la silueta de Celine y el brillo de las teclas blancas.

La música continuó hasta que los brazos de Celine bajaron despacio de las teclas y regresaron al abrazo. Las manos frías. Los dedos rígidos de tanto tocar. Las cubrió con las suyas y no dijo nada.

Había que caminar con el paraguas en mano bajo las nubes amenazantes que pronto descargarían esas lluvias repentinas de verano. El primer relámpago iluminó la acera cuando ya habían bajado la escalera del portal. El agua llegó un segundo después, gruesa, vertical, fría a pesar de la estación. La camisa se le pegó al torso en tres pasos. Celine caminaba pegada a él, agarrada del brazo, el paraguas inútil contra la cortina de agua que venía de costado.

Los últimos metros eran en curvas para evitar los charcos grandes y al cruzar la calle hacia la taberna Celine trastabilló luego de saltar la cuneta del cordón, aferrándose al brazo con fuerza. Las manos mojadas, los nudillos blancos. La sujetó por la cintura y la guio hasta la puerta. El calor del interior les golpeó la cara al entrar. Madera oscura, lámparas bajas, olor a pan tostado y cerveza. La temperatura le subió de golpe por los antebrazos y las orejas. El contraste con el frío de la calle era tan brusco que la piel le ardía.

—¿Un cava? —dijo el mesero joven. Era el hijo del dueño y memorizaba como su padre las preferencias de los habituales.

La taberna estaba casi vacía y fuera se oía caer la lluvia. Se sentaron junto a la ventana. El vaho de la respiración empañaba el cristal donde las gotas resbalaban dejando líneas torcidas. Celine se quitó la chaqueta mojada y la dejó en el respaldo. Tenía el pelo oscuro pegado a las sienes y no se lo apartaba. El cava estaba frío y la primera burbuja le explotó en la lengua con un amargor seco que cortó la humedad de la boca.

—¿Crees que deberíamos ir antes para ayudar a Marina?

—Podríamos ir a un hotel. No quiero estar en la casa. Marina no lo tomará a mal. Para mí es diferente.
—Sí, es mejor. Iremos a un hotel.
—También me gustaría mudarme de esta casa.
—Lo he pensado. Esperaba que lo dijeras.
—Podría vivir más cerca de ti.
La lluvia no se frenaba y la taberna era acogedora. El mesero trajo otras dos cavas. Sin abrigos suficientes era mejor esperar. Celine giró la copa entre los dedos y la base trazó un arco húmedo sobre la madera de la mesa.
—Sería un apartamento más pequeño. Solo con un lindo balcón.
—Prefiero el piano que la escoba —sonrió sin esfuerzo.
—Le diré a Marina que es mejor hacer el café funerario en un local.
—Sí, es mejor. Puedo ayudarte, pero igual sería mucho para los tres.
—En el invierno ya estaré en un lugar pequeño contigo y lo adornaremos juntos.
Asintió. La imagen de un apartamento con balcón, un piano junto a la ventana, las tardes de invierno con la luz de las cuatro apagándose detrás de los tejados. Era un proyecto concreto. Algo con medidas y dirección. Celine necesitaba eso ahora y él también.
Luego de una hora la lluvia había amainado y de regreso las luces del centro comercial aún abierto invitaban a recorrer bajo techo esos últimos metros. La lluvia fuerte había lavado las calles y las veredas brillaban bajo los focos led. Verla caminar al costado. Un cuerpo tan reconocible, tan expuesto en una ciudad donde todo se grababa. Las nubes oscuras se habían disipado retornando la claridad del cielo de verano que nunca se hacía noche. Quizás de eso se refugió el viejo allá en los bosques del sur. Tomaría unos días libres y lo visitaría y luego viajarían a los funerales en Eskilstuna.
Llegaron al centro comercial que tenía un ventanal muy grande y Celine se detuvo a mirar la lluvia que todavía goteaba de los aleros. Los cabellos aún estaban húmedos y ella los agitaba para secarlos con movimientos rápidos. La cafetería estaba llena de gente refugiada también de la lluvia. El calor del local les envolvió al cruzar el umbral. Olor a café molido y pan recién hecho. La condensación

en los cristales borraba el exterior y el mundo se reducía a esa mesa, esas tazas, las dos sillas.
No había prisa y pidieron dos cafés que les sirvieron con unas galletitas sabor vainilla de esas que traen pensamientos escondidos.
—Cómelo, son ricos, pero no leas el papel —dijo Celine.
—Pueden ser buenos deseos.
—Yo no voy a leer el mío. Lo dejaré cerrado ahí con la copa vacía.
—Entonces tampoco lo leeré.
—Mejor dime qué deseas ahora.
—Después del café me gustaría un amaretto.
—Sí, el amaretto es mejor que ese papel —sonrió nuevamente—. Lo estás logrando. Me gustas mucho.
—¿Hacerte reír cuando no hay motivo?
—Sí, eso es muy bueno. Y también no ser curioso con los papeles. Los abogados son muy curiosos con los papeles.
—¿Crees que traen mala suerte y no lo quieres reconocer?
—¿Pedimos el amaretto?
El sabor dulce del licor le bajó por la garganta y se instaló en el pecho con un calor lento que se expandía hacia los hombros. Fuera, las calles lavadas reflejaban las luces del centro comercial y la gente volvía a caminar sin paraguas. Todo parecía limpio, restablecido, como si la tormenta hubiera corregido algo. Pero las preguntas seguían flotando en la cabeza. Los papeles de Nina. Las cifras. Las rutas que no cuadraban. Todo eso esperaba al otro lado de esta noche, intacto, paciente. Había que pasar la noche y llegar al día y hacer las cosas que estaban esperando para luego poder volver a otra vida. Sería otra vida si todo salía bien, como Celine quería.
El amaretto se terminó. La copa quedó vacía junto a la galletita cerrada con su papel sin leer. La miró a los ojos. En estos días podría reducir la rutina, empezar el gimnasio temprano, las noticias, pasear con Celine por las calles de la ciudad. La ciudad era pequeña y tenía mar y muchos lagos. Pero primero el amanecer. Y con el amanecer, los papeles. Una acidez le trepó desde el estómago hasta la base de la lengua, borrando el dulzor del licor.

37

La cafetera gorgoteaba en la encimera. La taza de cerámica quemaba entre las palmas y el vapor subía directo a la cara. El primer sorbo quemó la punta de la lengua.

El teléfono de Celine vibró sobre la mesa. Ella se incorporó sin prisa y dejó la taza en el fregadero. El golpe de la porcelana contra el acero inoxidable cortó el silencio de la cocina.

—Lamento lo de Lars —dijo la voz de Jim al otro lado.

Celine se quedó de pie junto al fregadero. La espalda recta.

—¿Cómo te has enterado?

—Los servicios de atención al cliente. Son eventos a los que estamos atentos.

La mirada bajó hacia el interior de la taza oscura. El café ya no humeaba. Tres horas. Lars llevaba muerto tres horas y Jim ya había activado el protocolo. Pésame, pausa calibrada, propuesta. La secuencia tenía la estructura de un alegato de apertura: establecer empatía, introducir el argumento, cerrar con la petición. Solo que Jim no litigaba. Cazaba.

—Deberé viajar a Eskilstuna —dijo Celine—. Hay cosas que hacer.

—Sí, sé lo que significa para ti y, a propósito de eso, he pensado… Un homenaje a tu padre. Un concierto especial. Sería algo importante para ti, pero también para tus seguidores y para el lanzamiento.

Un silencio se extendió. Celine miraba por la ventana. El sol ya estaba alto, el cielo limpio, sin una sola nube.

—Lo pensaré —respondió ella—. Te llamo cuando lleguemos. Pronto partiremos.

—Necesitaría saberlo hoy mismo. Hay muchas cosas que organizar si lanzamos eso.

—Te llamaré.

Ella colgó. El dedo se le quedó un segundo de más sobre la pantalla antes de soltar el aparato. Se giró.
—Más que hacer —dijo.
Asintió. La taza le pesaba en las manos. Jim había sido rápido. Demasiado. El pésame solo había sido la apertura. Lo que venía después era la propuesta real, y la propuesta real siempre venía con un precio que Jim no mencionaba en la primera llamada. Nunca lo hacía. El precio aparecía después, en la letra pequeña, cuando ya era tarde para retirarse.
—¿Sientes que puedes hacerlo? —preguntó.
Celine se acercó a la mesa. Le puso una mano en el hombro. No la movió. No apretó. La dejó ahí, quieta, con todo el peso de su brazo descansando sobre él.
—Estarás conmigo. Eso me da fuerza.
Tragó saliva. Giró la taza entre los dedos hasta que el asa quedó alineada con el borde de la mesa.
—Lo sé —dijo ella—. Lo del pésame fue solo introducción.
—Bien. No serán tantas vacaciones. Pero en realidad no lo eran desde el comienzo.
Se levantó y llevó la taza al fregadero. El agua caliente corrió sobre la cerámica. La espuma del jabón arrastró los restos de café por el desagüe.
—Haremos lo posible. Almorzaremos junto al lago. Y tendremos las noches para nosotros. Tú conduces.
El coche tragaba kilómetros bajo una niebla espesa que se pegaba al parabrisas. Las manos firmes en el volante. El cuero estaba frío. Los limpiaparabrisas arrastraban una humedad que volvía a formarse antes de que la goma completara el arco. Celine había puesto una emisora con música que a ella le gustaba, volumen bajo. Las notas se perdían contra el ruido sordo del motor.
La E20 se estrechaba en las curvas junto a los lagos. El agua aparecía y desaparecía entre la bruma, plana, gris, sin orilla visible. Los bosques flanqueaban la carretera, abetos oscuros y apretados que tragaban la luz. De vez en cuando, una estación de servicio con las luces encendidas a media mañana, una gasolinera Preem con el logo brillando contra la niebla, un cartel de salida hacia algún pueblo

que no había visitado nunca. Suecia se extendía detrás de las ventanillas con esa vastedad que hacía que los problemas de Estocolmo parecieran asuntos de otra jurisdicción.

El habitáculo se achicaba con cada kilómetro. Ajustó la ventilación. El aire recirculado le secaba la garganta. En el retrovisor, la carretera se cerraba detrás del coche y la niebla se lo comía todo.

Celine miraba por la ventanilla. No hablaba. El peso de su cuerpo inclinado contra la puerta del copiloto, la mandíbula apoyada en el puño, la respiración apenas visible en el cristal empañado. La mancha de vaho aparecía y desaparecía con cada exhalación, y cada vez ocupaba menos espacio en el cristal, como si el cuerpo de ella fuera enfriándose kilómetro a kilómetro.

Llegaron a Eskilstuna. La niebla se había quedado atrás, en los lagos, y el cielo se abrió de golpe sobre la ciudad. La iglesia se levantaba discreta al final de una calle arbolada. Piedra gris contra un azul que dolía de tan limpio. Marina ya había concertado la cita.

El pastor los esperaba en la entrada. Un hombre mayor, jubilado, que solo hacía suplencias en verano. Corpulento, pero de movimientos lentos, con una sonrisa que le ocupaba toda la cara. Les ofreció café de la máquina junto a los sofás raídos de la entrada. Celine declinó con un gesto de cabeza.

—¿Usted es el hijo de Lars? —preguntó el pastor.

—No. Solo acompaño a Celine.

—Ah, muy bien. Puede acompañarnos con gusto, si la señorita está de acuerdo. He pensado que a lo mejor sería mejor hablar mientras paseamos por el jardín.

El jardín se abría detrás de la iglesia. Senderos de grava bordeados de flores densas, arbustos altos, árboles que cubrían el cielo. Tardó varios pasos en distinguirlas. Las lápidas. Asomaban entre la vegetación a ras de suelo, cubiertas de musgo, medio devoradas por las raíces de los rosales. Un escarabajo cruzaba el nombre grabado en una de ellas. Leyó la inscripción al pasar: Ingrid Svensson, 1932–2014. Debajo, una frase en cursiva que el musgo había borrado a medias. Las fechas eran lo único que sobrevivía. Todo lo demás —las palabras de consuelo, las promesas de eternidad— se lo comía la tierra.

Las flores crecían gruesas. La grava crujía bajo los zapatos y el olor a tierra húmeda era denso, orgánico, fértil. El tipo de fertilidad que no conviene examinar.
El pastor caminaba con las manos a la espalda.
—Ya no trabajo a tiempo completo, solo en los veranos. Pero llevo toda una vida en estos servicios. Quiero hacer una oratoria buena y personal. Cortita. Para que todos puedan identificarse. Por eso hablé antes con Marina y ahora con usted, Celine. Necesito rasgos de Lars. Sus gustos. Alguna mascota. Momentos memorables.
Celine avanzaba a su lado. Un paso detrás. El hombro de ella se tensó bajo la tela del abrigo. Le tomó la mano un momento. El apretón fue corto y firme. Un código.
La mandíbula de Celine se cerró antes de hablar.
—No recuerdo mucho —empezó ella—. Pero sí recuerdo cuando hizo el plantío de frambuesas. Me gustaban los panqueques con mermelada de frambuesa. A veces se terminaba y papá salía corriendo a comprar más a primera hora. Hasta que un día dijo que haríamos un jardín solo de frambuesas. Y cuando llegó el verano ya teníamos. Hicimos mermelada para todo el año.
El pastor sonrió.
—Es un recuerdo muy bonito. Lars debía de ser muy previsor. Pudiste compartir el trabajo de jardinería con él.
Celine hizo una pausa. La grava crujía bajo sus zapatos.
—Sí. Siempre terminaba sus proyectos. La cabaña la construyó en poco tiempo. Luego la adornó. La llamábamos la cabaña de los gnomos. Era como su mascota, porque nunca tuvimos ni perro ni gato.
Un calor seco le subió por la nuca y se le extendió detrás de las orejas.
La cabaña. Los gnomos. La voz de Celine era plana, controlada, sin una grieta. La columna de ella, recta, rígida, vertical, sostenía la historia entera. El pastor asentía, tomando nota de frambuesas y gnomos de jardín. Y debajo de esa cabaña, debajo del cemento que Lars vertió con sus propias manos, los huesos de la madre de Celine llevaban años pudriéndose.

Respiró por la nariz. El aire del jardín era caliente, espeso, cargado de la misma tierra fértil que alimentaba los rosales. Un niño corría entre las lápidas al fondo del sendero, persiguiendo algo que no se veía. La madre lo llamó y el niño se detuvo con un pie encima de una tumba, sin saberlo.

—Entre los dos me han dado una muy buena pintura de Lars. No pretendo una biografía completa. Solo momentos agradables para compartir.

El pastor se despidió en el jardín, entre las flores. Les dio la mano con firmeza. Le devolvió el apretón y la piedra de una lápida le rozó el tobillo al girar hacia la salida.

Más tarde, en una cafetería de la calle principal. Mesas de madera clara, un mostrador con bollos de canela bajo una campana de cristal, el ruido de una máquina de café que tardaba demasiado en calentar. La luz de la tarde entraba baja por el escaparate y le daba a todo un tono dorado que no correspondía con nada de lo que acababa de pasar.

La luz de la pantalla del teléfono iluminó la cara de Celine. El metal de la cucharilla removía el café oscuro. El tintineo contra la porcelana marcaba un ritmo constante en el silencio de la mesa.

Habló con Jim. Confirmó la fecha. El concierto de homenaje ya estaba en marcha. La voz le salió firme, práctica, con el mismo registro que había usado con el pastor veinte minutos antes. La misma voz para un funeral y para un contrato. La eficiencia de alguien que no distingue entre ambas cosas o que ha decidido no hacerlo.

La cucharilla descansó sobre el plato. El tintineo cesó.

Un frío breve le cruzó las costillas. Afuera, sobre Eskilstuna, solo quedaba un cielo claro y frío y el sonido de las campanas de la iglesia marcando una hora que ya no importaba.

38
CELINE

La lluvia helada de Eskilstuna le golpeó la cara y el agua empapó la tela fina del vestido hasta pegársele a los muslos. El barro del parque le chupaba las suelas de las botas y el peso de la guitarra se le hundía en el hombro derecho con cada paso sobre las tablas del escenario. Los aplausos y los gritos fueron subiendo y subiendo sin techo y sin pausa y ella pisó el centro exacto de las tablas.

Una presión caliente le subió desde el estómago hasta la base de la garganta. Debajo del maquillaje y de los contratos y de los años seguía ahí la misma persona. Lars nunca la había visto así. Nunca.

La primera nota quebró y las lágrimas le resbalaron calientes bajo la luz blanca de los focos arrastrando el rímel en dos líneas negras. Tocó cruda y rápida y las cuerdas vibraron contra sus dedos mojados y el público calló de golpe. La lluvia amainó. El silencio se extendió denso entre las cincuenta mil gargantas. Nadie tosía. Nadie se movía.

Cuando la última nota se apagó la ovación tardó tres segundos en llegar. Tres segundos de silencio absoluto. Después el ruido de cincuenta mil cuerpos gritando a la vez y el escenario vibrando bajo sus botas y las tablas transmitiendo el temblor a través de las suelas hasta los huesos de los pies.

A treinta metros a la derecha Jonas se erguía entre los cuerpos apretados bajo la llovizna. La copa de plástico en su mano brillaba con el líquido oscuro y él la levantó despacio con esa sonrisa que le ofrecía siempre igual. La levantó y ella la vio y la registró y siguió tocando. Un vendedor ambulante de café llegó hasta el grupo y Jonas sonrió más ancho y levantó la copa otra vez y ella le respondió con un compás agudo de las cuerdas que puso en movimiento a la gente.

El verano duraba poco y las ansias de aprovechar cada minuto contagiaban con la luz prolongada bien entrada la noche. La lluvia se había convertido en una llovizna fina que brillaba bajo los focos y le daba al aire una textura de cristal. Las gotas caían sobre las cuerdas de la guitarra y cambiaban el timbre de cada acorde, algo más oscuro, más grave, y ella dejó que el agua tocara con ella.

Los focos de colores intermitentes empezaron su recorrido programado por el escenario y el haz rojo le cruzó la cara y la cegó un instante. Todo bien coordinado. Demasiado bien.

En el costado izquierdo del escenario Jim Kowalski permanecía seco bajo el toldo negro y el agua resbalaba por los bordes del plástico y caía en cortinas a medio metro de sus zapatos italianos. No se movía. Solo asentía una vez a los técnicos y los haces de luz cambiaban de color y los monitores subían medio decibelio y todo encajaba sin fisuras. Llevaba el abrigo oscuro abotonado hasta arriba y el cuello de la camisa blanca asomaba limpio y planchado y ni una gota de lluvia le tocaba la tela.

Un gesto mínimo de su mano derecha y un técnico corrió a ajustar un cable que nadie más habría detectado. Otro gesto y el volumen del monitor izquierdo bajó dos puntos. Otro y un foco que parpadeaba se apagó limpio. La cadena era siempre la misma. Jim detectaba el fallo y Jim lo resolvía y el escenario seguía funcionando y ella seguía tocando. El toldo negro le enmarcaba la figura y las cortinas de agua a los lados le daban el aspecto de alguien que había decidido dónde terminaba la lluvia y dónde empezaba su territorio.

Jonas podía ofrecerle lealtad. La lealtad no sostenía un escenario de cincuenta mil personas bajo la lluvia. Jim sostenía el escenario entero con la mano izquierda y le dejaba a ella las dos manos libres para tocar. Eso era lo que necesitaba ahora mismo. Alguien que controlara todo lo que ella no podía controlar mientras se rompía en público.

Entre las caras difusas del público alguien gritó su nombre desde las primeras filas y el sonido se perdió en el ruido general. Las guitarras prestadas y los micrófonos que no funcionaban y los bares donde nadie escuchaba y los contratos que nunca llegaban y las noches

volviendo sola en el último tren con los dedos rojos de tocar tres horas seguidas para veinte personas que no habían pagado entrada. Todo eso seguía ahí, en los tendones de las manos, en la memoria muscular de los acordes.
Por eso a veces cantaba con rabia. Ahora la rabia tenía dentro algo caliente y limpio y sonaba bien. Muy bien. Golpeó las cuerdas con el dorso de los nudillos en lugar de rasguearlas y el acorde salió seco y violento y el público respondió con un rugido que le llenó el pecho de aire.
La brisa fría le levantó el pelo mojado de la nuca y en el horizonte asomó una bola de fuego naranja donde las nubes se abrían. La noche se pondría más fría aún. En el público el alcohol hacía su trabajo y los saltos y los brazos al cielo marcaban el ritmo de la siguiente canción. El peso de la guitarra se le hizo más presente contra la clavícula y el hombro derecho le ardía por la humedad, pero siguió tocando y la voz le salió limpia y afilada.
Jim seguía allí quieto bajo el toldo. No aplaudía. No gritaba. Solo observaba con los brazos cruzados y los pies secos. La lluvia seguía cayendo y el barro del parque chupaba los pies de cincuenta mil personas y los focos seguían barriendo el escenario en círculos y ella tocó el siguiente acorde con más fuerza aún. El vestido se le pegaba frío a la piel y el agua le entraba por el escote y le bajaba entre los pechos, pero la voz no tembló.
La ovación volvió a crecer y creció sin techo y ella se quedó un segundo más en el centro de las tablas con la guitarra colgando pesada del hombro y el maquillaje negro corriéndole por las mejillas. La lluvia helada en la cara y el barro en las botas y Jim Kowalski seco bajo su toldo mirando hacia ella. Eso bastaba. Por ahora eso bastaba.

***

Los cincuenta mil aplausos se comprimieron en un zumbido grave cuando cruzó la cortina lateral. El pasillo de hormigón tragaba el sonido. Los técnicos se apartaron a su paso. Nadie le habló. Caminó

con los tacones repicando contra el suelo mojado, la lluvia que le escurría del pelo dejando un rastro oscuro sobre el cemento.
Empujó la puerta del camerino.
Las bombillas que bordeaban el espejo saturaban el aire de calor seco. Olor a laca, a sudor reciente, a polvo de maquillaje acumulado en las juntas de la mesa. Cerró la puerta. El rugido del público quedó reducido a un latido sordo contra las paredes.
Se sentó frente al espejo. Sacó una toallita desmaquillante del paquete. La tela húmeda rozó el párpado derecho. El rímel negro se fue desprendiendo en surcos grises que manchaban el algodón blanco. Dobló la toallita, la dejó a un lado, tomó otra. El espejo devolvía piel desnuda, surcos de cansancio, nada más. Debajo del maquillaje la cara era más pequeña. Más angulosa. La cara de la chica de Eskilstuna que tocaba en bares vacíos. Esa cara seguía ahí.
La fricción de unos zapatos sobre el linóleo cortó el silencio. La puerta se abrió de golpe.
Tobías. Piel cetrina, ojeras violetas, una nube de alcohol barato que ocupó el cuarto antes que su cuerpo. La ropa se le pegaba al torso en manchas de humedad. Se acercó hasta empañar el espejo con su respiración. El vaho le borró media cara en el reflejo.
—Lo sabía —dijo.
No giró la cabeza. Pasó la toallita por el pómulo izquierdo.
—Todos sabíamos algo.
El móvil vibró sobre la mesa. Lo ignoró.
—Sigue escribiendo —Tobías dio un paso más, invadiendo el espacio entre ella y el espejo—. Incluso desde allí. Dice que sabe dónde voy. Que tiene amigos fuera. Que van a venir a cazarme.
Una tos lo dobló sobre sí mismo. Cuando se enderezó, los ojos le brillaban con una película acuosa.
—Ya han venido —dijo—. Esta tarde. A mi casa. Buscaban el dinero. Creen que yo lo tengo. Me destrozaron el piso.
Tobías golpeó la mesa de maquillaje con la palma abierta. Los botes temblaron. Uno rodó hasta el borde y cayó al suelo. El tapón se soltó y un líquido beige se extendió por el linóleo. Tomó otra toallita y siguió con el otro ojo.

—Y cuando acaben conmigo vendrán a por ti. Tú eres la presa. Pero Erik lo sabía. Sabía que ese psicópata no pararía. Por eso preparó esto.
Sacó un móvil con la pantalla fracturada y lo dejó caer sobre la mesa. La pantalla se iluminó entre las grietas del cristal.
—Ábrelo.
Deslizó el dedo por la pantalla rota. Los documentos se desplegaron. Cifras, nombres de entidades, fechas de constitución, una póliza numerada. Todo en orden. Todo donde Erik lo dejó. La pantalla le iluminaba los dedos desde abajo y las grietas del cristal dibujaban líneas que cruzaban los números y los partían.
—Hay dos pasajes —dijo sin levantar la vista del espejo—. Erik reservó dos salidas.
Tobías se tensó. Los tendones del cuello se le marcaron bajo la piel.
—Era su plan. Él y tú. Escapar juntos.
—Pero él ya no está —limpió la línea de la mandíbula con un trazo lento—. Y esos individuos van a volver a por ti, Tobías. Si te quedas en Estocolmo te van a ejecutar por inercia. No tienes nada que ofrecerles.
Dejó la toallita sobre la mesa. El algodón manchado de negro quedó junto al móvil roto. Las bombillas seguían zumbando. El calor del cuarto no cedía. El líquido beige del bote derramado había llegado hasta la pata de la silla.
El terror terminó de cuajar en la cara de Tobías. Los labios le temblaron antes de que la mandíbula se le trabara.
—¿Vienes?
Tobías se enderezó de golpe.
—¿Salvarme yo gracias a ti? —el grito rebotó contra las paredes del camerino—. Prefiero que me ejecuten en un callejón antes que deberte la vida. Tú le quitaste todo a Erik.
Agarró el móvil roto y empezó a borrar archivos con dedos torpes, golpeando la pantalla agrietada. La pantalla parpadeaba con cada toque. Algunas carpetas desaparecían. Otras se resistían.
—Borrar. Eliminar. Vaciar registro. Ya no existe. Yo no sé dónde está la casa. El código está en tu teléfono. Es solo tuyo. Que te cacen a ti.

—Siempre fue mío, Tobías.
Lo dijo al espejo. Tobías ya estaba girando sobre los talones. La puerta golpeó el marco al cerrarse. Una ráfaga de aire frío entró con olor a lluvia y asfalto mojado. El vaho que su respiración había dejado en el espejo se fue borrando despacio, y la cara limpia de Celine reapareció en el cristal, nítida, sin máscara.
Las bombillas siguieron zumbando. Tomó una toallita limpia y repasó la zona bajo los ojos. El algodón salió blanco. Terminó.
La puerta se abrió otra vez. Más despacio.
Jonas. Empapado. El agua le chorreaba del pelo y formaba un charco oscuro sobre el linóleo. La chaqueta se le ceñía a los hombros por el peso del agua. Los puños a los costados. El frío de la calle le había endurecido la cara y la piel alrededor de los ojos estaba tirante, casi gris.
Bajó la toallita. Lo miró a través del espejo.
Él no se movió de la puerta. La mandíbula apretada, la respiración controlada. El agua le goteaba de la barbilla al suelo. Cada gota hacía un sonido mínimo contra el linóleo. En el silencio del camerino, el goteo era lo único que se movía.
—Lo sé todo —dijo—. El seguro cruzado. Marbella. La cuenta.
Dejó la toallita usada junto a las otras. Se levantó despacio. Alisó el vestido con las palmas de las manos, recogiendo los pliegues húmedos contra los muslos. Se giró hacia él.
Los puños de Jonas. El charco de agua a sus pies. La vena que le latía en el cuello. Todo eso era información. Todo eso se procesaba. Los puños significaban que había venido a pelear. La vena en el cuello significaba que la pelea ya le estaba costando. El charco de agua significaba que había caminado bajo la lluvia en lugar de esperar a que parara. Había venido rápido. Había venido con urgencia. Eso también era información.
—Llorar a mi padre delante de cincuenta mil personas y asegurarme de que no me quede sin nada son la misma cosa —dijo—. Una no cancela la otra.
Jonas no respondió. Una gota le resbaló desde la sien hasta la línea de la mandíbula y cayó al suelo.

Dio un paso hacia él. El calor de las bombillas le presionaba la espalda.
—Erik lo entendió. Preparó las dos cosas. El duelo y la salida.
Otro paso. Ahora estaba lo bastante cerca para oler la lluvia en la chaqueta de él, la lana mojada, el frío de la calle que aún llevaba encima. El agua de la chaqueta de Jonas goteaba sobre las puntas de sus zapatos y ella no retrocedió.
—Sigues viva —dijo—. Y yo también.
Jonas la miró. Los ojos fijos, la mandíbula todavía apretada. Pero los puños se le habían aflojado. Los dedos colgaban abiertos a los costados.
Un calor le subió por la nuca. La pieza seguía en el tablero.
Fuera, la lluvia golpeaba las chapas del techo del escenario con un repiqueteo metálico que se filtraba por las juntas de la puerta.

39
JONAS

El sendero bajaba en curva hacia la izquierda y luego se enderezaba recto hacia el lago. Ponía un pie delante del otro, la bota hundiéndose un centímetro en el barro blando cada vez que pisaba. Las raíces cruzaban el camino, retorcidas y húmedas, y las rocas sueltas rodaban bajo el peso. El aire olía a humedad y a pino mojado. La linterna del móvil alumbraba un metro de sendero y el resto era bosque cerrado y negro.

Celine caminaba a su lado, el hombro rozando el suyo de vez en cuando. El contacto era breve, rítmico, involuntario. O no.

—De pronto fue a bañarse —dijo ella—. Antes nos bañábamos todos juntos después de los ensayos. ¿No crees que esté nadando?

—No —dijo.

Se escucharía. El agua amplificaba todos los ruidos. A esa hora, en ese silencio, cualquier chapoteo habría llegado hasta la casa.

Solo quedaban sus pasos y el ulular lejano de un búho. Los grillos habían dejado de cantar hacía rato. El frío los había callado o el frío los había matado. El verano sueco terminaba así, de golpe, sin aviso. Las estrellas empezaban a recortarse contra el cielo limpio. Abajo, en el remanso, el lago se veía oscuro, las algas formando una costra verdosa contra la orilla. El olor a vegetación podrida subía desde el agua.

—No creo que Tobias quiera bañarse aquí cerca —dijo ella—. El agua está muy sucia. Llena de algas.

Unos metros más adelante el bosque se abrió. La pequeña playa apareció primero, después el muelle de madera gris. La superficie del lago reflejaba el cielo, opaca, metálica. Nadie más. El muelle tenía dos postes de amarre y una cuerda suelta que colgaba del

segundo poste y se arrastraba por el agua. La cuerda goteaba. El bote que había estado atado a ella ya no estaba.
—El bote —dijo ella—. No está. Se ha ido en el bote.
—Sí, eso hizo.
—Ese bote también lo hizo mi padre. Quién sabe dónde lo ha dejado.
Miró al frente. Al otro lado del canal, las luces del pequeño poblado brillaban amarillas, una tras otra, quietas sobre el agua. Tobias estaba allí. O había pasado por allí. Un hombre en un bote de madera cruzando un canal en la oscuridad sin luces de navegación. Si alguien lo veía, llamaría a la policía costera. Si nadie lo veía, llegaría al otro lado con el bote de Lars y desaparecería en una carretera secundaria que no tenía nombre en el mapa. El cálculo era sencillo: Tobias había evaluado el riesgo de quedarse y había decidido que el riesgo de irse era menor. Una decisión jurídica básica. Coste de oportunidad.
—Debe de estar muy asustado —dijo ella.
—El coche de Viktor. Todo así, inútil.
—Volvamos —dijo ella—. Tenemos un largo camino hasta Estocolmo todavía.
Dieron media vuelta. El sendero subía ahora, más oscuro. Las raíces seguían cortando el paso. Pisaba con más fuerza, el barro salpicando los bajos del pantalón. Celine se pegó más a él. El calor de su cuerpo le llegaba a través de la manga del abrigo, intermitente, cada vez que los hombros chocaban.
—Del otro lado hay un muelle más grande y una playa más amplia —dijo ella—. Quizás podríamos pensar en una cabaña allí, ¿verdad? En verano, después de los conciertos.
No contestó. Una cabaña. Después de los conciertos. Celine planificaba un futuro doméstico a doscientos metros del lugar donde Tobias acababa de huir en un bote robado. La capacidad de compartimentar era clínica. O era supervivencia. O era las dos cosas a la vez y él todavía no había aprendido a distinguirlas.
—Le diré a Marina que se ha ido en el bote —dijo ella—. Puedes entrar al coche, hace frío.

El viento le pasó por la nuca. Los árboles se movían arriba, las copas oscuras contra el cielo, y el sonido era un crujido largo y sordo que no paraba.

—Pondré música fuerte para que no te duermas. O si quieres puedo manejar yo.

—Puedo manejar —dijo.

—Salgo de mi parte. Marina, dile que volveremos pronto.

La casa apareció al final del claro. Solo se veían las luces de la sala, cálidas y amarillas, recortadas contra la masa negra del bosque. La música salía por la ventana entreabierta, un bajo lento que vibraba en el aire frío. Un acorde repetido cada ocho compases, siempre el mismo, como si alguien hubiera puesto la canción en bucle y se hubiera olvidado. Marina estaba en el porche, el cigarrillo encendido entre los dedos, la manta de lana sobre los hombros, las piernas cruzadas bajo la silla de madera. No se movió cuando los faros del Volvo la iluminaron. El humo del cigarrillo subía recto, sin viento, y se deshacía contra el alero de madera. Las polillas golpeaban la bombilla del porche con un tic seco y constante.

—Se ha ido —dijo ella—. Se ha ido en el bote.

Celine asintió. Se quedó un paso atrás, las manos en los bolsillos del abrigo. El cigarrillo de Marina brillaba naranja cada vez que aspiraba. La música seguía sonando dentro, la misma canción repetida. Nadie mencionó al muerto. Nadie mencionó el coche de Viktor ni el miedo de Tobias. Solo el humo del cigarrillo y el bajo lento y el silencio de tres personas que sabían más de lo que iban a decir.

—Adiós —dijo—. Ya no hay nada que hacer aquí.

Marina soltó una bocanada de humo que el viento se llevó. No preguntó nada. No pidió explicaciones. La mirada fue al lago y volvió y se quedó fija en el cigarrillo. Celine abrió la puerta del coche. Rodeó el capó, abrió la suya y se sentó al volante. El asiento estaba helado. El cuero le quemó la espalda a través de la camisa. El olor a ambientador de pino del Volvo se había mezclado con la humedad del bosque y producía un dulzor barato que no iba con nada.

Las nubes avanzaron sobre el gajo de luna y lo borraron. El motor arrancó en la oscuridad completa. La gravilla crujía bajo los neumáticos. La casa de Marina se redujo en el retrovisor hasta que

las luces amarillas se confundieron con las estrellas y desaparecieron.

*

En poco menos de dos horas divisó las luces de Estocolmo. Los viaductos cruzaban las autopistas uno encima del otro, amarillo y ocre, las iglesias recortadas entre rascacielos, la estación central brillando al fondo. Las manos en el volante. La carretera vacía a esa hora. Un camión de carga adelantado en la recta de Södertälje. Después nada. El salpicadero marcaba las dos y cuarenta de la madrugada. La aguja del depósito rondaba el cuarto de tanque. Suficiente para llegar. Suficiente para no tener que parar en ninguna gasolinera donde alguien pudiera verlos a esa hora y recordar la cara de la cantante que salía en los periódicos.

Celine dormía. La cabeza inclinada, la respiración pareja, los labios entreabiertos. Había cerrado los ojos en algún punto entre el lago y la autopista y su sistema se había apagado. La miró un segundo y volvió la vista al asfalto. La facilidad con que el cuerpo de ella pasaba de la vigilia al sueño era la misma con que pasaba de la verdad a la mentira. Sin transición. Sin coste visible.

Despertó al entrar a la ciudad. Lo miró un momento sin decir nada. Luego volvió la vista a la ventanilla. El cristal reflejaba la mitad de su cara y la otra mitad era la calle. Las dos versiones superpuestas.

*

A la mañana siguiente fueron a desayunar a la cafetería de cristal y acero frente al hotel. El local olía a café molido y a metal limpio. Las sillas eran grises. Las mesas también. La luz del día entraba dura por los ventanales y no dejaba sombras. Todo estaba expuesto.

En el kiosco junto a la entrada, las portadas de los diarios tenían fotos del festival. Las vio desde la fila mientras esperaba el café. Celine en el escenario, los brazos abiertos, la multitud abajo. Una foto en color, nítida. En el titular, una sola palabra: «Bienvenida». Un eclipse de años interrumpido. La artista que regresaba. El público que perdón. La industria que abría los brazos. Nadie en esa portada sabía lo del bote ni lo del lago ni lo de la cuerda goteando en el muelle vacío.

Cogió los dos vasos del mostrador y volvió a la mesa. El cartón le quemaba las yemas de los dedos.
Celine miraba la portada desde el otro lado del cristal. Sonreía. La misma sonrisa que en la foto. La misma exacta.
Puso el café frente a ella. Un frío seco le bajó por el centro del estómago y se quedó ahí. No dijo nada.

40

Desde la ventana, a través del triple acristalamiento, el mundo exterior se movía sin sonido. Cuando la furgoneta azul y blanca de PostNord apareció al final de la calle, el motor diésel rompió la quietud de la mañana y Celine abandonó la taza de té a medio beber sobre la encimera. Las gotas de lluvia resbalaban por el cristal en líneas oblicuas y distorsionaban la silueta del repartidor que descendía de la cabina con un paquete bajo el brazo.

Jonas bajó por el sendero de grava hasta alcanzarlo, y el terminal electrónico cambió de manos bajo la lluvia. Desde la distancia, la lectura de labios fue clara: Soy su pareja. Resolvió en menos de un minuto la firma, el cartón, la cinta marrón sellada, y regresó al portal con la caja pegada al pecho, protegiéndola de la lluvia con el cuerpo.

El aislamiento climático del apartamento preservaba veintiún grados exactos y un silencio calibrado. Jonas empujó la puerta con el pie y depositó la caja sobre la isla de granito negro. Algo pesado se desplazó en el interior al golpear la piedra. La seda gris del kimono se tensó sobre los brazos cruzados. El cartón mojado goteaba sobre la superficie pulida. Cada gota dejaba un círculo oscuro que se expandía despacio sobre el negro del granito.

—Hazlo tú.

La hoja del cuchillo se hundió en el embalaje y rasgó la cinta de un solo movimiento. Jonas extrajo los objetos uno por uno y los distribuyó sobre el mármol oscuro.

Primero la navaja suiza. Las cachas rojas rayadas, la hoja menor trabada desde hacía años. La había visto mil veces en la mano de Lars, abriendo paquetes, cortando cuerda, raspando la corteza de los palos que usaba para la cerca. El mango conservaba una muesca en la esquina inferior donde Lars había golpeado una piedra una

tarde de agosto y había dicho una palabra que ella no podía repetir porque tenía seis años.
Después el reloj Casio negro. La correa de resina seguía vencida en el mismo punto exacto que la muñeca de Lars había deformado durante décadas. La esfera marcaba las 7:42 y la fecha del día en que se había parado la pila. Un día cualquiera. Un martes o un jueves. Lars no se habría molestado en cambiarla.
Por último, la pipa de madera con marcas de dientes en la boquilla. El olor a cerezo seco ascendió desde la cazoleta, intacto después de todo este tiempo. El tabaco que había llenado de humo dulce las tardes de invierno en la cabaña. La cabaña. La palabra aterrizó en la cocina y se quedó ahí, ocupando más espacio del que le correspondía.
Cada objeto aterrizó sobre la piedra y la cocina fue perdiendo volumen. Las paredes un poco más cerca. El techo un poco más bajo.
Jonas alcanzó el fondo de la caja, donde el cartón se había oscurecido por la humedad, y extrajo un sobre de papel manila arrugado.
Dos hojas dobladas en cuatro, cubiertas por trazos grandes en tinta azul. La misma tinta de las autorizaciones escolares, de las listas de la compra pegadas con imán en la puerta de la nevera los sábados por la mañana. Jonas desdobló el papel despacio y alisó los pliegues con el pulgar.
—¿Quieres que lea?
El taburete alto recibió el peso del cuerpo antes de que cedieran las piernas. Se aferró al borde del granito. Estaba frío.
Jonas aclaró la garganta. El sonido resonó en el silencio del apartamento.
—«A quien corresponda. Mi nombre es Lars Andersson. Escribo esto porque pronto ya no podré recordar mi propio nombre. Los médicos me dicen que tengo Alzheimer. Que mi cerebro se está muriendo. Que en unos meses seré un extraño para mí mismo.»
Continuó.
—«Hay algo que necesito confesar antes de que se me olvide. Algo que no puedo llevarme a la tumba sin decir. Algo que mi hija debe

saber.»
Mi hija. Los dedos se le cerraron sobre el borde del granito. La luz de la mañana que entraba por la ventana había perdido temperatura. Jonas seguía leyendo, pero la voz le llegaba más lenta, más espesa, como si las palabras tuvieran que atravesar algo para llegar.
—«El 17 de abril de 1986 llegué a casa antes de lo habitual. Camila estaba en la cocina preparando la cena. La niña veía la televisión en la sala. Cerré la puerta del dormitorio para hablar con Camila y le dije que quería el divorcio. Ella dijo que no. Que iba a llamar a su hermano en Gotemburgo. Que iba a contarlo todo.»
—«Le pedí que bajara la voz. No bajó la voz. Levanté la mano y la empujé contra el marco de la puerta. Se golpeó la cabeza, pero no cayó. Entonces fui al cobertizo y busqué el martillo que usaba para los postes de la cerca. Cuando volví ella estaba de pie junto al fregadero, de espaldas. El primer golpe fue en la nuca. Después vinieron dos más. No hizo falta un cuarto.»
—«La sangre se extendió por las baldosas y alcanzó el zócalo. Limpiar la cocina me llevó cuatro horas. Usé Klorin y amoníaco y fregué tres veces hasta que el olor desapareció. La niña se durmió en el sofá delante del televisor. No se despertó en ningún momento.»
—«Esa noche cavé un hueco en la esquina noreste de la cabaña, debajo de la placa del suelo. La envolví en una lona de plástico, la bajé al hueco y cubrí con grava. Al día siguiente eché hormigón. El viernes por la mañana denuncié la desaparición. La policía vino, tomó notas y se fue. Nadie levantó el suelo.»
—«Crie a mi hija sola. Cociné para ella, la llevé al colegio, le hice las trenzas por las mañanas. Lo hice todo encima de esa placa de hormigón. Durante treinta años desayunamos a dos metros de su madre.»
—«Escribo esto porque se me olvidan las cosas. Ayer no recordé el nombre de mi hija y eso es lo único que no puedo permitirme olvidar. Si olvido su nombre, esto no habrá servido de nada. Firma, Lars Andersson, abril de 2023.»
El llanto rompió la superficie sin aviso. El cuerpo se le dobló sobre el taburete y la frente golpeó el borde del granito. El frío de la piedra

contra la piel. Las manos agarraban el borde y los nudillos estaban blancos. Jonas dejó los papeles sobre la mesa y la rodeó con los brazos. La tela de la camisa absorbió el temblor y el olor a detergente y a piel masculina lo ocupó todo. Lloró contra el pecho de Jonas hasta que el temblor se convirtió en sacudidas y las sacudidas se convirtieron en respiraciones largas y las respiraciones encontraron un ritmo.

Recuperó la verticalidad apoyando el peso contra la isla de la cocina. Se pasó el dorso de la mano por debajo de los ojos. La piel le quedó húmeda y caliente.

—¿Hay más?

—Eso es todo. Firma Lars Andersson, abril de 2023.

—Jonas, no vamos a la policía.

Jonas frunció el ceño y la mandíbula se le tensó.

—Pero la confesión...

—El cadáver lleva treinta años ahí abajo. Puede esperar una semana más.

Dobló las hojas en cuatro, las devolvió al sobre de manila y cruzó el apartamento sin encender una sola lámpara. Abrió el cajón inferior del escritorio, hundió el sobre en el fondo y giró la llave hasta escuchar el clic del compartimento. El metal de la llave terminó dentro del bolsillo del kimono. Volvió al dormitorio.

*

El reloj digital marcaba las 3:12 cuando el cuerpo de Jonas dejó de moverse al otro lado del colchón. Esperó un minuto más. La respiración de él se hizo profunda y regular. Salió de la cama y los pies descalzos encontraron el suelo de madera. Evitó el peldaño que crujía y bajó a la cocina.

Bajo la luz focal de la isla, el resto del apartamento desapareció en la oscuridad. Apoyó las palmas sobre el granito y el frío subió por los antebrazos hasta los hombros. La navaja suiza seguía sobre la piedra, y el reloj parado, y la pipa con las marcas de dientes. Los objetos de un hombre que había matado a su esposa con un martillo y había criado a su hija encima del hormigón.

Lars había ido al cobertizo. Había vuelto con el martillo. Tres golpes. Cuatro horas de limpieza. La lona, la grava, el hormigón. Y después

treinta años de desayunos encima de esa placa. Treinta años haciéndole las trenzas por las mañanas a la hija de la mujer que estaba enterrada debajo.
La carta se quedaba aquí. Nadie más podía saberlo. No ahora, no a cuatro días del domingo.
El domingo iba a cantar. Y iba a ganar.
La decisión no costó nada. Eso fue lo único que registró. Que el peso de la carta y el peso del concierto cabían juntos sin que uno aplastara al otro. Siempre había funcionado así. A los dieciséis años, antes de la primera actuación importante, Lars la había llevado al teatro y el miedo físico le había cerrado la garganta y aun así había salido al escenario. Lo peor la empujaba hacia adelante. Lo peor la hacía mejor.
Bloqueó el teléfono y la pantalla se fue a negro. La tormenta seguía golpeando las ventanas y la lluvia sonaba igual que antes, indiferente a todo lo que se había fracturado en esa cocina desde la mañana.
Guardó el móvil en el bolsillo del kimono y volvió a la escalera. Subió despacio evitando el peldaño roto y se metió en la cama con el mismo cuidado con que Jonas dormía al otro lado del colchón. La almohada olía a él. La lluvia seguía en el cristal.
—Debemos hacer la denuncia a la policía —dijo Jonas.
Un frío seco le subió desde el estómago hasta la base de la garganta.

41
JONAS

El Volvo devoraba kilómetros de asfalto. En el asiento trasero, Celine respiraba con un silbido rasposo, hundida contra el cuero. El retrovisor devolvía la imagen de una mujer vaciada. Los párpados cerrados, la mandíbula floja, el pelo pegado a las sienes por el sudor. La lluvia golpeaba el parabrisas y los limpias arrastraban el agua en arcos que volvían a llenarse antes de completar el recorrido.
Hacía menos de una hora había reventado las teclas del piano. Golpeó el instrumento hasta astillarse las uñas, escupiendo el horror en un cántico roto. Cuando corrió a sujetarla, el peso le venció los brazos. Celine se apagó de golpe tras leer la confesión sobre el asesinato y el cadáver enterrado bajo la cabaña.
El papel de la carta le quemaba en el bolsillo interior de la chaqueta. Notaba el borde del sobre contra las costillas a través de la tela. Cada bache de la carretera lo desplazaba un milímetro.
Un parpadeo azul en el altavoz del salpicadero. Jim.
—Gira en la siguiente salida —dijo—. Nada de urgencias públicas. Desconocen su historial y una filtración destroza el calendario de la gira. Llévala a la clínica de Yngström.
Tragó saliva y el sabor a cobre le rasguñó la garganta.
—Recibió una noticia que la rompió —dijo. No mencionó el asesinato. Aún no.
—Con mayor razón. Yngström tiene todo preparado. Yo estaré ahí en veinte minutos. Has operado bien, Jonas.
El intermitente hizo un clic. Tomó el desvío hacia la clínica. La señalización era discreta: un número de calle y una flecha blanca sobre fondo verde. Ningún nombre. Ningún logotipo. El tipo de dirección que no aparecía en Google Maps a menos que alguien te la diera.

La rampa del aparcamiento subterráneo descendió bajo las ruedas del Volvo. No había letreros ni sirenas. Los fluorescentes zumbaban a una frecuencia baja y la pintura verde del suelo brillaba húmeda bajo las luces. Dos celadores con uniformes grises esperaban junto a una puerta de acero, flanqueando una silla de ruedas. Tenían las manos a los costados y la postura de gente que ha hecho esto muchas veces.

Detuvo el motor, salió y abrió la puerta trasera. El olor a perfume mezclado con sudor frío lo golpeó al asomarse al interior. Celine ni siquiera parpadeó cuando los focos del garaje le dieron en la cara. Entre los tres la sacaron del vehículo y la acomodaron en la silla de ruedas. La cabeza de ella rodó sin fuerza contra su hombro y los brazos le colgaban hasta rozar el suelo de pintura verde. La artista más rentable del país bajando a escondidas por un garaje, bajo tierra, en una silla de ruedas. Ningún contrato cubría esa imagen. Ninguna cláusula de confidencialidad la borraba.

Las ruedas chirriaron contra el suelo pintado mientras se la llevaban hacia los ascensores. Se quedó solo junto al maletero abierto. El eco del chirrido se apagó detrás de las puertas metálicas del ascensor y el garaje quedó en silencio. El Volvo goteaba agua de lluvia sobre la pintura verde. El charco crecía despacio bajo el chasis.

Metió la mano en la chaqueta. Tocó el papel. Los bordes arrugados, la tinta azul. Los trazos erráticos del padre de Celine.

La lógica jurídica abrió la primera pregunta: Lars había muerto con el cerebro devorado por el Alzheimer. ¿Cuándo había escrito eso? ¿En una ventana de lucidez o en medio de un delirio? La confesión de un asesinato podía ser la alucinación de una mente que ya no funcionaba. Si todo era ficción médica, no había crimen ni encubrimiento. La caligrafía era grande, irregular, con trazos que se desviaban del renglón. Pero la secuencia de hechos era coherente: fecha, lugar, método, ubicación del cuerpo. Un delirio no producía esa estructura. Un delirio producía fragmentos.

Respiró hondo y el olor a tubo de escape le llenó los pulmones. Pero el protocolo judicial lo detuvo. Un abogado en un garaje subterráneo no tenía autoridad para determinar la validez de una confesión. La policía y los forenses eran los únicos acreditados para catalogar esa

hoja como prueba o como basura. Si decidía romper la cadena de custodia y el cadáver estaba ahí, la fiscalía lo destrozaría. Encubrimiento para él, ocultación para Celine.
Sacó la mano del bolsillo. La carta seguía ahí. Caminó hacia el ascensor. Las suelas resonaron en el garaje vacío y el sonido rebotaba contra las columnas de hormigón.
*
La sala de espera de la tercera planta olía a desinfectante y a plástico nuevo. Los sofás eran blancos y duros. La televisión de la pared estaba apagada y la pantalla negra reflejaba la sala entera, invertida y silenciosa. Llevaba veinte minutos con el vaso de plástico entre las manos.
Sacó el móvil. Los dígitos de emergencias policiales brillaban en la pantalla, a un toque del pulgar. El número estaba ahí. El dedo estaba ahí. La distancia entre los dos era la anchura de un cristal. La mantenía sin presionar. Diez segundos. Quince. El fluorescente del techo zumbaba con la misma frecuencia que el del garaje, como si el edificio entero funcionara con el mismo circuito.
Las puertas del ascensor se abrieron. Bloqueó el teléfono.
Jim apareció por el final del pasillo con el abrigo impecable. Se sentó en la silla contigua, cruzó una pierna sobre la otra y alisó el pliegue del pantalón con dos dedos. Celine estaba al otro lado de una puerta de cristal y Jim alisaba un pliegue. El contraste no requería análisis.
—Yngström ha bloqueado la planta —dijo—. Estará sedada hasta mañana al mediodía.
Una enfermera cruzó las puertas de la zona restringida. Se acercó a Jim sin mirarlo a él. La jerarquía estaba clara sin que nadie la hubiera anunciado.
—Señor, la habitación está lista —bajó la voz—. Hemos desconectado el registro de visitas y puede quedarse un acompañante toda la noche.
Jim asintió y señaló con la barbilla hacia el extremo del pasillo.
—Jonas pasará la noche con ella.
La enfermera dejó una tarjeta magnética sobre la mesa de cristal y se retiró. Jim acababa de anular los protocolos de un hospital psiquiátrico sin levantar la voz. Sin firmar nada. Sin mostrar una

identificación. El poder que hacía eso no venía de un cargo ni de un documento. Venía de otra cosa.
—Asegúrate de que no hable con nadie que no sea Yngström. Yo diseño el calendario mediático. Si la prensa pregunta, está descansando. Nada más.
Jim se puso de pie y abrochó el abrigo con un solo movimiento.
—Una cosa, Jonas. El padre de Celine tenía Alzheimer. Lo que sea que ella haya leído, ten en cuenta que ese hombre no sabía ni cómo se llamaba al final. No hagas nada estúpido basado en los delirios de un enfermo.
Caminó hacia los ascensores sin esperar respuesta. Los zapatos italianos no hicieron ruido sobre el linóleo. Las puertas se cerraron y el número del piso bajó de tres a dos, de dos a uno, de uno a cero. El indicador digital se detuvo en P. Garaje. Jim había bajado al mismo sitio donde el Volvo seguía goteando lluvia sobre la pintura verde.
El zumbido de la máquina expendedora llenó la sala vacía. La tarjeta magnética descansaba sobre la mesa de cristal y el pasillo se extendía desierto bajo los fluorescentes. La luz blanca no dejaba sombras. El mismo tipo de luz que en la cafetería de cristal y acero donde habían desayunado días antes. El mismo tipo de luz que exponía todo.
Metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y tocó el papel. Ahí estaba la confesión de Lars, la ubicación del cadáver de Camila, la prueba que demolería a Jim y a todo lo que Jim protegía. Que aniquilaría a Celine en el proceso. Meterla en una sala de interrogatorios en esa situación, exponerla a la prensa, destruir la gira y lo poco que quedaba de ella por la confesión de un hombre que quizás ya no sabía lo que escribía. La palabra quizás era la que más pesaba en toda la frase. Quizás sabía. Quizás no. La duda no era científica. Era jurídica. Y una duda jurídica razonable bastaba para no actuar.
La mano salió del bolsillo. Vacía.
Cogió la tarjeta magnética de la mesa y caminó hacia la habitación de Celine. El pasillo era largo y los fluorescentes zumbaban a intervalos regulares y las puertas cerradas a ambos lados no tenían

número ni nombre. La tarjeta pesó fría en la palma. La pasó por el lector. La luz cambió de rojo a verde.
Empujó la puerta. La carta seguía contra el pecho, entre la tela de la chaqueta y la camisa. El latido le llegaba a través del papel.

42
CELINE

Plástico recién limpiado. Nada más. La silla de madera clara le presionaba la base de la espalda y las manos le pesaban sobre el regazo, quietas, ajenas. La luz entraba recta por la ventana alta, sin cortinas, y le partía la cara en dos mitades: una tibia, otra fría. El consultorio tenía un escritorio de melamina blanca, una planta de plástico en la esquina y un póster de un lago sueco enmarcado con madera barata. Todo diseñado para no provocar nada.

El doctor Yngström abrió la carpeta. El papel crujió una sola vez.

—¿Qué pasó ayer? —preguntó.

Yngström levantó la vista. Un movimiento de hombros, mínimo.

—Leíste la carta de tu padre. Te pusiste triste. Después quisiste componer algo en el piano de la sala común, pero las manos no te respondieron. No recuerdas más.

Las manos se le movieron sobre el regazo sin que las pidiera. Los dedos buscaron la costura del pantalón y la siguieron un tramo, ida y vuelta, ida y vuelta. La planta de plástico de la esquina tenía una hoja doblada que nadie había corregido. El detalle ocupó la atención más tiempo del que merecía.

—Quiero a Jonas —dijo.

—Está bien que lo quieras. Es bueno que te sientas segura con él.

La pluma raspó el papel. Sonido seco, breve. Yngström anotaba y el mundo seguía funcionando igual que antes. El ventanal daba a un patio interior con un árbol desnudo y un banco de madera que nadie usaba. Afuera, gris. Un gris uniforme que no prometía lluvia ni sol, que no prometía nada.

—Esa frase que escribí… —la voz salió baja—. «Soy más allá… un paso en la arena blanda que se hunde». ¿De dónde salió?

Los labios de Yngström apenas se movieron. Una curvatura mínima.

—Salió de ti. Es tuya.
Un calor leve le trepó por la nuca. Se removió en la silla y la madera crujió bajo el peso.
—Quiero dejar la medicación. Solo un poco. Para ver si la música vuelve.
El clic del cartón al cerrarse llenó el consultorio un instante y después se apagó.
—Todavía no. Tu cerebro necesita estabilidad. Ya veremos.
Asintió sin discutir. Todavía. Yngström había dicho todavía no, y esa palabra contenía una puerta que no estaba cerrada del todo. Las puertas que no estaban cerradas del todo eran las únicas que importaban.
—Mi madre… —la voz más baja—. Creo que se fue. Hizo su vida. No me quiso más.
Yngström la miró directo. La luz de la ventana le blanqueaba media cara.
—Exacto. Así fue.
Un frío le bajó por la nuca y se le instaló ahí, quieto.
Se levantó. Yngström no la acompañó. Solo extendió la mano. La palma estaba seca y tibia. La estrechó y la soltó rápido.
Linóleo bajo los pies. El olor a desinfectante más espeso aquí, mezclado con algo metálico que venía de las tuberías. Cada paso sonaba igual que el anterior. Un corredor largo, recto, sin desvíos. Las puertas a ambos lados no tenían número, solo una tarjeta de color insertada en una ranura: verde para las que estaban vacías, roja para las ocupadas. La mayoría eran rojas. Al fondo, una ventana grande dejaba entrar la tarde: un trozo de cielo pálido, el borde de un tejado negro. La luz oblicua y fría le caía encima sin calentar.
Jonas estaba de pie junto a la puerta de la habitación, las manos hundidas en los bolsillos del abrigo. Dio un paso adelante. No sonrió. La cara le decía que llevaba horas ahí y que no había dormido y que no iba a mencionarlo.
Entraron juntos. La cama era estrecha, blanca, con barandas de metal a los lados. La sábana olía a lejía y a algo dulce que probablemente era el suavizante institucional. Jonas corrió la sábana y se acostó primero, de costado, dejando el espacio justo.

Se quitó las zapatillas y se metió bajo la manta y se pegó a él y el cuerpo de Jonas estaba caliente a través de la camiseta y la frente le encontró el pecho y el latido estaba ahí, lento, constante, y todo lo demás dejó de importar.

—¿Te vas a quedar a dormir? —preguntó contra la tela.

—Hasta que cierres los ojos. Y mañana despertamos juntos.

Cerró los ojos un momento y los abrió. La habitación seguía ahí. Jonas seguía ahí. La baranda de metal brillaba bajo la luz de la lámpara de la mesita.

—¿No vas a extrañar tu cama?

—No. Te doy la mano o te paso el brazo por la espalda. Como quieras.

La luz de la tarde se iba apagando afuera. La lámpara de la mesita proyectaba un círculo amarillo sobre la pared y el círculo temblaba cada vez que un carro de medicación pasaba por el pasillo y hacía vibrar el suelo.

—Tenemos una linda manera de hablar —dijo.

Jonas le pasó los dedos por el pelo, despacio.

—Sí.

—Mi padre me hablaba así. Con pausas. Como si cada palabra importara.

Jonas tragó saliva. El movimiento le vibró en el cuello contra la frente de ella.

—Creo que lo voy a conocer algún día.

Los labios se le curvaron contra el pecho de Jonas. Un tirón mínimo en la comisura que él no podía ver.

—Saquémonos una foto en esta cama fea y blanca. Mañana otra, cuando nos dejen salir al sol.

—Claro.

El teléfono brilló frío sobre las dos caras. Clic. La foto quedó ahí: dos cabezas juntas, sábanas arrugadas, la baranda de metal al fondo. Una imagen que no se parecía a nada de lo que la prensa habría publicado. Dos personas en una cama de hospital que podrían haber sido cualquiera.

Le tocó el entrecejo con la yema del dedo.

—Me gusta cuando frunces las cejas. Así. Pareces concentrado en algo importante.
Jonas frunció más. Luego relajó el gesto y la arruga del entrecejo se suavizó bajo la yema.
—Hoy me asusté. Parecías que te faltaba el aire.
Le pasó la mano por la espalda, bajo la camiseta. La piel caliente bajo los dedos, lisa, real. Las vértebras se le notaban en la parte alta, donde la espalda se estrechaba hacia el cuello.
—Es una falsa alarma.
—Si eres feliz, no va a pasar.
Se apretó más contra él y la pierna de Jonas se enredó con la suya y los pies se tocaron y los de ella estaban fríos y los de él calientes y la manta los cubría a los dos y el aire entre sus cuerpos era denso y tibio y no sobraba nada.
—¿Qué te gusta hoy? —preguntó en voz baja.
Jonas tardó un segundo. La mano de él le descansaba en la cadera y los dedos le hacían una presión mínima, constante, que no pedía nada.
—Esto. Que estemos así. Que no haya nadie más en la habitación.
Asintió contra el pecho. La tela de la camiseta le rozó la mejilla.
—¿Qué sientes hoy?
—Que el tiempo se para un rato. Que puedo respirar contigo cerca.
Los labios otra vez contra el pecho. La misma curvatura, más pequeña.
—¿Qué te gustaría hoy?
—Que mañana el sol entre por la ventana y te despierte primero a ti. Que me mires y digas que dormiste bien.
Levantó la cara. Los ojos de Jonas muy cerca, oscuros, con un brillo húmedo que podía ser cansancio o podía ser otra cosa.
—Entonces estoy respirando tranquila —dijo—. Estoy feliz.
El brazo de Jonas le rodeó la espalda y la atrajo más. La manta crujió. En el pasillo, el ruido lejano del carro de medicación volvió a pasar y el círculo de luz tembló otra vez en la pared. Dentro, dos respiraciones que se acompasaban, una contra la otra.
La luz de la tarde se terminó. Quedó el círculo amarillo de la lámpara y el calor de dos cuerpos que no se soltaban.

43

El parabrisas le devolvía ráfagas de lluvia que convertían la carretera en un borrón plateado. Jonas apretó el volante hasta que los nudillos se le marcaron blancos. Cada bache de las avenidas arboladas de Djursholm le subía un latido seco desde los talones hasta la base del cráneo. El motor ronroneaba contra sus muslos y el calor del asiento le pegaba la camisa húmeda a la espalda.

La villa apareció de golpe entre los pinos, un bloque de hormigón flotante con cristaleras que brillaban bajo las luces interiores. Aparcó al lado del Audi negro. El permiso médico pegado al parabrisas le clavó la mirada un segundo de más. El estómago se le contrajo en un nudo duro. Yngström. Aquí. Justo aquí.

Cerró la puerta del coche con más fuerza de la que pretendía. La lluvia le caló los hombros en tres pasos. El timbre emitió un zumbido electrónico que le vibró en los dientes. Esperó. El agua le corría por el cuello y se le metía dentro del cuello de la camisa. La pesada hoja de roble se abrió con un chasquido suave.

Jim apareció en el umbral, impecable en traje oscuro, vaso de whisky en la mano. La cara no se le movió ni un milímetro.

—Fuera de agenda —dijo Jim, y se apartó un paso—. Pasa. El tiempo está de mierda.

Jonas cruzó el umbral. El calor seco de la casa le golpeó la cara. El salón olía a madera pulida y licor caro. En el centro exacto, hundido en un sillón italiano, Yngström levantó la vista sin prisa. Copa en la mano, piernas cruzadas, la misma cara de consulta que usaba en la clínica.

Los pies se le clavaron en la alfombra gruesa. Un frío le bajó por la columna y se le instaló justo encima del coxis.

Jim cerró la puerta. El chasquido sonó definitivo.

—Veo que ya te has dado cuenta —dijo Jim, y señaló al psiquiatra con el vaso—. Arvid y yo revisábamos unos números. Siéntate.

Jonas no se sentó. Se quedó donde estaba, con el agua goteando de la chaqueta al suelo.
—El Varanex y el Kloritam —soltó, voz rasposa—. Demasiado. Le están friendo el cableado.
Yngström dejó la copa en la mesa de cristal. El tintineo quedó colgando en el aire.
—La medicación sigue el protocolo —dijo, tono plano—. Estabiliza. Evita recaídas.
Jonas soltó una risa corta que no llegó a ninguna parte.
—Estabiliza —repitió. Miró a Jim—. Tu producto se va a caer de cara en el escenario dentro de tres semanas. ¿Cuántos millones se te van si la cabeza le explota en medio del bis?
Jim bebió un sorbo. El hielo chocó con el cristal.
—Exageras.
—No exagero una mierda. —Jonas dio un paso hacia él. La alfombra amortiguó el sonido—. La arrogancia clínica de tu socio la está dejando en blanco. Un espectáculo más y se rompe. Y entonces tu inversión se va al carajo.
Yngström descruzó las piernas. El sillón crujió bajo su peso.
—Mi clínica no tolera amenazas veladas.
Jonas giró la cabeza hacia él, lento. El pulso le retumbaba en los oídos.
—Amenazas veladas no, doctor. Realidad. —Señaló a Jim con el mentón—. Su avaricia es la que te va a joder a ti. Cuando ella colapse y la prensa meta la nariz, el rastro de los químicos sale directo de tu farmacia privada. Licencia. Fondo de inversión. Todo.
El silencio se estiró. La lluvia golpeaba las cristaleras, fría, ruidosa. Jim dejó el vaso en la barra. El sonido fue limpio, preciso.
—Interesante teoría —dijo.
—No es teoría. —La boca se le secó, pero siguió—. Bájenle la dosis. Yo la manejo. La mantengo firme, la hago firmar, la subo al escenario. Ustedes cobran. Tú salvas tu clínica. Ella sigue entera.
Yngström miró a Jim. Un segundo. Nada más.
Jim se pasó el pulgar por el labio inferior. El hielo del vaso que le había servido antes a Jonas seguía sobre la mesa baja, el líquido ya aguado.

—Suena a que estás proponiendo un acuerdo operativo —dijo al fin.
—Suena a que estoy salvando el negocio de los dos.
Jim sonrió. La sonrisa no les llegó a los ojos.
—Bien. Bajamos la dosis. —Hizo un gesto pequeño con la mano—. Pero entiendes lo que significa esto, ¿verdad, Jonas?
Jonas no contestó. El pulso le martilleaba ahora en la garganta.
—Significa que acabas de entrar en la sociedad —continuó Jim, voz suave—. Ya no eres el novio preocupado. Eres parte del mecanismo. Si algo sale mal, el rastro también te apunta a ti.
Un calor le subió por la nuca y le quemó las orejas. Una acidez densa le trepó desde el estómago hasta la base de la lengua. Tragó. El sabor no se fue.
Yngström recogió su copa otra vez. El líquido giró dentro.
—Bienvenido —dijo el psiquiatra, y bebió.
Jonas se quedó quieto. Los dedos le hormigueaban y las rodillas le pesaban el doble. La lluvia seguía golpeando el vidrio, pero ahora el sonido le llegaba lejano, amortiguado, como si la cabeza entera se le hubiera llenado de agua. Miró el vaso intacto sobre la mesa. El hielo se había derretido un poco más.
Jim se acercó, le palmeó el hombro una sola vez. El contacto duró menos de un segundo. La piel le ardió debajo de la tela.
—Buena decisión —dijo—. Ahora ve a casa. Mañana ajustamos los detalles.
Jonas dio media vuelta. Las piernas le respondieron tarde, con un retraso extraño, ajeno. La manija de acero le heló la palma. Abrió. La lluvia le cayó encima otra vez, más fría que antes. Cerró la puerta detrás de él. El zumbido electrónico sonó igual que al entrar.
El coche le esperaba bajo el diluvio. Subió, cerró de un portazo. El motor rugió cuando giró la llave. Los faros barrieron la grava y la villa se quedó atrás, brillando entre los pinos.
La carretera se tragó los faros delanteros. El nudo en el estómago no se aflojó. No iba a aflojarse. El agua seguía golpeando el techo del coche y el sonido era exactamente igual al que hacía la lluvia contra las cristaleras de Jim.

44

El café llevaba veinte minutos muriéndose sobre el escritorio. Una película gris le cubría la superficie, opaca, inmóvil, y el olor ácido se mezclaba con el del plástico caliente del fluorescente. El despacho olía a eso a café abandonado y a electricidad vieja.

Dos dedos empujaron la taza hacia la esquina. El borde de porcelana raspó la madera y un leve temblor subió por la muñeca hasta el antebrazo. Después el informe mal grapado, alineado con la carpeta azul. Después el bolígrafo perpendicular al canto de la mesa. Después la placa, con el escudo hacia arriba. Después el vaso de agua, exactamente a un dedo del borde. Cada objeto en su cuadrícula. Treinta y dos años de servicio reducían el mundo a un principio sencillo lo que está en orden no da problemas.

La tela del cuello le raspó la nuez al tragar. La camisa de ese día venía más ajustada. O el cuello engordó. O los dos.

Nina Vaara seguía ahí. De pie. No se sentaba, no se apoyaba contra la pared, no cruzaba los brazos. Ocupaba el despacho entero con esa quietud vertical suya. No pedía asiento. No lo necesitaba.

La vista subió de la carpeta azul hasta la cara de Nina.

—Tú lo llamas transparencia como si fuera una virtud automática —dijo.

Nina no se movió.

—Y tú llamas orden a esconder la basura debajo de la alfombra.

El fluorescente del techo zumbó una vez, un pulso eléctrico que vibró dentro de los párpados, y volvió a estabilizarse. Afuera, en la recepción, alguien dejó caer una carpeta con un golpe seco. Bien. Las cosas tenían que sonar como correspondían. Un despacho de policía clasificaba hechos, los archivaba y los cerraba.

El pulgar recorrió el canto de la placa. Frío. Liso. Real. Treinta y dos años condensados en un rectángulo de metal que cabía en la palma de la mano.

—La basura se recoge, se embolsa y se saca por la puerta de servicio —dijo—. Así funciona un edificio que quiere seguir en pie.
Nina soltó el aire por la nariz. Casi una risa.
—Eso también sirve para esconder cadáveres administrativos.
Un calor le subió por la nuca y se instaló debajo del cuero cabelludo. La mandíbula se apretó sola. La carpeta azul ya estaba recta pero las manos la ajustaron otra vez, un milímetro, porque las manos necesitaban hacer algo que no fuera cerrarse.
Esa generación convertía todo en consigna. Todo tenía que exhibirse, abrirse, nombrarse hasta dejarlo sangrando sobre la mesa. No entendían lo básico. El país no seguía adelante porque la gente fuera decente. Seguía porque alguien llegaba antes, encendía la luz, rellenaba el parte y cerraba la puerta correcta en el momento correcto. Así fue siempre. Con las crisis de confianza de los ochenta. Con las fracturas que casi rompieron el sistema. Con las veces que todo estuvo a punto de venirse abajo y nadie publicó una columna de opinión para impedirlo. Lo impidió alguien con un escritorio limpio y una carpeta cerrada. Y el uniforme seguía saliendo del perchero cada mañana.
Nina apoyó las manos en el respaldo de la silla frente al escritorio, pero no se sentó. Los nudillos se le marcaron blancos contra la madera.
—Ese seguir tuyo tiene un precio.
El respaldo de la silla propia crujió bajo el peso al recostarse. Un centímetro. La espalda baja protestó con una línea caliente que iba de una cadera a la otra.
—Todo lo tiene.
La frase ocupó el espacio entre los dos y se quedó ahí. Ninguno la recogió.
Nina inclinó la cabeza.
—Te ofrecieron un trato, ¿verdad? Entonces ¿dónde está la amenaza?
La taza volvió a la mano. El café frío le llenó la boca de metal y de residuo. La lengua registró un amargor denso, pastoso, que no se fue al tragar. La taza volvió a su círculo exacto sobre la madera.

—Ya le dije. Es demasiado inteligente para amenazar abiertamente y demasiado cuidadoso para que se note.
—No hay delito por ser inteligente y cuidadoso —dijo—. En mi mundo eso es una virtud.
—Y en el de Jim Kowalski también —dijo Nina—. Por eso anda por ahí amenazando y le da resultado.
La placa pesó más cuando el pulgar la rozó de nuevo. O la mano pesaba más. Un pulso caliente le golpeó la sien izquierda por primera vez. Rítmico. Como un dedo que tamborilea sobre una mesa ajena.
—¿Aceptó el trato o no?
—No sé. Supuse que usted sabría cuál era esa posible primicia. Qué más ha saltado en este caso. Yo le he puesto todo lo que sé y es bastante. Hay un delito. ¿Cuál es el otro?
La espalda se recostó otra vez. El respaldo emitió el mismo crujido de siempre, el mismo de los últimos ocho años en esa silla. El pulso en la sien se acompasó con el zumbido del fluorescente. Dos frecuencias distintas que por un instante coincidieron.
—Va muy rápido. Yo diría que tiene sospechas.
—Bien. ¿Qué otras sospechas tienen usted que pudieran ser una primicia? ¿Y cómo es posible que lo sepa Kowalski?
—De pronto lo inventó para frenarla. Para que no diga nada. Punto para ganar tiempo.
Nina apretó los dedos contra el respaldo. La presión le blanqueó los tendones hasta el dorso de la mano.
—En eso pareció muy concreto. Una tragedia. Algo muy vendible. Grandes titulares.
El nivel del vaso de agua bajó un dedo desde la última vez. Alguien bebía sin registrarlo. El fluorescente zumbó arriba y una gota de condensación resbaló por el exterior del vaso hasta la madera. Un pequeño desorden que nadie iba a limpiar.
—Pero qué se me da —dijo—. Parece más bien trámites para la oficina de impuestos. No creo que tenga mucho de titulares con eso.

—Depende.
—¿De qué depende? ¿Sabe usted de qué depende?

—De qué cosas más se junten. Siempre hay algo más.
—El gran enredo —dijo—. No trabajamos con esas cosas. Pero sus artículos a lo mejor sí. Creo que hemos llegado a un punto muerto en esto.
Nina se inclinó un poco más sobre la silla. La madera crujió bajo la presión de sus manos. El ángulo de su cuerpo era el de alguien que no acepta un cierre.
—Un punto muerto que empieza justamente con un muerto. ¿Es el único? ¿Hay algunos otros?
Los ojos de Nina no parpadearon. El pulso en la sien izquierda latía más fuerte ahora. Más lento. Como si la sangre hubiera espesado.
—Sospechas, nuevamente.
—Sí, puede ser —dijo ella—. Los silencios suman muertes.
Otro sorbo de café. El líquido frío le bajó por la garganta espeso, muerto. Un regusto amargo se pegó a la parte de atrás de la lengua y no se fue. La taza volvió con cuidado al círculo de humedad sobre la madera. Exactamente donde debía estar.
—Cuando alguna de sus sospechas sea delitos, entonces bienvenida.
El silencio se compactó. El fluorescente arriba. El pasillo afuera. Alguien arrastró una silla en algún punto de la comisaría. Nina no se movió. La vista no se apartó de ella. Ninguno habló.
Nina soltó el respaldo de la silla. Se enderezó despacio. La columna vertebral le subió vértebra a vértebra, sin prisa, hasta quedar completamente recta.
—Cuando algunos de los que hoy están vivos ya no lo estén, el dinero de seguro no estará —dijo—. Porque acostumbro a ser más rápida.
La puerta del despacho se cerró detrás de ella con un clic suave. Un sonido limpio, calibrado, que no pidió permiso.
Las manos quedaron sobre la mesa. Abiertas. Vacías. Sin carpeta que alinear, sin placa que tocar. Un hormigueo le recorrió las yemas de los dedos. La sangre volvía después de haber apretado algo durante demasiado tiempo.

El círculo de humedad que el vaso dejó sobre la madera ya empezaba a borrarse por los bordes. Fuera, en el pasillo, los pasos

de Nina se alejaron y se mezclaron con el ruido habitual de la comisaría hasta desaparecer. Un teléfono sonó tres veces en algún despacho vecino. Nadie contestó.

Treinta y dos años. Tres comisarios. Dos reestructuraciones. Una reforma policial entera que cambió los nombres de todo sin cambiar nada. Y siempre la misma silla, el mismo escritorio, el mismo principio, clasificar, archivar, cerrar. El sistema funcionaba porque alguien lo mantenía funcionando. Sin columnas de opinión. Sin transparencia. Sin aplausos.

El escritorio permanecía intacto. La carpeta alineada. El bolígrafo perpendicular. La placa con el escudo hacia arriba. El café muriéndose en la taza.

Todo en orden.

Y el pulso en la sien izquierda no se calmó.

45

Jonas giró la llave y el chasquido del metal liberó el olor a polvo y madera vieja del apartamento de Vasastan. La quietud habitual había desaparecido; la presencia de Nina llenaba el espacio de otra densidad, silenciosa e inamovible, con la tensión acumulada de quien lleva horas esperando sin querer reconocerlo.

Ella había colonizado la mesa de la cocina; el portátil abierto ocupaba el centro de un caos de libretas de anillas y folios impresos sepultando los manteles individuales bajo capas de trabajo urgente.

Cerró la puerta apoyando el peso de la espalda contra la madera. Se quedó inmóvil un instante, con los pulmones a medio inflar y el zumbido del estadio todavía vibrando en los tímpanos.

Nina permanecía en silencio, con la pantalla a medio bajar y el cabello sujeto por un lápiz amenazando con soltarse del recogido improvisado. Llevaba la misma camisa arrugada de la mañana y mantenía la vista fija en un punto de la pared, los hombros hundidos bajo el peso de algo pendiente de resolución. Esa postura la conocía de las noches largas en la redacción, cuando los titulares se negaban a encajar y el calendario de cierre ganaba al instinto.

—Llegas tarde —dijo ella sin desviar la mirada.

Las llaves repiquetearon sobre la encimera de piedra al soltarlas.

—Tuve que arreglar unas cosas. —Se aflojó el nudo de la corbata con un tirón seco, buscando algo de aire—. ¿Sigues con el artículo?

—Iba a salir mañana a primera hora, pero Jim Kowalski se presentó hoy en la redacción. —Nina cerró la libreta de golpe y agarró la taza de café, bebiendo un sorbo frío mientras lo observaba por encima del borde del tazón—. Entró como si fuera el dueño del edificio y se plantó frente a mi escritorio para decirme que el titular era brillante, pero publicar lo de Torrevieja me hundiría en demandas.

Jonas apoyó los nudillos sobre la encimera y los mantuvo ahí un segundo, sin añadir presión, solo el contacto frío del granito

mientras calibraba el movimiento de Jim.
—Es un matón de traje, Nina. No le hagas caso.
—Me ofreció un trato para guardar el texto en borradores. —Ella se inclinó hacia adelante y los folios crujieron bajo sus codos—. Dijo que, si dejo a Celine cantar el domingo en paz, me entregará una exclusiva real sobre un homicidio de 1986. Intentó convencerme de que Celine ha sufrido un infierno y pintarla como estafadora sería una injusticia después de la tragedia familiar. La vendió como víctima del pasado.
Un sudor helado le bajó por la nuca al recordar la carta de Lars y el cadáver sepultado bajo los cimientos de la cabaña. Jim estaba siendo rápido; usaría la desgracia de Celine para lavarle la imagen ante la prensa y blindar los beneficios de la gira. Era la mecánica de siempre: intercambiar compasión por silencio, convertir el dolor ajeno en moneda de cambio antes de que alguien pudiera tasarlo.
—¿Sabes de qué habla esa exclusiva? —Nina lo escrutó, buscando un gesto delatador.
Si soltaba la verdad, ella tendría su portada de inmediato. La policía precintaría la cabaña antes del amanecer y el festival cancelaría el contrato por el ruido mediático. Cinco años de trabajo de Celine reducidos a un pie de página en la sección de sucesos.
—Cortinas de humo para ganar tiempo —respondió sosteniendo la mirada—. Lo único que le importa es el domingo en silencio.
Nina tamborileó sobre la madera con las yemas de los dedos, atrapada por su propio instinto.
—Sonaba demasiado seguro de sí mismo y me hierve la sangre por haberme dejado acorralar en mi propia oficina, pero necesito saber qué esconde.
Arrastró una silla, dejando que la madera chirriara contra el parqué, y se sentó frente a ella para invadir su espacio visual.
—Nina, Celine lleva años anulada. La única razón para seguir en pie es subir a ese escenario el domingo. Necesito que la dejes cantar, aislada de todo este ruido, hasta que termine.
—Hubo un fraude financiero y un muerto en España; no puedes esperar que lo guarde en un cajón.

—Soy consciente del riesgo penal. Ocultar lo de Erik es obstrucción y lo asumo, pero estoy dispuesto a liquidar mi carrera mañana mismo y romper con Jim si es necesario. —El ardor le subió por la garganta hasta volverle la voz ronca—. Mi límite es el domingo.

Nina echó la espalda hacia atrás, manteniendo los brazos cruzados mientras la tela de su camisa crujía en el silencio de la cocina.

—¿Y pretendes que se vaya de rositas?

—No tienes pruebas de que ella orquestara nada, solo firmas arrancadas por coacción y recibos de luz en Torrevieja. —Golpeó la mesa con el índice para enfatizar cada palabra—. ¿Vas a destruir su regreso basándote en una teoría diseñada para vender periódicos?

—Mi trabajo es publicar los hechos.

—Jim protege diez millones de coronas, pero ¿tú qué proteges? —La cortó de seco, inclinándose más hacia ella—. Te pregunto si vas a destrozar a una mujer ya rota solo por firmar la portada del lunes. Yo asumiré mis consecuencias legales, pero tú retrasa la imprenta. Déjala cantar.

Nina mantuvo la barbilla hundida, con los ojos clavados en el parpadeo del cursor del portátil. El pecho le subía y bajaba con rapidez mientras los papeles a su alrededor acumulaban el peso de una decisión que nadie más iba a tomar por ella.

Jonas se levantó despacio y el sonido de la silla contra el suelo marcó el final de la discusión. Caminó hacia el pasillo sin añadir nada más. El pitido del estadio le perforaba los oídos; la partida de Jim acababa de empezar.

46
CELINE

El aire del despacho olía a papel viejo. La luz de la tarde entraba sesgada por las persianas, rayas grises sobre la madera oscura del escritorio. Se sentó en la silla de Erik. El cuero aún conservaba la forma de su espalda.

Abrió el primer cajón. Facturas. Otro. Más facturas. El tercero se atascó. Metió dos dedos y tiró. Un fondo falso cedió con un chasquido suave. Dentro, una caja fuerte pequeña con la puerta entreabierta. Sacó la carpeta de cuero negro. PROYECTO SUR. Las letras doradas brillaban bajo la lámpara.

Desplegó los papeles. Tres contratos. Todo limpio. Todo pensado para dejarla fuera. Ni una sola mención a su nombre en ningún papel que moviera dinero. Erik había enterrado cada euro detrás de capas diseñadas para cerrarse solas en cuanto él muriera. Dobló los dedos sobre el borde de la mesa y los mantuvo ahí.

Pasó la página. Billetes de avión. Dos asientos en primera. Erik y Petter. Fecha del vuelo tres días después de la noche en que Kevin lo mató. Un recibo de hotel en Reikiavik. Una nota escrita a mano en el margen:

«Petter sabe lo que hace. Nosotros también.»

Dobló el papel por la mitad. Un pliegue limpio, preciso. Las manos siempre buscaban algo. Erik no la había dejado en la ruina por descuido. La había borrado del mapa porque ya tenía otro mapa. Y Kevin, el celoso de mierda, había olido la traición y había apretado el gatillo. Ahora ella heredaba los dos cadáveres y la factura.

Se quedó quieta. El reloj de pared marcaba los segundos. Un tictac más lento de lo normal. Pasó los dedos por el borde de la carpeta. El cuero estaba frío. Cada línea de esos contratos era un clavo en su ataúd. Y ella seguía respirando.

Jonas debía ver esto. Era el único capaz de leer esos papeles sin agenda propia. Cogió los contratos y los llevó al patio donde Jonas tomaba el sol.

Empujó los papeles hacia él. El papel resbaló sobre la madera pulida de la mesa. Jonas se acercó y sus rodillas se tocaron bajo la mesa. Celine no las separó. Él leyó en silencio. Pasaba las páginas con el pulgar, despacio. Una vena le latía en la sien. El silencio se instaló entre ellos. Fuera, la brisa movía las ramas con ráfagas irregulares.

Dejó los papeles. Apoyó el codo en la mesa y se inclinó un poco más cerca. Su hombro rozó el de ella. Los papeles seguían sobre la mesa, pero ya no importaban tanto.

—Todo esto —dijo él al fin, voz baja— estaba listo antes de que tú supieras que existía.

Celine no contestó. Claro que estaba listo. Erik siempre llegaba primero. Jonas giró la cabeza. Sus ojos se encontraron a menos de treinta centímetros.

—¿Y ahora qué? —dijo.

Apoyó la palma en la mesa, junto a la mano de él. La madera estaba tibia. El espacio entre sus dedos pesaba más que todo lo demás. El silencio volvió, más cómodo esta vez. Fuera, la brisa golpeaba los cristales con ráfagas irregulares.

El teléfono vibró sobre la mesa con un zumbido seco. Número desconocido. Descolgó.

La voz de Tobías llegó rota, entrecortada.

—Celine… Celine, por favor…

Un golpe seco. Un gemido que se convirtió en arcada. Otro golpe, más cerca del micrófono. Celine apretó el teléfono con las dos manos.

—Diles que no sé nada —suplicó Tobías—. Diles que el dinero… que Erik… que tú…

Un puño impactó de nuevo. El crujido llegó por el auricular. Celine tensó los hombros sin darse cuenta. Jonas se pegó más al teléfono. Sus respiraciones se mezclaban.

Tobías gritó, voz quebrada por el dolor.

—¡Tienen que preguntarle a Celine! ¡Ella tiene las sociedades y los seguros! ¡Todo está a su nombre!

Un segundo de silencio. Solo respiración agitada.
Luego el disparo. Un chasquido seco, seguido de nada. Celine esperó más ruido. No vino. La línea se quedó muda. Después, una voz nueva, tranquila, sin prisa.
—Vaya. Nueva dirección. Gracias.
La llamada se cortó.
Un frío le subió por el antebrazo y le llegó hasta los dedos.
Bajó el teléfono. Lo dejó sobre la mesa. El plástico aún conservaba el calor de su oreja. Jonas no se movió. Su mano se cerró sobre la de ella, fuerte, sin pedir permiso.
Acababan de darles una dirección. La suya.
Se soltó de Jonas con suavidad. Marcó el número de Jim Kowalski. Un tono. Dos. Jim contestó al tercero, voz neutra.
—Jim —dijo. La voz le salió plana, sin grietas—. Necesito que mandes guardias a mi casa.
Un segundo de silencio al otro lado.
—Ya van. No salgas.
Al fondo, una silla se arrastró.
—Diez minutos —dijo Jim—. No dejes que nadie más entre en esa casa hasta que yo te llame.
Colgó. Dejó el móvil boca abajo sobre los contratos. El papel seguía allí, abierto. PROYECTO SUR. Erik. Petter. Kevin. Tobías. Todos muertos o a punto de estarlo. Y ella, sentada en medio, con el teléfono caliente en la mano y la pierna de Jonas aún pegada a la suya.
El viento golpeó de nuevo los cristales. Más fuerte. La luz de la tarde se había vuelto más gris. Pasó un dedo por el borde del cuero. Frío. Seco.
Jonas se levantó primero. Le ofreció la mano. Ella la tomó. Los dos salieron sin apagar la lámpara. La puerta se cerró detrás con un clic suave. El pasillo estaba en penumbra. Sus pasos sonaban amortiguados sobre la moqueta.
Al final del corredor, la ventana daba al lago. El agua estaba negra y quieta. Celine se detuvo un segundo. El cristal le devolvió una cara. Pómulos más marcados. Ojos más quietos. Detrás de ella, Jonas esperaba, hombro contra el marco.

El teléfono vibró en su bolsillo. Un mensaje. Número desconocido.
«En camino. Diez minutos.»
Se giró hacia Jonas.
—Adentro —dijo—. Es más seguro.
Se desplomó en el sillón. Un sonido le salió de algún sitio debajo del esternón, largo, sin forma. No supo cuándo empezó.
Ni muerto dejaba de golpear. En el despacho, la lámpara seguía encendida.

47
HANSSON

La humedad le empapaba la camisa contra el respaldo de la silla. El ventilador de techo daba vueltas lentas, sin lograr mover el aire estancado de la oficina, denso de papel viejo y café quemado. Sobre el escritorio, el expediente de las últimas cuatro semanas formaba una torre de veintitrés centímetros. Lo había medido esa mañana sin saber por qué. Treinta y dos años clavados en la espalda, pero la espalda se mantuvo recta. Costumbre de años.

La puerta cedió. Maja Dhal irrumpió en el recinto. Las gotas de lluvia le resbalaban por la ropa empapada y formaban charcos oscuros sobre el linóleo gris bajo la luz fluorescente. Traía el pelo pegado a la frente y una carpeta de plástico apretada contra el pecho. La mandíbula se le tensaba y los ojos le brillaban con una humedad que no llegaba a caer. Pero no estaba ahí para llorar. La postura lo decía.

Ella depositó el dispositivo directamente sobre la mesa. Los expedientes apilados se desplazaron con el impacto.

—Mira esto, inspector —dijo, voz baja y firme—. El artículo de Blomkvist ha removido todo, pero esto es lo que de verdad cuenta.

La pantalla giró. La línea resaltada saltó a la vista.

3. Transferir todo a BLUEBIRD (Andorra).

La habitación se le cayó encima cuando las fechas encajaron en su cabeza. La puñalada el día catorce, el cadáver arrastrado por la escalera, Celine limpiando la sangre antes de marcar emergencias. La cuenta de Erik a cero y los fondos de jubilación evaporados tres días antes de que Kevin hundiera el cuchillo. Todo encajaba. Lo había tenido delante durante semanas: el nombre de Petter aparecía dos veces en el registro de llamadas del teléfono de Erik, los vuelos que nadie había pedido que verificara, el recibo del hotel de

Torrevieja metido entre las facturas del hogar. Todo había estado ahí. Él había firmado el archivo.
Maja permaneció de pie, todavía goteando. Su mirada le pesaba en el perfil derecho.
—Me han vaciado —continuó ella—. La cuenta de papá, los fondos de inversión, todo salió antes de que Kevin actuara.
El peso del cuerpo se le reclinó hacia atrás. La estructura del asiento cedió con un crujido seco.
Treinta y dos años. Doscientos noventa y cuatro homicidios. Esa mujer se había sentado frente a él en la sala de interrogatorios del distrito, con la blusa manchada de sangre del marido aún húmeda en los puños, y había identificado al chico sin que le temblara la voz. Kevin Lindgren. Nombre completo, edad, dirección postal. Sin vacilar. Sin buscar la mirada del abogado. Esa precisión debía haberle encendido todas las alarmas, pero lo catalogó como shock. Una viuda que todavía no había detonado. La parte que registra los hechos funcionando; la que los siente, cerrada con llave.
Empujó la silla hacia atrás unos centímetros. La parte que siente sí había detonado. Tres días antes del cuchillo. En una sucursal bancaria.
El artículo ya saturaba los informativos con gráficos y fechas, los foros ardían, la viuda pálida en todas las portadas. Y ahora esa nota. La sociedad andorrana reactivada el mismo día que Celine ingresaba en la clínica. Capital fresco. Tasas abonadas. Alguien había movido las piezas clave mientras el piloto se desangraba sobre la madera del salón. El asesinato no era el crimen. El asesinato era el ruido que tapaba la trampa real. Y él, inspector jefe del distrito de Estocolmo había estampado el sello de caso cerrado sobre la tapadera perfecta.
Tragó.
Pesó el auricular un segundo antes de marcar el número de Celine. El número del fiscal estaba en el tercer cajón. No lo abrió. El tono sonó. Una vez. Dos. Maja cruzó los brazos y esperó, el agua chorreándole todavía del borde de la chaqueta.
—Inspector Hansson —respondió ella, voz sin prisa, sin grietas.
El bolígrafo empezó a girar entre sus dedos. Hansson se inclinó apenas hacia delante.

—Celine, el fiscal presiona por el artículo. Necesito aclarar los movimientos de Bluebird. La sociedad se reactivó justo cuando usted ingresó en la clínica y el capital se inyectó de inmediato. El timing es demasiado exacto. Explíqueme eso paso a paso, porque el fiscal ya está dibujando flechas en su pizarra.

Celine dejó escapar una exhalación corta, casi un suspiro de maestra corrigiendo a un alumno lento.

—Inspector, yo solo intentaba recuperar el patrimonio que Erik desviaba sistemáticamente desde hace años. La casa de Torrevieja no la preparaba yo sola. Era para él y su comandante, ese tercer hombre de la flota que todos en SAS conocen, pero nadie menciona en voz alta. Jonas cree que me está salvando, metiéndome en esa clínica privada, pero no sabe nada del agujero negro que mi marido cavó con sus propias manos. Transferí lo que quedaba para que no desapareciera todo antes de que Kevin… actuara.

El bolígrafo se le detuvo entre los dedos. El tercer hombre. La casa en Torrevieja. El triángulo completo: el piloto, el comandante, la esposa. Celine acababa de colocar el móvil del crimen sobre la mesa sin levantar la voz. Hansson abrió el cuaderno. Lo cerró. No había nada que anotar que ya no supiera.

Las opciones se le desplegaron de golpe en la cabeza. Enviar dos patrullas al estadio. Detenerla antes del concierto. La orden podía estar lista en cuarenta minutos si el fiscal contestaba el teléfono. Pero el fiscal no contestaría. No un viernes a las siete de la tarde. No sin pruebas documentales que aún estaban en Andorra, custodiadas por una legislación bancaria diseñada para que inspectores como él se rompieran los dientes contra formularios de cooperación internacional. Y aunque contestara, irrumpir en el concierto más mediático del año con una detención prematura solo conseguiría una cosa: hundirse él y convertirla a ella en mártir.

El calor de la oficina era un bloque sólido. El ventilador arrastró otra vuelta y se calló. La viuda lo tenía acorralado y los dos lo sabían.

—Esto no es sobre Jonas ni sobre la casa de Torrevieja. Es sobre la cuenta de Erik vaciada tres días antes del cuchillo. Fondos a Andorra. Usted en psiquiátrico el mismo día. El fiscal ve premeditación, no supervivencia.

—Premeditación —repitió ella, y la palabra le salió redonda, casi divertida—. O supervivencia pura, inspector. Erik planeaba borrarnos a todos de la foto de jubilación mediterránea. Kevin no mató por un perfume olvidado en el duty free. Mató porque lo iban a dejar sin nada, sin pensión, sin casa, sin futuro. Y la tripulación de SAS lo sabía. Todos lo sabían. Yo solo moví lo que era mío antes de que el barco se hundiera del todo.

El ventilador dio otro giro inútil. El aire seguía estancado. Apretó los labios. Fuera, las gotas golpeaban el cristal en ráfagas cortas, sin pausa.

—Si me obliga a presentarme ahora para un interrogatorio formal —continuó Celine, voz bajando un tono, más íntima, más peligrosa—, declararé bajo juramento que solo protegía a mi familia de un depredador financiero con uniforme de piloto. Usted quedará como el inspector que jamás investigó el entorno real de la víctima. El que dejó que un hombre con tres amantes y cuentas en el extranjero se desangrara en su propia casa sin mover un dedo. ¿Quiere eso en los titulares del lunes?

La mano libre le pasó por la frente. La humedad le dejó un rastro frío en la palma.

—No tengo pruebas sólidas del amante —concedió él, la frase le raspó la garganta—. Pero el fiscal sí las buscará. Y si las encuentra, su historia de la viuda protectora se desmorona.

Celine soltó una risa baja, controlada, que le llegó nítida a través del auricular.

—Búsquelas entonces, inspector. O espere al lunes. No reviente el concierto por una teoría que terminará sepultándolo a usted también. Porque si maneja mal esto, si decide tirar de la cuerda ahora, tendrá a las feministas y a los grupos de homosexuales gritando en las puertas de su oficina desde el martes. Carteles, megáfonos, cámaras. La viuda maltratada, la mujer que solo quiso salvar lo poco que quedaba después de años de infidelidades y vaciamiento financiero. Y yo… yo los tendré en el estadio con banderolas. Miles de banderolas blancas y arcoíris ondeando en las gradas mientras el concierto se llena. La opinión pública es un animal hambriento, inspector. Yo sé cómo alimentarlo. Usted no.

El pulso le latió en las sienes. Maja dio un paso adelante. El charco bajo sus zapatos crujió levemente.
—Usted está amenazando a un oficial de policía —dijo él, voz baja, pero firme.
—No —corrigió Celine, suave—. Le estoy mostrando el mapa completo. Usted elige el camino. Puede investigar con calma, dejar que el fiscal vea que la viuda cooperó, que todo fue una tragedia familiar. O puede arrastrarme ahora y ver cómo el estadio entero corea mi nombre mientras su comisaría queda rodeada. La elección es suya. Pero el reloj corre. El concierto es el domingo. La prensa ya tiene mi número.
El bolígrafo rodó hasta el borde del escritorio. Un sudor frío le bajó por la columna.
—No cuelgue —pidió él, pero ya era tarde.
La comunicación cesó. El zumbido de la línea muerta le llenó el oído. El auricular regresó a la superficie del escritorio con lentitud mecánica. Maja no se movió. Tenía la carpeta de plástico apretada contra el pecho, igual que cuando había entrado. Una gota le cayó del codo al suelo.
Treinta y dos años. Doscientos noventa y cuatro homicidios. Y una viuda que acababa de desmontarle la carrera en seis minutos. La placa le pesaba en el bolsillo interior de la americana. Treinta años abriéndole puertas. Ahora lo clavaba a la silla.
Solo había una decisión posible: no hacer nada. Quedarse quieto. Dejar que Celine subiera al escenario el domingo frente a miles de personas mientras él archivaba expedientes en una oficina sin ventilación. El fiscal no movería ficha sin documentación andorrana. La documentación andorrana tardaría semanas. Y en esas semanas, la opinión pública ya habría elegido bando. Lo había visto antes con otros casos. La mecánica era siempre la misma: el primero en controlar el relato ganaba. Celine llevaba semanas construyendo el suyo.
Un temblor le recorrió el antebrazo derecho. Lo aplastó contra el reposabrazos.
Miró el reloj. Las siete y veinte. El fiscal llevaba horas sin contestar. No lo llamaría esta noche.

Maja lo observaba sin parpadear. Fuera, la lluvia arreciaba contra la ventana. El ventilador completó otro giro y se detuvo. El aire de la oficina se solidificó. Y en algún lugar de la ciudad, bajo los focos de un estadio vacío, alguien preparaba miles de banderolas blancas.

48
JONAS

La puerta del dormitorio estaba cerrada con llave. Celine se sentó en el suelo con la espalda contra la madera. Las rodillas juntas. Las manos sobre las rodillas. Los dedos apretados.
La casa estaba en silencio. El silencio de después. Jonas había salido al jardín y la puerta de abajo se había cerrado y el ruido de los pasos sobre la grava se había apagado y después nada.
La oscuridad del dormitorio le achicaba las paredes. El techo parecía más bajo. La cama, más cerca.
Esa mañana Jonas estaba descalzo en la cocina. Los pies sobre las baldosas frías y el pelo revuelto y la torpeza de sus manos buscando el filtro del café en el cajón equivocado. Abrió uno. Lo cerró. Abrió otro. La cafetera italiana estaba en la encimera y él buscó el filtro de papel que no hacía falta. Ella no lo corrigió. Lo miró hacer. El agua hirvió y él la vertió despacio y el olor a café llenó la cocina entera. Le pasó la taza con las dos manos. El calor de la cerámica le llegó a las palmas. Después él le apartó el pelo de la cara con el dorso de la mano. Un gesto corto. El dorso, no los dedos. Y la piel de la sien le quedó tibia donde él la había rozado.
Se llevó la mano a esa sien ahora. Fría. La pared del dormitorio le presionaba la columna a través de la camiseta.
Se levantó. Rápido. Las rodillas le crujieron al enderezarse. La oscuridad seguía apretando y había que romperla. Había que hacer algo con las manos.
El placar estaba a tres pasos. Lo abrió y buscó a tientas en el estante de arriba. Los dedos tocaron cartón, tela, la esquina de una caja. La caja de cerillas. La sacó. Detrás estaban las velitas amarillas, cortas, del grosor de un pulgar. Cogió tres.

Los faroles estaban en la repisa junto a la ventana, donde llevaban todo el invierno sin encenderse. Tres faroles de aristas negras y vidrio transparente. Cuadriculados. Solo reflejaban la luz de la ventana, la poca luz que entraba de fuera.

Cogió el primero y se arrodilló frente al espejo. La superficie le devolvió su perfil. La línea del cuello. Los hombros. Las manos sosteniendo el farol contra el pecho. Parecía una súplica.

Sacó una cerilla de la caja. La cabeza de fósforo raspó la lija y se rompió. El trozo cayó al suelo. Sacó otra. Esta vez la llama brotó con un chasquido seco y el olor a azufre le llenó la nariz. Acercó la llama a la mecha de la velita amarilla. La cera empezó a ablandarse alrededor del algodón y la mecha se encendió despacio, primero azul, después naranja. Cerró la puertecita del farol. El vidrio cuadriculado atrapó la luz y la multiplicó en rectángulos pequeños que temblaban en la pared. Lo puso en el marco de la ventana.

Se arrodilló otra vez. El segundo farol. Otra cerilla. Esta vez la llama prendió al primer intento y una gota de cera caliente le cayó en el pulgar y se endureció al instante. Cerró la puertecita. Lo puso junto al primero.

Y se arrodilló por tercera vez y sacó la última cerilla y la raspó contra la lija y la llama subió alta y amarilla y le iluminó los dedos y acercó el fuego a la mecha y la cera empezó a derretirse y cerró la puertecita del tercer farol y lo puso junto a los otros dos en el marco de la ventana y se quedó de rodillas.

Los tres faroles encendidos le bañaron el rostro. La luz era cobriza. Cálida. Le bronceó la piel de los brazos y le cubrió la cama de un tinte denso, de metal viejo. Las sábanas blancas se volvieron naranjas. Las sombras de los barrotes del farol se proyectaban en la almohada, en la colcha, en el suelo, rectángulos oscuros que se movían cada vez que la llama temblaba.

Pero detrás de los faroles estaba la ventana. Y detrás de la ventana estaba la luna.

Llena. Blanca. Enorme. Ocupaba el cristal entero. La luz de la luna entraba por encima de los faroles y caía sobre el suelo del dormitorio en una franja plateada que cortaba la alfombra en dos. De un lado el cobre. Del otro la plata. La piel de los brazos de Celine quedaba

partida en la frontera de las dos luces: la mano izquierda cálida, la derecha fría.
La cera goteaba dentro de los faroles. Despacio. Cada gota se acumulaba en la base del vidrio y se solidificaba en una costra amarilla. El olor a parafina se mezclaba con el olor a madera del marco de la ventana y con el aire frío que se colaba por la junta del cristal.
Arriba, en el abedul del jardín, los cuervos que habían pasado todo el invierno construyéndose un nido lanzaron un graznido. Largo. Ronco. Celine levantó la cabeza. Los cuervos no volaron. Habían construido el nido para tener sus crías. Para quedarse.
Pronto pasaría el chico mudo recogiendo las colillas de cigarrillo. A las diez de la noche, siempre. Empezaría por los vecinos de detrás del patio, donde las colillas se acumulaban junto a los bancos de madera y en las grietas de los adoquines. Las colillas preferidas. Las que no olían solo a tabaco, sino a la hierba dulce que el chico mudo había aprendido a diferenciar por el tacto y por el olor. Las separaba de las otras sin dudar, con los dedos rápidos, y se las guardaba en el bolsillo del pantalón.
Y la luna llena quizá le mostraría más cosas esta noche. Al chico mudo y al chihuahua ruidoso del viejo de la gorra vasca, que ladraba cada vez que una sombra cruzaba el patio. Los ojos de la noche. Todos afuera. Todos mirando.
Una noche que sería mejor no ver.
La cera seguía goteando dentro de los faroles. El charco amarillo crecía en la base del primero. La llama del segundo temblaba cada vez que el aire de la ventana la tocaba. El tercero ardía recto, firme, la mecha consumida hasta la mitad y duraría hasta que Jonas la soplara.
Celine seguía de rodillas frente a la ventana. La luna le llenaba los ojos. La luz cobriza de los faroles le caía en la espalda. Dos luces. Dos temperaturas. El cristal le devolvía un reflejo débil de su propia cara partida entre el naranja y el blanco.
Abajo, en el jardín, nada. El césped oscuro. Los arbustos. La grava del camino. Nada se movía.

El primer chasquido le llegó seco. Corto. La llama del segundo farol se sacudió. Los cuervos graznaron arriba pero no volaron. Habían construido el nido para quedarse.
El segundo chasquido. Más cerca. Los graznidos se hicieron más intensos, rápidos, encimados unos sobre otros. Los cuervos transmitían lo que abajo en el césped pasaba.
Celine no se movió. Las manos abiertas sobre los muslos. La cera goteando. La luna llena ocupando el cristal entero.
El tercer chasquido rompió algo. No el cristal. Algo detrás del cristal.
La llama del primer farol se apagó sola. Un hilo de humo subió recto desde la mecha y se deshizo contra el vidrio. El olor a parafina quemada le llenó la nariz.
Los cuervos se callaron.
La luna seguía ahí. Blanca. Fría. Ocupando todo.
El silencio que vino después fue peor.

49
JONAS

El teléfono descendió al fondo del bolsillo trasero y el hombro empujó la puerta de atrás.
—Hay gente afuera —la voz de Celine sonó a sus espaldas, tensa desde la escalera—. Del otro lado del muro. Tres, con algo en las manos.
El jardín llegó con olor a tierra mojada y jazmines. Treinta metros hasta el muro perimetral, quizá menos. El aire de la noche rozaba sin viento, quieto, con esa temperatura exacta en la que los sonidos viajan más lejos de lo normal.
Se detuvo. Los dedos soltaron el marco de la puerta.
Los tres saltaron por encima del muro. La luz de la calle dibujó el acero en sus manos un segundo antes de que un impacto contra la base del cráneo borrara todo en un destello blanco. El suelo recibió la cara de golpe. La grava desgarró las arterias nasales y la boca se llenó de sangre caliente, con gusto a moneda vieja.
Dos pares de brazos lo izaron a medias. Una rodilla bloqueó el diafragma. El tercer asaltante le pegó la cara al suelo—tabaco rancio en el aliento, sudor agrio en la ropa, y después un escupitajo tibio en la mejilla.
—No te vas a quedar con nuestra parte, hijo de puta —dijo el tipo. El cañón quemó la mejilla y empujó la cabeza contra la grava—. Kebin sabe que Erik dejó la plata. Esa plata es de Kebin, cabrón. Dinos dónde carajo la metió o te vamos a reventar la cara hasta que cantes como puta en la esquina.
El nombre de Erik, escupido así a bocajarro junto al de Kebin, abrió de golpe aquella conversación en el hospital. Celine frente a él, con la voz rota por las pastillas, contándole cómo Erik la había dejado expuesta a la ruina. Cómo todo lo que hizo fue defenderse de

alguien que construía fortalezas de mentiras para borrarla. En aquel momento, parte de él había dudado. Parte de él había pensado que ella exageraba, que la medicación distorsionaba el relato. La grava contra la mandíbula y el cañón contra la mejilla respondían a esa duda.

El tipo apretó más. La grava se clavó en la mandíbula. Los dientes mordieron tierra y sangre. El aliento a tabaco entró hasta el fondo de los pulmones con cada respiración forzada.

El del medio soltó una risa entrecortada, casi de bar.

—Erik nos prometió la mitad, pendejo. Kebin nos mandó a cobrar. Si no hablas, vamos a empezar por tu novia, esa puta que canta en el estadio. La vamos a hacer gritar su nombre hasta que nos diga dónde guardó la plata.

La pistola de Jim apareció desde la sombra de la terraza. Tres disparos, separados por menos de un segundo. El primero al del medio, en el cuello. El segundo al más alto, en el pecho. El bajo intentó girarse, pero Jim ya estaba encima. El tercero entró por la sien. Los cuerpos cayeron de lado sobre la grava con golpes sordos. El jardín se quedó callado de golpe. Solo el eco metálico en los tímpanos y el olor a pólvora mezclándose con los jazmines.

No hubo oscuridad. Dos pares de manos agarraron las axilas y los tobillos, el suelo se alejó bajo los talones y el aire de la noche rozó la cara mientras lo llevaban dentro. El pasillo olía a madera encerada y a café viejo. El sofá de cuero crujió bajo el peso del cuerpo y el frío del material traspasó la camisa empapada.

Jim se arrodilló tan cerca que el aliento le calentó la mejilla. La oreja del otro quedó a centímetros—un nudo de carne curtida, el lóbulo pegado al cráneo. Ojalá mi nariz no quede igual. El pensamiento cruzó sin permiso, absurdo, el tipo de cosa que fabrica la mente cuando el cuerpo todavía no sabe cuánto daño ha recibido.

Una gasa tocó la nariz. El anticoagulante chorreó por el labio superior, con sabor a hospital. Jim apretó la cinta adhesiva con el pulgar en dos movimientos rápidos y la piel tiró al secarse.

—Tranquilo —dijo Jim, casi al oído—. No te han quebrado nada.

El aliento seguía contra la mejilla mientras Jim presionaba la última tira de cinta. La misma mano que acababa de matar a tres personas

le limpiaba la sangre, movimiento a movimiento, sin prisa. La contradicción debería haber provocado náuseas. Una contracción lenta le llegó a la boca del estómago—y era alivio. Profundo, vergonzoso, sin categoría jurídica posible. Veinticinco años de Derecho y no había ninguna casilla donde eso encajara.

—Estos eran previsibles —dijo Jim—. Uno de ellos merodeaba ayer por aquí. Sabíamos que vendrían.

Le pasó el pulgar por debajo de la nariz, limpiando un resto de sangre. La presión fue firme, sin prisa. Hubo algo en ese gesto que recordó a Jorge limpiándole la cara después de una pelea en el colegio. La asociación fue tan inesperada que apretó los dientes para bloquearla.

—Tengo buena gente en seguridad. Te han salvado la vida… y la de Celine.

El sabor metálico bajó por la garganta y dejó la boca pastosa. Lo correcto habría sido exigir explicaciones. Preguntar quiénes eran esos hombres, cómo habían encontrado la casa, por qué Jim tenía un arma cargada a las once de la noche. Lo correcto habría sido negarse a aceptar la protección de alguien que acababa de ejecutar a tres personas en el jardín donde Celine cultivaba lavanda. Pero lo correcto no sobrevivía a la imagen del cañón contra la mejilla ni a la promesa del sicario de ir a buscarla a ella. Asintió una vez.

Jim bajó la corredera del arma con un clic metálico. Guardó la pistola sin mirar hacia el jardín.

El cuero del sofá crujió al intentar incorporarse. Un latigazo le atravesó las costillas y cortó la respiración a mitad de camino. Volvió a caer contra el cojín húmedo de sudor y sangre.

Tenía que subir. Celine estaba arriba, con la luz del dormitorio encendida. El tiroteo había sido a quemarropa, a treinta metros de su ventana. El estruendo todavía le taladraba los tímpanos y un zumbido le llenaba la cabeza.

Apoyó las manos en el cuero y empujó otra vez. El suelo de madera se inclinó bajo los pies. Dio dos pasos hacia la escalera mientras el dolor en la nariz le subía hasta los ojos. La cinta tiraba con cada movimiento. Cada respiración entraba como una cuchilla entre las costillas.

No llegó ni al tercer escalón. Se agarró a la barandilla con las dos manos y el metal del pasamanos mordió las palmas. Cayó sentado en el primer peldaño, con la espalda contra la pared.
No podía protegerla. Ni siquiera podía llegar hasta ella. Un abogado que no podía subir una escalera, que había asentido ante el hombre que acababa de matar por él, que iba a quedarse callado porque hablar significaba exponerla. La ley decía que lo que Jim había hecho era homicidio. Tres homicidios. Y él, sentado en el primer peldaño con la boca llena de sangre, ya era cómplice por omisión. La complicidad por omisión no exigía intención—eso lo había explicado él mismo en un seminario de Derecho Penal hacía quince años. Solo exigía conocimiento y silencio.
Las palabras del sicario volvieron con la nitidez de una grabación. «Kebin sabe que Erik dejó la plata… Esa plata es de Kebin.» Y después—«vamos a empezar por tu novia, esa puta que canta en el estadio.» La amenaza tenía nombre y dirección. Sabían quién era Celine. Sabían dónde encontrarla. Si Kebin había mandado a tres, podía mandar a diez.
El dinero que Erik había escondido en Torrevieja. Blue Horizon. Todo encajaba con la precisión fría de un mecanismo diseñado para aplastar. Ese dinero era la razón por la que Celine seguía viva y la razón por la que querían matarla. Mientras existiera la posibilidad de que ella supiera dónde estaba, Kebin no iba a parar.
Si hablaba, si intentaba huir, la encontrarían igual. Ella era el cabo suelto. La única que podía llevarlos hasta el dinero, y eso la convertía en el objetivo permanente de gente que resolvía los problemas de la manera que Jim acababa de demostrar en el jardín.
Un ruido llegó desde el jardín. Grava arrastrada, después un golpe blando. Giró la cabeza hacia la puerta abierta y la luz de la luna recortó la silueta de Jim. El hombre se movía con calma, agarraba otro cuerpo por las axilas y lo arrastraba hacia un lado. La cabeza del muerto rebotó contra la grava.
Jim no jadeaba ni maldecía. Se agachó, revisó los bolsillos con movimientos precisos, sacó un teléfono, lo apagó y se lo guardó. Después sacó un rollo de plástico de algún lado y lo extendió en el suelo con dos tirones secos.

Los dedos se aferraron al borde del sofá. Ese era el rostro de Anchor Global. Las reuniones en despachos y los contratos con cláusulas de confidencialidad habían sido la fachada. Esto era el interior: tres cuerpos en la grava del jardín y un hombre que los envolvía en plástico con la misma atención que dedicaría a embalar material de oficina. Y él, mirando desde la escalera, sin hacer nada, agradecido en algún rincón de la cabeza de que esos tres estuvieran muertos y no vivos.

Ya estaba dentro. Ya era parte de la limpieza.

El último cuerpo desapareció bajo el plástico. Jim se incorporó, se limpió las manos en los pantalones y miró hacia la casa. Los ojos se encontraron a través de la puerta durante un segundo. Sin triunfo en esa mirada. Sin advertencia. El reconocimiento neutro de alguien que sabe: el otro ya ha entendido.

Apartó la vista. Volvió a hundirse contra la pared de la escalera y el frío de la madera le traspasó la camisa. No iba a llamar a nadie. La policía significaba declaraciones, investigaciones, la identidad de Celine en un expediente que cualquier abogado de Kebin podría consultar en cuarenta y ocho horas. Y significaba que Jim dejaría de protegerla, porque Jim protegía a quienes jugaban según sus reglas, y denunciar no formaba parte del reglamento.

Se arrastró de vuelta al sofá. El cuero conservaba el calor del cuerpo. Hundió la cara en el cojín y la mandíbula latió contra el material húmedo con cada pulso. Cerró los ojos. Las imágenes seguían ahí, proyectadas en el interior de los párpados—el plástico, las manos de Jim, la sangre absorbida por la grava.

Los pasos de Celine bajaron por la escalera. Lentos, descalzos, dudosos. Un escalofrío le bajó desde la nuca hasta la base de la columna y se le quedó ahí, helado, mientras el crujido de cada peldaño marcaba la distancia que iba cerrándose entre ella y todo lo que acababa de pasar en el jardín..

El dinero que Erik había escondido en Torrevieja. Blue Horizon. Todo encajaba con la precisión fría de un mecanismo diseñado para aplastar. Ese dinero era la razón por la que Celine seguía viva y la razón por la que querían matarla. Mientras existiera la posibilidad de que ella supiera dónde estaba, Kebin no iba a parar.

Si hablaba, si intentaba huir, la encontrarían igual. Ella era el cabo suelto. La única que podía llevarlos hasta el dinero, y eso la convertía en el objetivo permanente de gente que resolvía los problemas de la manera que Jim acababa de demostrar en el jardín.
Un ruido llegó desde el jardín. Grava arrastrada, después un golpe blando. Giró la cabeza hacia la puerta abierta y la luz de la luna recortó la silueta de Jim. El hombre se movía con calma, agarraba otro cuerpo por las axilas y lo arrastraba hacia un lado. La cabeza del muerto rebotó contra la grava.
Jim no jadeaba ni maldecía. Se agachó, revisó los bolsillos con movimientos precisos, sacó un teléfono, lo apagó y se lo guardó. Después sacó un rollo de plástico de algún lado y lo extendió en el suelo con dos tirones secos.
Los dedos se aferraron al borde del sofá. Ese era el rostro de Anchor Global. Las reuniones en despachos y los contratos con cláusulas de confidencialidad habían sido la fachada. Esto era el interior: tres cuerpos en la grava del jardín y un hombre que los envolvía en plástico con la misma atención que dedicaría a embalar material de oficina. Y él, mirando desde la escalera, sin hacer nada, agradecido en algún rincón de la cabeza de que esos tres estuvieran muertos y no vivos.
Ya estaba dentro. Ya era parte de la limpieza.
El último cuerpo desapareció bajo el plástico. Jim se incorporó, se limpió las manos en los pantalones y miró hacia la casa. Los ojos se encontraron a través de la puerta durante un segundo. Sin triunfo en esa mirada. Sin advertencia. El reconocimiento neutro de alguien que sabe: el otro ya ha entendido.
Apartó la vista. Volvió a hundirse contra la pared de la escalera y el frío de la madera le traspasó la camisa. No iba a llamar a nadie. La policía significaba declaraciones, investigaciones, la identidad de Celine en un expediente que cualquier abogado de Kebin podría consultar en cuarenta y ocho horas. Y significaba que Jim dejaría de protegerla, porque Jim protegía a quienes jugaban según sus reglas, y denunciar no formaba parte del reglamento.
Se arrastró de vuelta al sofá. El cuero conservaba el calor del cuerpo. Hundió la cara en el cojín y la mandíbula latió contra el

material húmedo con cada pulso. Cerró los ojos. Las imágenes seguían ahí, proyectadas en el interior de los párpados—el plástico, las manos de Jim, la sangre absorbida por la grava.

Los pasos de Celine bajaron por la escalera. Lentos, descalzos, dudosos. Un escalofrío le bajó desde la nuca hasta la base de la columna y se le quedó ahí, helado, mientras el crujido de cada peldaño marcaba la distancia que iba cerrándose entre ella y todo lo que acababa de pasar en el jardín.

50
CELINE

Desde la ventana del dormitorio, el muro del fondo quedaba a unos treinta metros, recortado contra la luz de la calle. Había subido a cerrar la cortina mientras Jonas terminaba de hablar por teléfono en el salón. Un segundo. La mano en la tela, el jardín abajo, la oscuridad densa y el césped apagado bajo una luna que apenas cortaba las sombras.

Algo se movió del otro lado del muro. Una figura. Después otra. Una tercera, pegada a la primera. Las tres juntas, del mismo lado, inmóviles con la rigidez de quien ha recibido una orden y espera la siguiente.

El corazón le dio un tirón seco.

Jonas estaba abajo. Solo. Sin saber que había tres personas al otro lado del muro con la postura de quien aguarda una señal. Todo lo que había construido con él en las últimas semanas —las conversaciones en la cocina hasta las dos de la madrugada, la forma en que le ponía la mano en la nuca cuando ella no podía dormir, la certeza de que por primera vez alguien la creía sin pedirle pruebas— estaba abajo, de espaldas, con el teléfono en la mano, a treinta metros de tres sombras armadas.

Bajó al salón. Jonas estaba de espaldas, con el teléfono en la mano y la nuca expuesta bajo la luz de la lámpara. Esa nuca donde el pelo se volvía más fino y la piel olía a jabón y a algo que era solo él.

—Hay gente afuera —dijo—. Del otro lado del muro. Tres, con algo en las manos.

Jonas dejó el teléfono en la mesa. No preguntó qué había visto ni pidió detalles. Fue directo a la puerta de atrás y puso la mano en el picaporte.

—Quédate arriba. Cierra con llave. No salgas.

La puerta se abrió y la oscuridad del jardín se lo tragó. Las palabras se le quedaron en la garganta —no vayas, llama a Jim, no salgas tú tampoco—, pero Jonas ya estaba fuera y la puerta se había cerrado con el chasquido blando de la madera contra el marco.

Subió las escaleras de dos en dos. El cerrojo giró con un clic y el dormitorio se convirtió en una cárcel con cortinas. Se acercó a la ventana y separó la tela lo justo para mirar sin ser vista.

Jonas avanzaba por el césped hacia el muro. El jardín se había estirado en la oscuridad, los metros multiplicados, y la silueta de Jonas se iba achicando contra la línea del muro mientras los tres del otro lado ya se movían. La distancia entre la ventana y el fondo del jardín era la distancia entre poder hacer algo y quedarse ahí, con los dedos apretados contra el cristal.

Buscó el teléfono en la mesita de noche. La pantalla resbalaba entre las palmas húmedas, se le escapó una vez, la atrapó contra la sábana. Si no marcaba ahora, Jonas iba a estar solo contra tres personas con algo metálico en las manos.

Marcó a Jim. Un tono, dos, y después la voz al otro lado, sin saludo.

—Celine.

—Jonas salió al jardín. Hay tres afuera con algo en las manos. Jim, haz algo.

Un segundo de silencio. Después la voz de Jim, pelada de todo matíz, reducida a instrucciones.

—Quédate donde estás. No te muevas.

La línea se cortó.

Volvió a la ventana. Los tres habían saltado el muro y estaban dentro del jardín, moviéndose hacia Jonas. La luz de la calle les cruzó las manos un instante. Un destello metálico, corto. Armas.

La silueta de Jim apareció desde la sombra de la terraza, rápida, y un guardia salió detrás. Los dos se movieron hacia el fondo del jardín y desaparecieron por el ángulo donde la pared de la cocina bloqueaba la vista. Un rectángulo de oscuridad que se tragó todo.

Tres estampidos secos, amortiguados por el cristal, separados por menos de un segundo. El sonido llegó comprimido por la distancia y la noche, pero era inconfundible. Disparos.

Apretó el teléfono contra el pecho. La pantalla brillaba con la llamada a Jim ya cortada y los números del reloj cambiaron de minuto. El dormitorio se encogió. Las paredes más cerca, el techo más bajo, el aire ocupaba menos espacio y cada respiración costaba más que la anterior. No había forma de saber quién había disparado. Si Jonas seguía de pie o estaba tirado en la grava. La imaginación llenaba el vacío con todas las versiones posibles a la vez y cada una era peor que la anterior.

Pasos abajo, rápidos. Después alguien subió las escaleras. El picaporte del dormitorio giró y golpeó contra el cerrojo.

—No salgas —la voz de Jim, al otro lado de la puerta—. Ya estoy aquí.

Los pasos se alejaron escaleras abajo. Un rumor de voces llegó desde la planta baja, ahogado por el suelo y las paredes. Dos voces, tal vez tres. Ninguna era la de Jonas.

Golpeó la puerta con los puños. La madera vibró contra el marco y el cerrojo aguantó. Golpeó más fuerte, con las palmas abiertas, después con los puños. Pateó la base y la suela resbaló contra la madera. El dolor subió por la rodilla y pateó de nuevo, más fuerte. El marco crujió. El cerrojo no cedió.

—¡Jonas!

Nadie contestó. Siguió golpeando hasta que los nudillos ardieron y los brazos pesaron demasiado para levantarlos. Se deslizó con la espalda contra la puerta hasta quedar sentada en el suelo, con las rodillas contra el pecho y el teléfono apretado entre las manos.

Ella lo había mandado al jardín. Había bajado al salón a decirle que había tres personas afuera y él había hecho lo que hacía siempre: ponerse delante. Protegerla. Salir a la oscuridad sin armas, sin chaleco, sin nada más que esa decisión suya de interponerse entre ella y lo que fuera que estuviera esperando al otro lado del muro. Si le había pasado algo, si esos tres habían llegado antes que Jim, la culpa era de ella. La culpa siempre era de ella. Erik le había enseñado eso. Y a pesar de todas las conversaciones con Jonas, a pesar de todo lo que él le había dicho sobre que el mundo de Erik era mentira, la culpa seguía ahí, clavada en el centro del pecho, un peso que ningún argumento movía.

La última mañana. Jonas en la cocina, descalzo, preparándole café con la torpeza de alguien que no sabe dónde está el azúcar en una casa ajena. Le había puesto la taza delante sin decir nada y después le había apartado el pelo de la cara con el dorso de la mano. Un gesto sin cálculo, sin ensayo, sin la mecánica de quien quiere producir un efecto. Jonas no ensayaba sus gestos. Eso lo hacía distinto de todos los demás. Si lo habían matado en el jardín, ese gesto de la mañana iba a ser la última cosa buena que quedara de él.

El tiempo pasó sin medida. Los números del teléfono en la alfombra ya no brillaban. La casa estaba en un silencio posterior, el silencio que queda después de que algo irreversible ha ocurrido y el mundo todavía no ha decidido qué forma va a tener.

Pasos en la escalera. Lentos, esta vez. La llave giró en el cerrojo desde afuera y la puerta se abrió. Jim estaba de pie en el pasillo, con las mangas enrolladas hasta los codos y las manos recién lavadas. Demasiado limpias. Demasiado secas. El olor en el pasillo era metálico, denso, y las manos limpias no lo explicaban.

—¿Dónde está Jonas? —dijo.

—Abajo, en el salón —dijo Jim. La voz tenía el tono de quien dicta instrucciones a un subordinado—. Está herido. Baja a limpiarlo y asegúrate de que no haga ninguna estupidez. Mañana tienes un concierto.

Las manos de Jim. Las uñas recortadas. Ni una mancha. Y el olor metálico en el pasillo que las manos limpias no justificaban.

Se levantó del suelo. La rodilla derecha protestó donde la había golpeado contra la puerta. Pasó junto a Jim sin mirarlo, puso el pie en el primer peldaño y un escozor le cruzó los nudillos al cerrar la mano sobre la barandilla.

51

La tableta le descansaba sobre los muslos, caliente por el uso. El resplandor de la pantalla era la única luz del salón. En la calle, la noche de Estocolmo apretaba contra los ventanales y el cuero del sofá crujió al cambiar de postura.

La imagen de los tres cadáveres sobre la grava de su jardín volvía cada vez que cerraba los ojos. Jim disparando sin alterar el ritmo de la respiración, el plástico negro cubriendo los cuerpos, la sangre mezclándose con el barro. La violencia acababa de perforar su último refugio. Su padre había enterrado a su madre bajo el cemento, Erik la había sepultado bajo fraudes financieros, y ahora Anchor Global pavimentaba su camino al escenario con tres muertos más. Las piezas encajaban unas dentro de otras, apretadas, sin holgura, y cada una la encerraba un centímetro más.

El salón olía a cuero mojado y a la menta de la compresa que Jonas mantenía contra la cara. Sobre el cojín, el goteo del hielo derretido marcaba un ritmo lento. El único sonido en el apartamento aparte de la respiración de los dos.

La pantalla cambió. La multitud se agitaba bajo el aguacero frente al Tele2 Arena, antorchas chispeando a pesar de la lluvia, pancartas que los móviles convertían en manchas rojas. Los cánticos se filtraron por el altavoz de la tableta y el volumen perforó el silencio del salón.

Contó. Las cooperativas retiraron todos sus discos de las estanterías esa tarde. A las ocho de la noche las plataformas digitales la habían borrado de los catálogos. Y la junta del estadio estaba reunida en ese instante decidiendo si cancelaban su contrato. Cada dato empujaba al siguiente y el techo del salón estaba un centímetro más bajo que hacía una hora.

Bloqueó la pantalla y dejó la tableta boca abajo sobre la mesa. La oscuridad volvió al salón. El frigorífico zumbaba en la cocina y el

sonido le llegó amplificado, denso, ocupando el espacio que las imágenes de la protesta acababan de dejar vacío. La lluvia había arreciado y las gotas golpeaban el alero del tejado con un repiqueteo irregular que marcaba un segundo ritmo debajo del goteo del hielo.

—Nos están destrozando, Jonas.

La voz le salió rasposa. Jonas ajustó el hielo contra la mandíbula. La hinchazón le había deformado la cara hasta hacerla irreconocible y las marcas de los dedos que lo agarraron del cuello seguían ahí, oscureciéndose por horas. Los criminales que lo golpearon estaban muertos. Jim y su gente se habían encargado de eso, y ahora Jonas le debía la vida al mismo hombre que ella quería mantener lo más lejos posible.

—Las cooperativas han retirado todos mis discos —continuó—. Las plataformas me han borrado de los catálogos y el estadio está debatiendo si cancelan el contrato. Mañana. El concierto es mañana.

Jonas bajó la compresa. El agua le corrió por los dedos y cayó sobre el cuero.

—Podemos ir a Hansson —dijo, con las palabras arrastradas por el golpe—. Explicarle lo del jardín. Lo que pasó de verdad.

—No.

Lo dijo más rápido de lo que quería. Jonas la miró. El ojo izquierdo casi cerrado por la hinchazón, el derecho fijo en ella.

—¿No?

—Cualquier cosa que joda el concierto de mañana me hunde, Jonas. Cualquier cosa. La policía, las declaraciones, las explicaciones. Todo eso me entierra antes de que suene la primera nota. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

—Entiendo que estás asustada.

—No estoy asustada. Estoy calculando.

—Es lo mismo.

Se miraron. El goteo del hielo. La oscuridad del salón apretando alrededor del sofá.

—No es lo mismo —dijo, y bajó la voz porque la rabia le estaba subiendo y no quería gritar, no a él, no con esa cara—. Tú tienes un bufete al que volver, Jonas. Tienes un título, tienes clientes, tienes

un piso en Södermalm. Si esto sale mal, te levantas y sigues. Yo no. Si pierdo el concierto de mañana, pierdo lo único que me queda. Lo único. ¿Tú sabes lo que es eso?
Jonas dejó la compresa sobre el cojín. El hielo se desparramó y el agua empapó la tela. No lo recogió. La camiseta se le había pegado al torso por el sudor y la tela se movía con cada respiración, lenta, medida, la respiración de alguien que está conteniendo algo que no es aire.
—Sí lo sé —dijo, y la voz le salió más blanda de lo que esperaba—. Lo sé porque llevo tres meses durmiendo a tu lado y viéndote ensayar a las cuatro de la mañana. Lo sé porque te oí llorar en Eskilstuna y no era actuación. Pero hay líneas que no se cruzan, Celine. Si dejamos que Jim y su gente manejen todo esto, ya no volvemos. ¿Entiendes tú lo que te estoy diciendo?
Se levantó del sofá porque necesitaba distancia. Necesitaba no ver la cara rota de Jonas mientras le decía lo que iba a decirle. Caminó hasta la ventana. Estocolmo estaba ahí abajo, luces y lluvia, y en alguna parte de esa ciudad cincuenta mil personas iban a llenar un estadio mañana para verla cantar o para verla caer.
La lluvia repiqueteaba contra el cristal en ráfagas cortas. Abajo, un taxi frenó en la esquina, las luces traseras tiñeron el asfalto de rojo un instante y después arrancó y la calle volvió a quedar vacía. Estocolmo a las dos de la madrugada. La ciudad entera dormía y ella estaba ahí, descalza, con los pies fríos contra el parqué y el reflejo de su cara superpuesto al de la calle en el cristal.
—Jim me salvó la carrera, Jonas.
—Jim te tiene atrapada.
—Las dos cosas pueden ser verdad al mismo tiempo.
Silencio. El agua del hielo derretido goteaba sobre el cojín y el charco se extendía despacio por el cuero. Afuera, un camión de basura frenó en la calle de atrás y el chirrido de los frenos le recorrió la columna. El sonido se apagó y el salón volvió a quedar en esa quietud densa que ocupa el espacio cuando dos personas tienen más que decir de lo que pueden decirse. Jonas se pasó la mano por la cara y el roce le arrancó una mueca de dolor.
—Ven —dijo ella.

—¿Para qué?
—Porque tienes la cara destrozada y estás apretando el hielo del lado equivocado.
Jonas se levantó despacio, arrastrando el peso del cuerpo, cada centímetro un esfuerzo visible. Caminó hasta la ventana. Se quedó de pie a medio metro de ella, la cara hinchada bajo la luz que entraba de la calle. Un hombre herido al que le habían pegado una paliza. Un hombre que había dormido a su lado tres meses y que olía a sudor y a miedo y a hielo de farmacia.
Le cogió la compresa de las manos y se la colocó en el lado correcto de la mandíbula, despacio, con la presión justa. La tela estaba tibia y el agua le escurrió entre los dedos y le mojó la muñeca. Jonas cerró los ojos. La respiración de los dos se acompasó durante tres segundos, quizás cuatro. La lluvia afuera y el goteo del hielo adentro y nada más.
—No voy a dejar que Jim te use —dijo él sin abrir los ojos.
—Y yo no voy a dejar que tú me hundas por querer hacer lo correcto.
Abrió los ojos. La miró. Seguía sujetándole la compresa contra la cara y la distancia entre los dos era la distancia de un beso o la de un golpe.
—¿Sabes qué es lo peor? —dijo él—. Que te entiendo. Entiendo cada palabra que has dicho. Y eso me jode más que la paliza.
—Porque sabes que tengo razón.
—Porque sé que tienes razón y sigo pensando que estás equivocada.
Retiró la compresa de la cara de Jonas y la dejó sobre el alféizar de la ventana. El agua cayó al suelo y ninguno de los dos la miró. Jonas tenía la mandíbula hinchada y las marcas del cuello oscureciéndose y, a pesar de todo eso, seguía ahí, de pie, frente a ella, sin irse, sin gritar, sin amenazar con llamar a nadie. Tres meses durmiendo juntos y esa era la primera vez que lo veía elegir quedarse cuando todo le decía que se fuera.
—Mañana después del concierto —dijo ella—. Después. Te lo prometo. Después hablamos con quien haga falta. Pero mañana me dejas cantar.
—No te estoy pidiendo que no cantes.

—Me estás pidiendo que me arriesgue a perderlo todo por un principio que tú puedes permitirte y yo no.
Jonas le cogió la mano y se la apretó una vez, fuerte, y después la soltó. Se quedó de pie junto a la ventana con Estocolmo lloviendo al otro lado del cristal y el charco de hielo derretido extendiéndose por el sofá que ninguno de los dos iba a limpiar esa noche.
Se fue al dormitorio y cerró la puerta. La oscuridad del cuarto anuló todo. El olor a sábanas sin cambiar y a la crema de árnica que Jonas se había puesto en el cuello antes de tumbarse. El colchón crujió al sentarse en el borde y el sonido resonó en el silencio del cuarto con una nitidez desproporcionada. Sobre la mesilla, la partitura de la nueva pieza. Rozó el papel con las yemas y el crujido le devolvió por un segundo el único anclaje que no le habían quitado todavía.
Jonas había apretado y soltado. Eso era lo que hacía Jonas. Quedarse y respetar la distancia. Elegir no irse cuando todo le decía que se fuera. Tres meses durmiendo al lado de un hombre así y lo que les esperaba mañana iba a pasar por encima de los dos sin preguntar a quién aplastaba primero.
Mañana, frente a las cincuenta mil almas del estadio, el margen para la duda iba a ser cero. Al expulsar la última nota de esa partitura, tendría que dar un paso atrás y dejar que la maquinaria siguiera girando. Lo que la maquinaria le hiciera a Jonas en el proceso era la consecuencia de proteger lo único que le quedaba. Y no podía permitirse pensar en eso ahora.
La partitura crujió bajo sus dedos. En la sala contigua, Jonas dormía con el hielo derretido empapándole la camiseta. Faltaban nueve horas para el concierto.
Antes de intentar descansar, tomó el teléfono y tecleó un mensaje breve con los dedos rígidos. «Clara, necesito que vengas a primera hora. Trae lejía industrial. Hay que limpiar a fondo el jardín y la entrada».
Dejó el teléfono en la mesilla. La lluvia de Estocolmo repiqueteaba contra la ventana del dormitorio y en la sala contigua la respiración de Jonas marcaba un ritmo lento, constante, el ritmo de alguien que confía lo suficiente para dormirse. Un frío le subió por los antebrazos y se apretó las manos entre las rodillas.

52

La luz del mediodía caía perpendicular sobre las baldosas de piedra del patio trasero y cortaba sombras limpias contra el césped. Se detuvo en el umbral de la puerta de cristal, con la mano todavía apoyada en el marco de acero. Los fragmentos del jarrón que Maja destrozó la noche anterior seguían esparcidos sobre el parqué del recibidor, afilados y opacos bajo la luz oblicua.

Grava crujiente afuera. Pasos cortos, rápidos, que se detuvieron de golpe.

Clara estaba allí, justo en el borde donde la galería exterior terminaba y empezaba la casa. La escoba la sujetaba con las dos manos, pero los pies no daban ni un centímetro más. El bolso de tela gruesa le colgaba del hombro y la frente le brillaba con un sudor excesivo para la brisa fresca que subía del lago.

Empujó la puerta. El aire frío le entró de golpe y le levantó el pelo de la nuca.

—Los cristales están en la entrada, Clara —dijo.

La mujer apretó el palo de la escoba. Los nudillos se le pusieron blancos. La mirada fija en los rosales del perímetro, sin parpadear, con la rigidez de quien ha tomado una decisión antes de llegar.

—Limpiaré el patio —contestó Clara—. Barreré las hojas de la entrada, los maceteros, lo que se ve desde afuera. Pero adentro no entro más, señora Celine.

Dio un paso hacia el jardín. La grava crujió bajo las suelas. El sol le calentaba la coronilla y el contraste con el frío del interior le marcó la

línea exacta del umbral en la piel.

—Te pago para que mantengas la casa entera —dijo.

Clara soltó la escoba. La madera repiqueteó contra la piedra. Acortó la distancia en dos zancadas rápidas y le tomó las manos. La piel de la mujer estaba helada, áspera de lejía y años de fregar. Le apretó los nudillos con una fuerza desproporcionada para esos dedos viejos y cuarteados.

—Váyase de aquí, mi niña —dijo Clara, y la voz se le quebró a mitad de frase—. Dejó la casa. Deje los muebles. Deje todo lo que pisó el señor Erik y váyase lejos, bien lejos, antes de que sea tarde.

Intentó retirar las manos. El agarre se cerró con más fuerza.

—Suéltame.

—Adentro hay algo que no descansa —siguió Clara, sin soltarla, los ojos oscuros fijos en los suyos—. Y lo que no descansa, tiene hambre. Primero se comió al señor Erik. Lo vació por dentro y lo llenó de pura oscuridad. Esa oscuridad se le pegó a los muchachos que venían después, a los que entraron con armas y malas intenciones. La casa es una boca abierta, señora. Y sigue comiendo.

La madre bajó los cimientos. Erik. Tobías. Los sicarios muertos en el jardín. Jim con las manos todavía calientes de haber disparado. La lista se le formó entera en tres segundos y cada nombre pesaba más que el anterior.

—Jonas limpiará los cristales luego —dijo, y la voz le salió más seca de lo que quería.

El nombre de Jonas cambió la cara de Clara. La mujer soltó las manos de golpe y retrocedió un paso, llevándose los dedos al pecho justo sobre el esternón.

—El señor Jonas es un hombre de luz —dijo Clara—. Se le nota en cómo la mira, en cómo le habla. Tiene el alma limpia, de las que todavía saben distinguir el bien del mal. Es un hombre bueno.

Jonas era útil. Era leal. Y eso, exactamente eso, lo convertía en un problema. La lealtad de Jonas funcionaba en una sola dirección: hacia ella. Lo que ella hiciera con esa lealtad no era responsabilidad de Jonas. Era gestión.

—Entonces no hay nada que temer.

Clara negó con la cabeza, lenta y pesada. Una tristeza vieja le hundió los hombros.

—La bondad no sirve contra la enfermedad de esta casa —dijo—. El agua limpia se pudre igual si la echas en un pozo podrido. El señor Jonas se está quedando cerca para cuidarla a usted, pero la sombra ya se le está pegando a la piel. Lo he visto en sus ojos. Él va a terminar tragado por lo mismo que se tragó a su marido. Se van a hundir los dos.

La brisa del lago agitó las ramas del abedul cercano. Las hojas se movieron con un susurro seco y dos de ellas cayeron sobre la grava del sendero. Jonas mintiendo a Maja sin parpadear. Jonas asintiendo en el jardín mientras Jim envolvía cadáveres en plástico. Jonas poniéndole la mano en la nuca a las tres de la madrugada cuando el insomnio la dejaba rígida contra la almohada. Todo eso cabía en el mismo hombre y el mismo hombre cabía en esta casa y Clara tenía razón en lo único que importaba: quedarse significaba arrastrarlo.

Clara se agachó, recogió el bolso del suelo y le dio la espalda a la propiedad.

—No vuelva a llamarme, señora Celine —dijo sin girarse—. Que Dios la ampare, porque aquí ya no hay quien la salve.

La mujer echó a andar por el sendero de grava. Los pasos se volvieron rápidos, casi una carrera, en cuanto cruzó la verja de hierro. El portón chirrió y se cerró solo. El eco del metal vibró contra las fachadas de las casas vecinas y se apagó despacio, absorbido por los jardines.

El patio quedó vacío.

El silencio del vecindario de lujo volvió a cerrarse sobre los jardines perfectos. Giró sobre los talones y cruzó el umbral hacia el salón. La temperatura descendió de golpe bajo el techo alto. Esquivo los fragmentos de cristal esparcidos por el parqué. Uno grande y triangular reflejaba el techo blanco y apuntaba exactamente al sitio donde Maja estuvo de pie la noche anterior.

Se detuvo frente al ventanal. El cielo de Estocolmo amenazaba con otra tormenta. Las nubes se habían apretado sobre Djurgården y la luz del mediodía ya no era limpia. Era gris, plana, la luz que precede al agua.

Si se quedaba, Jonas seguía cerca. Cerca de ella, cerca de Jim, cerca de lo que quedaba en el jardín debajo de la tierra. Si se iba, él intentaría seguirla. Maja era una variable suelta que ya operaba por su cuenta. Jonas era otro. Dos variables sin control en una ecuación que solo funcionaba si ella tomaba las decisiones antes de que las tomaran por ella.

El bolso de viaje que preparó la noche anterior seguía junto al sofá. Lo levantó. Pesaba poco. Pasaporte, dinero en efectivo, el frasco de Varanex, el teléfono con la tarjeta que nadie conocía.

Apoyó la frente contra el cristal helado del ventanal. El frío le entró por la piel de la frente y le bajó por las sienes hasta la mandíbula. Se apartó. Se colgó el bolso del hombro.

Fuera, el viento volvió a mover las ramas del abedul. En el parqué del recibidor, el fragmento triangular de cristal seguía apuntando al mismo sitio vacío. Un calor breve le subió por la garganta y tragó en seco.

53
JONAS

El giro del volante forzó la salida de la E4 hacia un camino de grava. Los neumáticos perdieron agarre y cada bache le sacudía la mandíbula rota contra el reposacabezas. Tres horas conduciendo solo desde Bromma y la imagen de los cadáveres en el jardín seguía ahí, intacta, cada vez que parpadeaba.

La casa de madera roja apareció al final del sendero, entre los pinos, recortada contra un mar gris y quieto. Cortó el motor. El silencio llegó de golpe, denso, sólido, roto solo por el tictac del metal enfriándose bajo el capó y el graznido de una gaviota en algún punto sobre el agua.

Jorge Pérez ocupaba el marco de la puerta de entrada. La camisa azul remangada, los antebrazos gruesos cruzados de cicatrices viejas, la mirada fija en el coche sin moverse un centímetro.

—Llego tarde. La última desviación confunde.

Jorge asintió una vez.

—Pasa. Los animales cruzan y uno pierde el foco.

El interior de la casa olía a madera curada y a café recién filtrado. Las paredes desnudas, los muebles escasos, cada objeto en el sitio exacto donde alguien lo había puesto con la intención de que no se moviera más. Gisella estaba en la cocina con las manos blancas de harina. Dejó dos tazas humeantes sobre la mesa de roble y subió a la planta de arriba sin decir una palabra. La escalera crujió bajo sus pasos y después la casa se quedó en silencio.

La porcelana de la taza quemaba al tacto. El café estaba fuerte, amargo, y el primer trago le bajó caliente hasta el estómago.

—No sé por dónde empezar.

—El principio suele funcionar —dijo Jorge, sentándose en la silla de enfrente.

Afuera, el viento movió las copas de los pinos y una rama rozó el cristal de la ventana. El sonido entró por la cocina y se apagó despacio.
—Me he metido en algo que se me ha ido de las manos. Trataba de ayudar a personas que me importaban y ahora todo se está cayendo. El representante de Celine se llama Jim. Consiguió el dinero para la gira, pero controla todo mediante amenazas. Acaba de amenazar a Nina. A su madre en Malmö.
Jorge escuchó sin moverse.
—¿Y qué has hecho tú?
—Tratar de protegerlas. Pero se me escapa. No sé cómo.
El hombre se levantó, abrió un armario bajo la encimera y sacó una botella de aguardiente y dos vasos de cristal grueso. Los puso sobre la mesa. Sirvió los dos hasta la mitad.
—Bebe.
El alcohol le bajó por la garganta con una acidez espesa. Jorge vació el suyo de un trago y golpeó la base del vaso contra la madera. La voz le cambió. Dejó el sueco y pasó al español, rasposo, directo, el idioma que usaba cuando la conversación dejaba de ser negociable.
—Te han dado una patada y estás en la calle.
El español de Jorge llenó la cocina. El idioma del padre. El idioma en el que las mentiras no tenían dónde esconderse porque cada palabra llegaba desnuda, sin la distancia que el sueco le ponía a todo.
—Me fui yo.
La mentira salió automática. Jorge la dejó caer al suelo sin recogerla.
Se inclinó sobre la mesa. La luz de la ventana le marcaba las líneas de la cara, profundas, talladas por décadas de trabajo y de cosas que nunca contaba.
—Llevas ropa que vale más que mi coche y un reloj que no te regaló tu madre. Pero traes la postura de alguien que acaba de firmar lo que no quería firmar. Bajas de los áticos de Estocolmo a meterte bajo mi mesa vieja. Dime qué está pasando de verdad.
El vaso entre las manos. El cristal grueso, tibio ya por el contacto. Afuera, una gaviota cruzó frente a la ventana y su sombra recorrió la mesa de roble en medio segundo.

—Es Celine. La policía presiona sobre el homicidio de su marido. La prensa quiere sangre para los titulares de mañana. Y Jim opera desde las sombras, limpia los cadáveres del camino para que ella luzca impecable en el escenario.
—Dibújame al tipo —dijo Jorge.
—Metro ochenta. Nariz afilada. Y le falta el pabellón auditivo izquierdo. Un cráter de carne quemada.
Jorge no se movió. Procesó la descripción en silencio, con la vista fija en el vaso vacío.
—Estás intentando sentarte en dos sillas al mismo tiempo —dijo—. Nina por un lado, Celine por otro. Cuando un hombre divide la lealtad de esa forma, termina triturado. Tienes que elegir tu propia silla. Es la única forma de mantenerte entero.
Una pausa. Jorge le sostuvo la mirada.
—Te has metido descalzo donde quema y exiges no quemarte porque tus intenciones son buenas. El dinero atrae a la muerte, hijo. El dinero tiene memoria y siempre vuelve a casa a buscar a quien lo perdió.
El mar se veía gris y plano a través de la ventana. La superficie inmutable, sin olas, sin espuma, con la quietud de algo que lleva demasiado tiempo en el mismo sitio. Jorge se puso de pie despacio y caminó hasta el cristal.
—Esta es tu guerra. Yo ya terminé las mías. Mi paz se firmó aquí, con Gisella y esta madera. No voy a subir a Estocolmo a pelearme con un sicario de corbata. Nadie va a pelear esto por ti. Traza tu propia línea. Y defiéndela.
Las palabras le cayeron encima con el peso de algo que se sabe cierto y que por eso duele más. Todo el andamiaje de argumentos legales, las cláusulas, los plazos, las estrategias de negociación que le habían servido durante años para resolver conflictos ajenos, todo eso quedaba fuera del lenguaje que Jorge acababa de usar. El código de su padre era anterior al derecho. Más simple. Más caro.
Subió al cuarto de la planta de arriba. La cama era estrecha, la colcha áspera y la ventana daba al mar oscuro. Se tumbó vestido, con las botas puestas y la mandíbula palpitando contra la almohada. Las vigas del techo eran gruesas, irregulares, cortadas a mano. Las

contó tres veces. Catorce. La luz fue cambiando del gris al negro y del negro al gris ceniza del amanecer sin que el sueño llegara.
Bajó a la cocina. Jorge estaba en la misma silla, con la cafetera delante, como si no se hubiera movido en toda la noche.
—Bebe. El trayecto es largo.
El café estaba hirviendo. Le quemó la lengua y el calor le bajó por el pecho. Jorge le sostuvo la mirada.
—Vuelve solo. Marca tu territorio. Defiéndelo. Yo me quedo.
No hubo abrazo. Jorge le puso la mano en el hombro, una vez, firme, y la retiró. Cruzó el porche y caminó hasta el coche bajo la mirada silenciosa de Gisella y de aquel hombre de pie frente a la fachada de madera roja, inmóvil, con los brazos cruzados y el mar gris detrás.
Engañó la primera marcha. Los neumáticos rodaron sobre la tierra compactada y la grava crujió bajo el peso del coche.
En el retrovisor, la casa fue encogiéndose entre los pinos hasta desaparecer. Las manos apretaban el volante a las diez y diez. La carretera de vuelta a Estocolmo se extendía recta, larga, gris. Un calor seco le subió por la garganta y tragó en seco contra el volante.
.

54

El asfalto mojado crujía bajo las botas mientras Hornsgatan se estiraba delante, la lluvia empujando toda la suciedad hacia las alcantarillas. El teléfono le pesaba en el bolsillo del abrigo. Ciento ochenta gramos de litio y cristal contra el muslo derecho, y cada paso lo acercaba más a la comisaría.

El plan se repetía solo: entrar en la comisaría de Södermalm, pedir al inspector Hansson, dejar el dispositivo sobre la mesa. Aquí está el dinero. Aquí están las pólizas de Erik. Investigue. Cortar el flujo. Detener la maquinaria. Ella dejaría de ser la estrella intocable y volvería a ser una mujer con problemas financieros. Alguien a quien salvar.

La nobleza hinchaba el pecho. Héroe trágico. El que traiciona por amor.

El edificio de la estación apareció al doblar la esquina hacia Mariatorget.

Un coche negro esperaba en doble fila, motor en marcha. Mercedes Clase S blindado. Las gotas resbalaban sobre la carrocería limpia. La ventanilla trasera bajó con un zumbido eléctrico suave.

—Sube. Te vas a mojar.

La voz de Jim no invitaba. Ordenaba.

Se detuvo. Apretó el teléfono dentro del bolsillo. La comisaría estaba a cuarenta metros, la puerta abierta, el mostrador visible a través del cristal. Cuarenta metros. Pero hombres como Jim no aparcan en doble fila sin cubrir las salidas.

Tiró de la puerta blindada y entró al coche.

Cuero nuevo. Aire climatizado. La puerta se cerró y el sonido de la lluvia desapareció de golpe. Jim estaba sentado al otro lado, leyendo en su tableta. No levantó la vista.

—Arranca —dijo al chófer.

El coche se deslizó por el asfalto mojado. La comisaría pasó por la ventanilla y se quedó atrás.
—No voy a la comisaría —dijo. La voz le salió fina, de adolescente.
Jim apagó la pantalla. Se giró. En la penumbra del coche, la expresión le había cambiado. Ya no era el manager que discutía catering. La mirada era plana, quieta, vacía de todo lo que no fuera cálculo.
—Carpeta tres. Subdirectorio B. Archivo Póliza_Zurich_98.pdf. Y las fotos del anexo manuscrito.
El aire se le quedó atrapado en el pecho.
—¿Cómo…?
—Monitorización de activos —dijo Jim. Se ajustó el puño de la camisa—. Cuando el teléfono hizo la copia de seguridad anoche, a las 02:14, nuestra red capturó los archivos. Adobe Scan sube todo automáticamente a la nube. Deberías haber leído los términos de uso.
Sacó la mano del bolsillo. El frío de la calle le mordía los nudillos.
—Es la única manera —dijo—. La están destruyendo. La gira, la prensa, la presión. La va a matar. Erik la dejó atrapada en una estafa y vosotros la estáis explotando. Voy a pararlo.
Jim soltó una risa corta. Seca.
—¿Tú vas a pararlo? —Jim negó con la cabeza—. Eres un surfista. Vives esperando la ola perfecta. Crees que el mundo se navega, se esquiva. Crees que, si fluyes lo suficiente, no te golpeas.
Jim se inclinó hacia delante. El espacio dentro del coche se redujo a la mitad.
—Esto no es una playa. Esto es el fondo del océano. Aquí abajo la presión te aplasta si no eres de acero.
—Es una víctima —dijo—. Erik era un estafador.
—Erik era un depredador —dijo Jim—. Un sádico funcional.
Jim abrió una carpeta física sobre el asiento. Sacó una foto. Impresión granulada, teleobjetivo. Ella en un aeropuerto, años atrás. Pálida, ojerosa. Comía chocolates de una caja dorada. Comía con asco, con lágrimas en los ojos, mientras Erik la miraba con una sonrisa propietaria.

—¿Sabes qué son? —dijo Jim—. Cada vez que él volvía de uno de sus vuelos sucios, con el olor de otras mujeres en la piel, la obligaba a ella a comerse su culpa. La engordaba con su propio pecado. La quebraba mentalmente, gramo a gramo de azúcar.
La imagen del café y los bombones destrozados encajó con un chasquido. El estómago se le apretó.
—La estaba matando despacio —dijo Jim—. La borraba. Nosotros no la explotamos. Nosotros ejecutamos la extracción.
—¿Extracción? ¿Quiénes sois "nosotros"?
Jim guardó la foto en la carpeta de cuero. Despacio.
—Somos inversores que protegen sus activos. Erik metió la basura de los suburbios en su propia casa, Jonas. Se acostó con la red de Järva, y los pandilleros de su amante hicieron el trabajo sucio gratis. Nosotros no necesitamos empuñar ningún cuchillo. Simplemente dejamos que la calle cobrara sus deudas y recogimos lo que valía la pena.
Una bilis espesa le quemó la base de la lengua.
—¿Cómplices te va mejor?
—Salvamos a Celine —dijo Jim—. Y tú deberías también estar en deuda. Construimos un muro alrededor de ella. Los camiones negros, los lirios, el dinero. Ese blindaje corporativo sirve exclusivamente para que los acreedores de Erik no puedan tocarla.
El coche se detuvo en un semáforo. La lluvia golpeaba el techo blindado y el sonido llegaba sordo, lejano, el sonido de un mundo que existía al otro lado del cristal y al que ya no pertenecía del todo.
—Tú quieres ir a Hansson. Quieres enseñarle esos archivos. ¿Crees que la salvarás? Pero Hansson es un policía municipal con hipoteca y miedo. Si le das eso, abrirá una investigación pública. Le quitará la protección. La dejará desnuda en la plaza.
Jim dejó pasar tres segundos.
—Y cuando esté desnuda, los acreedores vendrán. Tú y tu tabla de surf no podréis pararlos.
—¿Crees que a la policía le importa la verdad? —dijo Jim—. Hansson ya tiene su historia. Marido abusivo. Amante drogadicto. Crimen pasional. Caso cerrado. Limpio. Perfecto para los informes.
Jim se acercó. El aliento le llegó tibio, con un resto de menta.

—Todo el mundo sabe quién es el culpable y quién la víctima. Erik era basura. Kevin era un yonqui con un cuchillo. El mundo es un lugar mejor sin Erik. El equilibrio se ha restablecido. ¿Qué más quieres? ¿Quieres levantar la alfombra para enseñar la mierda? ¿Quieres decirle al mundo que la víctima fue rescatada por profesionales? ¿Eso es amor?
El silencio llenó el coche. Jim lo miraba. Esperaba.
Jim metió la mano en su chaqueta. Todo el cuerpo se le tensó de golpe. Pero lo que sacó fue una Glock 19. Negra. Mate. Pesada. Jim le ofreció la culata.
—Tómala.
El peso del metal le cayó sobre la palma abierta. Caliente. Más pesada de lo que esperaba.
—Tómala —repitió Jim—. Crees que soy el monstruo. Bien. Sálvala. Mátame.
La frente de Jim se acercó al cañón. Se inclinó hacia delante, despacio, hasta que el metal le tocó la piel entre las cejas.
La luz de una farola entró por la ventanilla y le golpeó el lado izquierdo de la cabeza. No había oreja. Un cráter de tejido cicatrizado, brillante, estirado, un nudo de carne pálida donde alguien había usado una herramienta. El traje italiano, la camisa planchada, los gemelos de plata, todo eso desapareció en ese segundo. Solo quedó la violencia grabada en la piel.
—Si yo desaparezco, la operación se cancela —dijo Jim. El cañón le tocaba la piel entre las cejas—. Vamos. Aprieta. Haz justicia.
La respiración propia llenaba el coche. El metal vibraba contra el cráneo de Jim al ritmo del pulso que subía por la muñeca y le llegaba a la mano.
—No puedes —dijo Jim.
—¿Por qué estás tan seguro?
—Porque tienes miedo a morir. —Jim sonrió. La cicatriz se le estiró por la sien—. Y no puedes matarme. Yo ya estoy muerto.
Jim mantuvo la frente pegada al cañón un segundo más.
—En este mundo, las ideas son yunques o martillos. Crees que eres el yunque, que puedes soportar los golpes y seguir siendo noble. Te

equivocas. Eres el metal blando del medio. Nosotros somos el martillo. Y esa oreja que buscas… esa oreja se quedó en la fragua.
Jim extendió la mano y retiró la pistola. Despacio. La guardó en la chaqueta.
—No estorbes.
El seguro de las puertas se liberó. Clack.
—Bájate.
Empujó la puerta con el hombro. La lluvia helada le golpeó la cara al salir a la acera. La pierna derecha le tembló al apoyar el peso y tuvo que agarrarse al techo del coche un segundo antes de soltarse.
—Haz lo que te digo —dijo Jim desde la oscuridad del asiento—. Celine necesita salvarse. Y tú acabas de demostrar que no sirves para el trabajo.
El Mercedes arrancó. Las luces rojas se alejaron por Hornsgatan hasta desaparecer en la cortina de lluvia.
La lluvia le lavaba el sudor frío de la frente. La mano derecha le pesaba, todavía con la impronta del metal caliente en la palma. Pero lo que pesaba de verdad era lo que Jim le había dejado dentro del pecho: la certeza de que tenía razón.
Metió la mano en el bolsillo y apretó el teléfono. Jim tenía razón. Si entregaba esos archivos, la protección caía. Los acreedores entraban. Y Celine quedaba expuesta a algo peor que Jim. La única forma de protegerla era apartarse. Dejar que la maquinaria siguiera girando.
Dio la espalda a las luces de la comisaría. El primer paso fue el más pesado. El segundo ya fue inercia. Un calor ácido le subió por la garganta y tragó contra la lluvia que le entraba por el cuello del abrigo.
.

55

El timbre sonó pasadas las once de la noche. Se levantó del sillón y el cuerpo le pesó al ponerse de pie, la mandíbula palpitando con cada paso. La tormenta azotaba el ventanal en láminas verticales y la lluvia borraba las luces de la calle al otro lado del cristal.

Abrió la puerta. Jorge ocupaba la totalidad del marco. La chaqueta de lana gris oscurecida por la humedad, la postura recta, los hombros cuadrados. El olor a tabaco negro y a asfalto mojado entró con él.

—Jonas.

—Papá.

Se hizo a un lado. Jorge avanzó y dejó su maletín de cuero gastado sobre la alfombra. Sacó una botella de vidrio grueso, sin etiqueta, sellada a mano. La puso sobre la mesa de centro. El líquido era oscuro, aceitoso, y atrapaba la poca luz que quedaba en el salón.

—Es de la cosecha de este año —dijo Jorge, mirando la botella contra la claridad del ventanal—. La destilé en otoño. Dejé lo mejor para vos.

—Gracias.

—Grapa casera. Cero químicos. Uva y paciencia. Busca dos vasos.

Fue a la cocina. Las manos le temblaron al sacar los vasos de cristal del armario y apretó el borde de la encimera hasta que los nudillos se le pusieron blancos y el temblor paró. Volvió al salón. Jorge estaba de pie frente a un lienzo abstracto de la pared, mirándolo con la misma quietud con la que miraba todo, sin prisa, sin juicio visible.

—¿Cómo está mamá?

—Bien. Hablé con ella la semana pasada. Sigue con el jardín.

—Me alegro. Es buena mujer.

Jorge abrió la botella. El tapón salió con un chasquido y un vapor denso subió desde el cuello del vidrio, llenando el salón con olor a

hollejo, a fermentación, a tierra cruda. El olor de Sudamérica metido en una botella, a seis mil kilómetros de la cocina donde se había destilado.
—Celine no está —dijo—. Tuvo que viajar. No sabía que venías, si no…
Jorge alzó una mano.
—Está bien, hijo. Leí algo. En las noticias.
El aire del salón se quedó quieto.
—No todo lo que publican es cierto.
—Nunca lo es —dijo Jorge, sosteniendo la mirada—. Dale mis saludos.
Jorge levantó su vaso.
—El tío Rogelio murió el martes.
El brazo se le detuvo a medio camino.
—¿Qué le pasó?
—El corazón. Fue rápido. Estaba mateando en el porche y se quedó dormido.
Levantó el vaso.
—Por Rogelio.
—Por Rogelio.
El alcohol le bajó crudo por la garganta, caliente, espeso, y le quemó el paladar con un sabor a tierra que le trajo de vuelta la caja de una camioneta helada en el sur, treinta años atrás. La orden de Rogelio exigiendo iluminar la llanura. El haz de luz cortando la oscuridad para revelar cientos de pupilas rojas acechando en la nada. El pánico de sentirse rodeado por bestias invisibles en medio del campo. «Son solo vacas. Ellas tienen más miedo que vos».
—Me acuerdo de la noche de los reflectores —dijo—. Cuando el ganado me cercó en la oscuridad.
—Pagaste el derecho de piso —dijo Jorge—. Rogelio siempre contaba eso. Le divertía tu condición urbana, pero te respetaba. Decía que sabías evaluar el entorno.
Jorge giró la base de su vaso sobre la mesa, despacio, trazando un círculo sobre la madera.
—Hace unos años, Rogelio compró el edificio del banco en el pueblo. La sucursal había quebrado. El mismo gerente que le negó créditos

toda la vida tuvo que entregarle las llaves en la mano.
Jorge hizo una pausa. Sirvió otra medida en los dos vasos.
—Decidió celebrar sus setenta años ahí dentro. Asaron carne en la calle y abrieron la bóveda principal. Esa estructura inmensa de acero con los engranajes expuestos. Instalaron la barra de bebidas directamente en el interior de la caja fuerte. La gente entraba fascinada, riendo bajo el eco del metal blindado. Se sentían intocables. Y querían que él entrara a celebrar. Le gritaban: «¡Ven, Rogelio! ¡Es tuya! ¡Entra a la bóveda!».
—¿Y entró?
Jorge negó con la cabeza. Despacio.
—Se quedó afuera. Apoyado en el marco de la puerta blindada, sosteniendo su vaso de grapa. Los miró a todos amontonados adentro, enjaulados por voluntad propia.
La voz de Jorge bajó un tono.
—Levantó el cristal y les dijo: «Brinden ustedes. Yo brindo desde acá».
—¿Por qué?
—Insistieron. Le recordaron que era el dueño. Que había ganado. Y él les contestó: «No. Ya los gané. Un hombre debe saber contenerse».
El silencio llenó la cocina. La botella de grapa en el centro de la mesa, oscura, quieta. La anécdota de Rogelio acababa de ponerle nombre a todo lo que llevaba semanas sin saber cómo formular. Jim le había abierto la bóveda de par en par. Anchor Global le exhibía el poder, los millones, la protección. Y esperaban que él cruzara el umbral y se enjaulara con ellos.
Jorge miró su reloj.
—Se me hace tarde.
Se levantaron los dos. El trayecto hasta el recibidor fue corto y ninguno habló. Jorge se puso la chaqueta de lana gris y se abotonó despacio.
—Te pido un taxi.
—Voy a pie —dijo Jorge—. Caminar me ordena la cabeza.
Abrió la puerta. El frío del pasillo entró de golpe. Jorge se detuvo en el umbral, se dio la vuelta y lo abrazó. Los brazos de lana áspera le

rodearon el torso y le apretaron fuerte. El olor a tabaco y a refugio le llegó entero. Las palmadas secas contra la espalda, rítmicas, firmes, y después el agarre se aflojó y Jorge le puso las manos sobre los hombros y lo miró a los ojos.
Un calor denso le subió desde el estómago hasta la garganta y cerró los ojos un segundo.
—Cuídate, mijo.
—Chau, papá. Buen viaje.
La espalda ancha de Jorge se alejó por el pasillo hacia el ascensor. La puerta del ascensor se abrió, entró y las puertas se cerraron. Cerró la puerta del apartamento. El silencio volvió entero.
La pantalla del teléfono parpadeaba sobre la mesa con notificaciones de la prensa. Volvió a la mesa de centro. La botella de grapa seguía ahí, oscura, quieta. Rozó el cuello del vidrio con los dedos y los retiró antes de agarrarla.
Jim le había entregado el homicidio de 1986 a Nina. Si esa exclusiva reventaba en las portadas al amanecer, Celine iba a quedar aplastada. Pero la prensa perdía todo su poder en el instante en que el secreto se convertía en un expediente policial abierto. Si Hansson tenía el caso antes que los periódicos, la investigación absorbía la noticia. El escándalo pasaba de titular a prueba. De espectáculo a procedimiento. El terreno del derecho. Su terreno.
Dejó la botella donde estaba. Agarró el teléfono y marcó el contacto directo de Hansson.
Tres tonos. La línea se abrió.
—Hansson —la voz del inspector, áspera por la madrugada.
—Inspector, soy Jonas Pérez. Necesito verlo ahora mismo. Fuera de la comisaría.
Dos segundos de silencio al otro lado.
—¿Un asunto de qué, licenciado?
—De asesinato.
Cortó la llamada. El teléfono le pesaba en la mano. La botella de Rogelio seguía en la mesa, oscura, intacta, y el olor a grapa flotaba en el salón mezclado con el resto de tabaco que Jorge había dejado en el aire. Un escozor frío le bajó por la nuca y le llegó a la base de la columna.

56

Hansson ocupaba el asiento del conductor bajo la luz anaranjada de una farola de Södermalm. Tenía las manos alrededor del vaso de cartón y la mirada fija en el parabrisas, donde la lluvia trazaba líneas oblicuas que la luz de la farola teñía de naranja.

Abrió la puerta del copiloto y se sentó. El interior del coche olía a tabaco frío y a tapizado gastado. El salpicadero tenía una grieta fina que iba del centro hasta la guantera y el cenicero estaba cerrado, pero no limpio. Sacó el folio doblado del bolsillo interior de la chaqueta y lo dejó sobre la consola central.

—Léalo —dijo.

Hansson dejó el café en el portavasos y encendió la luz de lectura. El habitáculo se llenó de una claridad amarillenta que encogió el espacio. El inspector desdobló el papel, se ajustó las gafas y empezó a leer.

Silencio. La lluvia contra el techo del coche. El motor apagado. Hansson recorría las líneas escritas en tinta azul sin levantar la vista. A mitad de la segunda página, la respiración del inspector se detuvo una fracción de segundo. El párrafo sobre el hormigón en la cabaña. Continuó leyendo hasta el final.

Dobló el papel despacio y se quitó las gafas. Las mantuvo en la mano.

—Si esto es real, el expediente de la madre fugada de 1986 acaba de convertirse en homicidio —dijo Hansson. La voz le salió ronca—. ¿Es el original?

—Es una fotocopia. El original lo tiene mi clienta.

—¿Cuándo apareció el documento?

—Hace pocos días. Llegó por correo postal junto con los efectos personales de Lars Anders. Fallecido.

Hansson se recostó contra el asiento. La luz de lectura le cavaba sombras profundas en las ojeras. Afuera, un coche pasó por la calle mojada y el agua de los neumáticos salpicó la acera vacía.
—¿Jurisdicción?
—La cabaña está en Eskilstuna.
—Entonces esto no es mío. Es competencia de Eskilstuna.
El aire le entró de golpe en los pulmones. Hansson soltó el vaso de cartón. La rigidez de la chaqueta húmeda se le aflojó en los hombros y la respiración se le estabilizó en tres ciclos. Treinta y dos años de servicio y la mirada del inspector no volvió al folio. No pidió una segunda lectura. La caligrafía, la tinta, la inclinación de los trazos, todo eso quedó sin examinar. El salvavidas era geográfico: jurisdicción ajena, problema ajeno. Una vía de salida administrativa para soltar el expediente antes de que Nina detonara la prensa de Estocolmo. Dos hombres en un coche a las dos de la madrugada, utilizándose mutuamente con un papel para proteger lo que les quedaba.
Se inclinó un poco hacia delante. El cinturón de seguridad le presionó el esternón.
—Inspector, Eskilstuna significa días. Y no tenemos días. Nina Bergström tiene datos filtrados sobre la confesión y planea publicar mañana. Si la noticia sale antes de que la policía actúe, mi clienta pasa de colaboradora voluntaria a sospechosa en portada. Usted lo sabe tan bien como yo.
Hansson giró el vaso de cartón entre las palmas. El café ya estaba frío. El borde del vaso crujió bajo la presión de los dedos.
—¿Y usted cree que yo puedo parar una filtración que ya está en marcha? —dijo sin mirarlo—. Yo no soy el jefe de prensa.
—No le pido que pare la filtración. Le pido que conste que mi clienta vino a usted por voluntad propia. Antes de que se imprima una sola línea. Eso cambia todo el relato.
Hansson soltó una risa corta, seca.
—Pérez, usted y yo sabemos que el relato lo escribe el que llega primero. Y ahora mismo el que llega primero es un papel que huele a fotocopiadora de oficina.

Un nudo se le apretó justo debajo de la nuez. No contestó de inmediato. Dejó que la lluvia marcara el ritmo. Una sirena sonó a lo lejos, en dirección a Slussen, y el sonido se arrastró entre los edificios hasta apagarse.

—Entonces actúe —dijo—. Derívelo ahora. Llame a Lindqvist. Dígale que tiene una confesión de homicidio con cuerpo enterrado en hormigón. Dígale que la prensa está encima y que si no movemos el culo esta noche, mañana el caso es de los periódicos.

Hansson lo miró de reojo. La luz amarilla le cortaba la cara en dos mitades desiguales.

—¿Y su clienta? ¿Está preparada para entregar el original mañana a primera hora en Eskilstuna?

—Estará ahí.

—¿Con el documento original?

—Con el documento original.

Hansson se puso las gafas de nuevo. Cogió el folio, lo desdobló y releyó el último párrafo. Lars Anders, abril de 2023. Después sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta y marcó un número.

—Lindqvist, soy Hansson. Necesito que me escuche. Tengo un documento que vincula un caso abierto del 86 con una confesión de homicidio. La cabaña está en su distrito. Sí, Eskilstuna. No, no puede esperar. Hay prensa encima. Mañana publican.

Pausa. La voz al otro lado hablaba rápido, cortante. Hansson escuchaba con la mandíbula apretada, el pulgar tamborileando sobre el volante. La lluvia arreciaba contra el parabrisas y las gotas se juntaban en regueros gruesos que deformaban las luces de la calle.

—Entendido. Le envío la fotocopia ahora. El original lo aportará la parte representada por su abogado. Sí, está aquí conmigo. Pérez.

Colgó. Guardó el móvil. Miró por primera vez directamente a los ojos.

—Lindqvist va a activar el protocolo de exhumación esta noche. Quiere el original mañana a primera hora en la comisaría de Eskilstuna. ¿Su clienta puede presentarse?

—Estará ahí.

—Con el documento original.

—Con el documento original.

Hansson apagó la luz de lectura. El habitáculo volvió a la penumbra anaranjada de la farola. La lluvia contra el techo. El olor a tabaco frío. El vaso de cartón aplastado en el portavasos.

—Pérez —dijo Hansson sin girar la cabeza—. ¿Usted ha leído la confesión entera?

—Sí.

—¿La parte donde dice que la niña estaba viendo la televisión al otro lado del tabique?

El estómago se le contrajo en un espasmo seco. Hansson asintió despacio.

—Váyase a casa. Mañana va a ser un día largo.

Abrió la puerta del copiloto. El aire de Södermalm entró húmedo y frío, llenándole los pulmones. El agua de la acera le empapó los zapatos al bajar. Cerró la puerta. El coche de Hansson arrancó, los faros iluminaron la calle vacía y desaparecieron al doblar la esquina.

Solo en la acera. La farola anaranjada. La lluvia. El móvil pesaba en el bolsillo de la chaqueta. Tenía que llamar a Celine y decirle que mañana a primera hora debía estar en Eskilstuna con el original de la carta que había escrito su padre. La carta donde Lars describía cómo mató a su madre con un martillo mientras ella veía dibujos animados al otro lado de la pared.

La lluvia le corría por la frente y le entraba fría por el cuello del abrigo. Sacó el teléfono del bolsillo y buscó el contacto de Celine. La pantalla brillaba en la oscuridad y las gotas le resbalaban por el cristal antes de que pudiera marcar. Un calor ácido le subió por la garganta y tragó en seco antes de pulsar la llamada.

.

57

El motor del Volvo seguía encendido. El limpiaparabrisas barría el agua en arcos rápidos y la lluvia volvía a cubrirlo todo antes de que la goma completara el recorrido. Cogió el móvil del asiento del copiloto. La pantalla le iluminó la cara. Abrió el chat de Nina.

El pulgar buscó el icono del clip. Lo presionó. Compartir ubicación en tiempo real. El mapa cargó bajo la lluvia y el punto azul empezó a parpadear en la pantalla. Una señal débil, dos barras, pero suficiente.

Después, abrió la aplicación de correo encriptado. Adjuntó el archivo que había construido durante semanas: las fotografías del Varanex y el Kloritam sobre la mesa del café, los datos cruzados del paciente Aron Thulin y sus propias notas legales. El cortafuegos. Escribió en el destinatario: N. Bergström. Pulsó enviar. La barra de progreso se llenó y el documento voló hacia la bandeja de entrada de Nina.

Presionó el icono del micrófono. La barra roja de grabación apareció en la parte inferior de la pantalla. La mandíbula le crujió al abrir la boca.

—Nina. Voy hacia el aparcamiento de Ulriksdal. Celine me pidió ayuda. Tiene un encuentro con Jim y está atemorizada. No sé qué han previsto. Voy en camino. Te acabo de enviar el expediente.

Tragó saliva. La saliva le bajó espesa.

—Me comunico más tarde. Si no lo hago, espero que sepas qué hacer.

Soltó el botón. El mensaje de voz y el mapa se enviaron juntos. El doble tic gris apareció al pie de la burbuja. Gris, no azul. Nina aún no lo había abierto. Nina aún no lo había abierto. Dormida, ocupada o simplemente harta de contestar sus mensajes.

Dejó el móvil en el asiento. La pantalla se apagó sola y la oscuridad le devolvió el parabrisas cubierto de agua. Había anclado su vida a

un satélite, a una señal de dos barras, a un punto azul parpadeando en la pantalla de alguien que ya no contestaba sus llamadas.
Metió primera. El Volvo avanzó. La lluvia arreciaba contra el techo con un ruido constante, denso, de grava fina cayendo sobre chapa. Los faros cortaban dos túneles cortos de luz en la cortina de agua. Las calles estaban vacías. Eran las once pasadas. Los semáforos cambiaban para nadie.
Giró a la izquierda en Roslagsvägen. El asfalto brillaba negro bajo los faroles y el agua corría por los bordes de la calzada en ríos finos que arrastraban hojas y barro. Un cartel de obras, torcido por el viento, reflejaba los faros un instante y desaparecía. Aceleró. El velocímetro subió a setenta. La aguja del limpia iba y venía y no daba abasto. Conducía inclinado hacia delante, los ojos fijos en el rectángulo de asfalto que el limpiaparabrisas le limpiaba medio segundo cada vez.
El cruce de Bergshamravägen. Semáforo en verde. Entró en la intersección.
El Audi apareció por la derecha. Negro. Sin luces. Cruzando en rojo a una velocidad imposible para una calle urbana. Venía de su lado. El impacto hubiera sido en la puerta del conductor. El pie le bajó al pedal y lo hundió hasta el fondo, y el ABS le tembló bajo la suela y el cinturón le mordió el pecho y la cabeza le fue hacia delante y la mandíbula rota le estalló de dolor y el olor a caucho quemado le entró por la nariz mezclado con el asfalto mojado y las ruedas chirriaron sobre el agua y el Volvo derrapó medio metro hacia la izquierda y se detuvo.
El Audi ya no estaba. La calle vacía. El agua cayendo. Los faros del Volvo iluminando la nada. El motor seguía encendido y el ralentí le vibraba en los pies a través de los pedales. Un olor a frenos calientes se mezclaba con el del asfalto mojado y le entraba por la ventilación. En la acera, una papelera volcada por el viento rodaba despacio hasta detenerse contra un poste.
Apretó el volante. El cuero se le clavó en las palmas. La mandíbula le pulsaba al ritmo del corazón, un golpe sordo cada segundo, exacto, detrás de la oreja izquierda y debajo del pómulo. La respiración le salía corta, rápida, y el vaho le empañaba el parabrisas por dentro.

Arvid Yngström conducía un Audi negro. Un A6 de cristales tintados que aparcaba siempre en la plaza reservada junto a la entrada lateral de la clínica. Lo había visto tres veces. Cuatro. La matrícula empezaba con las letras de Estocolmo.

El Audi que acababa de cruzar iba sin luces. A esa velocidad. En esa dirección. Hacia el norte. Hacia Ulriksdal.

La sala de preparación de la clínica estaba a veinte minutos por esa carretera. La jeringa. El Kloritam. La camilla con las correas de cuero que había descrito Celine la primera vez, cuando aún podía describir cosas sin que la voz se le cortara.

O no era Yngström. Eran los hombres de Jim. Los mismos que se movían de noche, sin matrículas visibles, sin luces, cargando lo que hubiera que cargar y entregándolo donde hubiera que entregarlo. Jim no necesitaba dar órdenes dos veces. Jim daba una instrucción y la maquinaria se ponía en marcha sola.

Daba igual quién conducía el Audi. La dirección era la misma. El destino era el mismo. Y estaba parado en un cruce con la mandíbula rota y las manos apretadas contra el volante.

El semáforo cambió a rojo. Después, a verde otra vez. Nadie pasó. Un autobús nocturno cruzó la calle perpendicular a dos manzanas de distancia, las ventanillas iluminadas y vacías, y desapareció detrás de un edificio.

La lluvia seguía. El motor del Volvo ronroneaba en punto muerto. El limpiaparabrisas barría y barría. Un charco se había formado en el hueco del freno de mano y el agua le brillaba bajo la luz del salpicadero.

Tres meses. Tres meses. Documentos firmados sin leerlos. Informes que convertían desapariciones en traslados voluntarios. Cenas con Jim en restaurantes caros mientras alguien, en algún lugar que él prefería no imaginar, estaba atado a una camilla. Yngström explicando procedimientos con voz tranquila y él sin levantarse de la silla. Callar cuando debía hablar. Hablar cuando debía callar. Sangre que no era suya en documentos que llevaban su firma.

La diferencia entre él y Jim. La buscó. La revisó como se revisa un contrato buscando la cláusula de salida. En los hechos, la lista era la

misma: mentiras, silencios, firmas, complicidad. La única diferencia era que Jim dormía bien.
El retrovisor le devolvió la calle vacía. Negro. Mojado. Sin faros. Miró el retrovisor izquierdo. Lo mismo. Miró el derecho. Lo mismo. Tres espejos devolviendo la misma oscuridad.
Celine estaba en Ulriksdal. Le había pedido ayuda. Tenía un encuentro con Jim y no sabía lo que él había preparado. O lo sabía y por eso había llamado. O lo sabía y por eso había llamado.
El cuero del volante le crujió bajo los dedos. Lo apretaba y lo soltaba y lo apretaba otra vez. La lluvia seguía cayendo. El punto azul seguía parpadeando en algún servidor, en algún satélite, para nadie.
Todo lo demás estaba perdido. Los contratos, la reputación, la versión de sí mismo que presentaba cada mañana en el espejo del baño. Eso ya no existía. Pero Celine no era un contrato. Celine no era una cláusula. Celine era una mujer que se había apartado el pelo de la cara con el dorso de la mano esa mañana en la cocina. No. Él le había apartado el pelo a ella. La memoria le falló un segundo y después volvió. El dorso de su mano. La sien tibia de Celine. El café en la taza con las dos manos.
Eso no se cede, ni se firma ni se entrega en una clínica a las once de la noche bajo la lluvia.
Hundió el pie en el acelerador.
El Volvo rugió y las ruedas traseras patinaron medio segundo sobre el asfalto mojado antes de agarrar. El velocímetro subió de cero a sesenta y de sesenta a noventa y la lluvia golpeaba el parabrisas con tanta fuerza que el limpia ya no servía y los faros cortaban la cortina de agua y la carretera se abría delante recta y negra y vacía hacia Ulriksdal.
El punto azul avanzaba en la pantalla apagada del móvil que vibraba en el asiento del copiloto. Un calor seco le subió por el pecho y le llegó a la garganta.

58
HANSSON

El marco astillado de la puerta cedió bajo el peso de su hombro. Un calambre le trepó por la columna, justo donde la placa antibalas de treinta y dos años le había marcado la carne para siempre.

Dejó la mano apartada del interruptor. La oscuridad del pasillo era información.

El olor lo golpeó primero: pólvora vieja mezclada con sangre seca y ese dulzor rancio de cerveza derramada. La humedad del pasillo se le metió en la garganta, densa, orgánica, el tipo de aire que se pega al paladar y no suelta, aunque tragues saliva. Respiró por la boca. De poco sirvió. Dos pasos. El suelo crujió bajo las suelas con un sonido que el silencio del edificio amplificó hacia el pasillo. Ropa sucia amontonada contra la pared, latas vacías, un cenicero volcado que había esparcido colillas por la moqueta. La cadena de detalles se ordenó sola: treinta y dos años entrando en habitaciones que nadie quería que se abrieran. La linterna del móvil recortó sombras cortas sobre los muebles. Pero el centro de la alfombra lo detuvo en seco.

Tobías yacía bocarriba. La cabeza torcida en un ángulo que la anatomía no permite. Las vértebras cervicales, rotas. Y en el centro exacto de la frente, un agujero limpio, perfecto, del diámetro de un lápiz. Sin quemaduras de pólvora cercana. Sin salpicaduras descontroladas. Solo ese punto negro que lo miraba de vuelta. El tiro era de alguien que había esperado el momento preciso, a la distancia precisa, sin apuro. Eso decía más del encargo que cualquier expediente.

Un sudor frío le bajó por la nuca.

Lo sabía. Lo había sabido desde el momento en que Jonas entregó aquella carta.

El pinchazo en las tripas aquella mañana había sido exactamente esto: el aviso de que el dinero llevaba a algo peor que el escándalo. Anchor Global. El viejo Vik. Treinta millones evaporados hacia cuentas que nadie sabía pronunciar. Había sentido el peso de todo eso y había elegido doblar el informe en cuatro y guardarlo en el cajón. Una rueda de prensa menos. El expediente se cerraba solo y llegaba a la jubilación con la conciencia sin cicatrices visibles. Había elegido. Esa clase de decisiones siempre encontraba la forma de volver.

Se quedó inmóvil.

Tobías estaba tirado en una alfombra empapada, y él lo había puesto allí tan seguro como si hubiera apretado el gatillo. Esa certeza se instaló sin pedir permiso. Sin nombre. Sin posibilidad de negarse a recibirla. Se quedó de pie mirando el cuerpo durante varios segundos que no supo contar.

Se acuclilló. El látex de los guantes crujió contra la chaqueta de Tobías. Vacía. Ni teléfono, ni cartera, ni llaves. Quienes habían estado aquí antes que él se habían llevado todo rastro digital. Los discos duros del ordenador, desaparecidos. Solo los cables colgando de la mesa, sueltos, cada uno conectado a una ausencia planificada. Un trabajo meticuloso, del tipo que cuesta dinero y no improvisa.

Se pasó la mano por la cara. La barba de dos días raspó contra la palma. Treinta y dos años. Y seguía cometiendo el mismo error.

Se incorporó. Tenía que registrar el resto, impulsado por algo más visceral que el protocolo: la necesidad de encontrar algo que lo salvara a él también. Porque si esto era una ejecución, él era el siguiente eslabón. El policía que había tocado el caso y había mirado hacia otro lado. El testigo con demasiado que perder.

Empezó por la cocina. Cajones abiertos de cualquier manera, cubiertos revueltos sobre el suelo, una silla volcada contra la nevera. La puerta del frigorífico estaba entreabierta. El interior olía a leche agria y a algo más difícil de precisar, animal, cerrado. Nada. Pasó al dormitorio. La cama deshecha, un vaso de agua a medio beber en la mesita de noche, el mando de la tele todavía sujeto a la barandilla con un trozo de cinta aislante gris. Encima de la almohada, una arruga profunda donde alguien había apoyado la cabeza por última

vez y no había vuelto a estirar las sábanas. La habitación de un hombre que vivía con la certeza de que alguien vendría, pero que seguía aplazando la huida.

Quienes habían pasado antes habían vaciado los cajones superiores de la cómoda. Ropa interior tirada en el suelo, una navaja barata, monedas. Se habían saltado el inferior: el que tenía el fondo hinchado por la humedad, astillado en la esquina derecha.

Se arrodilló. Las rodillas protestaron contra el suelo de madera. La linterna proyectó la sombra del cajón hacia la pared de fondo, larga y sesgada.

Quien buscaba rastros digitales y dinero en efectivo no perdía tiempo con los cajones que crujen, con los fondos que no cierran bien. Los lugares que parecen rotos son los únicos seguros.

Metió los dedos en la rendija. La madera cedió con un chasquido seco.

Un sobre. Viejo. Manoseado en los bordes hasta que el papel había perdido la rigidez y adquirido la textura blanda del cartón mojado. Escondido bajo un doble fondo improvisado con cartón y cinta de embalar marrón. Tobías lo había guardado allí del mismo modo en que los hombres guardan las cosas que temen: apartándolas de la vista, como si la distancia física pudiera reducir el peso de lo que ya existía. Aplazando. Siempre aplazando.

Lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta sin abrirlo. Aquí no.

El apartamento olía igual que al entrar. Sangre, pólvora vieja, el dulzor rancio del alcohol seco sobre la moqueta. El silencio entre los muebles volcados y los cajones vaciados pesaba más que cualquier ruido que hubiera precedido a todo aquello. Apagó la linterna del móvil.

La oscuridad se cerró a su alrededor. Salió al pasillo sin mirar atrás. Lo que había llegado como el caso de un marido apuñalado tenía ahora otra forma: más limpia, más cara, sin rastro de autoría. Y él era el único con el sobre en el bolsillo.

Fuera, el cielo de Estocolmo parpadeaba con el reflejo blanco de los focos del Tele2 Arena. El tráfico de la Nynäsvägen sonaba lejano y constante, indiferente. Treinta mil personas esperaban a Celine Vik sin saber lo que él llevaba consigo.

59

El motor del Volvo se apagó delante de la casa de Marina. Se quedó un segundo con las manos en el volante. El frío de la tarde le entumecía los dedos desde las puntas, los dos pulgares primero, luego el resto. Fuera, la calle de Eskilstuna estaba vacía. La luz de la cocina de Marina era la única encendida en toda la manzana, amarilla y baja. Salió del coche y el aire olía a tierra mojada y a humo de chimenea lejana, a invierno que no terminaba de irse. La grava crujió bajo sus botas mientras cruzaba el patio. En la maceta junto a la puerta, las flores de plástico que Lars nunca había querido cambiar seguían ahí, grises de polvo.

Llamó dos veces. La puerta se abrió casi al instante. Marina llevaba un jersey gris de lana gruesa, el mismo que se ponía para las noches largas de invierno. Tenía los ojos hinchados pero secos, vaciados, el tipo de cara que queda después de llorar durante horas y secarse con las manos porque los pañuelos ya no alcanzan.

—Inspector —dijo ella, y se hizo a un lado.

Entró. El pasillo olía a café frío y a detergente de lavadora. Un par de botas de Lars seguían junto a la puerta, todavía con el barro seco de la última vez en las suelas, orientadas hacia dentro. Las miró un segundo y siguió hacia la cocina.

Marina ya estaba junto a la mesa, frotándose las manos contra los costados del jersey. Los nudillos, blancos por la presión. Un vaso de agua a medio beber descansaba sobre un posavasos de corcho. La luz del techo caía directa sobre la superficie de madera clara, dejando ver las vetas oscuras que Lars había lijado mil veces. La silla de Lars estaba empujada hacia la mesa. La de Marina, separada. En el centro de la madera, una mancha oscura allí donde Lars había apoyado el vaso cada noche durante años.

La cocina olía a las últimas semanas de Lars: el mismo mantel de hule, la misma ristra de cebollas colgada junto a la ventana, el imán

de Laponia en la nevera. Cada objeto llevaba el peso de alguien que había vivido entre esas cuatro paredes durante décadas y había calculado que seguiría haciéndolo.

Sacó la carta del bolsillo interior de la chaqueta y la colocó sobre la mesa, al lado del vaso. El papel amarillento se curvó ligeramente por la humedad del ambiente. La letra zurda de Lars, inconfundible, llenaba media hoja.

Marina la miró. Un músculo le tembló en la mandíbula.

—Esa es la confesión de Lars —dijo, y se sentó sin esperar invitación —. La entregó el abogado de Celine esta misma mañana en Estocolmo. La policía de Lindqvist ya está rompiendo el cemento de la cabaña.

Ella se quedó de pie. Las manos le buscaron el respaldo de la silla y se aferraron a la madera.

—No entiendo —murmuró.

—Claro que entiende. —Habló bajo, sin alterar el tono—. Lars mató a Camila y la enterró ahí abajo. Usted lo sabía. Quiero saber por qué lo hizo y por qué guardó silencio treinta años.

El silencio se estiró. Fuera, un coche pasó por la carretera principal y el rumor se apagó enseguida. Marina soltó la silla, dio dos pasos hasta la encimera y abrió el grifo. El agua corrió un momento sin que ella llenara nada. Cerró el grifo. El grifo había dejado un círculo húmedo en la encimera. Lo miró sin secarlo. El filo de la encimera le marcaba la espalda a través del jersey. Se giró.

—Camila no desapareció —dijo, y la voz le salió ronca—. Lars me lo contó. Una noche, mucho después. Había bebido más de la cuenta. Dijo que Camila tenía otro. Que se veía con él en la cabaña cuando Lars viajaba.

Permaneció quieto.

—El padre de Tobías era el hombre —continuó Marina. Se le quebró la voz un segundo. Carraspeó. Un técnico de sonido. Venía a Eskilstuna por los festivales. Lars lo descubrió. Discutieron. Ella cayó de espaldas. Un golpe contra el borde de la chimenea. Y después… el cemento. Para que nadie supiera.

El peso de las últimas horas le bajó por los hombros y se le instaló en el pecho. Todo encajaba. Lars, la cabaña, el silencio de treinta

años, el sobre en su bolsillo interior. Se recostó en la silla. La madera crujió bajo su peso. Fuera empezaba a llover, gotas finas contra la ventana de la cocina.

—Usted no tuvo nada que ver con la muerte. —Habló despacio, midiendo cada palabra—. Guardó silencio durante treinta años. Quiero entender por qué.

Marina levantó la vista. Los ojos rojos, secos, la mandíbula apretada contra algo que todavía no se decidía a salir.

—Guardé silencio porque quería que Celine creciera sin saber que su madre había elegido a otro hombre. Que estaba dispuesta a abandonar a su hija por un técnico de sonido que venía cuatro días al año.

Alargó la mano y tocó el borde del folio con dos dedos. El papel estaba frío.

—Ahora la verdad saldrá a la luz —dijo—. Toda.

Marina se quedó callada un rato largo. La lluvia arreciaba en la ventana, fina y constante. Luego extendió la mano y rozó la carta también, justo donde Lars había firmado con aquella letra torcida. Los dedos de los dos en el mismo folio, separados por diez centímetros de papel viejo.

—Lars siempre quiso lo mejor —murmuró—. Lars quería que Celine creciera creyendo que su madre la había querido más que a cualquier otra cosa. —Hizo una pausa. Tragó—. El cemento fue el precio de eso

Guardó silencio. Se levantó despacio. El café frío seguía en la jarra junto al fregadero, con una película oscura en la superficie. Lo dejó donde estaba.

En la puerta se detuvo. La lluvia golpeaba la chapa del Volvo.

—Gracias, Marina —dijo—. Por contármelo así.

Ella volvió los ojos a la carta. Se quedó sentada a la mesa, con el folio original delante y el vaso de agua intacto.

Cerró la puerta tras de sí. El pestillo encajó. Caminó bajo la lluvia hasta el coche y, antes de subir, levantó la vista hacia la ventana de la cocina. La luz seguía encendida, amarilla y baja. Dentro, la silueta de Marina permanecía inmóvil.

El motor arrancó. Metió primera y se alejó por la carretera mojada. En el retrovisor, la casa se fue haciendo más pequeña hasta que solo quedó la luz de la cocina, un punto amarillo en la oscuridad de Eskilstuna.

Puso la calefacción. El salpicadero tardó un minuto en calentarse. Los limpiaparabrisas barrían la lluvia con un ritmo metódico, de ida y vuelta, sin apuro.

El sobre seguía en el bolsillo interior. La cabaña, el cemento, treinta años. Mañana Lindqvist tendría los huesos. Después de los huesos, los nombres.

60
CELINE

El Tele2 Arena abrió puertas a las seis. A las seis y cuarto los primeros grupos ya ocupaban las gradas bajas con vasos de cerveza y bolsas de patatas fritas, formando círculos que iban creciendo a medida que llegaban los rezagados. Un vendedor de camisetas oficiales contaba billetes bajo un paraguas plegado que no había cerrado del todo. Tres chicas con trenzas rubias y banderas suecas pintadas en las mejillas se tomaban fotos contra la barrera del foso. El olor a salchicha y mostaza se mezclaba con el del asfalto mojado que entraba por las compuertas laterales.

En el escenario, los técnicos ajustaban los últimos volúmenes. Un guitarrista de la banda de apertura afinaba una cuerda sola; el mismo la agudo repitiéndose cada tres segundos hasta fundirse con el murmullo del público. El ingeniero de sonido mascaba chicle frente a la mesa de mezclas, moviendo faders con el índice mientras hablaba por el pinganillo. Los altavoces escupieron un golpe de bombo que retumbó en el pecho de las primeras filas y arrancó un aplauso anticipado.

El camerino era una habitación de bloques de hormigón pintados de blanco con un espejo rodeado de bombillas. La mitad parpadeaba o había fundido del todo, y el espejo devolvía una cara a medias iluminada, a medias en sombra. Sobre la mesa, una botella de agua sin abrir, un pintalabios y el setlist impreso en papel A4 con los títulos subrayados en bolígrafo. Doce canciones. La última, al final de la hoja, sin subrayar.

Utan kompass.

Miró el setlist hasta que las letras dejaron de tener peso. El papel tenía una arruga en la esquina derecha donde lo había doblado y

desdoblado dos veces antes de entrar. Lo alisó contra la mesa con la palma. No sirvió de nada.
La puerta se abrió sin que nadie llamara. Jim Halderman entró con la chaqueta abotonada y se quedó de pie junto al marco. Cruzó los brazos. La postura de siempre: el hombre que gestiona el tiempo de los demás.
—Diez minutos.
Salió. La puerta se cerró despacio. El espejo devolvió la imagen de una mujer con los ojos demasiado abiertos, el rímel intacto, la boca apretada. Esa mujer iba a subir al escenario y cantar durante noventa minutos ante cincuenta mil personas. Esa mujer iba a sonreír.
Los focos golpearon la piel al salir del lateral. El calor era inmediato, físico, una pared de temperatura que empujaba desde arriba. El estadio rugió. Cincuenta mil gargantas comprimidas en un solo sonido que subió desde el foso hasta las gradas altas y rebotó contra el techo. Los teléfonos móviles encendieron sus linternas y el estadio se llenó de puntos blancos que oscilaban despacio, una marea de luz que se extendía hasta donde la vista alcanzaba.
La primera canción arrancó con un acorde de sintetizador que llenó el espacio. Cantó. Después continuó con dos canciones más. Los monitores de retorno devolvían el sonido con medio segundo de retraso, creando la ilusión de que la voz venía de todas partes. Las caras de la primera fila se distinguían una por una: bocas abiertas, ojos cerrados, manos levantadas. Más atrás, la oscuridad devoraba los rostros y solo quedaban siluetas y luces.
En el lateral izquierdo, junto a la consola de sonido, Jim. Los brazos cruzados. La silueta del traje oscuro recortada contra los indicadores verdes del mezclador. Vigilaba el escenario con la misma atención con la que vigilaba todo.
Cada parpadeo devolvía la misma imagen. El jardín de Bromma. La grava. Jonas cayendo. Tres sombras saltando el muro. Y después Jim entrando en el dormitorio con el traje sin una arruga, las manos limpias, diciendo que Jonas se había marchado porque no podía con la presión. El cuello de Jim olía a pólvora cuando se inclinó para decirlo.

Sonrió. Un gesto ensayado mil veces frente al espejo del camerino. El público lo interpretaría como gratitud. Jim, como control.
La cuarta canción. La quinta. La sexta. El setlist avanzaba y Jim seguía inmóvil en el lateral. En algún punto entre la séptima y la octava, los focos azules barrieron el estadio de fila en fila y por dos segundos la cara de Jim quedó iluminada: la mandíbula apretada, los ojos fijos en el escenario, la expresión de alguien que espera que algo salga mal para poder señalarlo.
Quedaba una canción. La última del setlist. La que no tenía subrayado.
Los focos bajaron hasta dejar el escenario en penumbra azulada. El estadio se fue aquietando por grados: primero las gradas altas, después las medias, después el foso. Los vasos dejaron de chocar. Las últimas conversaciones se apagaron de fila en fila hasta que solo quedó el zumbido eléctrico de los focos y cincuenta mil personas mirando el círculo de luz donde una mujer sostenía un micrófono.
—Esta canción la escribí para alguien que ya no está.
Habló sin micrófono. Las primeras filas la escucharon en crudo. Las últimas tardaron medio segundo en recibirla a través de los altavoces.
Las cámaras se acercaron. Las pantallas gigantes del estadio mostraron el primer plano: los ojos brillantes bajo los focos, el rímel corrido en la línea inferior, la boca temblando antes de formar la primera sílaba. Cincuenta mil personas vieron esa cara multiplicada en cuatro pantallas de doce metros.
Entonces las palabras salieron en sueco. *Jag följer linjer där du försvann. Min blanka karta, utan kompass.* Cada sílaba dirigida a un punto del estadio donde Jonas debería estar y no estaba. El trazo donde desapareciste. El mapa en blanco. Sin brújula.
La voz se quebró en los tonos agudos. La quiebra llegó sola, desde el mismo lugar del cuerpo que había producido el llanto en la cocina del apartamento. Las cámaras registraron cada segundo: la garganta contrayéndose, los ojos desbordados, la mano izquierda apretando el soporte del micrófono hasta blanquear los nudillos. Esa imagen se multiplicó en las cuatro pantallas del estadio y las primeras filas dejaron de cantar. El silencio subió de fila en fila, de las gradas

medias a las altas, hasta que el estadio entero se quedó en una única respiración retenida. Focos fijos. Cámaras fijas. Cincuenta mil personas con el aire dentro.
El susurro llegó al micrófono. Los altavoces lo llevaron hasta el techo.
Himlen står kvar.
El cielo sigue ahí.
Cincuenta mil gargantas estallaron. El rugido arrancó desde el foso y trepó grada por grada hasta golpear el techo y volver a caer. Los primeros acordes de la canción entraron sobre esa ola de sonido y encontró la melodía entre los restos del llanto, todavía húmeda, todavía rota, y por eso más real que cualquier nota ensayada. Las pantallas mantenían el primer plano. Cincuenta mil personas cantaban una canción que solo una de ellas entendía del todo.
El último acorde se apagó. Los focos bajaron a penumbra. El estadio seguía rugiendo. La inclinación comenzó despacio, desde la cintura, bajando centímetro a centímetro hasta que el pelo rozó el suelo del escenario. Los gritos rebotaban contra la espalda curvada. Permaneció así cinco segundos, diez, con la cabeza invertida y la sangre bombeando en las sienes, el sonido del estadio llegando desde el nivel del suelo, reverberando contra el hormigón bajo los pies.
Se enderezó. Los focos subieron. El rímel trazaba dos líneas negras desde los ojos hasta la mandíbula. La sonrisa se quedó en algún punto del camino. El público aulló más fuerte.
Caminó los doce metros hasta el lateral con los focos todavía encendidos a sus espaldas. Cada paso sobre el suelo del escenario resonaba amplificado, distinto al cemento del pasillo. Antes de cruzar el umbral, volvió la vista al foso una sola vez: las caras de la primera fila, los teléfonos en alto, los brazos extendidos hacia el lateral como si pudieran alcanzar algo que ya había pasado.
Desde el lateral, Jim con los brazos cruzados en la misma posición de noventa minutos antes. El único punto fijo en un estadio de cincuenta mil cuerpos en movimiento.
El rugido del público quedó atrás al cruzar el lateral. Las paredes de hormigón del pasillo técnico lo amortiguaron en tres pasos. El suelo

era cemento pulido, frío a través de las suelas. Los fluorescentes del entre bastidores zumbaban con una frecuencia aguda que se instalaba dentro del cráneo. El olor cambiaba también: sudor, cable caliente, el plástico quemado de los focos que llevaban horas encendidos. El pasillo olía al otro lado del espectáculo.

Se detuvo junto a la mesa técnica de utilería. El teléfono, apoyado junto a las botellas de agua, parpadeaba. Lo recogió.

Doce llamadas perdidas. Todas del mismo número. Jonas.

Lo sostuvo en la palma un momento. La pantalla se iluminó de nuevo mientras lo miraba: otro mensaje entrando. El nombre de Jonas ocupaba la mitad del historial de llamadas. La otra mitad: silencio de semanas.

Los dos escoltas esperaban tres metros más adelante. Uno miraba el techo. El otro, el suelo. Formados para no ver lo que no se les encarga.

Desbloqueó el teléfono.

Tres semanas. Tres semanas desde Bromma y Jonas seguía llamando. Eso decía algo sobre él. También decía algo sobre ella, que había necesitado tres semanas para decidir qué hacer con esa lealtad.

Pensó en el jardín de Bromma. La grava. Jonas cayendo. Pensó en el cuello de Jim oliendo a pólvora mientras explicaba que todo había sido voluntario. Jonas vendría si ella le pedía ayuda. Eso lo sabía con la misma certeza con la que sabía el orden de su setlist: vendría aunque ella hubiera tardado semanas en contestar, aunque le hubiera dicho que se marchara. Vendría porque era la clase de persona que viene.

La pregunta era si quería usarlo sabiendo lo que podía encontrar al llegar.

Los pulgares se movieron sobre la pantalla.

«Jonas, me están sacando de aquí. Jim ha organizado una cena privada de felicitación en el aparcamiento de Ulriksdal para hablar del proyecto de los nuevos conciertos. Sospecho que es una maniobra peligrosa para aislarme. Estoy en manos de los guardaespaldas y no me siento nada segura. Por favor, ayúdame.»

El pulgar se detuvo sobre la pantalla. Enviar ese texto significaba poner a Jonas en el camino de Jim. Directo. Con su propia lealtad como carnada.
Lo pulsó. El doble indicador gris se transformó en azul al instante. Guardó el teléfono. Levantó la vista hacia los escoltas.
—Vamos.
Dos hombres de traje oscuro flanqueaban el pasillo. La marcha hacia la rampa de salida estaba trazada de antemano: cada giro, cada puerta cortafuegos, cada tramo de escalera llevaba al mismo punto, y los dos hombres lo conocían de memoria.
La rampa descendía hacia el aparcamiento subterráneo. El aire cambió: cemento húmedo, gasoil, caucho caliente. El olor denso y encerrado de los sitios que nunca reciben luz natural. Las paredes de la rampa tenían marcas de vehículos a la altura del espejo retrovisor, rayas blancas y negras acumuladas durante años. Un Mercedes negro esperaba con el motor encendido y los faros apagados, la carrocería casi invisible contra el hormigón oscuro.
Un grito.
Lejano. Deformado por la reverberación del hormigón. Una voz masculina que luchaba contra los restos del rugido público colándose por las compuertas de ventilación. Dos palabras llegaron rotas, irreconocibles.
Se detuvo en la rampa. Los escoltas siguieron caminando. Uno abrió la puerta trasera del Mercedes. El otro mantuvo la posición.
Otra vez. El grito rebotó contra el techo debajo del aparcamiento. Esta vez, entre la distorsión acústica, un fragmento se abrió paso: algo que sonaba a un nombre.
Jonas.
Un tirón seco en el estómago. Jim dijo que se había ido. Jim dijo que no podía con la presión. Pero Jim olía a pólvora.
Una mano se posó en la base de la espalda. Firme. La presión era clara, lista para convertirse en fuerza si hiciera falta.
—Vamos.
La voz de Jim. Baja. Sin inflexión.
Entró en el Mercedes. La puerta se cerró con un chasquido hermético que cortó el aire del exterior de golpe. El rugido del

estadio, el eco del grito, el zumbido de los fluorescentes: todo desapareció en el mismo instante, reemplazado por el silencio tapizado del habitáculo y el ronroneo del motor diésel.
A través del cristal tintado, el aparcamiento era grises y sombras. Una figura acababa de irrumpir por la zona técnica. Corría. Tropezaba. Caía de rodillas a diez metros del coche.
Apoyó la mano derecha contra el cristal. Frío. Grueso. Al otro lado, la figura estaba en el suelo. Algo oscuro le cubría la mitad de la cara.
El cristal devolvió un reflejo. Una mujer de ojos abiertos, maquillaje corrido, la boca formando un sonido que no salía. Esa mujer tapaba la imagen de la figura arrodillada. Los dos en el mismo vidrio, uno encima del otro, sin forma de separar el dentro del fuera.
Arrancó sin ruido. El aparcamiento giró lentamente tras el cristal hasta desaparecer. La figura en el suelo se encogió, se redujo, se borró.
Jim miraba la carretera. El conductor, también. Nadie miraba hacia atrás.
La mano seguía contra el cristal. La palma plana contra el vidrio, los dedos extendidos, sin presionar. El gesto de alguien que se despide y el gesto de alguien que pide que no se vayan, los dos al mismo tiempo, indistinguibles desde dentro.

.

61

Se hundió más en el asiento del Volvo. La lluvia tamborileaba sobre el techo y el agua corría por el parabrisas en líneas gruesas que el limpiaparabrisas no alcanzaba a barrer del todo. El coche estaba parado frente al Tele2 Arena, motor apagado, luces interiores apagadas. Dentro del estadio, Celine cantaba. El bajo retumbaba a través del asfalto mojado y hacía vibrar el chasis del Volvo. Cada golpe de batería le llegaba al hueso roto de la mandíbula. El pinchazo caliente le subía hasta la sien y le bajaba otra vez hasta el cuello.

La lengua recorrió los dientes. El sabor metálico de la sangre vieja le llenó la boca. Él había entregado la carta a Hansson. Él había firmado el papel que metió a Celine en todo esto. Ahora ella estaba allí dentro, cantando para miles de personas, y él aquí fuera, con las palmas sudadas pegadas al volante de cuero. Lo apretó más fuerte. Los nudillos se le pusieron blancos.

El móvil descansaba en el portavasos. La pantalla apagada. El número de Hansson estaba a dos toques. También estaba la opción de no hacer nada y quedarse aquí hasta que la lluvia se llevara el coche entero. Los dedos le tamborilearon sobre el volante y el cuero chirrió bajo la presión Los dedos le tamborilearon sobre el volante y el cuero chirrió bajo la presión.

La noche en que Celine se había quedado dormida encima de él después de follar. Sudorosa, con el pelo pegado a la frente y la respiración todavía rápida contra su pecho. Había dicho su nombre en voz baja, casi como si no quisiera que él lo oyera. La mandíbula le explotó otra vez. Tragó saliva y el dolor se le disparó hasta la órbita del ojo. Derecho mercantil. Principio de proporcionalidad. Evaluación de riesgo antes de cualquier intervención. Pero el calor de la piel de ella contra la suya seguía allí, clavado en el cuerpo.

El móvil vibró en el portavasos. La pantalla se encendió sola y el brillo le dio de lleno en los ojos. Lo agarró con la mano que todavía temblaba un poco. Un mensaje de WhatsApp. De Celine. El pulso se le aceleró en las muñecas. Abrió el chat.

Jonas, me están sacando de aquí. Jim ha organizado una cena privada de felicitación en el aparcamiento de Ulriksdal para hablar del proyecto de los nuevos conciertos. Sospecho que es una maniobra peligrosa para aislarme. Estoy en manos de los guardaespaldas y no me siento nada segura. Por favor, ayúdame.

Las letras se quedaron fijas en la pantalla. El aire del coche se volvió más denso. Por un segundo, la súplica era auténtica. Ella había bajado las defensas. Lo estaba llamando igual que aquella noche en que se derrumbó entre sus brazos y le pidió que no se fuera nunca. Los dedos le apretaron el móvil hasta que la funda de silicona crujió. Leyó otra vez. Ulriksdal. La clínica de Yngström. Una trampa. Lo procesaba con cada circuito de abogado mercantil que tenía activo. Pero el cuerpo no le hacía caso. El cuerpo recordaba cómo ella lo montaba, mirándolo a los ojos, y cómo sus uñas le arañaban los hombros cuando llegaba al final.

La pantalla se apagó sola. El coche olía a cuero mojado y a su propio sudor. Fuera, la lluvia seguía cayendo. Dentro del estadio, Celine seguía cantando. Se pasó la mano por la cara. La mandíbula le latía al ritmo del pulso. Había que decidir. Ahora.

Llamar a Hansson. Opción lógica. Hansson tenía contactos en la fiscalía y podía mover a la policía en menos de una hora. Pero los tiempos no cuadraban. La comisaría más cercana a Ulriksdal tardaría mínimo dos horas en conseguir una orden de registro. La burocracia sueca no perdonaba ni en casos urgentes. Había visto expedientes similares pudrirse en el escritorio de un fiscal adjunto durante días enteros. Y Yngström no era idiota. En cuanto olfateara movimiento policial, inyectaría el Kloritam mezclado con Varanex. Los informes internos de Anchor Global lo detallaban con frialdad contable. El Varanex borraba los recuerdos a largo plazo en menos de cuarenta minutos. Después de eso, Celine no recordaría ni su propio nombre. Mucho menos lo que había pasado entre ellos dos.

Un calor le subió por la nuca y le bajó hasta los hombros. La primera vez que entró en la clínica de Yngström. El olor a desinfectante barato mezclado con algo dulce y químico que se pegaba a la ropa. Pasillos blancos. Puertas sin picaporte por fuera. Las camas tenían correas disimuladas bajo sábanas limpias. Jim lo había guiado por el ala norte con las manos en los bolsillos del abrigo, señalando habitaciones con el mentón.

—Los pacientes salen limpios —había dicho Jim sin detenerse—. Sin memoria, sin problemas. Gestión de riesgos, nada más.
Había asentido entonces porque era la vía más rápida para cerrar el expediente. Un abogado que asiente es un abogado que transfiere responsabilidad. Lo aprendió en su segundo año de ejercicio. Ahora el mismo mecanismo le rebotaba en la cabeza. Si llamaba a Hansson, ganaba tiempo legal. Si no llamaba, perdía a Celine para siempre. El cálculo de riesgos más elemental que existía, reducido a dos variables.
Celine riendo contra su cuello después de correrse, con la voz ronca y feliz.
—Contigo me siento segura.
El estómago se le contrajo. La lógica procesal decía que esperara. Que dejara actuar a los profesionales. Que un abogado mercantil no conduce solo de noche hacia una clínica custodiada por seguridad privada de una corporación. Pero el cuerpo no escuchaba. El cuerpo quería arrancar el coche ya mismo y llegar antes de que Yngström preparara la jeringa.
Se frotó los ojos con fuerza. La mandíbula le ardía. Jim e Yngström tenían seguridad, protocolos, todo el sistema de Anchor Global detrás. Un solo civil entrando sin autorización era una variable que cualquier protocolo de contención podía neutralizar en menos de tres minutos. Lo había leído en los propios manuales. Pero también conocía el peso exacto de la cabeza de ella en su pecho. El ángulo en que la respiración de Celine le rozaba la clavícula cuando se quedaba dormida. Esos datos no aparecían en ningún informe.
La boca se le secó. El vaho le empañaba el parabrisas desde dentro y la silueta del estadio se disolvió en una mancha de luces difusas. El

impulso que siempre había despreciado en sí mismo —el de intervenir cuando nadie se lo pedía, el de añadir su cuerpo a ecuaciones que no lo requerían— le subía por la garganta. La mente seguía gritando que llamara a Hansson. Que esperara la orden judicial. Que no se metiera solo en una operación que excedía cualquier mandato profesional. Pero la mandíbula le latía al ritmo de su propio pulso y el recuerdo de la piel de Celine le quemaba por dentro.

Metió la llave en el contacto. El motor del Volvo rugió al encenderse. Los limpiaparabrisas empezaron a barrer la lluvia con ese chirrido metálico de siempre. Soltó el freno de mano. El coche se movió hacia delante y los neumáticos salpicaron agua sucia contra los bordillos.

La carretera hacia Ulriksdal se abría delante de él, negra y brillante bajo la tormenta. El dolor en la mandíbula le subía hasta los ojos con cada latido. Iba directo a la trampa. Cada parte racional de su cerebro se lo confirmaba. Pero el cuerpo ya había decidido. El cuerpo solo quería llegar antes de que fuera demasiado tarde.

El Volvo aceleró bajo la lluvia y el sonido de los neumáticos sobre el asfalto mojado llenó el coche entero.

.

62
HANSSON

Empujó la puerta del camerino con el hombro, aplicando más fuerza de la necesaria. La puerta cedió sin resistencia. Adentro no había nadie empujando desde el otro lado.

El acorde final en Fa sostenido todavía vibraba en algún lugar entre las paredes del estadio y los huesos del cráneo. Agudo. Casi doloroso. El tipo de frecuencia que atraviesa cincuenta años de servicio, doscientos cadáveres catalogados y un divorcio firmado en mesa de cocina. Los vellos de los antebrazos seguían de punta. Se los aplastó con la palma de la mano y los dedos le temblaron al hacerlo.

Durante dos horas, en la oscuridad de la grada lateral, la orden de vigilancia dejó de existir. Las cuentas en Panamá dejaron de existir. Los movimientos bancarios triangulados a través de Chipre, las facturas falsas de Blue Horizon que Nina filtró esa mañana, todo se disolvió en el bajo y la batería y esa voz que abría el pecho del auditorio entero con cada frase.

Quince mil personas a mil coronas la entrada. Dos horas de pie, sudando, gritando. Celine Vik tocaba y la grada entera se movía al unísono, sin coreografía, sin instrucciones. Pura reacción animal. En treinta años de trabajo policial había visto a multitudes enfurecidas, multitudes en pánico, multitudes borrachas destrozando mobiliario público. Nunca había visto a quince mil personas llorando al mismo tiempo.

«Sin brújula» empezó y la mandíbula se le tensó sola. Su propio divorcio. Los papeles firmados en una mesa de cocina manchada de café a las seis de la mañana, con Karin ya vestida para irse y la maleta junto a la puerta. Su hija, a la que no veía desde hacía seis meses. La voz de Elsa por teléfono cada domingo era más corta,

más educada, más ajena. Esa mujer en el escenario tenía el don de abrir la basura de los demás, ponerla bajo un foco de diez mil vatios y convertirla en algo que dolía de otra manera. Tragó saliva. Le costó.

Y ahora tengo que ponerle las esposas. Tengo que romperle las muñecas que acaban de crear eso.

Entró al camerino esperando encontrar a la artista derrumbada en el sofá después del éxtasis. Encontró silencio. Una habitación blanca, clínica, vacía bajo la luz fluorescente que zumbaba con el calor acumulado del verano y de los focos. Un espejo de cuerpo entero rodeado de bombillas encendidas que iluminaban la nada. La silla frente al tocador estaba girada en ángulo, a medio camino entre la mesa y la puerta. Alguien se levantó deprisa. Avanzó. Los zapatos de suela de goma chirriaron sobre el linóleo.

Inspeccionó la sala. Era una escena del crimen, aunque no hubiera sangre. Era la escena de una desaparición. Un ramo de rosas rojas —seguramente de algún patrocinador— yacía tirado sobre el sofá de cuero negro, los pétalos curvados hacia adentro por el calor de la sala, empezando a marchitarse. Una botella de agua a medio beber sudaba condensación sobre la mesa de maquillaje, dejando un anillo de humedad en la madera laminada. Toallas blancas en el suelo, manchadas de base color piel y rímel negro. Se quitó el maquillaje antes de irse. Se quitó el personaje. Salió del estadio con otra cara.

Se giró hacia la puerta. Un técnico de sonido con una camiseta de AC/DC empapada en sudor esperaba en el umbral. El chico olía a cerveza rancia y a miedo. Tenía las manos metidas en los bolsillos y el peso del cuerpo cargado en la pierna izquierda, listo para irse.

—¿Dónde está? —preguntó sin girarse del todo.

—Se fue, inspector.

—¿Cuándo?

—Hace veinte minutos. No quería ver a nadie. Necesitaba aire. Eso fue lo que dijo.

—¿Salió sola?

—Creo que sí. Llevaba una maleta pequeña. De cabina.

Se giró del todo. El técnico dio medio paso atrás.

—¿Y nadie pensó en detenerla? ¿Nadie pensó que era raro que la estrella se fuera antes de que se encendieran las luces del estadio?
El técnico se encogió de hombros.

—Es Celine Vik, inspector. Nadie le dice qué hacer. Si ella quiere irse, se va.
Apretó los dientes. El alivio y la furia le llegaron al mismo tiempo y se anularon entre sí. No tendría que arrestarla todavía. No tendría que ver cómo la luz se apagaba en los ojos de ella al leerle los derechos, con la música aún resonando en la cabeza. Pero esa huida repentina era el jaque mate de una partida que ella jugó sola mientras los demás miraban el tablero equivocado.
La canción «Adiós Último Mundo» operaba ahora con otra luz. Una confesión descarnada. Una nota de suicidio social firmada ante quince mil testigos. Y él en la grada, aplaudiendo, con la boca abierta, mientras ella se despedía en su cara y daba las gracias por venir. Los aplausos eran la coartada. El bis era la cortina de humo. Cada minuto de música extra le regalaba un minuto más de ventaja sobre la carretera.
—Mierda —dijo entre dientes. Salió del camerino. Caminó rápido por el pasillo de hormigón, sofocante, pintado de ese gris institucional que tienen todos los estadios del mundo. Dos periodistas le cerraron el paso con micrófonos extendidos. Reconoció a uno de la SVT; al otro no. Olían a colonia barata y a urgencia.
—Inspector, ¿sabe dónde está Celine? ¿Es cierto que hay una investigación por fraude?
Los apartó con un brazo, sin frenar. Empujó la puerta de salida de emergencia con ambas manos. La barra antipánico cedió con un chasquido metálico y el aire de la noche entró de frente, húmedo, pesado, cargado de electricidad. Olor a ozono y a asfalto caliente que empezaba a enfriarse bajo la amenaza de lluvia. Olor a ciudad cansada después de una fiesta.
El estacionamiento VIP estaba casi vacío. Los camiones de la gira ocupaban las plazas del fondo, con las puertas traseras cerradas y las cabinas a oscuras. Un par de coches de seguridad con los

motores apagados. Contó vehículos: siete en total. Ninguno azul. Fue directo a la garita. Golpeó el cristal con los nudillos.
—La grabación de la salida trasera. Ahora.
El guardia, un hombre mayor con la camisa del uniforme abierta en el cuello y una mancha de mostaza en la solapa, se sobresaltó. Tecleó con dedos torpes. El monitor parpadeó. Blanco y negro. Grano grueso. 23:53.
La imagen era borrosa, pero inconfundible. Un Cadillac azul saliendo despacio de la rampa. Sin prisa. Sin rechinar ruedas. La fluidez de alguien que tiene el horario calculado al segundo.
—Haga zoom en la matrícula —dijo.
La imagen se pixeló.
—No se lee bien, inspector. Parece extranjera. O falsa.
—Es falsa.
La matrícula estaba desenfocada, pero la estructura era incorrecta. Tres letras donde el formato sueco exige tres números. Placa clonada o directamente inventada. La pantalla congelada mostraba el coche brillando bajo la luz de las farolas del parking, saliendo hacia la rampa norte. Mientras cantaba sobre dolor y pérdida y padres muertos, la ruta ya estaba trazada. Los tiempos de semáforo, calculados. Los saldos bancarios en las Islas Caimán, ya en movimiento. Cada minuto en el escenario fue un minuto ganado sobre cualquier persecución.
Sacó el teléfono. Llamó a la central. El pulgar resbalaba sobre la pantalla por el sudor.
—Ubiquen el móvil de Celine Vik. Triangulación de emergencia. Protocolo 7B, autorización del inspector de guardia.
Diez segundos de silencio. El sonido de teclas al otro lado. La operadora carraspeó antes de hablar.
—Apagado a las 23:55, inspector. Última señal en la torre de Globen. Luego nada.
Colgó. Secó el sudor de la frente con el dorso de la mano. Media hora de ventaja. Un coche potente con matrícula falsa en una red de autopistas que se bifurcaba en cuatro direcciones antes de llegar a Södertälje. El área de búsqueda se multiplicaba por cada minuto que pasaba. A las dos horas sería inabarcable.

Caminó hacia el Volvo gris aparcado en zona prohibida. El ticket de la multa le asomaba bajo el limpiaparabrisas, mojado, la tinta corriéndose. Lo arrancó y lo tiró al suelo. Se sentó. El cuero del asiento quemaba a través de la tela del pantalón. Bajó la ventanilla con la manivela, que giró con resistencia. El aire acondicionado llevaba roto desde junio y el interior olía a tabaco viejo y a café derramado en la alfombrilla del copiloto.

Los dedos tamborilearon sobre el plástico recalentado del volante. La central perdió la señal en Globen. Treinta y dos minutos atrás. Celine Vik iba en un Cadillac azul con placa falsa y teléfono apagado. La ventaja crecía con cada segundo que él pasara sentado en este coche.

—¿Inspector? —La voz de la periodista sonaba atropellada, al borde del quiebre—. Es Jonas.

Un frío le bajó por el esternón y se le instaló en el estómago. El zumbido de la calle y el calor del coche desaparecieron de golpe.

—Tranquilícese. ¿Dónde está?

—Ulriksdal —dijo Nina. La respiración le temblaba al otro lado de la línea—. Me envió su ubicación en tiempo real y un mensaje de voz. Jim Kowalski y Celine se encontrarán allí con él. Inspector, Jonas sabe lo del fraude financiero. Sabe demasiado. Si Jim lo tiene acorralado en esa clínica… temo por su vida. Tiene que ir de inmediato. Yo voy conduciendo hacia allá.

Ulriksdal. Al norte. El aparcamiento del Wärdshus quedaba a cuarenta minutos si las patrullas de Solna respondían rápido. Pero la jurisdicción era de Solna, no de Estocolmo centro. Había que pasar la solicitud por el turno de noche de la comisaría de Solna, esperar a que el oficial de guardia validara la intervención y rezar para que hubiera una unidad disponible que no estuviera cubriendo el dispositivo de salida del estadio. La información encajaba con el expediente que Nina le puso sobre la mesa en la cafetería esa mañana. Las facturas. Las sociedades pantalla. Los nombres cruzados. Si la mitad de lo que esa mujer documentó era cierto, Jonas Pérez tenía los minutos contados.

—Escúcheme bien, Nina —dijo—. Dé la vuelta. No se acerque a ese recinto. Son gente peligrosa y no quiero dos cadáveres en mi

jurisdicción.
—¡No voy a dejarlo solo!
—No está solo. Voy para allá.
La línea murió. El tono plano de la llamada cortada llenó el habitáculo. Tiró el teléfono en el asiento del copiloto. Las manos le temblaban sobre el volante. Acababa de perder a su principal sospechosa. Celine se esfumó en un Cadillac con placa falsa y teléfono muerto. Pero la masacre corporativa que arrastró durante meses en el fondo del cajón estaba a punto de estallarle en la cara si no llegaba a Ulriksdal antes de que Jim Kowalski terminara lo que fuera que tenía planeado.
Giró la llave de contacto. El motor del Volvo tosió dos veces antes de arrancar. La aguja del combustible osciló y se detuvo un milímetro por encima de la reserva. Metió primera y soltó el embrague de golpe. Los neumáticos chirriaron contra el asfalto mojado del aparcamiento y el coche salió hacia la rampa de salida con el volante girado a la izquierda, rumbo norte, rumbo a la E4.
En el retrovisor, las luces del estadio se apagaron una por una. El concierto terminó.
.

63
JONAS

La resina de los pinos le pegaba los dedos a la corteza. Llevaba veinte minutos detrás del tronco más grueso, en cuclillas, con las rodillas clavadas en la tierra húmeda. El aparcamiento de Ulriksdal se extendía delante: asfalto negro, farolas amarillas, el olor a grasa de cocina del restaurante de carretera mezclado con el aire tibio que todavía soltaba el suelo. Un mosquito le zumbaba cerca de la oreja izquierda. Lo espantó con la mano y la resina le dejó un hilo pegajoso entre el pulgar y el índice.

El Volvo oscuro de Jim frenó sobre la grava. El motor se apagó. La puerta se abrió sin prisa. Jim bajó con la chaqueta abierta y una carpeta en la mano. Caminó hasta el centro de la explanada. Se plantó ahí, pies separados, el peso repartido, la carpeta contra el muslo. Dueño del espacio.

—Europa apenas cubrirá la inversión inicial. —La voz le llegó limpia entre los pinos. Jim hablaba hacia la oscuridad del aparcamiento, hacia alguien que todavía no había salido del Cadillac—. Berlín, Ámsterdam, Oslo. La promotora ha validado la logística, pero el margen de error tiene que ser cero. Cero.

La puerta del Cadillac se abrió. Celine cruzó la distancia entre el coche y Jim sin vacilar. Las suelas crujieron sobre la grava. Recibió la carpeta. La abrió. Pasó una página. La luz amarilla de la farola más cercana le iluminó la mandíbula y el cuello. Estaba maquillada para el escenario todavía. Base gruesa, pómulos marcados. A seis metros, los dos juntos, y ninguno lo había visto llegar.

Un ácido caliente le subió por el esófago hasta la base de la lengua. La garganta se le cerró un instante. Se puso de pie. Las rodillas crujieron. Salió de detrás del pino y la grava sonó bajo las suelas.

—Sé lo que hace Yngström en la clínica. —Las palabras le salieron rotas, demasiado rápido, amontonadas unas sobre otras—. El Varanex. El Kloritam. Les rompen la cabeza a la gente y después la vuelven a montar a su medida. Tú lo diriges todo.
Jim cerró la carpeta. Lo miró un segundo. Sin sorpresa. Sin urgencia. La misma expresión con la que revisaba columnas de números en una hoja de cálculo.
—Jonas. —La voz de Celine salió plana. El mismo tono con el que habría pedido un cambio de proveedor en una reunión de logística. Ni un temblor. Ni una pausa.
El golpe le entró por detrás de la oreja derecha. Las rodillas cedieron antes de que el cuerpo pudiera corregir el equilibrio. La grava le raspó las palmas. Un zumbido le llenó el cráneo y las luces del aparcamiento se partieron en líneas verticales. La boca le supo a cobre.
El suelo le llegó a la cara. Asfalto caliente. Tierra. Grava incrustada en la mejilla. Los zapatos de Jim. Cuero italiano, suela fina, limpios. A treinta centímetros. La punta derecha girada levemente hacia fuera.
Jim se agachó. La voz le entró directa en el oído, baja, con olor a menta y a colonia cara.
—Yngström tiene una suite habilitada. En tres semanas no vas a recordar nada de esto.
Se incorporó despacio. Se sacudió las rodillas. Dio media vuelta y caminó hacia el Volvo. Sin mirar atrás. La grava crujía bajo cada paso con la regularidad de un metrónomo.
Celine estaba de pie junto a la puerta abierta del Cadillac. Lo observó. A él, tirado en la grava, con la cara hinchada y las palmas en carne viva. Un segundo. Dos. La boca de ella no se movió. Los ojos tampoco. Dio media vuelta, se metió en el coche y cerró la puerta. El golpe le retumbó en el pecho más que el impacto en la nuca.
Celine.
Los dedos se le cerraron sobre la grava. Las piedras pequeñas se le clavaron en la carne abierta de las palmas. Ella. Desde el principio. Y acababa de dejarlo ahí tirado, en el suelo, entre la tierra y la grasa

del asfalto, mientras se subía al coche y cerraba la puerta sin bajar la ventanilla.
El motor del Cadillac arrancó. Los neumáticos trituraron la grava marcha atrás. Los faros rojos se alejaron entre los pinos y la oscuridad se los tragó.
Un motor diésel rugió a la espalda. Una furgoneta Mercedes negra entró en la explanada marcha atrás y frenó a tres metros. Sin matrícula trasera. Las puertas se abrieron. Luz LED blanca. Dos hombres bajaron con botas tácticas y chalecos oscuros, guantes de nitrilo, movimientos coordinados. El tercero esperaba dentro, junto a una camilla plegable y un maletín metálico abierto. Tubos. Ampollas. Cinta adhesiva médica. Todo dispuesto en línea, todo etiquetado.
Lo agarraron de los brazos. Los guantes de nitrilo le apretaron los bíceps. Lo levantaron del suelo en un movimiento limpio, sin esfuerzo, con la eficiencia de un procedimiento repetido cien veces. Las botas arrastraron grava. La rampa metálica de la furgoneta le vibró bajo la espalda. El techo interior era bajo, acolchado, con anillas de sujeción soldadas al metal.
—Objetivo asegurado. —La voz era plana, sin acento, una frecuencia diseñada para no dejar huella en la memoria.
Un inyector automático le presionó el cuello. El clic del mecanismo. Después, un líquido frío que le entró por la yugular y le avanzó hacia el pecho en una línea recta que podía trazar con los ojos cerrados: cuello, clavícula, esternón. Las luces LED del techo se curvaron. Los bordes de los hombres, de la camilla, del maletín, se volvieron blandos. Los párpados le pesaron.
Lo último que entró fue el olor a desinfectante, el zumbido del motor diésel y la oscuridad cerrándose desde los bordes del campo visual hacia el centro.

* * *

Despertó a trozos. El frío del metal le mordía la espalda a través de la camisa. Algo vibraba debajo. Una rueda golpeaba contra las juntas del suelo. Lo estaban llevando a algún sitio.

Los párpados apenas dejaron ver una rendija borrosa. Luces rectangulares. TUBOS FLUORESCENTES EN EL TECHO. Paneles blancos con juntas grises cada metro. Olía a cloro. A alcohol isopropílico. Y debajo de todo, algo amargo y medicinal que se le pegaba al fondo de la garganta.

La clínica de Yngström. Los músculos del abdomen se le contrajeron contra las correas. Las muñecas tiraron del cuero. El cuero no cedió.

—Jim quiere protocolo completo —dijo una voz a la izquierda. Tono operativo. Sin inflexiones.

La camilla giró a la derecha y el hombro le golpeó contra el borde metálico. En el cristal de una puerta: una cara hinchada con un ojo medio cerrado. Mandíbula desviada. Sangre seca en la comisura. Su cara. Tardó un segundo en reconocerla. El pasillo olía a pintura fresca y a plástico nuevo. Las paredes eran lisas, sin cuadros, sin señalización. Puertas numeradas con placas de acero. Sin nombres.

Una puerta se abrió con un siseo neumático y el frío fue instantáneo. La luz cambió. Más blanca y limpia. La temperatura había bajado diez grados. Un olor a perfume caro se mezclaba con el desinfectante. Suelo de resina gris, sin juntas. Una lámpara quirúrgica apagada en el techo. Un monitor cardíaco encendido junto a la pared, la línea verde plana, esperando señal.

Una mano con guante le separó un párpado. La luz de una linterna le entró en el ojo. El iris se contrajo.

—Respuesta lenta, pero presente.

—¿Ventana de memoria?

—Todavía conserva registro.

—Eso cambiará.

El sonido metálico de una bandeja. El chasquido seco de una ampolla de cristal. El cuerpo entero se le tensó contra las correas. Pecho, muñecas, tobillos. Gruesas. Ajustadas con calma y con práctica. Un golpe de bilis le subió por la garganta. Contra un puñetazo se pueden apretar los dientes. Contra una correa de cuero y una jeringa, el cuerpo solo puede tensarse y esperar.

—Señor Pérez, relájese. —Yngström. La voz le llegaba desde arriba y a la derecha, pausada, con la cadencia de quien lee un prospecto en

voz alta—. La angustia es transitoria. En pocas sesiones, los focos traumáticos perderán cohesión. Después vendrá el alivio.
La aguja le entró en la vena del antebrazo. El líquido estaba frío. Lo notó avanzar bajo la piel, una línea helada que le subió del codo al hombro y le cruzó el pecho. Las luces del techo empezaron a curvarse. Los bordes de las cosas se ablandaron. La voz de Yngström se alejó un metro. Luego dos.
Celine subiendo al Cadillac. La puerta cerrándose. Los faros rojos entre los pinos. La grava en las palmas. El olor a menta de Jim. La voz de ella diciendo su nombre con el tono de quien descarta una factura.
El nombre de Celine todavía estaba ahí. Después, ya no.
Le arrancaron todo.
.

64
HANSSON

El motor tosió una vez y se apagó. Dejó las manos sobre el volante un segundo más de lo necesario, los nudillos blancos bajo la luz verdosa del salpicadero. El aparcamiento de Ulriksdal era un rectángulo de asfalto negro. Vacío. Todas las ventanas a oscuras, todas las plazas libres. Solo el reflejo muerto de las farolas lejanas sobre los charcos y el goteo constante del agua contra el techo del coche, un repiqueteo sin ritmo que se le fue metiendo en la cabeza.

Abrió el termo. Vacío desde las once. Lo cerró y lo dejó en el hueco del reposabrazos. El estómago le ardía con ese fuego bajo que llevaba años instalándose a las mismas horas, entre la última comida y el siguiente café que no llegaría. Cinco horas de sueño. Eso era todo lo que tenía en el cuerpo antes de que el teléfono vibrara en la mesilla. Cinco putas horas.

Marcó el número de Nina sin bajar la vista a la pantalla. El primer tono le sonó demasiado alto dentro del coche cerrado. El segundo rebotó contra las ventanillas subidas. Al tercero, ella contestó.

—He venido —dijo—. Como te prometí.

El silencio del otro lado era el mismo que el del aparcamiento. Largo. Húmedo.

—Pero no te puedo hacer más promesas —siguió—. Y, por favor, tampoco me llaméis con falsas alarmas. Aquí no hay nadie. No sé de dónde sacaste toda esa historia.

Un calor seco le subió por la nuca y le bajó otra vez hasta los hombros. Los dedos le apretaron el volante hasta que el plástico crujió. Soltó el aire entre los dientes.

—¿Sabes cuánto duermo, Nina? Cinco horas. Hoy me las has cortado.

Colgó. El dedo índice le pesó sobre la pantalla un segundo más. La bajó al regazo. El móvil se enfrió entre sus dedos. Fuera, el viento empujaba las copas de los pinos negros que rodeaban el edificio, y las ramas más bajas arañaban la fachada con un chirrido intermitente. Dentro del coche, el silencio le llenó los oídos.

Aquí no hay nadie.

Mañana habría que explicar en la comisaría por qué había quemado gasolina y tiempo en una pista muerta. Otra vez. El formulario de justificación de salidas nocturnas tenía tres campos obligatorios: motivo, resultado, acción posterior. Los tres quedarían vacíos. Y Lindqvist lo esperaría desde el otro lado del escritorio con esa expresión de paciencia agotada que reservaba para los que ya no sabían cuándo parar. El reloj del salpicadero marcaba las dos y cuarenta y tres.

Abrió la puerta. El frío de octubre le golpeó de frente. El aire tenía ese filo mineral de las noches de Estocolmo, limpio y cortante, sin olor a nada salvo a asfalto mojado y a tierra helada. Bajó. Las suelas de los zapatos crujieron sobre la gravilla suelta del borde del aparcamiento. Dio dos pasos. Se detuvo. La respiración le salió en una columna de vaho que se deshizo antes de llegar a la altura de los ojos.

La clínica era un bloque gris de tres plantas que se tragaba la poca luz que había. Las ventanas del segundo piso eran rectángulos oscuros, ciegos, con las persianas bajadas hasta el último listón. Oscuridad y asfalto. El zumbido lejano de la E4. Una cámara de seguridad montada en la esquina del edificio apuntaba hacia la entrada principal, pero la luz roja de grabación estaba apagada. Llevaba apagada, a juzgar por la capa de polvo en la carcasa, semanas.

Treinta y dos años rellenando informes. Motivo de la intervención. Resultado de la intervención. Acción posterior recomendada. Los médicos de urgencias tenían cuerpos. Tenían algo que coser, algo que salvar o perder. Él tenía un aparcamiento vacío a las tres de la madrugada y tres campos en blanco en un formulario.

A lo lejos, al otro lado de la carretera, las luces de un restaurante brillaban amarillas y sucias detrás de un cristal empañado. El viejo

local de carretera donde solía parar antes de que todo se fuera a la mierda. El letrero de neón parpadeaba con una letra fundida. La ese. Siempre la s. El resto del nombre se leía a medias: RESTAURANTE ULRIKSDAL. Debajo del letrero, un menú plastificado colgaba de un solo clavo, torcido hacia la izquierda.

La última vez que estuvo allí fue antes del divorcio. Hacía años. Una cena con Peter y su esposa en la mesa del fondo, junto a la ventana que daba al bosque. Peter reía con la boca llena de salmón ahumado y hablaba de largarse a algún sitio donde no hubiera horarios ni jefes ni teléfonos que sonaran a medianoche. Un mochilero de alma, había dicho. Un tipo bueno. De los que se cuentan con los dedos de una mano.

Escupió en el suelo. Los tipos buenos no duran mucho. Peter seguía en Gotemburgo, en un despacho más pequeño, con un divorcio más caro y una úlcera que le sangraba dos veces al año. No se había movido. Ninguno de los dos se había movido.

El viento le trajo el olor a grasa antigua y a comida fría. La chaqueta no abrigaba. Nunca abriga. Era la misma chaqueta de entretiempo que usaba desde hacía cuatro años, con el forro descosido en el bolsillo izquierdo y una mancha de café en la manga que ya no intentaba limpiar.

Volvió al coche. El asiento estaba helado. Cerró la puerta y el golpe sonó demasiado fuerte en el silencio del aparcamiento. Los brazos le pesaban. Los párpados también. Apoyó la cabeza contra el reposacabezas. El cuero frío le caló la nuca. Sacó el teléfono otra vez.

Marcó el número que sabía de memoria, aunque hacía meses que no lo usaba. Tres tonos. Cuatro. El pulgar le quedó suspendido sobre la pantalla, listo para colgar. El motor del coche hacía tictac al enfriarse y la lluvia arreciaba contra el parabrisas.

Sucede tantas veces. La gente no está cuando uno quisiera, pero uno siempre tiene que estar cuando ellos quieren.

Al quinto tono ella contestó.

—Hola.

—Hola —dijo—. ¿Estás libre?

—Sí. Como tú sabes, cuando estoy libre me gusta mirar mi serie tranquila.
—Excepto que yo te llame.
—No es una excepción —dijo ella—. Es tu desorden lo que más me molesta. ¿Cuándo vas a tener una vida normal?
—He renunciado a eso. Quizás cuando me jubile.
Un silencio corto. El motor seguía haciendo tic-tac. La lluvia resbalaba por el parabrisas en líneas irregulares que deformaban las luces del restaurante lejano.
—¿Y ahora qué es? —preguntó ella.
Trazó una línea con el dedo en el vaho del cristal. La borró.
—Hay días que las cosas se tragan mejor con una copa y buena compañía.
—¿Y qué es lo que tienes que tragar hoy?
Ya no sirvo para esto y tampoco quiero servir y todo está mejor sin mí.
Las palabras le salieron planas. Sin énfasis. Sin peso.
Ella tardó un segundo. Luego soltó el aire.
—Al fin —dijo—. A lo mejor podemos anticipar tu jubilación.
No contestó. Se quedó con el teléfono pegado a la oreja, escuchando el zumbido de la línea. Fuera, la lluvia caía más densa. Las gotas golpeaban el asfalto con un ruido sordo y continuo que se mezclaba con el tictac del motor y el silencio de la línea telefónica. Una sirena sonó a lo lejos, en dirección a Solna, y se fue apagando hasta desaparecer.
Colgó sin despedirse. El coche olía a cuero viejo y a café frío. El termo vacío seguía en el hueco del reposabrazos, con la tapa a medio roscar.
Apoyó la frente contra el volante. El frío del plástico le caló en la piel y se le extendió por las sienes. La lluvia seguía cayendo. El motor seguía enfriándose. La cámara de seguridad de la clínica seguía apagada.
.

65
CELINE

Los contratos pesaban. No el papel. El número. Tres países, cuatro sedes, un calendario de dieciséis meses que empezaba en Berlín y terminaba en Oslo. Jim había puesto cada cifra en su lugar, cada fecha contra su casilla, cada porcentaje contra su cláusula. La carpeta tenía el grosor de una guía telefónica y el peso de algo que ya estaba decidido antes de abrirla.

—El margen de error tiene que ser cero. —Jim sostenía la carpeta con las dos manos, a la altura del pecho, los pulgares apoyados en el borde superior.

La misma postura. La misma verticalidad. Erik sostenía la llave de la casa esa noche que le dijo que las cosas iban a cambiar. Lars alisaba el cemento de la caballeriza con las dos manos planas, los pulgares separados, la misma línea recta desde los hombros hasta las muñecas. Tres hombres. La misma geometría. Las manos en el centro, sujetando algo que pesaba más de lo que ocupaba.

Abrió la carpeta. Página uno. Los números de Berlín cuadraban.

Un ruido entre los pinos. Ramas que se partían. Pasos sobre tierra húmeda. Rápidos. Descoordinados. Jonas salió de la línea de árboles con la camisa pegada al pecho y la cara descompuesta. Las venas del cuello le latían por encima del cuello de la camisa. Detrás de él, a seis o siete metros, un tipo grande rodeaba el último pino. Un tipo que no estaba ahí treinta segundos antes.

Un calor seco le bajó por el pecho hasta el estómago.

—Sé lo que hace Yngström en la clínica. —Jonas hablaba demasiado rápido, con la respiración entrecortada, las manos abiertas a los lados, las palmas hacia Jim—. El Varanex. El Kloritam. Les rompen la cabeza a la gente y después la vuelven a montar a su medida. Tú lo diriges todo.

Jim cerró la carpeta. Lo miró un segundo. Ni un músculo se le movió en la cara.
El tipo grande llegó por detrás. El golpe fue corto. Seco. Jonas se desplomó de rodillas y cayó de cara contra la grava. Las palmas abiertas. La boca abierta. El cuerpo le quedó torcido en el suelo con un ángulo raro en las piernas, las rodillas dobladas hacia un lado, los pies hacia otro. La grava se le incrustó en la mejilla izquierda.
Jim se agachó. Le dijo algo al oído. Se levantó. Se sacudió las rodillas con las dos manos, la derecha primero, la izquierda después. La grava le crujía debajo de las suelas. Caminó hacia el Volvo sin mirar atrás. La carpeta le colgaba de la mano derecha, suelta, con el mismo peso muerto con el que Lars llevaba el cubo de cemento de vuelta al cobertizo.
El tipo grande agarró a Jonas de las axilas y lo arrastró por la grava. Los talones le dejaban dos líneas paralelas en la gravilla. Al fondo del aparcamiento, un furgón oscuro esperaba al borde de la luz, con las puertas traseras abiertas y el motor encendido. Un segundo hombre esperaba dentro, de pie, con guantes de nitrilo y las manos cruzadas delante del cuerpo.
La grava le crujía bajo las suelas. El furgón estaba a cuarenta metros. El Cadillac estaba a tres. El mapa del terreno se redujo a dos coordenadas: quedarse o irse.
Quedarse traía preguntas. Preguntas que iban a necesitar respuestas que ella no tenía y que Jim sí. Su nombre en un informe policial, su cara en un titular, los contratos europeos desapareciendo. Y Lars. Otra vez Lars. El hombre que se quedó y al que quedarse no le sirvió de nada.
Irse traía la E4 hacia el sur. Dinamarca en tres horas. Otro código postal. Otro juego de reglas.
Cerró la carpeta. Se metió en el Cadillac. El cuero del asiento le recibió la espalda con un crujido seco. La llave entró en el contacto. El motor arrancó al primer giro.
Marcha atrás. Los neumáticos trituraron la grava. Los faros barrieron los pinos y la fachada del edificio y el rectángulo vacío donde Jonas ya no estaba. Las dos líneas que los talones dejaron en la gravilla se perdieron en la oscuridad del retrovisor.

La E4 hacia el sur estaba vacía a esa hora. El asfalto le pasaba debajo sin ruido, liso, negro, kilométrico. Las manos le sujetaban el volante a las diez y diez. Firmes. Secas. El aire acondicionado le mandaba un hilo frío contra la muñeca izquierda.

En el retrovisor, Estocolmo se encogió hasta desaparecer. El cielo estaba negro y limpio y no había nada arriba que mereciera la pena mirar.

El túnel Drogden se tragó el Cadillac de golpe. Las paredes curvas de hormigón cerraron el campo visual y la luz cambió a ese amarillo sucio de sodio que aplasta las sombras. Millones de litros del Báltico encima del techo. Cuatro kilómetros de avance subterráneo. Cuatro kilómetros exactos de oscuridad para separar el último mundo del siguiente.

El velocímetro marcaba ciento diez. Los dedos apretaban el cuero marfil del volante en la posición de las diez y las dos, la misma liturgia con la que Erik controlaba cada objeto que tocaba. La vibración grave del motor V8 subía por los pies, por los muslos, por la columna vertebral, y se quedaba en el esternón.

Erik. La cabaña. El cuerpo de mamá bajo los escombros. Las cápsulas de Yngström.

Todo quedaba al otro lado del agua.

Los nudillos blanquearon contra el cuero del volante. La respiración se le cortó en tramos cortos. Apretó los dientes. Fijó la vista en la línea blanca del asfalto y contó las luces del techo del túnel hasta que el aire volvió a entrar. Una. Dos. Tres. Cuatro. El aire volvió.

La boca del túnel se abrió sin aviso. La luz blanca de la madrugada escandinava le entró por el parabrisas de golpe. Los ojos se le cerraron solos. Tres segundos. Las pupilas se adaptaron. El cielo apareció arriba, enorme, sin una sola nube.

Bajó a setenta. El desvío hacia el área de servicio de Peberholm apareció a la derecha. Puso el intermitente. La rampa se deslizó bajo las ruedas. El coche se detuvo. Apagó el motor. El silencio le llenó la cabina de golpe.

Peberholm era un islote artificial. Una lengua de tierra estéril entre el túnel y el puente. El último tramo de suelo firme antes de la altura. Más allá del cristal, la rampa de asfalto se alzaba hacia los pilones de

acero del puente atirantado, agujas de doscientos metros contra un horizonte despejado.

Jonas.

El último sitio donde respirar no costaba. El último sitio que se iba a quedar atrás.

Sacó el móvil del bolsillo. La pantalla se encendió. La 1:17 de la madrugada. Desbloqueó con el pulgar. Abrió el chat de Jonas. El nombre desnudo en la parte superior de la pantalla. Cuatro letras.

Una acidez caliente le desgarró la base de la garganta. Los dedos resbalaron sobre el cristal antes de encontrar el botón de grabación. Lo mantuvo presionado. El contador arrancó. 00:01.

—No me esperes, Jonas.

Las sílabas salieron planas y limpias.

—Fuiste mi último mundo.

El viento exterior golpeó la chapa del coche. Dos segundos de silencio. El contador avanzaba. 00:08.

—Déjame en visto.

Los ojos le picaron. Apretó la mandíbula.

—Te quiero.

Soltó el botón. El contador se detuvo en el segundo catorce. La línea verde del audio le cabía en la palma de la mano. Catorce segundos. Todo lo que tenía que decir comprimido en catorce segundos y una línea verde.

El dedo le sobrevoló el icono de la papelera un instante. Lo apartó. Pulsó enviar. Indicador gris. Doble indicador gris. El mensaje salió.

Dejó el teléfono en el asiento del copiloto. La pantalla se apagó sola. Los dedos no volvieron a buscarlo.

Giró la llave. El motor V8 arrancó. El Cadillac avanzó hacia la rampa del puente y el asfalto se inclinó bajo las ruedas. Los pilones de acero crecían al otro lado del parabrisas, agujas contra el cielo de la madrugada. La altura llegó despacio. La altura llegó despacio. Primero el agua debajo. Luego más lejos, más pequeña, hasta que dejó de parecer líquida y se convirtió en una superficie plana, oscura e inmóvil.

A noventa metros de altura, el cielo se abrió. Un vacío azul oscuro, enorme, sin un solo recoveco donde ocultarse.

Sin un cielo donde esconderse.
Una señal azul anunció territorio danés. El motor no cambió de tono. Las ruedas no encontraron una sola grieta en el asfalto. El país cambió y el coche no lo notó.
Los pies controlaban el acelerador y las manos controlaban el volante y los ojos leían la carretera. El cuerpo funcionaba. La cabeza estaba vacía. Y en ese vacío, donde antes estaban el miedo y la obediencia y el cálculo constante de la supervivencia, no había entrado nada todavía. Espacio limpio y kilómetros por delante.
El motor V8 rugía. Dinamarca se extendía al frente, vacía y negra y enorme, y el retrovisor no devolvió ninguna imagen.

.

EPÍLOGO

COLUMNA DOMINICAL — EL DIARIO DE VASASTAN

Por NINA BERGSTRÖM

Diciembre 2024. Estocolmo.

Jonas Pérez tenía treinta y un años y el tipo de futuro que, en los despachos de Karlavägen, se calcula en millones de coronas. Una mente que desmontaba contratos antes de que los demás terminaran de leerlos. Una ética que le costaba ascensos y le ganaba enemigos. Yo lo conocía. Lo conozco. Tengo que seguir usando el presente porque Jonas no está muerto, aunque lo que le hicieron se parece demasiado.

Ayer fui a visitarlo a la clínica. El diagnóstico oficial que figura en su expediente dice «shock por estrés laboral agudo». Los médicos hablan de un colapso por agotamiento extremo. Lo encontré sentado en un banco del jardín interior, bajo la luz pálida del mediodía, con un pijama gris que le colgaba de los hombros. El Jonas que yo conocía compraba las camisas una talla más pequeña porque le gustaba cómo le marcaban los brazos. Este hombre nadaba dentro de la tela.

Jonas aún no habla. El hombre que diseccionaba cláusulas de arbitraje internacional a las siete de la mañana con un café en la mano ahora mira una fuente de agua sin parpadear. Le tomé la mano. La piel estaba helada. Los dedos no se cerraron. Los ojos no se movieron. Ni un parpadeo. Ni un temblor. Nada.

La tragedia de un joven profesional quebrado por la presión corporativa sería suficiente para llenar esta columna. Pero no es eso lo que me quita el sueño.

El silencio de Jonas es familiar. Demasiado familiar. En las últimas semanas he rastreado otros casos. Estrellas del deporte, artistas, herederos de grandes fortunas que, de un día para otro, se apagan bajo el cuidado de exclusivas clínicas privadas y desaparecen del ojo público. Los comunicados de prensa siempre dicen lo mismo: crisis nerviosa, retiro voluntario, agotamiento. Las palabras cambian. El resultado, no. Cuando te sientas frente a ellos, el vacío en sus pupilas es idéntico. Un vacío demasiado uniforme. Demasiado limpio.

Salí de la clínica y el viento helado de diciembre me cortó la cara. En algún lugar de Europa, los estadios se están llenando en este mismo instante. Las luces brillan. Los aplausos retumban. Alguien canta sobre el dolor y la pérdida y el público paga mil coronas por sentirlo suyo durante dos horas. Y en una clínica a las afueras de Estocolmo, mi amigo mira una fuente de agua y no sabe cómo se llama.

Esta ciudad tiene una maquinaria que nadie quiere ver. Funciona en silencio, detrás de puertas sin letrero, en clínicas con persianas bajadas y cámaras de seguridad apagadas. Para que alguien alcance un cielo abierto y luminoso, otro tiene que ceder el suyo. Quedarse abajo, callado y vacío hasta que nadie recuerde su nombre.

Jonas Pérez está vacío. Y yo voy a averiguar quién lo vació.

CARTA AL LECTOR / LECTORA

Querido lector / Querida lectora:
Muchísimas gracias por leer Sin un cielo. Espero que la historia te haya entusiasmado.
Si es así, te agradecería mucho que escribieras una breve reseña en Amazon. Me encantaría saber tu opinión, ya que para mí es muy valiosa y, además, es la mejor manera de dar a conocer mis libros a nuevos lectores.
Para dejar tu reseña, solo tienes que ir a la página de Amazon de 'Sin un cielo' y hacer clic en 'Escribir una opinión.
También me encantaría seguir en contacto contigo. Puedes escribirme, contarme qué te pareció el libro y enterarte de mis próximas novedades a través de mis redes sociales:
Facebook
facebook.com/EdgarDawsonAutor
Instagram
@edgar_dawson_autor
TikTok
@edgar_dawson
¡Para más información sobre mis libros, también podéis seguirme en mi perfil de autor en Amazon! o en
www.edgardawson.com.
¡Gracias de corazón por tu tiempo y tu apoyo!
Edgar Dawson